



LOS VENCEDORES

*Las Primicias,
el Hijo Varón y
los vencedores de
la Gran Tribulación*



**Estos fueron comprados de entre los hombres
como primicias para Dios y para el Cordero**

ISBN Obra independiente: 978-958-49-9074-7.

©Todos los derechos de esta obra son propiedad intelectual del autor-editor registrado en el ISBN respectivo.

El libro puede ser descargado para ser leído en un teléfono celular, en una tableta o un computador.

Se ruega a los lectores no modificar ninguna de las partes del libro.

Cualquier inquietud puede comunicarse al whatsapp 57 3002928232.

www.las-primicias.com.

Índice

Capítulo 1 - Los vencedores

¿Qué debemos vencer?.....	13
---------------------------	----

Capítulo 2 - Las primicias (1)

El Cordero.	24
Características de las primiciasSon ciento cuarenta y cuatro mil	26
Quiénes son los ciento cuarenta y cuatro mil.....	27

Capítulo 3 - Las primicias (2)

2. Tienen el nombre del Padre y del Cordero	35
3. Están en el Monte de Sion.	36
Estruendo de muchas aguas.....	42
El sonido de un gran trueno.....	42
El sonido de arpistas que tocan sus arpas.....	44
3. Cantan un cántico nuevo.....	44
Los Cantores y los Espectadores.....	44
Exclusivo de las Primicias.....	45

Capítulo 4 - Las primicias(3)

4. Fueron redimidos de entre los de la tierra	47
5. No se contaminaron con mujeres	49
El peligro de ser corrompidos a través de los sentidos.....	51
Otro Jesús, otro Espíritu y otro evangelio.	56

Capítulo 5 - Las primicias (4)

6. Siguel al Cordero por donde va.....	61
7. Fueron redimidos como primicias para Dios y para el Cordero.....	65
8. En sus bocas no hay mentira	68
8.1. Practican la idolatría	70
8.2. Conforman grupos religiosos	70

Capítulo 6 - Las primicias (5)

8.3. Se convierten en falsos maestros	73
Enoc, un tipo de las primicias.....	77
¿Cuándo será el arrebatamiento de las primicias	81

Capítulo 7 - El hijo varón (1)

Vestida de sol.	89
La luna debajo de sus pies.	90
Una corona de doce estrellas sobre su cabeza.....	91
La mujer está encinta.....	93

Capítulo 8 - El hijo varón (2)

El dragón quiere devorar al hijo varón.....	97
La mujer da a luz el hijo varón.....	97
El arrebatamiento del Hijo Varón	99
La Gran Tribulación y la última semana de la profecía de Daniel, de las setenta semanas....	101
Las primeras siete semanas	102
La septuagésima semana	105

Capítulo 9 - El hijo varón (3)

1. La sangre del Cordero.....	117
2. La palabra de nuestro testimonio.....	119
3. Menosprecian sus vidas hasta la muerte.....	121

Capítulo 10 - El hijo varón (4).....125

Capítulo 11 - Las cosas que es necesario vencer (1)

1. El primer amor en Éfeso	138
2. La fidelidad en Esmirna	146
3. La subyugación de satanás, la doctrina de Balaam y el Nicolaísmo de Pérgamo.....	151
3.1. El trono y la morada de satanás.	151

Capítulo 12 - Las cosas que es necesario vencer (2)

3.2 La doctrina de Balaam.....	153
3.3. La Doctrina de los nicolaítas.....	159

Capítulo 13 - Las cosas que es necesario vencer (3)

4. La Fornicación y la idolatría de Tiatira	167
4.1. Se dice profetiza.....	168
4.2. Enseña y seduce a los siervos del Señor a practicar la idolatría.....	171
4.3. Enseña y seduce a los siervos del Señor a fornicar.....	174

Capítulo 14 - Las cosas que es necesario vencer (4)

5. La muerte en Sardis (1)Una rápida recapitulación.....	187
I 5.1. La muerte.....	188
Mediante Su muerte y resurrección, el Señor venció a la muerte.....	189
Las obras hechas en vida y las obras de muerte.....	191
La muerte es muy contagiosa y odiosa delante de Dios.....	191
¿En qué consiste la muerte que hay en Sardis?.....	192
Una reunión en resurrección y en vida.....	196

Capítulo 15 - Las cosas que es necesario vencer (5)

5. La muerte en Sardis (2).....	199
Una reunión en resurrección y en vida (continuación).....	199
Hablando entre nosotros.....	199
Cantando.....	201
Dando gracias por todo.....	201
Sometiéndonos unos a otros en Cristo.....	201

Capítulo 16 - Las cosas que es necesario vencer (6)

6. El amor fraternal, la palabra, el nombre del Señor y la retención de lo que se tiene en Filadelfia (1).....	213
6.1. El amor fraternal	213
6.2. Guardar la palabra.....	214
6.3. No negar el nombre del Señor.....	219

Capítulo 17 - Las cosas que es necesario vencer (7)

6. El amor fraternal, la palabra, el nombre del Señor y la retención de lo que se tiene en Filadelfia (2).....	223
6.4. Guardar la palabra de la paciencia del Señor para ser guardado de la prueba.....	223
Guardados de la hora de la prueba.....	225
6.5. Retener lo recibido.....	228

Capítulo 18 - Las cosas que es necesario vencer (8)

La tibieza de Laodicea (1).....	233
---------------------------------	-----

Capítulo 19 - Las cosas que es necesario vencer (9)

La tibieza de Laodicea (2)	253
----------------------------------	-----

Capítulo 20 - Los vencedores de la Gran Tribulación

Los vencedores de la Gran	272
Tribulación	272
La siega y la vendimia	277

Capítulo 21 - Los no vencedores (1)

I La Parábola de las bodas	289
La parábola de las diez vírgenes	290
La parábola de los talentos	291
La parábola del sembrador	295
1. El corazón endurecido.....	296

2. El corazón con pedregales.....	297
-----------------------------------	-----

Capítulo 22 - Los no vencedores (2)

3. El corazón con espinos.....	301
4. La buena tierra.....	303
El viejo y el nuevo hombre	303
El cimiento	304
El Señor nos provee una salida	309

Capítulo 23 - Los no vencedores (3)

No solo oír, sino también hacer.....	318
Ser hacedores de la palabra	318

Capítulo 24

Oro.....	323
Plata.....	324
Piedras preciosas.....	327

Introducción

Se complace el Señor en escoger a un grupo de Sus hijos para darle grandes revelaciones acerca de Su persona, Su plan y de las acciones que realiza para llevarlo a feliz término. Tenemos el privilegio de ser parte de ese grupo de escogidos y deseamos que cada uno de los lectores lo sea igualmente.

Ingenuamente el cristianismo contemporáneo considera que cuando el Señor venga arrebatará a todos Sus hijos y los llevará al cielo, y creen así, porque ignoran las Escrituras, y las ignoran porque no se acercan al trono de la gracia, para que en él puedan hallar gracia y encontrar misericordia para ser socorridos con revelación y luz, acerca de los negocios divinos, los negocios del Padre.

El arrebatamiento es un hecho maravilloso en el plan de redención que el Señor se propuso, y tiene por lo menos cuatro episodios en distintos momentos: el primero de ellos será el arrebatamiento del Hijo Varón que está revelado en Apocalipsis 12; casi en forma simultánea serán arrebatadas las Primicias vivas que son los santos que para ese momento estén vivos, pero que hayan alcanzado las condiciones descritas especialmente en Apocalipsis 14.1-5 y Efesios 4.13: estos dos grupos serán arrebatados antes del comienzo de la etapa de juicio sobre la tierra, que la Biblia identifica como la Gran Tribulación y que tendrá una duración de tres años y medio.

Durante la Gran Tribulación, el Señor pondrá dos testigos para que animen a los santos a permanecer fieles a Dios durante el nefasto juicio que habrá en este tiempo sobre todos los habitantes de la tierra. Cerca del final de la Gran Tribulación, el an-

ticristo los matará, expondrá sus cadáveres durante tres días y medio, al término de los cuales serán resucitados y llevados al cielo.

Casi simultáneamente con el arrebatamiento de los dos testigos ocurrirá la resurrección de los que murieron en Cristo durante la Gran Tribulación y los que no hicieron parte del Hijo Varón resucitando antes de ésta; estos subirán a los aires. Igualmente, los creyentes que aún vivan en este tiempo serán transformados sus cuerpos y arrebatados vivos a los aires, donde será establecido el Tribunal de Cristo, para ser juzgados y declarados vencedores o derrotados. Los primeros reinarán con el Señor en el reino milenar, que es la manifestación máxima y final del reino de los cielos. Este reinado se dará junto con el Hijo Varón y las Primicias y los que salgan siendo vencedores, de la Gran Tribulación.

Los no vencedores, es decir, los derrotados, serán echados en las tinieblas exteriores, donde durante el periodo del reino milenar serán transformados, para entrar, al comienzo de la eternidad, en la Nueva Jerusalén.

Esta es la verdad consignada en la Biblia y revelada por el Espíritu Santo, que queremos compartir con todos los santos, los hijos de Dios, por medio de este libro; y en él, el Señor nos ha permitido describir lo más detalladamente posible, quiénes son los vencedores: Las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación, para que quienes conforman la iglesia, que son todos aquellos que han creído en el Señor Jesús y se han convertido en Hijos de Dios, puedan tener una luz diáfana que les alumbre el camino por donde deben andar y obtener el galardón máspreciado y elevado que el Señor ha reservado para los hijos que le aman y a quienes Él ama entrañablemente.

Ha querido el Señor al realizar este trabajo, siguiendo el principio del misterio de la piedad, que no es nada distinto a Dios manifestado en carne, describir cada uno de los detalles de cada grupo de vencedores, comenzando por las Primicias, quiénes son y cómo llegar a ser ese grupo de vencedores que le darán al Señor la más elevada satisfacción.

Si un creyente ha vivido en esta tierra como una primicia y ha muerto,

hará parte del Hijo Varón, el Señor lo resucitará antes de la Gran Tribulación y lo llevará al cielo, a Su trono, junto con las Primicias vivas, donde tendrán un disfrute muy especial y una tarea que cumplir, también especial.

Debido a que la iglesia ha caído a lo largo de los siglos en un profundo estado de degradación, descrito en los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis, el Señor nos ha permitido describir detalladamente las características degradantes en cada una de seis de las siete iglesias allí descritas, para que el lector tenga una luz diáfana acerca de las cosas que necesita vencer y finalmente pueda ser vencedor.

Cuando se participa en alguna actividad, por ejemplo, en una competencia, siempre se anhela ser el primero; cuando se es parte de un grupo donde hay diversas manifestaciones, todos se esfuerzan por ser el mejor; si se trata de una actividad donde se pueden obtener premios, el deseo ardiente siempre es el de ganar y nunca perder y en cuanto a la ganancia, se desea la máxima, la más elevada, la más excelsa.

Igual ocurre en las cosas del Señor. En Su misericordia, en la pasada eternidad, Dios escogió a un grupo de personas, les dio el destino anticipado de ser iguales a Él en vida y en naturaleza, las llamó, las regeneró, las hizo partícipes de Su vida divina, se propuso llenarlas de Él hasta que alcancen la estatura del Hijo Primogénito y les determinó un galardón que entregará en el tiempo oportuno. Para que los hijos de Dios alcancen el galardón, el Padre vino en Su Hijo Jesús y pasó por todo un proceso de redención que incluye Su encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización, glorificación y bautismo en el Espíritu Santo, con el fin de que todos y cada uno de los escogidos puedan ser saturados en su alma con todas las riquezas que el Señor les dispensa como herencia.

Sin embargo, que esas riquezas se dispensen en la vida del creyente depende de la voluntad y la disposición de éste, y en la medida que se dispone, el Señor crecerá en él, hasta alcanzar la plenitud, la llenura total de Él y la estatura del Hijo. Todos los hijos de Dios tendrán que llegar a ese estado de ser totalmente saturados de Él;

solamente que unos lo harán en esta era, que la Biblia identifica como la era de la gracia; otros lo harán durante la hora de prueba que el Señor ha de enviar sobre el mundo entero para probar a los que moran sobre la tierra, y otros lo harán durante la era del reino milenario, pero excluidos del disfrute y de la presencia del Señor, estando atados de pies y manos, llorando y crujiendo los dientes, en las tinieblas de afuera.

A quienes tenemos la oportunidad de vivir aun en la tierra, el Señor quiere confrontarnos para que decidamos en qué momento queremos ser transformados y alcanzar la plenitud de la llenura de Dios en nuestra alma y en nuestro corazón. En los capítulos de este libro, el lector podrá encontrar valiosas herramientas para lograr obtener el galardón más elevado, que es ser parte de las Primicias, ya que ellas serán arrebatadas directamente al cielo, sin pasar por la muerte, sino siendo transformados de su cuerpo de humillación a un cuerpo glorioso como el del Señor.

Si el Señor demorare en regresar, aunque creemos que su venida está a las puertas, pero si de-

morare algún tiempo y el creyente ha vivido como primicia, dormirá a este mundo e irá al paraíso a esperar la resurrección de los muertos y resucitar antes de la Gran Tribulación y subir al trono de Dios como el Hijo Varón.

Si el creyente no ha muerto, pero no ha aprovechado Su vida en la tierra para permitir que el Señor lo llene de Él, tendrá que pasar por la mayor parte de la Gran Tribulación, siendo perseguido y vencido por el anticristo o la bestia o el inicuo o el hombre de pecado, y aunque podrá ser vencedor, su galardón no será el más elevado, el más sublime, como el otorgado a las primicias.

La lectura del libro que tienes en tus manos te abrirá una buena oportunidad para que puedas ser un vencedor y parte de las primicias. Si lo lees con humildad, rogándole al Señor que se revele en tu espíritu y te dé visión en tu alma y te ayude cada día a tener un vivir real y práctico de la palabra, sin duda lograrás ser parte de los vencedores.

**¡El tesoro está en tus manos!
¡Aprovéchalo!**

Capítulo 1

los vencedores

Después de escribir acerca de la Degradación de la Iglesia, de la Oración y del Reino de Dios y el Reino de los Cielos, el Señor nos ha dado el encargo de escribir este nuevo libro para compartir con los santos, el pueblo de Dios, para descubrir quiénes serán los creyentes que entrarán en la manifestación plena del reino de los cielos, es decir, quienes serán los vencedores, porque este es un tema ignorado por la mayoría de los cristianos, y por esa causa no hay la suficiente preparación para alcanzar los requisitos que el Señor ha establecido, con el fin de que algunos de Sus hijos logren la meta de ganar el reino de los cielos, siendo vencedores.

¿Qué debemos vencer?

La primera pregunta que viene a la mente es: ¿vencedores de qué o de quién? En el Nuevo Tes-

tamento, reiteradamente se menciona esta palabra, y por ello tiene una importancia vital para quienes amamos y seguimos al Señor y procuramos agradarlo y complacerlo.

Por ejemplo, en Romanos 8.37 dice que en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Cristo que nos amó, y en los versículos que lo anteceden menciona las cosas que debemos vencer para no ser separados de Cristo: Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada. Todas estas son situaciones cotidianas en el diario vivir de los creyentes y podemos vencerlas, pero no por nuestros esfuerzos, sino por medio de llenarnos del Señor y de confiar y esperar en Él. Somos vencedores por medio del Señor quien nos ama: **“Antes, en todas estas cosas somos más**

que vencedores por medio de aquel que nos amó”.

En los versículos subsiguientes, la Biblia nos habla nuevamente de las personas, circunstancias y cosas que es necesario vencer, tales como la muerte, la vida, los ángeles, los principados, las potestades, el presente, el futuro, lo alto y lo profundo: **“Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”** Romanos 8.38-39.

Hay una cantidad de seres, personas, circunstancias, ambientes y organizaciones, que tratan de separarnos del amor de Cristo; a todos estos debemos vencer para alcanzar el galardón.

Cuando el hombre cayó en el Huerto de Edén, por comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, fueron introducidos en él y en la creación muchos elementos que separaron al hombre del plan de Dios y lo constituyeron en Su enemigo. Por causa de esa caída, el hombre se llenó de pecado, que es la naturaleza satánica y en consecuencia, su alma se volvió caída, separada de Dios y enemiga de Él: **“Enton-**

ces la mujer vio que el árbol era bueno para comer, que era atractivo a la vista y que era árbol codiciable para alcanzar sabiduría. Tomó, pues, de su fruto y comió. Y también dio a su marido que estaba con ella, y él comió... Le preguntó Dios: —¿Quién te dijo que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol del que te mandé que no comieses?... Entonces Jehovah Dios dijo a la serpiente: —Porque hiciste esto, serás maldita entre todos los animales domésticos y entre todos los animales del campo. Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás polvo todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón. A la mujer dijo: —Aumentaré mucho tu sufrimiento en el embarazo; con dolor darás a luz a los hijos. Tu deseo te llevará a tu marido, y él se enseñoreará de ti. Y al hombre dijo: —Porque obedeciste la voz de tu mujer y comiste del árbol del que te mandé diciéndole: “No comas de él,” sea maldita la tierra por tu causa. Con dolor comerás de ella todos los días de tu vida; espinos y cardos te producirá, y come-

rás plantas del campo. Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste tomado. Porque polvo eres y al polvo volverás... Y Jehovah Dios lo arrojó del jardín de Edén, para que labrase la tierra de la que fue tomado. Expulsó, pues, al hombre y puso querubines al oriente del jardín de Edén, y una espada incandescente que se movía en toda dirección, para guardar el camino al árbol de la vida... Por tanto, como el pecado entró en el mundo por medio de un hombre, y por medio del pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” Génesis 3.6, 11, 14-19, 23-24; Romanos 5.12.

Con la entrada del pecado en el hombre, éste se convirtió en el viejo hombre, que no es nada distinto al hombre mezclado y unido a satanás, y ese viejo hombre es inaceptable e intolerable en la presencia de Dios; por eso Dios echó al hombre de Su presencia y entre los dos se rompió la comunión: ***“Eché, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida”*** Génesis 3.24.

Igualmente, por causa de la entrada del pecado en el hombre, éste se convirtió en el hombre viejo, y como tal se va corrompiendo por medio de hacerse cada vez más pecaminoso: ***“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal... despojaos del viejo hombre, que se va corrompiendo conforme a los deseos engañosos”*** Génesis 6.5; Efesios 4.22. El viejo hombre es expresado diariamente mediante la carne.

Con la caída de Adán, en el Huerto de Edén, no solo el hombre fue afectado, sino que toda la creación fue dañada. Cuando Dios vino al hombre después de que éste lo había desobedecido, maldijo la tierra, y en ella fue establecido un sistema, que la Biblia identifica como el mundo. Este sistema, del cual satanás es rey y junto con los ángeles caídos, que son príncipes, autoridades y ejércitos de maldad, y los demonios, atrapa a las personas, las aleja de Dios y las constituye en Sus enemigos: ***“No hablaré ya mucho Con vosotros: porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en Mí... Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra***

Dios? Cualquiera, pues, que decide ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios... No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y su concupiscencia; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” Juan 14.30; Santiago 4.4; 1 Juan 2.15-17.

Dios en su inmenso amor por Su criatura más elevada, un día se hizo carne, vivió entre los hombres por más de treinta años y luego fue a la cruz y murió, para, por medio de la muerte, eliminar, anular, derrotar, aplastar y expulsar todas las cosas que satanás había introducido en el hombre cuando lo engañó, induciéndolo a comer del árbol de la ciencia del bien y del mal.

El primer enemigo que el Señor Jesús aplastó con Su muerte en la cruz fue a satanás. Cuando Jesús comenzó Su ministerio en la tierra, Juan Bautista lo presentó como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo: **“El siguiente**

día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” Juan 1.29.

En el Antiguo Testamento, el pueblo de Israel, por orden de Dios, ofrecía sacrificios de animales, los que por medio de su sangre ocultaban los pecados del pueblo delante de Dios. Cuando llegó el tiempo señalado, Jesús se presentó como un Cordero sin mancha, para ofrecer un sacrificio que ha sido aceptado por Dios eternamente y con ese sacrificio, el pecado, que es la naturaleza satánica, ha sido quitado: **“sabiendo que fuisteis redimidos de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un Cordero sin defecto y sin mancha, ya conocido desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros”** 1 Pedro 1.18-20.

Cuando los israelitas ofrecían el sacrificio por el pecado, el oferente traía el animal a la puerta del tabernáculo, ponía las manos sobre el animal, indicando con ello que, por causa del pecado que moraba en él, merecía morir,

pero Dios en Su misericordia le suministraba un sustituto, el cual moría a cambio del oferente.

Inmediatamente después el animal era degollado, su sangre lo abandonaba, el sacerdote la tomaba y la rociaba siete veces delante de Jehová hacia el velo del santuario. Después el sacerdote tomaba un poco de esa sangre y la ponía sobre los cuernos del altar de incienso y el resto la echaba al pie del altar del holocausto: ***“Cuando alguna persona pecare por yerro en alguno de los mandamientos de Jehová sobre cosas que no se han de hacer, e hiciere alguna de ellas; si el sacerdote ungido pecare según el pecado del pueblo, ofrecerá a Jehová, por su pecado que habrá cometido, un becerro sin defecto para expiación. Traerá el becerro a la puerta del tabernáculo de reunión delante de Jehová, y pondrá su mano sobre la cabeza del becerro, y lo degollará delante de Jehová. Y el sacerdote ungido tomará de la sangre del becerro, y la traerá al tabernáculo de reunión; y mojará el sacerdote su dedo en la sangre, y rociará de aquella sangre siete veces delante de Jehová, hacia el velo del santuario. Y el sacerdote pondrá de esa***

sangre sobre los cuernos del altar del incienso aromático, que está en el tabernáculo de reunión delante de Jehová; y echará el resto de la sangre del becerro al pie del altar del holocausto, que está a la puerta del tabernáculo de reunión” Levítico 4.3-7.

Una vez se realizaba todo este proceso con la sangre, el sacerdote tomaba la grosura que cubría los intestinos y las entrañas del animal. Junto con la grosura, tomaba los dos riñones y la gordura que estaba sobre ellos, al igual que la gordura que estaba sobre el hígado y los ijares y ponía todo esto sobre el altar para que ardiera hasta consumirse totalmente. El resto de las piezas del animal, la piel y toda la carne, la cabeza, las piernas, los intestinos, el estiércol y todo el becerro eran totalmente quemados fuera del campamento: ***“Y tomará del becerro para la expiación toda su grosura, la que cubre los intestinos, y la que está sobre las entrañas, los dos riñones, la grosura que está sobre ellos, y la que está sobre los ijares; y con los riñones quitará la grosura de sobre el hígado, de la manera que se quita del buey del sacrificio de paz; y el sacerdote la hará arder sobre el altar del holocausto. Y la piel***

del becerro, y toda su carne, con su cabeza, sus piernas, sus intestinos y su estiércol, en fin, todo el becerro sacará fuera del campamento a un lugar limpio, donde se echan las cenizas, y lo quemará al fuego sobre la leña; en donde se echan las cenizas será quemado” Levítico 4.8-12.

Del animal que se ofrecía por el pecado no quedaba nada, sino que todo era quemado, simbolizando que el pecado, la naturaleza de satanás que había sido introducida en el oferente, era arrasada por el fuego, y ese pecado era cubierto por la sangre derramada por el animal.

Sin embargo, estos sacrificios debían ofrecerse continuamente, es decir, su acción era limitada, pues los israelitas debían ofrecerlos con frecuencia: cada año por todo el pueblo e individualmente cada vez que las personas cometieran pecados.

Pero el Señor Jesús mediante Su muerte redentora en la cruz, arrasó, quitó el pecado del mundo de una vez por todas y para siempre, y ahora cuando Dios ve a Sus hijos, los ve en Cristo y acepta el sacrificio que Él ofreció y que es eternamente eficaz, **“y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su pro-**

pia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención... pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado... somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre... pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios” Hebreos 9.12, 26; 10.10, 12. Esto quiere decir, que ese único sacrificio es un antídoto permanente, eterno y continuo contra el pecado.

Igualmente, los creyentes de Cristo tenemos un enemigo común que debemos vencer diariamente, pues él anda permanentemente rodeándonos para devorarnos. Los vencedores tienen tres elementos para derrotarlo que son: la sangre del Cordero, la palabra de su testimonio y el negar sus vidas hasta la muerte: **“Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte”** Apocalipsis 12.11. En este libro y con el Señor desarrollaremos en profundidad estos tres

aspectos.

De otra parte, en las seis etapas de degradación de la iglesia registradas en Apocalipsis 2 y 3, encontramos distintos aspectos que debemos vencer en cada una de las situaciones de degradación y a ellas dedicaremos el tiempo apropiado para revelarlos y visualizarlos con toda claridad, con el fin de que ustedes, apreciados lectores, se constituyan en los vencedores que heredarán el reino de los cielos.

Los elementos que debemos vencer son los siguientes: en el caso de Éfeso, la iglesia en sus comienzos es necesario vencer la caída del primer amor, del cual cayeron todos los creyentes; y esa caída consiste en abandonar al Señor como el centro del vivir del creyente y permitir que personas, cosas, doctrinas, organizaciones, ministerios, afanes, angustias, necesidades, ocupen el lugar que le corresponde al Señor y lo desplacen a un segundo, tercero o cuarto plano.

En el caso de Esmirna que es la segunda iglesia considerada en Apocalipsis, la falta de disfrute de las riquezas del Señor llevó a los creyentes a llenarse de ceguera, pobreza y debilidad, debido a la herencia que recibieron de Éfeso, donde perdieron la luz y la comida espiritual. Esto dio lugar a que

satanás los persiguiera, los metiera a la cárcel y preparara el camino para entronizarse, morar y gobernar la iglesia.

La condición de Pérgamo, que es la más baja y profunda degradación de la iglesia, se llenó de doctrinas diabólicas, y frente a ella es necesario vencer dos grandes doctrinas que ha propalado satanás por medio del cristianismo, especialmente por medio de la iglesia católica romana y la iglesia católica ortodoxa de oriente y también por medio de los grupos cristianos evangélicos, que hoy pululan en la tierra. En el estado de Pérgamo sobresalen dos grandes doctrinas que le han causado mucho daño a la iglesia y han llevado a que los hijos de Dios pierdan toda la realidad y disfrute de Él, y de esa manera les impida ser los vencedores que Dios busca. Estos dos aspectos son la doctrina del nicolaísmo y la doctrina de Balaam.

Cuando llegamos a la situación de Tiatira encontramos una iglesia apóstata, organizada como un poderoso sistema que domina religiosamente gran parte de la humanidad, con una mujer, Jezabel, que se dice profetiza y no lo es, refiriéndose claramente al jefe de la iglesia católica, el papa quien dice ser el representante de Cristo en la tierra, pero que en realidad es un

representante de satanás.

También se refiere Jezabel a todo el sistema religioso organizado que se autoproclama servidor de Dios y de Cristo, pero que en realidad sirve al enemigo de Dios, es decir, al diablo. Esa iglesia está llena de misterios diabólicos y en sus enseñanzas guía a los siervos de Dios a fornicar y a llenarse con la enseñanza de los ídolos. Este es otro aspecto que debemos ver con claridad y vencerlo, si tenemos la firme decisión de entrar en el reino de los cielos.¹

Después de Tiatira encontramos la situación de la iglesia en Sardis, la cual se caracteriza por estar llena de nombres que aparentan tener vida, pero que su condición es de una muerte espiritual profunda, muerte que es necesario vencer, para entrar en el reino de los cielos y ganar la recompensa de reinar con el Señor en Su reino milenario, en el que habrá paz verdadera y genuina justicia, en la tierra que habitaremos.

A continuación encontramos la situación de los creyentes en Filadelfia y aunque el Señor no manifieste ningún reproche a los santos que viven la realidad del amor fraterno, sí los insta a que venzan en tres aspectos particulares: guardar

1. Puedes encontrar mayor revelación sobre el tema en el libro *¿Cuál Iglesia?* Del mismo editor y publicado en la página www.las-primicias.com

la palabra del Señor, no negar Su nombre y retener firmemente lo que Él les ha dado.

Finalmente tenemos la situación de Laodicea, que es la condición más preponderante en el tiempo que antecede a la venida del Señor, lo que podemos decir en otras palabras, corresponde a la última etapa de la iglesia y a la última oportunidad que tenemos de ser vencedores, y en ella es necesario vencer la condición de tibieza en que han caído la inmensa mayoría de los creyentes.

De la misma manera, es necesario vencer la falta de revelación y visión de la persona y la obra de Dios, en que han caído la totalidad de los cristianos, entre los que hay algunos hijos genuinos de Dios.

Nuestro Señor ha determinado un punto de partida —un principio— para conocerlo a Él y entender Su obra, y ese principio es la revelación. Si ese principio no se da en la vida de un hijo de Dios, todo lo que haga, diga, planee y ejecute será inoficioso, desconocido para el Señor y aborrecido por Él.

Cuando Dios creó al hombre, lo hizo con tres partes: espíritu, alma y cuerpo: ***“que todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea preservado irreprochable***

para la venida de nuestro Señor Jesucristo” 1 Tesalonicenses 5.23.

El espíritu humano que el Señor puso en el hombre tiene tres funciones: conciencia, intuición y comunión. Cuando satanás se mezcló con el hombre en el Huerto de Edén, aunque no pudo usurpar el espíritu del hombre, sí logró que fuese amortecido y sus funciones quedaran anuladas, en latencia, es decir, el hombre no podía tener comunión con Dios, la conciencia perdió casi la totalidad de su funcionamiento y la comunión con el Señor fue completamente anulada. Igualmente, el hombre no tenía la oportunidad de recibir ninguna revelación del Señor.

Dios, en el desarrollo de Su plan, que había trazado en la eternidad antes del tiempo, se hizo hombre en Jesús, tomó carne y sangre como nosotros, con el fin de destruir por medio de la muerte a satanás y arrasar toda su obra de maldad que había realizado para usurpar al hombre y separarlo de Dios.

Mediante Su muerte en la cruz el Señor Jesús eliminó todos los obstáculos que satanás interpuso entre Dios y nosotros y además de eso, hizo que nuestro espíritu humano recuperara totalmente Sus funciones.

Es por eso que hoy podemos vivir en comunión con el Señor todos los días de nuestra vida — si somos hijos de Dios—, nuestra conciencia está alerta para indicarnos cualquier desvío que tengamos con relación a los deseos y la voluntad del Señor y especialmente nuestra intuición volvió a funcionar plenamente.

Es la intuición la parte de nuestro espíritu donde Dios nos revela Su persona y Su obra, para que nosotros tengamos un disfrute permanente de esos dos aspectos, que son nuestra herencia, disfrute que nos hará crecer, nos permitirá madurar y nos llevará a ser vencedores, para así entrar en el reino de los cielos.

De otro lado, consideraremos las tres categorías de vencedores que nos muestra la Biblia, sus características, el momento en que serán arrebatados, los privilegios que va a obtener cada grupo y una clara diferenciación con los hermanos que no alcancen a ser vencedores y por tal motivo tengan que pasar los mil años del reino milenario en las tinieblas de afuera, llorando y crujiendo los dientes, para finalmente alcanzar la plena transformación y entrar, pasado el milenio, en la Nueva Jerusalén, y en ella disfrutar todas las riquezas del Señor por la eternidad, pero

habiendo perdido el elevado disfrute del reino milenarío.

Esos tres grupos que la Biblia, la palabra de Dios distingue claramente son: *Las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación*. De cada uno de ellos hablaremos detalladamente en el desarrollo del tema de este libro.

las primicias (1)

Las Primicias es el primer grupo de vencedores, y a ellas nos referiremos en este y los siguientes cuatro capítulos.

Para apreciar sus características vamos a leer Apocalipsis 14.1-5: ***“Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente. Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas. Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron***

redimidos de entre los de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha”.

Después de que Juan, guiado por el Espíritu, vio acerca del anticristo y del falso profeta en el capítulo 13 de Apocalipsis, comienza la descripción de, tal vez el hecho más notable que ocurre en la historia de Dios con el hombre, en la historia de la redención: el arrebatamiento de Las Primicias. Quiénes son y cuáles son sus características.

Juan comienza su narración diciendo: ***“Después miré”***. De-

bemos recordar que, para lograr su visión, Juan estaba en el espíritu, tal como lo declara en 1.10 y 4.2: ***“Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta... Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado”***. Esto nos lleva a inferir que para tener la visión de Apocalipsis 14, también es necesario estar en el espíritu, recibiendo sabiduría, revelación y conocimiento de la persona de Dios y de Su plan.

Aquí hay un principio fundamental para nuestra vida de creyentes, en el sentido de que no hay manera de conocer a Dios y Su plan, ni de tener visión acerca de estos asuntos, a menos que pongamos nuestra mente en el espíritu. Es necesario recordar que Dios es Espíritu y que Él puede relacionarse con el hombre solamente por medio del espíritu humano, espíritu que Él creó en el hombre con ese objetivo. Si tú, amable lector, quieres ver los misterios que hay en la Biblia, si quieres entender lo que Dios está haciendo, debes ganar el hábito de usar tu espíritu humano y entrar por él en comunión con el Señor. De otra manera, tu lectura de la Biblia y la lectura de este libro, se convertirán en tinieblas, y no podrás ganar nada que

te edifique como creyente y menos podrás ver este asunto de las Primicias, que para Dios es crucial y quiere que también lo sea para ti.

El Cordero.

Al primero que Juan vio en Apocalipsis 14, es al Cordero que está de pie sobre el monte de Sion. Sabemos que el Cordero de Dios es el Señor Jesucristo, quien siendo Dios eternamente, un día tomó carne y sangre como los demás hombres, para tener la oportunidad de morir y cumplir así Su plan de redención para nosotros.

El Señor como el Cordero de Dios, es tipificado por el cordero que en la Pascua era sacrificado, para celebrar la primera de las grandes fiestas que Dios le había ordenado celebrar al pueblo de Israel en el Antiguo Testamento. Cuando Dios envió a Moisés a que sacara a Su pueblo de debajo de la tiranía y opresión de Faraón en Egipto, le ordenó que cada familia tomara un cordero macho, de un año, que debía ser separado el día 10 del primer mes, examinado durante cuatro días para comprobar que no tuviese ningún defecto, y ser sacrificado entre las dos tardes del día 14 del primer mes del año, el mes de Abib o Nisán. La sangre que el cordero derramaba al ser degollado debía ser untada en los dos postes y en el dintel de

las casas, con el fin de que cuando el ángel que habría de matar a los primogénitos egipcios, pasara de las casas del pueblo de Israel y no hiciera daño en ninguna de ellas.

La carne del cordero debía comerse asada en el fuego, acompañada con panes sin levadura y yerbas amargas. El cordero debía ser consumido en su totalidad y si sobraba algo, debía quemarse al fuego, pero nada debía dejarse para el día siguiente.

Si se observa la Biblia cuidadosamente, se notará que ese cordero pascual era solamente un tipo del verdadero Cordero que es el Señor Jesucristo, quien, como ocurría con el cordero, fue a la cruz para derramar Su sangre y por medio de ella hacer remisión de nuestros pecados y evitar que la ira de Dios viniese sobre nosotros para destruirnos, como ocurrió en aquel primer mes con los primogénitos egipcios, donde murieron desde sus hijos primogénitos hasta los primogénitos de sus animales.

Gracias a la muerte del Señor Jesús como el Cordero Pascual, ahora, nosotros los creyentes, podemos vivir una vida de santidad, agradándolo en todas las cosas y viviendo para Su deleite. Debido a que Él derramó Su sangre, ya no somos inculpadados de pecado y podemos tener un vivir exento de

toda levadura, la cual representa entre otras cosas, el pecado.

Pero la muerte del Señor se efectuó a nuestro favor no solamente en lo que tiene que ver con el pecado y con los pecados, sino que después de haber muerto y permanecido en la tumba durante tres días con sus noches, el Señor resucitó para hacernos partícipes de Su vida divina. Es por eso por lo que en el tipo del cordero pascual de Éxodo 12, no sólo se utilizaba la sangre del cordero degollado para ponerla en los dos postes y en los dinteles de las casas, sino que la carne del cordero debía asarse en el fuego para comerla, hasta consumirla totalmente.

De la misma manera, cuando el Señor pasó por el proceso de muerte y resurrección, se hizo disponible para que cada día y en cada instante de nuestra vida podamos disfrutarlo como nuestro alimento y como nuestro suplir de vida, para que crezcamos y alcancemos Su estatura y así podamos ser vencedores y reinar con Él en el reino milenario.

Si somos creyentes normales que diariamente disfrutamos al Señor, viviremos en una continua fiesta con Él y nuestras reuniones serán un verdadero deleite para Él y para nosotros: ***“Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para***

que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” 1 Corintios 5.7-8.

Cuando los israelitas sacrificaron el cordero pascual en Egipto y comieron de su carne, además de tener un nuevo comienzo con el Señor, porque ese mes fue el primero de los meses, lo comieron para fortalecerse, porque inmediatamente celebrada la pascua ellos tenían que salir de Egipto. Es por eso por lo que debían comerlo **“ceñidos vuestros lomos, vuestro calzado en vuestros pies, y vuestro bordón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente; es la Pascua de Jehová”** Éxodo 12.11.

Cuando comieron el cordero debían estar dispuestos a salir y a guerrear; por eso debían tener ceñidos los lomos —disposición para la lucha—, los pies calzados y con el bordón en la mano —disposición para salir y hacer una larga travesía—. Además, debían comerlo apresuradamente.

Cristo como nuestro Cordero Pascual no solamente trató con el

problema del pecado y de nuestros pecados por medio de Su sangre, sino que se convirtió en nuestro alimento, para vigorizarnos y darnos fuerzas para luchar contra satanás y sus huestes de maldad que tratan de agobiarnos todos los días. Si somos creyentes que nos alimentamos permanentemente del Señor, que disfrutamos Sus insondables riquezas, seremos fuertes, muy fuertes y lo único que satanás logrará hacer frente a nosotros es huir, como el cobarde que es.

CARACTERÍSTICAS DE LAS PRIMICIAS

Son ciento cuarenta y cuatro mil

El Cordero está de pie en el monte de Sion, junto con ciento cuarenta y cuatro mil de Sus hijos **“Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil”** Apocalipsis 14.1.

¡Qué maravilloso es el Señor, pues aquí, estando de pie en el monte de Sion, no está solo, sino que tiene junto con Él un ejército conformado por ciento cuarenta y cuatro mil! Estos ciento cuarenta y cuatro mil, son una parte de la gran cosecha que el Señor logra a través de los tiempos, por medio de Su redención: **“De cierto, de cierto os digo, que si el gra-**

no de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” Juan 12.24.

El Señor, como el grano de trigo, cayó en tierra y murió, y gracias a Su muerte y resurrección produjo muchos frutos, y estos ciento cuarenta y cuatro mil que están con Él en el monte de Sion, son la primera parte de esa gran cosecha.

Quiénes son los ciento cuarenta y cuatro mil.

Nosotros sabemos que en la Biblia cada uno de los números tiene un significado: por ejemplo, el uno se refiere al Dios Único que nosotros amamos y en quien creemos. El número dos representa un testimonio. El número tres nuevamente se refiere a Dios que no obstante ser uno y único, es tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El número cuatro hace referencia a la creación, basado en los cuatro puntos cardinales, las cuatro estaciones. De esa creación la criatura más preponderante es el hombre, luego podemos decir que el cuatro tiene que ver con el hombre. El número cinco se puede obtener de sumar uno y cuatro; como el uno es Dios y el cuatro es el hombre, entonces cinco hace referencia a la responsabilidad. Cuando el hombre y Dios se unen, hay una ver-

dadera responsabilidad, así como los dedos de nuestras manos y de nuestros pies, son cinco en cada uno y permiten a éstos ejercer sus funciones a cabalidad.

Si hablamos del seis, debemos decir que este número se refiere al hombre que fue creado en el sexto día y si le sumamos uno –Dios— llegamos a siete, que tiene que ver con la unión del hombre con Dios para llevar a cabo Su obra en esta tierra. Del número ocho podemos decir que se obtiene de agregar uno a siete, y si vemos la resurrección del Señor ocurrió el primer día de la semana, es decir, un día después del séptimo, luego el número ocho hace referencia a la resurrección del Señor.

Queremos aclarar que esta explicación no tiene que ver nada con cabalística ni con numerología, sino que es una interpretación sencilla del significado que para Dios tienen algunos números y que como creyentes debemos conocer, para poder entender un poco más al Señor y Su obra. Así, por ejemplo, el número cuarenta es un número de prueba, porque fueron cuarenta días los que Moisés estuvo con Dios en el monte cuando le fueron dadas las tablas de la ley; cuarenta años caminó el pueblo de Israel por el desierto, al final de los cuales entró en la tierra

de Canaán; cuarenta días caminó Elías para llegar al monte Horeb, el monte de Dios; y cuarenta días ayunó el Señor Jesús, antes de ser llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo.

En la misma línea, el número ciento cuarenta y cuatro mil, que es el número de los que acompañan al Cordero en el monte de Sion, tiene un significado, que vamos a dilucidar con la ayuda del Señor.

El número ciento cuarenta y cuatro mil podemos obtenerlo de multiplicar doce por doce y por mil. Doce se obtiene de multiplicar tres por cuatro. Sabemos que el número doce tiene para Dios un significado muy especial, porque son doce los patriarcas del pueblo de Israel, hijos de Jacob y son doce las tribus de ese pueblo; doce son los apóstoles que el Señor escogió y aun cuando Judas cayó de ese ministerio fue reemplazado por Matías, para que de los doce no faltara ninguno. Son doce las piedras que conforman los doce cimientos de la Nueva Jerusalén y son doce sus puertas y hay doce perlas en ellas.

Doce es el número que en la mente de Dios representa la eternidad, la consumación de Su plan eterno y la satisfacción resultante de Su obra de redención.

Doce se obtiene de multiplicar tres por cuatro, y la multiplicación es una mezcla de elementos. Como ya vimos, tres se refiere al Dios Tres Uno y el cuatro hace referencia a la creación, más específicamente al hombre; luego el número doce representa la mezcla de Dios con el hombre.

El deseo eterno de Dios es mezclarse con el hombre, ser uno con él; por eso cuando lo creó, lo puso en el Huerto de Edén, en cuyo centro estaba el árbol de la vida que representa a Dios. Dios puso al hombre creado frente al árbol de la vida con el único propósito de que comiera de él y sabemos que todo aquello que comemos se mezcla con nosotros, luego Dios deseaba que el hombre, al comer del árbol de la vida, se mezclara con Él: ***“Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto”*** Génesis 2.9.

Lamentablemente, en lugar de comer del árbol de la vida, Adán y Eva comieron del árbol de la ciencia del bien y del mal, que representa la naturaleza satánica, más conocida como el pecado. Cuando el hombre introdujo dentro de sí la naturaleza del diablo, ya no era posible que Dios se mezclara con él, porque en el hombre había un ele-

mento extraño: el pecado y con el pecado fue introducida la muerte. Dios es santo y no puede mezclarse con el pecado; igualmente, Dios es vida y no puede mezclarse con la muerte. Por esa razón, lo único que Dios podía hacer con el hombre era expulsarlo del ámbito donde el hombre pudiera mezclarse con Dios: ***“Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre... Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida”*** Génesis 3.22-24.

Sin embargo, desde la eternidad, Dios había esbozado el propósito de mezclarse con el hombre y cuando Dios determina algo, no hay ningún poder en el universo que pueda frustrar Su propósito o hacerlo desistir de él. Satanás, cuando mucho, logra estorbar y detener por algún tiempo el plan que Dios se ha trazado, pero el Señor es impertérrito y espera pacientemente la oportunidad de realizar lo que se ha propuesto.

Por eso, hace cerca de dos mil

años, Dios mismo tomó a una mujer judía llamada María y la embarazó, y durante cuarenta semanas se gestó en ella como un hombre para nacer como Jesús. En Jesús, Dios obtuvo lo que satanás había frustrado en el Huerto de Edén, con Adán: mezclarse con el hombre. Mientras Jesús caminó en carne por la tierra, es Dios mezclado con el hombre, de acuerdo con Su propósito original. Jesús viviendo en carne no era nadie distinto al Dios eterno viviendo Su vida divina en un hombre de carne y sangre, como cualquier otro hombre, pero con la diferencia de que Él no tenía la naturaleza pecaminosa que Satanás había inoculado en la humanidad desde el Huerto de Edén, porque Jesús no fue engendrado en María por un hombre, sino por Dios: ***“El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo”*** Mateo 1.18.

A diferencia de los demás hombres que somos concebidos en pecado, no porque el engendrar hijos dentro del matrimonio sea un acto pecaminoso, sino que debido a que los hombres tienen la naturaleza pecaminosa morando en ellos, cuando engendran un hijo, éste hereda la naturaleza pecaminosa de sus padres. Jesús fue en-

gendrado por el Espíritu Santo y concebido por María. La madre le proporcionó la naturaleza humana, sin pecado, y el Espíritu Santo le dio la naturaleza divina y en ella no hay pecado. Por eso el título que recibe el Espíritu cuando engendra a Jesús es Santo, porque ese acto de engendrar no fue común sino santo, y el ser que resultó de ese engendramiento es santo: **“Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios”** (Lucas 1.34-35).

Dios movido por Su amor hacia el hombre se vino a vivir con él. Por eso uno de sus nombres es Emanuel que quiere decir Dios con nosotros: **“He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros”** Mateo 1.23.

Esto implica que cuando ese pequeño judío llamado Jesús, caminaba por cualquier lugar, era Dios caminando en la tierra. En Jesús Dios y el hombre están completamente mezclados. Jesús es un hombre completamente guiado,

dirigido y gobernado por Dios, quien vive en Él.

Pero Dios no se satisface con mezclarse solamente con un hombre, sino que Él anhela tener muchos hijos. Él desea que no solamente Jesús como hombre sea Su Hijo, sino que anhela tener muchos más. Por eso, de acuerdo con el plan previamente concebido por el Dios Tres Uno, Jesús murió en la cruz y al morir, se liberó totalmente de la carne que lo limitaba, y resucitó ya no con carne, sino con un cuerpo glorioso y espiritual, y en resurrección tiene la capacidad de entrar en aquellos que Él había escogido desde antes de la fundación del mundo: **“según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él”** Efesios 1.4.

El Señor resucitó muy temprano el primer día de la semana, y esa misma noche se apareció en el lugar donde estaban los discípulos y sopló en ellos para que recibiesen el Espíritu Santo: **“Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”** Juan 20.22. Recordemos que el Espíritu Santo no es una parte ni un tercio de Dios, sino que es Dios completo; luego los discípulos, la noche de la resurrección, recibieron a Dios completo, como el Espíritu

Santo.

En aquel aposento donde estaban los discípulos, ya no solo Dios estaba mezclado con un hombre, sino con un grupo de hombres y mujeres; la Biblia no nos dice cuántos había allí, pero sí nos dice que en Pentecostés había ciento veinte y que ese día recibieron al Señor más de tres mil personas y que en Hechos 4.4 fueron añadidos más de cinco mil. Lo mismo ocurrió en Hechos 10, donde el Señor abrió las puertas del reino a los gentiles y desde ahí la palabra corrió y el Señor como el evangelio fue predicado y recibido en casi toda la tierra conocida en esa época, luego fueron miles los que se mezclaron con el Señor.

Desde que Jesús ascendió al cielo, el evangelio no ha dejado de predicarse y son millones los hombres y mujeres que a lo largo de los siglos han recibido al Señor y han dado testimonio de la realidad que hay en ellos: Dios y el hombre ahora no están separados, sino que los dos forman un solo cuerpo: ***“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también el Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo,***

sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” 1 Corintios 12.12-13.

Dios, mediante la encarnación, muerte y resurrección del Señor Jesús, recobró lo que sata-nás había dañado en el Huerto de Edén. Ahora Dios tiene muchos hijos, tal como ha sido Su anhelo eterno. Dios hoy está mezclado con millones de seres humanos y vive con ellos en la tierra. Ahora Emanuel no es solo Jesús, sino que el Cristo está conformado por Jesús que es la Cabeza del cuerpo y muchos miembros de ese cuerpo que somos nosotros, los creyentes del Nuevo Testamento.

Según Efesios 1.4 Dios escogió, antes de la fundación del mundo, a cierto número de personas para mezclarse con ellas y hacerlos Sus hijos, e hizo que éstos nacieran en el tiempo determinado, y desde su nacimiento ha operado en ellos, hasta que un día creyeron en Él y lo recibieron, convirtiéndose en Sus hijos legítimos, engendrados por Él, al hacerlos partícipes de Su naturaleza divina: ***“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios... para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina”*** Juan

1.12; 2 Pedro 1.4. El solo hecho de creer en el nombre del Señor Jesús y de recibirlo, nos convierte en hijos de Dios.

Todas las personas que reciben a Jesús lo hacen en su espíritu humano, y desde ese momento, desde que confiesan con la boca, creyendo en el corazón, el Dios Tres Uno completo viene a morar en ellas y nunca más se va, y esta es la salvación eterna que el Señor ganó para nosotros, mediante Su proceso de redención: ***“que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”*** Romanos 10.9-10.

Sin embargo, la Biblia nos enseña que la salvación es un proceso que tiene por lo menos tres etapas: la salvación del espíritu, la cual ocurre instantáneamente, en el momento en que recibimos al Señor en nuestro corazón. La segunda etapa es la salvación de nuestra alma, que es un proceso que dura toda la vida que pasamos en esta tierra y que depende de nuestra disposición; en la medida en que nos disponemos para tener comunión con el Señor en nuestro espíritu, donde mora el Señor, desde

allí Él va llenando nuestra alma, hasta que la satura totalmente, y a esto se refiere Efesios 1.3-4 cuando afirma: ***“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él”***.

Bendecimos a nuestro Dios y Padre, porque fuimos escogidos por Él, desde antes de la fundación del mundo, y al escogernos nos dio un destino: llegar a ser santos y sin mancha delante de Él. Si leemos este pasaje de la Biblia estando en nuestra alma, solamente en nuestra mente, consideraremos que esa meta es una utopía, porque aún no somos santos y es muy difícil llegar a serlo, y pensamos que es imposible lograrlo.

Pero si somos personas que diariamente tenemos comunión con el Señor, veremos que andar en el espíritu se va convirtiendo lentamente en un hábito y que vivir en el espíritu no es nada difícil, sino que es muy delicioso y agradable.

En la medida que vamos a nuestro espíritu, que es nuestro aposento interior, y tenemos comunión con Dios, Él va agregando Su persona y Sus riquezas a nuestra

alma, hasta que llega el momento en que somos saturados por Él y esto es ser santificado. La santificación no es nada distinto a que Dios llene y sature nuestro interior —el corazón—, hasta el punto de que toda nuestra expresión, es decir, nuestras palabras, pensamientos, deseos y hechos, sean la expresión del Señor y sean totalmente agradables a Él. En ese momento Dios puede declarar de nosotros lo que declaró acerca de Jesús: **“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”** Mateo 17.5.

A esto se refirió Pablo, cuando estaba cerca el final de su peregrinar en la tierra y afirmó: **“Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”** 2 Timoteo 4.8.

En esta condición se encuentran los ciento cuarenta y cuatro mil que en Apocalipsis 14.1, junto con el Cordero, están en el Monte de Sion: **“Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil”** Apocalipsis 14.1. Tengamos presente que ciento cuarenta y cuatro mil se obtiene de multiplicar doce por doce y por mil, y que el número doce se refiere a la mez-

cla de Dios con el hombre; luego podemos inferir que ciento cuarenta y cuatro —doce por doce— se refiere a un número de santos que están totalmente mezclados con Dios, es decir, son aquellos santos que ya alcanzaron la meta que Dios se propuso en Efesios 1.4 de hacerlos santos y sin mancha delante de Él; y mil es un número que indica complemento perfecto, es decir, que no sobra ni falta ninguno.

Los ciento cuarenta y cuatro mil que están con el Cordero de pie en el Monte de Sion, no es un número que debemos contar como uno, dos, tres..., doscientos..., quinientos, hasta llegar a ciento cuarenta y cuatro mil, es decir, no es un número literal, sino que se refiere a aquellos creyentes que han alcanzado la realidad de llenarse total y absolutamente del Señor, de mezclarse completamente con Él. Y esto es tan cierto como que el Señor afirma de ellos: **“Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente”** (Apocalipsis 14.1).

las primicias (2)

Continuamos discerniendo en este capítulo todo aquello que tiene que ver con las Primicias, que es el primer grupo de vencedores que el Señor se ha propuesto y está obteniendo.

2. Tienen el nombre del Padre y del Cordero

Tener el nombre del Cordero y de Su Padre escrito en la frente, es señal de que en esos creyentes hay una realidad: Dios los ha saturado completamente de Su naturaleza, de Su vida divina y de Sus riquezas. El nombre de una persona o de un objeto es una realidad de esa persona o de ese objeto. Por ejemplo, si en un laboratorio usted encuentra determinado número de vasos de cristal y todos contienen un líquido incoloro y transparente, usted no sabe qué líquido hay en cada vaso; pero, si en cada uno hay un nombre que lo identifica,

por ejemplo, agua, ácido sulfúrico, ácido nítrico, alcohol o cianuro, todo es diferente. En estas condiciones, un observador puede tener claridad acerca del contenido de cada vaso, él es real para quien está en el laboratorio y sabe que no puede beber el cianuro, porque es venenoso y le causaría la muerte; que no puede introducir un dedo en el ácido sulfúrico ni en el ácido nítrico, porque el dedo desaparecería rápidamente; que no puede beber el alcohol, pero sí le será útil para desinfectar, y que el agua puede ingerirla porque hará bien a su cuerpo.

Un nombre siempre hace referencia a la realidad que hay en quien lo posee, y estos ciento cuarenta y cuatro mil tienen el nombre del Cordero y de Su Padre escrito en sus frentes, porque ellos están totalmente llenos, mezclados y

saturados con Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los ciento cuarenta y cuatro mil están marcados en su frente con el nombre del Padre y del Cordero, anunciando a toda la creación que ellos son pertenencia y satisfacción de Dios.

La meta que como hijos de Dios debemos lograr es mezclarnos totalmente con Él, es llegar a tener la estatura de la plenitud de Cristo, y no hay un solo creyente que no deba alcanzar esa meta. Todos llegaremos a ser santos y sin mancha delante de Él. No hay manera de estar en Su presencia sin alcanzar Su estatura. La diferencia está en que unos alcanzaremos esa meta mientras vivimos en esta tierra y éstos son el Hijo Varón y las Primicias; otros la alcanzarán durante la Gran Tribulación por medio de muchos sufrimientos, porque esa será una época en la que el Señor juzgará la tierra severamente, y éstos serán los vencedores de la Gran Tribulación.

Un gran número de creyentes, tal vez la mayoría de ellos, tendrán que pasar mil años en las tinieblas de afuera llorando y crujiendo los dientes, para llegar a ser santos y sin mancha delante de Dios.

Aquellos hijos de Dios que se disponen, mientras viven en la tierra, a ser tratados y transformados por el Señor, muchas veces pasan-

do por situaciones bien difíciles, pero que no obstante tienen disposición en Su corazón para tener continuamente comunión con el Señor y para disfrutar de todas Sus riquezas y agradar a Dios en todo su vivir, serán los hijos de Dios que alcanzarán la meta de mezclarse totalmente con Dios y de ser saturados por Él, antes de la Gran Tribulación y estos son los ciento cuarenta y cuatro mil que están con el Cordero en el Monte de Sion y que tienen el nombre del Cordero y de Su Padre escrito en la frente.

3. Están en el Monte de Sion.

¿Dónde está el Monte de Sion? Estamos enterados de que la ciudad de Jerusalén, la capital de la nación de Israel está asentada sobre un monte y que en la Biblia se conoce como el Monte de Sion y fácilmente podríamos afirmar que el Cordero con los ciento cuarenta y cuatro mil estarían en esa ciudad terrenal; pero hemos recalcado que la Biblia se interpreta a sí misma y no debemos agregarle ni quitarle nada, sino que debemos buscar revelación de Dios en nuestro espíritu para que Él nos muestre Sus misterios.

Para tener claridad del lugar dónde está ese monte, debemos leer el versículo 3 del capítulo 14 de Apocalipsis: ***“Y cantaban un cántico nuevo delante del tro-***

no, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos”.

Los ciento cuarenta y cuatro mil, además de estar con el Cordero, también cantan un cántico nuevo delante del trono, delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos, y no hay ninguna duda de que el trono de Dios, los cuatro seres vivientes y los ancianos están en el cielo, pues así lo vio Juan en Apocalipsis 4: **“Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas. Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado... Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas... y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás”** (vs. 1-2, 4, 6). Tenemos la certeza de que el Cordero y los ciento cuarenta y cuatro mil están en el Monte de Sion Celestial, delante del trono de Dios en el cielo.

Por lo anterior podemos con-

cluir con respecto a los ciento cuarenta y cuatro mil: **primero**. Estos son creyentes que vivieron su vida en la tierra en completa comunión con Dios, oyendo Su voz, obedeciendo Su palabra, disfrutando Sus riquezas, mezclándose plenamente con Él y permitiéndole que saturara su ser totalmente; en otras palabras, sus almas fueron enteramente llenas de la naturaleza divina y de la vida de Dios y alcanzaron plenamente los cuatro puntos a que se refiere Efesios 4.13: La unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, el hombre de plena madurez y la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; en otras palabras, llegaron a ser santos y sin mancha delante de Él, para lo cual Dios los escogió antes de la fundación del mundo, según lo declarado en Efesios 1.4.

Por todo esto los ciento cuarenta y cuatro mil tienen el nombre del Cordero y de Su Padre escrito en sus frentes.

La segunda conclusión nos permite afirmar que, si estos ciento cuarenta y cuatro mil están en el cielo, previamente tuvieron que ser arrebatados por el Señor, luego ellos son creyentes que han sido arrebatados directamente de la tierra al trono de Dios sin pasar por la muerte, sino que en un instante, sus cuerpos fueron transformados

de cuerpos carnales y mortales a cuerpos espirituales, glorificados e inmortales, o que habiendo vivido como primicias y ya han muerto, resucitarán como el Hijo Varón, antes de la Gran Tribulación y juntos grupos conforman los 144.000, que son las Primicias.

Al respecto Pablo nos dice un misterio **“No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados”** (1 Corintios 15.52). El arrebatamiento es un misterio y requerimos revelación de parte del Señor para poder entenderlo.

Obsérvese que para el arrebatamiento hay dos grupos de personas bien definidos: los que durmieron, es decir, los que al sonar de la séptima trompeta hayan muerto y los que viven en ese momento. Los primeros serán resucitados incorruptibles y los segundos serán transformados.

Otro pasaje de la Biblia que complementa esta luz se encuentra en 1 Tesalonicenses 4: **“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que**

no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (vs. 13-17).

El Espíritu establece el orden de arrebatamiento: primero los que, a la venida del Señor, han dormido en Cristo, es decir aquellos que han muerto siendo creyentes, que para el Señor no es una muerte, sino un dormir para esperar la resurrección, y luego los que aún están vivos. Sin embargo, el Espíritu no le mostró la totalidad a Pablo, sino que reservó parte de la revelación para dárnosla a través de Juan. A Pablo le mostró que la totalidad de los arrebatados subirán a los aires para recibir al Señor y se refiere a

la mayoría de los creyentes que serán arrebatados casi al final de la Gran Tribulación, mientras que a Juan le mostró acerca de las primicias, que serán arrebatadas directamente al trono, antes de la Gran Tribulación. Este último aspecto lo demostraremos más adelante.

La tercera conclusión que nos ayudará a aclarar mucho esta visión consiste en que los ciento cuarenta y cuatro mil registrados en Apocalipsis 14 son distintos de los ciento cuarenta y cuatro mil de que habla Apocalipsis 7.1-8. Éstos pertenecen a doce de las tribus del pueblo de Israel, en las que no se incluye a Dan ni a Efraín. Estos ciento cuarenta y cuatro mil son sellados para que no sufran todo el daño que vendrá sobre la tierra cuando el Señor juzgue a sus habitantes y cause gran destrucción, debido al juicio sobre los hombres y sobre el anticristo.

La cuarta conclusión dice que estos ciento cuarenta y cuatro mil de Apocalipsis 14, junto con el Hijo Varón que consideraremos algunos capítulos más adelante, son los únicos creyentes que irán al cielo y estarán en el trono de Dios y del Cordero, con los veinticuatro ancianos que están en sendos tronos y los cuatro seres vivientes. Esto desvirtúa la enseñanza equivocada del cristianismo, en la que

se divulga que los muertos van al cielo, basada en la teología católico-romana, y tomada por ésta, del budismo.

De acuerdo con la parábola del rico y lázaro registrada en Lucas 16.19-31, cuando el rico murió fue al Hades, mientras que Lázaro murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. De ninguno de los dos declara la palabra que hayan sido llevados al cielo. He oído a algunos maestros cristianos, para sostener la doctrina errada de que los muertos van al cielo, interpretar erróneamente 2 Corintios 12.1-4, donde Pablo dice que conoce a un hombre que fue arrebatado al tercer cielo y que ese hombre fue arrebatado al paraíso, donde oyó cosas que no se pueden expresar con el lenguaje humano: ***“Ciertamente no me conviene gloriarme; pero vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar”***. La confusión de estos intérpretes está en

que creen que el paraíso y el tercer cielo son lo mismo. Pero no puede ser.

El hombre del relato, que debe ser Pablo mismo, fue arrebatado al tercer cielo y también fue arrebatado al paraíso, no implicando que los dos sean lo mismo. Una prueba de ello podemos encontrarla en varios pasajes, tales como Juan 3.13: **“Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo”**. El Señor es contundente al afirmar que nadie ha subido al cielo, sino que fue el Señor quien descendió de allí.

Otro pasaje que nos confirma esta verdad lo encontramos en Lucas 22.39-43, donde se narra el hecho de que cuando Jesús fue crucificado, con Él crucificaron a dos malhechores; uno de ellos reconoció al Señor y fue salvo, mientras que el otro renegó y se burló del Señor. A aquel que reconoció a Jesús como Señor, le dijo: **“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”** (v. 43). Nótese que el Señor no le dijo que hoy estaría con él en el cielo, sino en el paraíso. Ese paraíso es el mismo al que fue arrebatado Pablo, y es distinto al cielo. El paraíso debe ser el mismo seno de Abraham a donde Lázaro fue llevado por los ángeles, una vez que murió. Otra

confirmación sobre el particular la podemos tener leyendo y orando los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis, donde Juan fue llevado al cielo y vio el trono de Dios, los veinticuatro ancianos sentados en sus tronos, los cuatro seres vivientes, el Cordero y billones de ángeles, pero no manifiesta haber visto a ningún creyente del Antiguo ni del Nuevo Testamento.

En conclusión, los muertos no van al cielo, sino que los creyentes, los que duermen en Cristo, van al paraíso que es el mismo seno de Abraham y los que mueren sin ser salvos, sin haber recibido al Señor Jesús van al Hades, y los dos, tanto el paraíso como el Hades están dentro de la tierra. Afirmamos esto por dos razones: la primera por lo que declara el Señor acerca de Su muerte: **“Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches”** (Mateo 12.40). El Señor no dijo que mientras pasaría por la muerte iría al cielo, sino al corazón de la tierra. La segunda razón es que, en la parábola del rico y Lázaro, los dos pueden verse y hablarse, luego los dos lugares deben estar cerca el uno al otro, aunque separados por una gran sima.

Lo que ocurre es que el catolicismo romano construyó una serie de mentiras alrededor de la muerte y con ello estableció un negocio detestable, afirmando que los buenos van al cielo, que los malos van al infierno y que los que no son buenos ni malos van al purgatorio, pero que, si los dolientes pagan unas cuantas misas, indulgencias y otros ritos diabólicos, los muertos pueden ser sacados del infierno y del purgatorio y llevados al cielo. No hay ningún respaldo en la Biblia, la palabra de Dios, para tales afirmaciones insensatas.

La muerte de un ser humano consiste sencillamente en la separación del alma y el espíritu, del cuerpo. Los dos primeros van al Hades si el muerto no murió creyendo en el Señor, o al paraíso si se trata de un creyente. Tanto los unos como los otros están allí, cada uno en su lugar, esperando la resurrección para ser juzgados. Después de que una persona muere no hay ningún rito que pueda salvarla, si en vida no recibió al Señor.

La quinta conclusión permite rebatir la doctrina mentirosa de la secta herética llamada testigos de Jehová, quienes afirman que solamente los ciento cuarenta y cuatro mil serán salvos y que esos ciento cuarenta y cuatro mil son ellos. La

salvación va mucho más allá de ese número. El problema está en la falta de revelación que impide ver con claridad las cosas que Dios ha determinado y tal como Él las ha planeado.

En los creyentes hay falta de revelación porque no buscan al Señor en su espíritu, sino que prefieren buscar hombres, organizaciones y ministerios particulares que no pueden aportar nada claro a sus seguidores, porque esos líderes son verdaderos ciegos que guían a otros ciegos, porque tampoco en ellos hay revelación: **“Y les decía una parábola: ¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?”** (Lucas 6.39-40).

Hasta aquí creemos tener suficiente claridad acerca de los ciento cuarenta y cuatro mil que están junto con el Cordero en el Monte de Sion y que tienen el nombre del Cordero y de Su Padre escrito en la frente, y podemos avanzar, para ver un poco más acerca de estos creyentes que conforman las Primicias.

En Apocalipsis 14.2, la palabra dice: **“Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas”**. Este es el evento de

mayor importancia en la historia de la redención, pues este versículo nos muestra tres aspectos muy significativos:

Estruendo de muchas aguas.

El momento en que las Primicias están en el Monte de Sion será oído en todo el universo, será un tiempo en que toda la creación oírán de él, porque Juan en su visión oye algo parecido al estruendo de muchas aguas.

¿Qué quiere decir esto? Si tenemos la oportunidad de visitar algunas de las grandes cataratas que existen en la tierra, tal como el Niágara o Iguazú, la majestad que inspiran estas caídas de agua es tal, que no hay un fenómeno natural comparable con este, por su belleza y majestad. Además, el sonido que emite la caída del agua es tan elevado, que no hay ningún otro sonido que pueda superarlo en intensidad. Si uno está acompañado frente a las cataratas y habla con su compañero, sería imposible oírlo, porque el sonido del agua es tan elevado e imponente que no hay cómo superarlo.

De la misma manera, cuando el Señor tome las Primicias y esté con ellas frente al trono de Dios, será tan alta la exultación de la creación, que se oírán en todo el universo. La alegría de los billones

de ángeles, de los seres vivientes, de los ancianos, del Cordero y de los ciento cuarenta y cuatro mil, será tan gloriosa y extática, que ningún evento podrá superarla.

Todos hemos tenido la oportunidad de ver o de participar en eventos importantes que celebra la humanidad, por ejemplo, la inauguración de los juegos olímpicos que hay cada cuatro años en algún lugar de la geografía de la tierra.

Las ceremonias de inauguración y de clausura son tan fastuosas, tan elevadas y sublimes, que llevan el alma hasta el éxtasis. Podemos decir que el rapto de las primicias es la inauguración de la plenitud del reino de los cielos, y en belleza, majestad y hermosura no hay nada con qué pueda compararse. Este momento no solo afectará el alma de quienes participan en él, sino lo más importante, llevarán al espíritu humano a la cumbre de su función: manifestar la mezcla total y absoluta del ser humano con su Dios y Redentor.

El sonido de un gran trueno.

Cuando las primicias estén de pie con el Cordero en el monte de Sion, será un momento de mucha solemnidad. Un trueno es un fenómeno natural, posterior a una descarga eléctrica producida por las nubes, y su efecto sonoro es tan

profundo, que hace que quienes lo oyen inmediatamente queden en silencio.

Podemos asociarlo con los momentos solemnes que celebran los gobiernos de las naciones. Por ejemplo, es costumbre protocolaria que cuando un gobernante visita una nación distinta a la suya, le rindan homenaje disparando una salva de cañonazos. Este acto implica solemnidad y respeto por el ilustre visitante.

El momento en que las primicias son tomadas será tan solemne para Dios, para los ángeles y para todo el ejército celestial, que mediante esta voz que suena como un gran trueno, Dios anunciará a todo el universo Su gran victoria con el hombre, sobre satanás, sus ángeles caídos, sus demonios y los hombres que los siguen.

No hay mayor galardón para un ser humano, ni mayor gloria, que la de tener el privilegio de ser parte de estos ciento cuarenta y cuatro mil que suben directamente al trono de Dios, sin pasar por la muerte, para disfrutar de todos los deleites que el Señor ha preparado exclusivamente para ellos.

En Efesios 2.7, el Espíritu dice: ***“para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad***

para con nosotros en Cristo Jesús”. Nuestro Señor quiere exhibir delante de satanás los logros que Él ha alcanzado con Sus hijos, y las Primicias será la primera exhibición de esas personas que durante Su vida le permitieron al Espíritu ser completamente saturados por Él y en consecuencia ser transformados para llegar a ser iguales a Dios en vida y en naturaleza, pues este es Su propósito eterno.

La presentación de las Primicias será una exhibición, ante la creación, de aquellos creyentes que durante su vida se dedicaron a obedecer y a complacer al Señor y alcanzaron Su estatura. Esa manifestación será admirada y alabada por los billones de ángeles que alaban a Dios y al Cordero, por los veinticuatro ancianos, por los seres vivientes y por toda la creación: ***“Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos”*** (Apocalipsis 5.13).

No se encuentran en el lenguaje humano las palabras apropiadas para describir lo sublime, hermoso y solemne de este acontecimiento.

to. Solamente podemos decir que todas las cosas creadas que están en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y en el mar, alabarán al Señor por la manifestación de Su obra primorosa.

*El sonido de arpistas
que tocan sus arpas.*

A la vez que el momento es solemne y que el sonido de la voz es muy superior a cualquier otro sonido, la voz también es como de arpistas que tocan sus arpas. Al leer esta pequeña frase, inmediatamente viene a nuestra mente el sonido de una música agradable, tocada por una orquesta sinfónica. Alrededor de cien músicos con distintos instrumentos, tocan una melodía tan armónica que elevan el alma, el corazón, la mente y el espíritu, haciendo que el oyente viva momentos tan agradables, que es difícil describir.

De la misma manera la presencia de las Primicias en el Monte de Sion es tan agradable, que lo único que acierta a decir Juan para describirlo, es compararlo con una orquesta de arpas, porque este era el instrumento más conocido en la época en que fue escrito el libro de Apocalipsis.

No hay mayor deleite para Dios, para Sus ángeles, para los veinticuatro ancianos, para los

cuatro seres vivientes y para los hombres que ganaron el galardón de ser las Primicias, que el momento en que éstas son raptadas a Su trono. En el lenguaje humano no existen los términos apropiados para describirlo.

3. Cantan un cántico nuevo

Estos ciento cuarenta y cuatro mil que están con el Cordero en el Monte de Sion, que tienen el nombre del Cordero y de Su Padre escrito en la frente, se manifestarán cantando un cántico nuevo: **“Y cantaban un cántico nuevo”** (Apocalipsis 14.2).

Los Cantores y los Espectadores

Al decir nuevo, la Biblia quiere hacer notar que ese cántico nunca ha sido cantado por nadie, que es un estreno, que es un cántico que nadie conoce, sino que el Cordero lo ha reservado para este momento único y para ser cantado por estas personas únicas. Este cántico es un genuino “estreno”.

El cántico no se ha de cantar en cualquier escenario; no en un famoso estadio de fútbol o de béisbol o en un reconocido coliseo, tampoco en la plaza de Garibaldi, ni en la Escala de Milán, ni en ningún escenario donde el hombre contemporáneo reúne multitudes para idolatrar a cualquier cosa o cualquier persona, sino que el lu-

gar donde se ha de cantar es el trono de Dios en el cielo.

Igualmente, los espectadores de ese hermoso **“concierto”** son nadie menos que el Anciano que está sentado en el trono con apariencia de piedra de jaspe y de cornalina, y de aspecto semejante a la esmeralda, que es Dios mismo: **“Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda”** (Apocalipsis 4.2-3).

Igualmente son espectadores los veinticuatro ancianos que están sentados en sendos tronos, establecidos alrededor del trono de Dios: **“Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas”** (Apocalipsis 4.4). Estos veinticuatro ancianos deben ser representantes de los ángeles que en la rebelión de satanás permanecieron fieles a Dios y con quienes Dios gobierna el universo, mientras se completa el proceso de redención en los hombres que Él ha escogido, de los cuales

los primeros son las Primicias.

También están escuchando y viendo la interpretación del nuevo cántico los cuatro seres vivientes que tienen cara de león, de becerro, de hombre y de águila respectivamente, y que representan la mayor parte de los seres vivos creados, y que están delante del trono de Dios.

En otras palabras, este cántico nuevo será escuchado por Dios y por toda la creación, y el “Director del coro” es el Cordero, el Señor Jesucristo, como forjador de todo el proceso de redención para el hombre, que Dios planeó desde la eternidad: **“puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe”** (Hebreos 12.2), y como tal ha ganado “el derecho” de presentar los primeros frutos de Su gran cosecha delante de Dios y de Sus criaturas, para ser glorificado, honrado y adorado: **“Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos”** (Apocalipsis 14.3).

Exclusivo de las Primicias.

El cántico nuevo que será cantado por las Primicias es de exclusivo aprendizaje de los ciento cuarenta y cuatro mil, y nadie más puede aprenderlo: **“y nadie podía aprender el cántico sino aque-**

llos ciento cuarenta y cuatro mil” (Apocalipsis 14.3).

Esta es una demostración de que los ciento cuarenta y cuatro mil son creyentes que mientras vivieron en la tierra anduvieron en comunión y en intimidad con el Cordero y por esa razón son partícipes de experiencias espirituales y revelaciones que a ningún otro creyente le son dadas: **“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual”** (1 Corintios 2.9-13).

Conocer cosas secretas de otra

persona implica intimidad: por ejemplo, los cónyuges se conocen uno a otro, a tal grado que solo el uno sabe las cosas secretas del otro, porque son íntimos. De la misma manera, los ciento cuarenta y cuatro mil, por ser íntimos con el Señor, serán los únicos que podrán aprender ese melodioso cántico, que en el momento de ser cantado será disfrutado por Dios y por las criaturas que Él ha designado para tal evento tan elevado y único en la historia del universo.

Ese aprendizaje del cántico nuevo no implica que el Corde-ro toma un tiempo para enseñarlo y los ciento cuarenta y cuatro mil toman el mismo tiempo para aprenderlo, sino que los dos han llegado a ser uno y hay un grado de compenetración tal, que lo que hace el Cordero es expresado por las primicias, porque los dos han llegado a ser uno en todo, al mismo grado que el Padre y Jesús son uno, inclusive cuando Él estaba en la tierra en carne: **“¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí”** (Juan 14.10-11). Cuando el Corde-ro canta el cántico nuevo, lo cantan los ciento cuarenta y cuatro mil.

las primicias (3)

Continuamos disfrutando las distintas características de las Primicias vivas, quienes junto con el Hijo Varón serán la totalidad de las Primicias que el Señor arrebatará hasta Su trono antes de la Gran Tribulación.

4. FUERON REDIMIDOS DE ENTRE LOS DE LA TIERRA

La cuarta característica que tienen las Primicias es que fueron redimidos—comprados— de entre los de la tierra: **“ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra”** Apocalipsis 14.3.

Todos los creyentes hemos sido comprados, redimidos de la maldición de la ley **“Cristo nos redimió de la maldición de la ley”** (Gálatas 3.13). La ley que, aunque es buena, santa y justa **“de manera que la ley a la verdad es**

santa, y el mandamiento santo, justo y bueno... Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne” Romanos 7.12; 8.3, debido a nuestra imposibilidad de cumplirla por causa de la debilidad de nuestra carne, se convirtió en un obstáculo insuperable entre Dios y nosotros: **“Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”** (Romanos 7.21-23).

Para vencer la imposibilidad nuestra, Dios en Su amor, se hizo carne, cumplió la ley por nosotros y nos introdujo en la ley del Espíritu de vida **“Porque lo que**

era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne...Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” Romanos 8.3, 2 y de esa manera cumplimos todos los requisitos exigidos por Dios en la ley.

Los redimidos que viven actualmente en la tierra, la mayoría siguen a hombres, doctrinas y organizaciones diferentes, pero no siguen al Señor. Sin embargo, de entre ellos el Señor llama a los ciento cuarenta y cuatro mil que han de conformar las Primicias. Nótese que la Biblia dice que estas Primicias no son tomadas de determinada “iglesia” ni de cierta organización, sino de entre todos los hijos de Dios que están en la tierra, fueron redimidos de entre los de la tierra; esas primicias son aquellos que tienen intimidad con Dios.

Si entendemos los principios que Dios ha establecido en Su palabra, podremos entender la revelación que Él nos da en nuestro espíritu. Por ejemplo, un principio establecido en la palabra es, que casi todas las semillas de la verdad están sembradas en el libro de Génesis, desarrolladas a lo largo

de toda la Biblia y cosechadas en Apocalipsis.

Desde esta óptica, cuando vemos la historia de la creación del hombre en Génesis 2, encontramos que, en el centro del Huerto de Edén, donde Dios puso al hombre para tener comunión con él, estaba el árbol de la vida, que representa a Dios mismo: ***“Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado. Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto”*** Génesis 2.8-9. El centro del Huerto de Edén era Dios y debería ser el centro del vivir del hombre.

Desde ese árbol salía un río que regaba todo el huerto y luego se repartía en cuatro brazos: ***“Y salía de Edén un río para regar el huerto, y de allí se repartía en cuatro brazos”*** Génesis 2.10.

Sabemos que el número cuatro hace referencia a la creación y cuando el río se reparte en cuatro brazos quiere decir que puede llegar a todos los extremos de la tierra. Ese río además representa al Espíritu Santo que hemos recibido los creyentes: ***“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua***

viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Juan 7.38-39), lo cual quiere decir que el Espíritu llega a todos los extremos de la tierra y puede llenar, gobernar y dirigir a todos los hijos de Dios sin importar donde se encuentren.

Lamentablemente esta no es la práctica del cristianismo, porque en cada congregación hay ciertas personas con diferentes títulos tales como pastor, reverendo, anciano, presbítero, apóstol, papa, cardenal, obispo, cura..., que tiene como oficio controlar a los creyentes, y no permiten que éstos sean gobernados por el Espíritu Santo. Les hace falta la realidad de 1 Juan 2.27: **“Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él”**. La unción que mora en nosotros, que no es nadie distinto a Dios como el Espíritu Santo, es quien debe gobernarlos; a ella debemos acudir y no a los hombres que se auto nombran líderes y enviados de Dios, o que son nombrados por otros hombres

que se consideran a sí mismos propietarios de esa función, pero que es exclusiva del Señor: **“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros”** Efesios 4.11.

El Señor está buscando en este tiempo aquellos que quieran ser íntimos con Él y ellos serán las primicias que estarán con el Cordero en el Monte de Sion. No depende de que se pertenezca a alguna organización o de estar bajo la cobertura de determinado líder o de seguir ciertas doctrinas, sino de ser enseñados directamente por la unción; depende de conocer al Señor y seguirlo a Él: **“Y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos”** Hebreos 8.11.

5. NO SE CONTAMINARON CON MUJERES

La segunda característica de las primicias es que son creyentes que no se contaminan con mujeres y se mantienen vírgenes, mientras viven en la tierra: **“Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes”** (Apocalipsis 14. 4).

Si le diésemos una interpretación literal a la palabra, incurriría-

mos en serios errores que nos desviarían de la verdad que el Señor quiere mostrarnos. Si no contaminarse con mujeres tuviera que ver con relaciones sexuales, sería muy difícil que el Señor encontrase miles de hermanos que reúnan esta condición, e implicaría que ningún hermano que ha estado unido en matrimonio podría aspirar a ser parte de las primicias. Tampoco las hermanas podrían ser parte de las primicias, porque son los hombres los que tienen la posibilidad de contaminarse con mujeres y no las mujeres las que puedan cometer tal acción.

No contaminarse con mujeres y ser vírgenes no se refiere a la intimidad sexual, porque en ese caso el matrimonio sería algo abominable para Dios, mientras que en verdad es muy agradable para Él, ya que es un tipo del matrimonio entre Dios y el hombre, lleno de pureza y santidad. Es obvio que creyentes que aman al Señor no caen en pecados sexuales, porque su amor les impide cometer tales acciones.

Recordemos que la palabra de Dios se interpreta a sí misma y debemos ser cuidadosos para no agregarle ni quitarle nada de lo que hay en el corazón de Dios cuando hizo que ella se escribiera tal como está escrita. Lo que sí necesitamos

es que el Señor nos revele en nuestro espíritu Su palabra, para que podamos conocer Sus misterios y tener una clara visión en nuestra alma mediante la iluminación de los ojos de nuestro corazón.

2 Corintios 11.2-4 nos presta una ayuda invaluable para entender el versículo 4 de Apocalipsis 14. Leamos esos tres versículos: ***“Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sencillez y fidelidad para con Cristo. Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis”***.

Pablo manifiesta que cela a los hermanos, pero no con un celo humano, propio de la carne, sino que los cela con celo de Dios. El apóstol era un creyente totalmente saturado por Dios y sentía por los hermanos el celo del Espíritu Santo.

El celo que sentía el apóstol por los hijos de Dios se basa en el

hecho de que él los había desposado con un solo esposo, como una virgen pura a Cristo. Estar desposado no es estar casado, sino estar comprometido en matrimonio, pero aun sin casarse: **“El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo”** (Mateo 1.18).

María estaba comprometida para casarse con José y antes de que se casaran —se juntasen— se encontró embarazada del Espíritu Santo. Cuando recibimos al Señor, creyendo en Él, fuimos desposados, es decir, fuimos comprometidos para casarnos con Cristo y ahora esperamos esa boda, que será las Bodas del Cordero, en las cuales el Señor se casará con una parte de los creyentes, aquellos que serán los vencedores, los que a la vez estarán conformados por las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación. Ahora estamos en el proceso de desposorio, el que podemos comparar con el noviazgo de una pareja, que es anterior al matrimonio.

El peligro de ser corrompidos a través de los sentidos.

En esta etapa, Pablo nos advierte acerca del peligro que tenemos los creyentes de ser corrompidos

por satanás en nuestros sentidos y apartarnos de la sinceridad y fidelidad debidas a Cristo: **“Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo”** 2 Corintios 11.3. La primera advertencia que hace el apóstol es con respecto a los sentidos, por medio de los cuales podemos ser engañados por satanás, y desviarnos de la sinceridad y fidelidad para con Cristo.

Cuando satanás engañó a Eva en el Huerto de Edén lo hizo influyendo sus sentidos, y el primero de los sentidos que atacó fue la mente, que es la parte principal del alma humana. El maligno abordó a Eva tocando su mente y haciendo que ella dudara de la palabra que Dios les había dado. Es más, Eva ni siquiera tenía claridad sobre el mandato de Dios con respecto al árbol de la ciencia del bien y del mal.

Veámoslo en Génesis 3.1-3 **“Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto pode-**

mos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis". El diablo atacó directamente la mente de la mujer y la puso a pensar.

Cuando ella le respondió, automáticamente entró en confusión. Obsérvese la respuesta de la mujer: **"del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis"**. El árbol que estaba en medio del Huerto de Edén, en el centro de él, no era el árbol de la ciencia del bien y del mal, sino el árbol de vida: **"Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto"** Génesis 2.9. Dios deseaba que el hombre comiera del árbol de vida, pero no del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque comerlo tiene como resultado la muerte: **"Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás"** Génesis 2.16-17.

Puede verse con claridad la con-

fusión que tenía Eva al responder que la prohibición de Dios era con respecto al árbol de vida, que estaba en medio del huerto, y no con respecto al árbol de la ciencia del bien y del mal. Satanás aprovechó esta confusión para sembrar más dudas en el alma de Eva: **"Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal"** Génesis 3.4-5.

Satanás fue tan atrevido que trató a Dios de mentiroso y engañador, porque lo acusó ante Eva de que Él les había mentado, sabiendo que, si comían del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal serían iguales a Dios, conociendo el bien y el mal. La mentira es la expresión de satanás, porque él es mentiroso desde el principio y cuando habla, no puede hablar sino mentira, aunque su hablar algunas veces tenga apariencia de verdad, pero no es más que mentira: **"Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre**

de mentira” (Juan 8.44).

La gente que está en el mundo acostumbra a mentir y las personas que se habitúan a decir mentiras tratan de hacer ver que sus fallas están en los demás y no en ellos. Eso es exactamente lo que hizo satanás con Eva: Él es mentiroso y pretendía endilgar la mentira a Dios.

El versículo 6 es muy diciente: **“Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría”**. Una vez que la confusión entró en Eva, tuvo una visión. Vio que el árbol de la ciencia del bien y del mal era bueno para comer.

El mundo está lleno de esa clase de visiones y por eso la gente considera que, siendo bueno, todo el problema de la salvación está resuelto, y tristemente lo mismo ocurre con el cristianismo contemporáneo. Los hermanos que están allí, en su inmensa mayoría, viven haciendo cosas buenas para Dios, creyendo que con sus obras pueden agradarlo, pero no se dan cuenta de que todas sus obras no son más que un engaño del enemigo de Dios para separarlos de la sinceridad y fidelidad para con Cristo.

Eva vio también que el árbol era agradable a los ojos. El sentido de la vista juega un papel bien importante en nuestra relación con Dios y también en la caída de Su propósito. Esta es la razón por la cual el Espíritu nos advierte a través de Juan: **“Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo”** 1 Juan 2.16. Satanás tiene un sistema organizado que se llama el mundo, donde está el bien y el mal, porque se origina en el árbol de la ciencia del bien y del mal y por medio de él tiene cautivo a todo el mundo, lo tiene postrado ante él y engaña también a los creyentes: **“el mundo entero está bajo el maligno”** 1 Juan 5.19.

También vio Eva que el árbol era codiciable para alcanzar sabiduría; pero esta sabiduría no es la que proviene del Espíritu, no es la sabiduría de lo alto, la cual tiene como características que es pura, pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre y sin hipocresía: **“Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía”** (Santiago 3.17).

La sabiduría que procede del árbol de la ciencia del bien y del mal y que despertó la codicia de Eva, es animal, terrenal y diabólica: ***“Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica”*** (Santiago 3.14-15). Cuando se habla que la sabiduría es animal, no se refiere a los animales, porque en ellos no hay sabiduría, sino que se refiere al alma, porque la palabra ánima es alma, entonces es una sabiduría que se origina en el alma: ***“Pero el hombre natural [anímico, del alma] no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”*** 1 Corintios 2.14.

El hombre natural aquí es el hombre animal, el hombre que vive en su alma, el hombre que no usa su espíritu humano para discernir las cosas que son del Espíritu de Dios, sino que permanece en su mente, tratando de conocer las cosas de Dios en su mente. Este hombre mental, nunca podrá discernir las cosas que son del Espíritu.

De lo anterior podemos infe-

rir un principio que es muy valioso para que los creyentes puedan tener una vida espiritual exitosa, agradable al Señor. Tengamos claro que Dios tiene un propósito con Sus hijos: ***Hacer que lleguen a ser iguales a Él en vida y en naturaleza divina. Todos los hijos de Dios un día seremos iguales a Él en vida y en naturaleza divina, pero no en la deidad.***

Recordemos que la deidad es la característica que hace a Dios único, no comparable con ninguna criatura y lo hace el Único ser adorable en el universo. Nadie distinto a Dios merece ni debe ser adorado, y esa es la deidad. En cuanto a Su naturaleza divina y a Su vida eterna, Él sí quiere que lleguemos a ser Sus iguales y poco a poco lo vamos logrando: ***“hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”*** (Efesios 4.13)

Satanás sabía que este era el propósito de Dios y como no tenía nada mejor que ofrecerle a Eva, le prometió que, comiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal, el hombre llegaría a ser igual a Dios: ***“sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien***

y el mal' (Génesis 3.5). Dios, entonces, tiene un propósito y satanás trata de imitarlo prometiéndole a Eva lo mismo. El diablo se ha esforzado a lo largo de los siglos por hacer que el hombre iguale a Dios. Podemos ver esto en el desarrollo de la ciencia y la tecnología.

La clonación de seres vivos entre ellos los humanos, permite que el hombre *"haga"* seres humanos según su deseo: color de la piel, de los ojos, del cabello, estatura, raza... Hoy es posible modificar las características de un ser humano al gusto del hombre, gracias al descubrimiento del genoma humano y a la posibilidad de clonar seres vivos. Recientemente los científicos han logrado producir células vivas a partir de materiales sintéticos: ***"Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia, la cual profesando algunos, se desviaron de la fe. La gracia sea contigo. Amén"*** 1 Timoteo 6.20-21.

Satanás se esfuerza cada día para que el hombre logre más adelantos científicos y tecnológicos, porque sabe que en ese desarrollo tiene una fuente poderosa para alejar al hombre de Dios, y busca enaltecerlo hasta que éste se haga

un dios. Esa fue la intención de satanás antes de su caída, hacerse igual a Dios: ***"¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo"*** (Isaías 14.12-14). Debido a que fracasó en su intento y fue juzgado por Dios ***"Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo"*** (Isaías 14.15), no ha perdido la esperanza de lograrlo mediante el hombre.

Estas afirmaciones plantearían un interrogante para los creyentes, especialmente si se trata de jóvenes: ¿Un joven creyente debe estudiar, debe cursar y terminar su bachillerato, obtener una carrera profesional en la universidad y graduarse? Claro que debe hacerlo.

Es necesario que los jóvenes creyentes se preparen, que obtengan una carrera profesional, si es posible que cursen una maestría y un doctorado, pero deben ser cuidadosos en que toda esa preparación no los aleje del Señor, que no

los lleve a ser infieles al Señor, que se mantengan comprometidos— desposados— con el Señor.

Los jóvenes deben ser cuidadosos para que sus estudios no sean un medio por el cual satanás los extravíe de la sencillez y fidelidad para con Cristo. Si en el medio en que se desenvuelve un joven creyente hay un fluir genuino del Espíritu, tenemos la seguridad de que por más preparación que obtenga en el mundo secular, esa preparación no lo alejará del Señor, sino que mantendrá por Él un amor incommovible: **“El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatematizado. El Señor viene”** 1 Corintios 16.22.

Esperamos que hasta este punto haya mucha luz sobre el tema de no contaminarse con mujeres, permaneciendo desposados con Cristo como vírgenes puras, la cual es la quinta característica de las Primicias.

OTRO JESÚS, OTRO ESPÍRITU Y OTRO EVANGELIO.

Pero aún hay otro aspecto que debemos considerar con respecto a ser vírgenes, porque por éste, podemos perder nuestra fidelidad y sencillez para con el Señor. Lo encontramos en 2 Corintios 11.4 **“Porque si viene alguno predi-**

cando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis”. La conjunción causal porque, es un enlace entre los versículos 3 y 4, es decir, que lo descrito en el versículo 4 tiene que ver con ser engañados por el enemigo en los sentidos y extraviados de la sinceridad y fidelidad para con Cristo.

Aquí hay tres aspectos distintos que son predicados por algunos: Jesús, el espíritu y el evangelio. Tengamos claridad que Jesús, el espíritu y el evangelio son únicos y fueron establecidos por el Espíritu en la Biblia, especialmente en el Nuevo Testamento y los creyentes deben ser cuidadosos, porque hay muchos predicadores que enseñan a un Jesús distinto, un espíritu diferente y un evangelio falso. De éstos está minado el cristianismo actual.

El Espíritu Santo mismo lo advirtió a través de Pablo cuando dijo: **“Estoy asombrado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de**

Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anuncia-re otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” Gálatas 1.6-9.

El evangelio fue anunciado por el Espíritu y aunque para ello usó a Pablo y a otros santos, el evangelio no es de inspiración de Pablo ni es invención suya, pues él mismo afirma: **“Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”** Gálatas 1.11-12. Pablo no predicó su propio evangelio, sino que predicó el evangelio que le fue dado por revelación de Jesucristo, y dice que si aún él mismo o un ángel del cielo anunciaren un evangelio diferente a ese que ya fue revelado y predicado, es un maldito. Ni siquiera Pablo podía tomarse el atrevimiento de cambiar el evangelio que el Espíritu había anunciado a través de él.

Y lo que uno oye y ve en los **“ministros evangélicos”** contemporáneos es precisamente todo lo contrario: son personas que no tie-

nen un ápice de revelación y viven inventando un montón de historias y fábulas mentirosas, algunas basadas aparentemente en la Biblia, pero acomodadas a sus intereses, con el fin de atraer los creyentes hacia ellos.

Todos los creyentes del Señor Jesucristo debemos buscar que Él nos revele Su palabra, para que podamos conocerlo en nuestro espíritu y verlo en nuestra alma.

El Espíritu sabiendo de estos peligros, impulsó a Pablo a orar en Efesios 1.16-19: **“no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza”**.

Esta debe ser una de nuestras oraciones frecuentes, para que en nuestro espíritu tengamos revelación y conocimiento de Dios y con

esa sabiduría que viene de lo alto, podamos comprender en nuestra mente todo lo relativo al Señor y a Su plan eterno.

Hoy como en el tiempo de Pablo, necesitamos recibir el evangelio mediante revelación y por Jesucristo, que es el Espíritu. Es necesario hacer uso de la unción que el Señor nos dio, para que mediante ella, el verdadero Jesús, el único Espíritu y el genuino evangelio nos sean revelados y no creamos a aquellos que vienen anunciando a un Jesús, a un Espíritu y a un evangelio diferentes: ***“Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él”*** 1 de Juan 2.27.

Pablo les reprochó a los corintios, de la misma manera que el Espíritu hoy reprocha a los creyentes, el hecho de que cuando vienen algunos predicando estos tres aspectos diferentes, los toleran: ***“Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis acep-***

tado, bien lo toleráis” 2 Corintios 11.4.

Es duro tener que hablar con tanta franqueza, pero no se debe poner el candelero debajo del almud; por el contrario, tratamos de ponerlo en lo más alto, para que su luz alumbre a todos los que están en casa. Hoy, en cada congregación cristiana se predica un Jesús diferente al que está en la Biblia; los hermanos reciben un espíritu diferente y toleran un evangelio pervertido.

Cada congregación en el cristianismo sea denominada o libre, es una división de la iglesia, porque los hermanos, incluidos los líderes, no viven en la comunión del Hijo Jesucristo nuestro Señor: ***“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo nuestro Señor”*** 1 Corintios 1.9. Esta es la única comunión y a ella fuimos llamados. No fuimos llamados a la comunión de un líder, de una organización, de un ministerio distinto al del Espíritu o de una doctrina, sino a la única comunión, la del Hijo Jesucristo, que es nuestro Señor.

Igualmente, las congregaciones son divisiones porque los santos que hay allí no son diligentes en guardar la unidad del Espíritu: ***“solicitos en guardar la unidad***

del Espíritu en el vínculo de la paz” Efesios 4.3.

La unidad del Espíritu no se guarda porque un grupo de hermanos se ponen de acuerdo para guardarla, sino porque cada uno de los hijos de Dios busca en su espíritu ser uno con el Espíritu, es diligente en poner su mente en el Espíritu, en buscar comunión íntima con el Señor, en buscar revelación de Su palabra, de quién es Él, de agradarlo, de ser guiado y gobernado por el Señor.

Cuando en esta tierra haya hermanos que decidan buscar al Señor, no siguiendo a hombres, podemos estar seguros de que el Señor unirá a esos hermanos y los enseñará a ser unánimes, a hablar la misma cosa, a tener el mismo sentir, a no estar divididos y a seguir la misma regla, y ellos serán las Primicias, los que no se contaminan con mujeres y mantienen su virginidad para el Señor: **“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor. Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”** 1 Corin-

tios 1.9-10.

Preguntarás entonces: ¿Esto quiere decir que debo dejar la organización en la que me congrego e ir a otro grupo? No, querido lector. No te estamos pidiendo que dejes nada, sino que te vuelvas al Señor, que no sigas a hombres, que no tolere un Jesús distinto al que es revelado por el Espíritu; que no aceptes un Espíritu distinto al que quiere darte el Señor y que no aceptes un evangelio distinto al que es anunciado en la Biblia y que todo esto se puede recibir solamente mediante revelación. Si tomas esta decisión en el Señor, puedes estar seguro de que Él te guiará adonde quiere y te unirá con aquellos que de corazón puro invocan el nombre de Cristo.

Para concluir esta característica de las Primicias, diremos que seguir a hombres, comuniones y ministerios particulares, organizaciones y doctrinas, quienes quiera que ellos sean, es ser infieles al Señor y es perder la virginidad y contaminarse con mujeres, lo cual conduce a perder la oportunidad de ser las Primicias, aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que estarán en el Monte de Sion junto con el Cordeiro, cantando un cántico nuevo que solo ellos pueden aprender y que será entonado delante del trono, de los veinticuatro ancianos y de

los cuatro seres vivientes.

¡Tú decides!

las primicias (4)

6. SIGUEN AL CORDERO POR DONDEQUIERA QUE VA

Esta es la sexta característica de los ciento cuarenta y cuatro mil que están de pie con el Cordero sobre el Monte de Sion, que tienen el nombre del Cordero y el de Su Padre escrito en la frente y que cantan un cántico nuevo delante del trono, de los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes, cántico que solo puede ser aprendido por ellos.

“Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va” Apocalipsis 14.4. Es necesario tener claridad en el sentido de que el seguimiento al Cordero por dondequiera que va no es un evento futuro, sino que es un presente permanente. No dice la palabra que los ciento cuarenta y cuatro mil seguirán al Cordero,

sino que, en este tiempo presente, es decir, durante su peregrinar por la tierra, estos creyentes siguen al Cordero por dondequiera que Él camina.

Hoy el Cordero está caminando para cumplir el plan de Dios con el hombre y Él no está quieto, sino que permanentemente está avanzando en Su trabajo. Pero ese trabajo no lo está haciendo solo, sino que ha llamado y está llamando a algunos para que sean uno con Él y juntos lleven adelante la obra de Dios.

A esto se refiere el Espíritu en Efesios 2.10 cuando afirma: ***“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”***. Dios no quiere ni admite que nosotros

hagamos obras para Él, sino quiere que conozcamos las obras que planeó desde antes de la fundación del mundo para que caminásemos en ellas: **“Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”** (Juan 5.17).

Este es uno de los mayores inconvenientes del cristianismo contemporáneo: está lleno de obras distintas a las que el Señor planeó. Los cristianos lo hacen así porque no conocen su espíritu humano y al no conocerlo no saben vivir en él y por no vivir y andar en el Espíritu no tienen revelación y por falta de revelación no conocen a Dios ni Su plan y al desconocer la voluntad de Dios no tienen visión en su entendimiento y no saben seguir al Cordero por donde Él va. Entonces se dedican a seguir a líderes cristianos, a organizaciones, a ministerios particulares y a doctrinas y el Señor es dejado de lado.

Seguir al Cordero por dondequiera que va implica conocer Su voz: **“A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz”** Juan 10.3-4. Para oír la voz del Señor hay un requisito único: estar en el espíritu. Recuérdese

que Dios puso en los hombres un espíritu humano y en los creyentes ese espíritu está mezclado con el Espíritu, que es Dios. Luego para oír la voz del Cordero, es necesario entrar en el Espíritu, que es el único lugar donde podemos tener comunión con Dios.

En la alegoría que el Señor habló en Juan 10 muestra que los Suyos están en rediles. Un redil es un corral donde se guardan las ovejas de noche y en invierno, para protegerlas de la intemperie y de los depredadores; pero en ese corral no hay comida fresca y su ambiente no es el más apropiado para vivir una vida elevada. Es por eso que el pastor, temprano en la mañana abre las puertas del redil para que las ovejas salgan y una vez que las ha sacado, las lleva a disfrutar de los pastos verdes y de las fuentes de agua, para que las ovejas coman y beban y se satisfagan.

Espiritualmente hablando, ocurre lo mismo en el cristianismo. Sus líderes han erigido corrales donde tienen encerradas a las ovejas. En esos corrales los hermanos tienen poca comida y la que tienen no es nutritiva. Los santos están muy mal alimentados en los rediles del cristianismo. Por la mala nutrición, ellos no pueden crecer en el Señor, no lo conocen, viven una vida sin esperanza, cada se-

mana su emoción es calentada en el culto, pero pasan años y años y no alcanzan la más mínima transformación, desconocen totalmente lo que el Señor está haciendo, caminan, pero no tienen una meta ni pueden ver el camino por donde deben andar, porque en los rediles no hay luz, casi todo es tinieblas, lo máximo que hay es penumbra.

Entiéndase que la obra de edificación de la iglesia es exclusivamente del Señor y que, aunque Él nos ha llamado a que seamos Sus colaboradores, es decir, aquellos que laboran juntamente con Él, no podemos hacer ninguna obra paralela a Él, no podemos hacer obras que provengan de nuestra iniciativa, sino que debemos aprender a seguirlo, a oírlo y a obedecerlo.

Siendo así la situación de los creyentes, el Señor viene a llamar a las ovejas que son Suyas, y las llama por su nombre. Las ovejas que son del Señor oyen Su voz y le obedecen; entonces el Señor las saca de los rediles y una vez que las ha sacado va delante de ellas y las ovejas lo siguen, porque conocen Su voz.

Apreciado lector: No tenemos duda de que, en tu condición espiritual presente, te encuentras en un redil, no importa el nombre que éste tenga, ni lo elevado de la doctrina que allí se practique, ni lo

espiritual que sea el líder que lo ha encerrado. Para el Señor solo hay un rebaño del cual Él es el Único Pastor. Los demás son títulos auto impuestos que satanás utiliza para engañarte; quienes ostentan esos títulos son asalariados a quienes no les importan las ovejas.

Hoy el Señor está tocando a tu puerta. Vuélvete a tu espíritu para que puedas oír la voz del Pastor y una vez que la hayas oído síguelo por dondequiera que va. Deja que el Señor vaya delante tuyo y dedícate solamente a seguirlo. Entra en tu aposento—tu espíritu humano— y enciértrate con el Señor, ten una comunión íntima con Él, escúchalo y dile que quieres agradarlo, que necesitas revelación, sabiduría y conocimiento de Él. Puedes estar seguro de que Él oirá esa clase de oración, y te sacará del redil y serás guiado por el verdadero Pastor, y encontrarás en Él comida y bebida nutritivas que te harán crecer, te transformarán, te guiarán a hacer la voluntad del Señor y serás parte de las Primicias.

Juan 10.11 dice: **“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas”**. Solamente el Señor tiene la capacidad de darte vida abundante, porque Él es el buen Pastor. Ningún hermano por espiritual y capacitado que sea, está en capacidad de suplirte

la vida del Señor. Lo máximo que podemos hacer los creyentes es llenarnos del Señor y permitirle que fluya desde nosotros y llegue a otros santos y esta debe ser la vida normal de los creyentes genuinos.

Lamentablemente este no es el vivir del cristianismo contemporáneo. En la mayoría de los cristianos el canal está obstruido y lo poco que fluye no es vida, sino fluidos de la mente, del alma caída, sin nada de espíritu. Entiéndase que es el Señor quien llama a las ovejas por Su nombre y que una vez que las ha llamado las saca fuera y cuando las ha sacado va delante de ellas y las lleva a pastos frescos para alimentarlas con todas Sus riquezas. Esta función la cumple solamente el Señor y ningún hombre puede arrogarse el derecho de suplantar al Señor.

El Señor hoy está a la puerta de los rediles y a la puerta del corazón de los creyentes, tratando de que ellos oigan Su voz. Si oyen la voz y abren la puerta Él entrará en cada uno para tener un disfrute y un gozo mutuos, para alimentarse con el fruto que tú produces gracias a Su trabajo y para que te alimentes de Sus abundantes riquezas: ***“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él con-***

migo” (Apocalipsis 3.20).

Entiéndase que esta característica de las Primicias es seguir al Cordero por donde Él va y no al revés, porque la mayoría de los creyentes pretenden que sea el Señor quien los siga, que Él complazca Sus caprichos, que haga las obras que ellos planean, que actúe conforme a sus gustos. Todo esto se da por no vivir ni andar en el espíritu, por la escasez de revelación que hay en los hermanos. El Señor en Su misericordia nos está brindando una nueva oportunidad que no debemos despreciar, sino oír atentamente Su voz y tomar la decisión valiente de seguirlo, sin importar que todas las circunstancias, las personas, satanás y su reino de tinieblas se opongan a esa decisión. El reino de los cielos es para los valientes, para aquellos que con decisión firme seguimos al Señor por dondequiera que Él va: ***“Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan”*** Mateo 11.12.

Seguir al Cordero por dondequiera que va nos garantizará ser parte de las Primicias y entrar en el reino de los cielos, además de todas las ventajas que tendremos de participar en los hechos que hasta aquí hemos descrito.

7. FUERON REDIMIDOS COMO PRIMICIAS PARA DIOS Y PARA EL CORDERO

Una característica más que identifica a los santos que han de ser las Primicias es que ellos han sido redimidos de entre los hombres, para el disfrute exclusivo de Dios y del Cordero: **“Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero”** Apocalipsis 14.4.

Obsérvese que estas primicias fueron redimidas, comprados de entre los hombres, lo cual quiere decir que no son ángeles, ni otra clase de seres, sino hombres. Estos ciento cuarenta y cuatro mil fueron comprados del género humano, porque el plan de Dios no es con los ángeles, ni con los animales, ni con ninguna otra criatura, sino con el hombre, que, aunque lo ha hecho un poco menor que los ángeles, sin embargo, lo ha coronado de honra y de gloria y ha trazado un plan eterno en el cual lo hace la criatura más importante: **“¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste**

debajo de sus pies” Salmos 8.4-6.

Para ser las Primicias no se requiere pertenecer a un grupo especial en esta tierra, sino simplemente ser hombre. Claro está que debes ser un hombre redimido por el Señor, regenerado, nacido de nuevo, y dispuesto para que el Señor trabaje en ti y así puedas alcanzar los requisitos que Él ha determinado y que estamos describiendo en este capítulo.

Dice el versículo que estos han sido redimidos como primicias para Dios y para el Cordero. La Biblia compara la iglesia con una labranza: **“Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios”** 1 Corintios 3.9. Una labranza es un pedazo de tierra que se ha preparado adecuadamente para sembrar cierta clase de semillas, con el fin de que nazcan plantas y éstas produzcan frutos aptos para la alimentación del hombre.

Como labranza de Dios Él se ha sembrado como la semilla de vida en nuestro corazón, que está representado por la tierra, y desea que produzcamos fruto para Su deleite: **“Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su cora-**

zón... El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre”
Mateo 13.19, 37.

El Señor se ha sembrado a Sí mismo como semilla en el corazón de muchas personas y espera crecer en cada creyente hasta la madurez, y tener una gran cosecha para Su disfrute. Ahora, esa cosecha no tiene un solo momento de siega, sino que son por lo menos tres: las Primicias vivas junto con el Hijo Varón, los Vencedores de la Gran Tribulación y la siega mayor. Cuando un agricultor siembra una semilla, por ejemplo, papa, ya cerca de la cosecha mayor encuentra en el campo que algunas de las matas de papa han desaparecido y la plantita se ha convertido en un pequeño tallo de color ocre, mientras que el resto de las matas están verdes y enhiestas.

Los tallos de color ocre indican que las papas de esas matas han madurado antes que la mayoría, que esas papas están listas para ser cosechadas y disfrutadas por el agricultor, y que si se las deja más tiempo en la tierra se descomponen y no serán aptas para comer. Estas primeras papas que han madurado son las primicias, y no son llevadas al silo, sino directamente a la cocina para ser preparadas y disfrutadas.

Igualmente, el Señor ha labora-

do preparando una gran labranza que va a cosechar por lo menos en tres épocas diferentes: las primicias que las conforman los vencedores vivos tomados antes de la Gran Tribulación, que en este libro denominamos las Primicias y que es el grupo de santos de los que estamos hablando en este capítulo. Éstos junto con el Hijo Varón, que serán los creyentes que vivieron en la tierra solamente para agradar al Señor, es decir, tuvieron un vivir de primicias, pero murieron, serán resucitados antes de la Gran Tribulación y unos y otros serán llevados al cielo, al trono de Dios.

La segunda época de la cosecha será cerca al final de la Gran Tribulación, cuando todos los hijos de Dios que no han sido raptados antes de la Gran Tribulación serán llevados a los aires, donde se establecerá el Tribunal de Cristo. Los que estén muertos en ese momento serán resucitados y los que viven serán transformados y raptados a los aires: **“He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transfigurados... Porque el Señor mismo con exclamación de voz, con el arcángel y con la trompeta, vendrá del cielo, y los muertos en Cristo serán vivos, nosotros que quedamos quedaremos vivos, pero seremos transformados. Porque el Señor mismo descenderá del cielo, y los muertos en Cristo serán vivos, nosotros que quedamos quedaremos vivos, pero seremos transformados. Porque el Señor mismo con exclamación de voz, con el arcángel y con la trompeta, vendrá del cielo, y los muertos en Cristo serán vivos, nosotros que quedamos quedaremos vivos, pero seremos transformados.”**

mación de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” 1 Corintios 15.51-52; 1 Tesalonicenses 4.16-17.

Estando allí serán juzgados por el Señor conforme a su crecimiento en vida y tendrán dos opciones: los que, durante la Gran Tribulación hayan crecido y alcanzado la estatura de la plenitud de Cristo, hayan llegado a ser el hombre de plena madurez, hayan obtenido el pleno conocimiento del Hijo de Dios y hayan llegado a la unidad de la fe, estarán aptos para entrar a las Bodas del Cordero que es la manifestación plena del reino de los cielos; estos son los vencedores de la Gran Tribulación. Los que aún estén inmaduros, irán a las tinieblas de afuera donde serán tratados por mil años llorando y crujiendo los dientes. En esos mil años alcanzarán la plena madurez y finalmente entrarán en la Nueva Jerusalén por la eternidad, pero lamentablemente habrán perdido el disfrute de las Bodas del Cordero.

En Mateo 22 se habla de la parábola de las bodas, y en esa parábola, cuando el Rey vino a ver a los convidados encontró a uno que no estaba vestido apropiadamente; entonces el Rey dijo a quienes servían que lo ataran de pies y manos y lo echaran a las tinieblas de afuera donde hay lloro y crujiendo de dientes.

El primer grupo de la cosecha está conformado por los creyentes que maduran primero y en consecuencia serán los primeros frutos de Su labor, que disfrutará el Señor; por eso dice el versículo que estos fueron redimidos como primicias para Dios y para el Cordero.

Participar de las Primicias es el mayor galardón que un ser humano puede alcanzar. Consideramos que no hay mayor privilegio para un creyente que ser parte de las Primicias, porque ellas habrán logrado cosas que ningún otro creyente alcanzará.

En primer lugar las primicias serán arrebatados vivos, lo que quiere decir que no pasarán por la muerte, no tendrán que morir, sino que el Señor transformará sus cuerpos en un instante, el cuerpo pecaminoso, de humillación, se convertirá en un cuerpo de gloria, que no tiene ninguna relación con el pecado: ***“el cual transforma-***

rá el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3.21).

Esta será la mayor victoria sobre satanás, porque por medio de la introducción del pecado, que él hizo en el mundo, trajo consigo la muerte y todos los hombres fueron condenados a morir, pero las primicias no tendrán que pasar por la experiencia de la muerte.

¡Qué privilegio tan elevado! Ni aún el Señor Jesús como hombre escapó de la muerte. Claro que Él no murió por causa de Su pecado, porque pecado no hubo en Él, sino que, para cumplir los requisitos de Dios, se sometió a sufrir la muerte, con el fin de que todos nosotros no muriésemos eternamente y las Primicias no tengamos que pasar por ese estado degradado que se llama muerte. Es estupendo lo que Dios ha preparado para los que le aman, las Primicias: evitarles pasar por la muerte y ser arrebatados vivos a Su trono. El Señor nos está llamando en este tiempo a ser las Primicias. Falta muy poco para Su venida.

8. EN SUS BOCAS NO HAY MENTIRA

Es la última de las caracterís-

ticas de las Primicias descritas en Apocalipsis 14.1-5: ***“y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha”*** (Apocalipsis 14.5 – Gr.).

La mentira no es solamente lo contrario de la verdad y la verdad no es un concepto filosófico, pues al ser un concepto filosófico se torna muy difícil definirlo, porque lo que para unos puede ser verdad, para otros es una gran mentira, o hay verdades a medias o parciales que se convierten finalmente en mentiras.

Para entender la verdad y la mentira desde el punto de vista de Dios, es necesario enfrentar a dos personas: al Señor Jesús y a satanás, porque esas dos personas son respectivamente, la verdad y la mentira.

La verdad, es una persona preciosa y maravillosa, es el Señor Jesús. Él mismo lo declara de esa manera: ***“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”*** Juan 14.6. Al hacer esta firme declaración de que Jesús es la verdad, estamos enfatizando que todo lo que esté fuera del Señor Jesús, todo aquello que no es Él mismo, es mentira y es vanidad.

Lo mismo declaró el Señor cuando estaba siendo juzgado por Poncio Pilato, antes de que éste lo

sentenciara a muerte: **“Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. Le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad?”** (Juan 18.37-38). Naturalmente Poncio Pilato no podía entender qué es la verdad, porque estaba acostumbrado a oír los conceptos filosóficos acerca de la verdad, enseñados por los filósofos griegos y romanos. Aunque el Señor le hubiese explicado que la única verdad es Dios mismo, a quien Pilato estaba juzgando, éste no le hubiese creído; por esa razón Jesús optó por callarse, después de decirle una frase bien significativa: **“Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”**.

Poncio Pilato no era de la verdad y nunca oiría la voz de Jesús. Eso ocurre hoy con muchas personas: **“Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error”** 1 Juan 4.6.

Antes de que Jesús viniese en carne, el mundo estaba lleno de vanidad y de mentira, pero cuando Él apareció, trajo la verdad consigo: **“la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”** Juan 1.17.

La verdad no solo es la persona del Señor Jesús quien es Dios, sino que la verdad está en Él, y nosotros necesitamos ser enseñados por la verdad: **“si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús”** Efesios 4.21.

La verdad no solo es el Señor Jesús, quien es Dios completo, sino que la verdad también es el Espíritu, quien igualmente es Dios completo: **“Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad”** (1 Juan 5.6) y esa verdad, esa persona divina hoy mora en nosotros, para que nosotros andemos en la verdad: **“Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad... Pues mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad, de cómo andas en la verdad. No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad...”** 2 Juan 4; 3 Juan 1-4.

Conocer la verdad es conocer la persona del Señor, es conocer a Dios Tres Uno, y ese conocimiento nos libera de satanás y su reino: **“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”** Juan 8.32. Igualmente, el conocimiento de la

verdad nos santifica: **“Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad”** Juan 17.19.

Seguir la verdad en amor nos hace crecer en vida hasta que alcancemos la estatura de la Cabeza: Cristo: **“Sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo”** Efesios 4.15. La obediencia a la verdad purifica nuestras almas, conforme al deseo del Señor, y nos ayuda a amar a los hermanos entrañablemente con corazón puro: **“Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro”** 1 Pedro 1.22. La verdad es la única que puede salvarnos de satanás y su reino: **“El cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengán al conocimiento de la verdad”** 1 Timoteo 2.4.

En oposición a la verdad tenemos la mentira y ésta está encarnada por satanás. Él es la mentira y padre de mentira; en él no hay verdad, Dios no está en él: **“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido**

homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira” Juan 8.44.

LOS MENTIROsos

Quienes practican la mentira expresan a satanás y quienes no expresan al Señor expresan a satanás y son mentirosos y estas son algunas de sus características:

8.1. Practican la idolatría

La práctica de honrar y dar culto a las cosas creadas, a eventos y a muchas cosas que no son el Señor, es el mayor deleite para satanás: **“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad... Ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén”** Romanos 1.18, 25.

8.2. Conforman grupos religiosos

Las religiones en su totalidad son hijas de la mentira. Debemos entender que Dios no es católico, ni es musulmán, ni es budista, ni protestante, ni confucionista, ni

pertenece ni se expresa mediante ninguna religión. La religión es un invento satánico para engañar al hombre y oponerse al plan y al deseo de Dios.

La mayoría de los grupos religiosos se caracterizan por las prohibiciones que hay en sus dogmas. Por ejemplo: los católicos prohíben a sus sacerdotes casarse, cuando el matrimonio es un estado que a Dios le agrada profundamente, porque en Su plan eterno está casarse con el hombre, pero los mandamientos católicos prohíben a sus sacerdotes unirse a una mujer en matrimonio—celibato— y por eso, a lo largo de la historia de esa iglesia se ha practicado la pederastia, el homosexualismo, el lesbianismo y la violencia sexual.

En el año 2010, una cadena de televisión colombiana mostró a una mujer adolescente que en Nicaragua había sido violada por un sacerdote católico. El violador había sido juzgado por la justicia de ese país, pero antes de ser encarcelado logró huir a Colombia. La mujer afectada viajó a Colombia y frente a las cámaras de la televisión lo encaró, le hizo ver su delito y lo maldijo. Los sacerdotes católicos, debido al celibato inhumano que les impone su religión, en toda su historia se han caracterizado por abusar sexualmente de mujeres y

niños; pero solamente hasta finales del siglo pasado y lo que va corrido de este siglo se han destapado algunas de las inmundicias que ellos han practicado y practican.

Son muchos los países donde se ha denunciado y se denuncia la aberrante práctica de violación sexual a niños. Frente al hecho, el actual papa de turno no es capaz de condenar seriamente estas prácticas, porque él no tiene ninguna autoridad moral para condenarlos, pues es el jefe de una “iglesia” conformada por ministros pederastas, violadores sexuales y maniáticos.

Por eso el Espíritu advierte a través de Pablo: ***“Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad. Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias”*** 1 Timoteo 4.1-4.

Prohibir casarse como hacen el

catolicismo y algunos grupos religiosos heréticos, es escuchar a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios y es una apostasía contra la fe, propia de los últimos tiempos. Junto con esta prohibición, está la de consumir ciertos alimentos como hacen los gnósticos, los taos, los adventistas del séptimo día, que prohíben consumir alimentos cárnicos, y los católicos en lo que llaman la cuaresma y la abstinencia, prohíben comer carne vacuna durante algunos viernes.

las primicias (5)

Llegamos al final de las Primicias y describimos aquí otras de las características de ese grupo dilecto de Sus hijos que el Señor anhela fervientemente constituir y que alcanzarán el máximo galardón que el Señor otorgará a algunos de Sus creyentes.

Esta es otra de las propiedades de los mentirosos que siguen a satanás, que se proclaman como cristianos, pero que en verdad son agentes, emisarios y servidores de satanás.

8.3. Se convierten en falsos maestros

Entre los grupos evangélicos especialmente, a finales del siglo XX y en lo corrido del presente siglo XXI, se ha levantado una corriente de falsos maestros que se proclaman como enviados de Dios y apartan aun a los creyentes, de la

fidelidad para con el Señor Jesús. Toman como base la Biblia, pero tuercen su interpretación y se oponen a la verdad. Hablando de los falsos Maestros, Pedro, guiado por el Espíritu Santo hace una clara advertencia: **“Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado”** 2 Pedro 2.2. Su hablar es disoluto y hacen que el camino de la verdad, que es el Señor Jesús, sea blasfemado.

Estos falsos maestros toman la piedad, que es Dios expresado a través de los creyentes, como fuente de ganancia, porque su entendimiento se ha llenado de corrupción: **“hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia; apártate de los tales”** 1 Timoteo

6.5 y buscan enriquecerse falsificando la palabra de Dios: **“Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios”** 2 Corintios 2.17 y tratan de trastornar y desviar la fe de los hijos de Dios: **“se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos”** 2 Timoteo 2.18.

Se dedican a propalar fábulas y mandamientos de hombres para apartar a los santos del Señor, haciendo que los sigan a ellos: **“No atendiendo a fábulas judaicas, ni a mandamientos de hombres que se apartan de la verdad... Y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas”** Tito 1.4; 2 Timoteo 4.4.

Estos hombres nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad, y cuando ésta les es presentada, la resisten, porque son reprobados en cuanto a la fe: **“Estas siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad. Y de la manera que Janes y Jambres resistieron a Moisés, así también éstos resisten a la verdad; hombres corruptos de entendimiento, réprobos en cuanto a la fe”** 2 Timoteo 3.7-8.

Hasta aquí hemos establecido un claro contraste entre la verdad

y la mentira y esperamos que para todos los lectores sea suficientemente claro que la característica de las primicias que en su boca no se ha hallado mentira, pues son sin mancha, no se refiere a decir o no mentiras según las entiende el mundo, sino a hablar o no hablar de acuerdo con lo que el Señor habla a través de los creyentes.

Para hablar la verdad, es necesario vivir en comunión con el Espíritu en nuestro espíritu humano, porque Él es el único que puede guiarnos a toda la verdad y salvarnos de la confusión y el caos al que satanás ha sometido al mundo y aun a la iglesia: **“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad”** Juan 16.13. El Espíritu ya vino y mora en el espíritu de quienes somos hijos de Dios y Él nos guía a toda la verdad, para que en nuestra boca no sea hallada mentira y así no tengamos ninguna mancha para presentarnos delante de Dios como las Primicias.

En medio del cristianismo, satanás ha infiltrado sus ministros y frente a ellos debemos ser firmes: **“A los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros”** Gálatas 2.5. Existe la posibilidad de que aún los her-

manos genuinos sean desviados y frente a ellos debemos aprender a oír al Espíritu y usar un corazón amoroso, pero firme para no permitir que nos desvíen y que ellos puedan volverse a la verdad: ***“Que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad ... Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados”*** 2 Timoteo 2.25; Santiago 5.19-20.

Pablo tuvo una buena experiencia en este tema, cuando enfrentó a Pedro, a Bernabé y a otros judaizantes que habían venido de parte de Santiago y estaban desviando a los gálatas de la verdad: ***“Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?”*** Gálatas 2.14.

Mentir es expresar a satanás, porque la mentira es la persona y la personalidad de él. En este sentido, las primicias son sin mancha,

porque en su boca no se halla mentira, no hay ninguna expresión de satanás en ellos.

Poder ver todas estas cosas se debe a la gran misericordia que el Señor está teniendo con nosotros, para que entremos en el aposento—el espíritu humano— y en una íntima y profunda comunión con Él, tengamos un arrepentimiento genuino y profundo de tantas cosas que tenemos que tratar, y podamos alcanzar este privilegio de llegar a ser las primicias, que hemos descrito muy brevemente en estos capítulos. Que el Señor nos conceda la plenitud de Su gracia y alcancemos el logro de ser las Primicias.

Las Primicias es el mayor galardón que el Señor otorgará a un grupo de creyentes y por esa razón, las exigencias para alcanzarlo también son máximas: llegar a ser completamente saturados de la vida y la naturaleza divinas hasta alcanzar la realidad del número ciento cuarenta y cuatro mil y recibir en la frente el nombre del Cordero y de Su Padre.

Alcanzar tal grado de unidad con el Cordero nos permitirá aprender el cántico nuevo que es exclusivo de los ciento cuarenta y cuatro mil; nadie más puede aprenderlo.

Seguir al Cordero por dondequiera que va, lo cual quiere decir que son personas que aprenden a mantenerse en el espíritu, en comunión con el Señor, las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año.

Es necesario mantener su condición de vírgenes puras, comprometidas para casarse con el Señor en las Bodas del Cordero, evitando ser extraviados por satanás de la sencillez y fidelidad para con Cristo, no contaminándose a través de los sentidos, que son los conductos que el diablo usa para extraviar a los hijos de Dios, así como lo hizo con Eva y Adán en el Huerto de Edén.

Mantenerse fieles al Señor, no siguiendo a hombres, a organizaciones ni a doctrinas particulares, las que abundan en este tiempo de máxima degradación de la iglesia. Finalmente es necesario evitar cualquier vestigio de mentira por medio del cual satanás pueda expresarse, porque ya hemos visto que la mentira es la expresión de la persona de satanás.

Las Primicias, lo mismo que el Señor Jesús mientras anduvo en carne, nada tenía del diablo: **“porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí”** Juan 14.30.

Al tener conocimiento de estos requisitos que son muy elevados, el lector tal vez pensará que llegar a ser las Primicias se convierte en una utopía y que es imposible alcanzar un patrón tan elevado y que no puede lograrlo por más que se esfuerce. Recuérdese que nuestro Señor es Dios Santo, Puro y Sublime. Él está por encima de todas las cosas mundanas y terrenales y se ha propuesto llevarnos hasta alcanzar Su estatura y será Él quien lo hace.

Los esfuerzos humanos nada valen, son inútiles y nunca alcanzarán el patrón que Dios ha establecido para las Primicias. Para suplir exigencias tan elevadas, Dios no pide de nosotros nada distinto a nuestra disposición, la cual no requiere ningún esfuerzo, sino solo disfrutar la persona y las riquezas del Señor.

Lo único que necesitamos cada día es disponer nuestro corazón, abrir nuestro ser y disponer nuestro vaso para que Él lo llene de todas Sus riquezas y de Su naturaleza y poco a poco vamos siendo transformados y conformados hasta alcanzar la medida del varón perfecto: **“Fiel es el que os llama, el cual también lo hará... Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo**

Jesús” 1 Tesalonicenses 5.24; Filipenses 4.19.

ENOC UN TIPO DE LAS PRIMICIAS

Recordemos que el Antiguo Testamento está lleno de tipos, sombras y figuras que nos ayudan a entender la realidad de todas las cosas divinas, realidad que se encuentra en el Nuevo Testamento.

En el libro de Génesis hay un personaje que se refiere a las primicias y de él vamos a hablar lo que el Señor nos ha mostrado. Ese personaje es Enoc, que corresponde a la séptima generación desde Adán, por la línea de Set.

Entiéndase que una vez que Caín mató a Abel, Dios les dio a Adán y Eva un sustituto, a quien llamaron Set, y desde ese momento, la humanidad se abrió en dos líneas: una la línea de Caín, que pertenece al árbol de la ciencia del bien y del mal, y que usada por satanás fundó el sistema diabólico que se conoce como el mundo, mediante el cual el diablo engaña y pervierte a la humanidad, alejándola de Dios y convirtiendo al hombre en Su enemigo. La otra línea, que comienza con Set, incluye a aquellos hombres que se ocuparon en amar, obedecer y agradar al Señor.

Si se mira detenidamente el

capítulo 4 de Génesis, a partir del versículo 16 se encontrará la línea genealógica de Caín y sus obras. Lo primero que hizo Caín fue edificar una ciudad, con el propósito de falsificar el plan de Dios, pues la consumación del plan del Señor se da con la edificación de la Nueva Jerusalén. Caín engendró un hijo y le puso por nombre Enoc, pero este Enoc es otra falsificación, pues no tiene nada que ver con el Enoc tipo de las Primicias, pues éste último está en la línea de los que agradaron al Señor. En la descendencia de Caín encontramos adulterio y toda clase de pecados que ofenden al Señor.

En la sexta generación de Caín hay un hombre que se llamó Lamec. Este es otra falsificación del plan de Dios, pues en la línea de la vida hay un Lamec, nieto de Enoc. Este Lamec, descendiente de Caín fue un adúltero, ya que tuvo dos mujeres de nombres Ada y Zila, y en ellas engendró tres hijos: Jabal y Jubal en Ada, y Tubal Caín en Zila.

Jabal se dedicó a criar ganados y habitar en tiendas; Jubal por su parte se propuso tocar arpa y flauta, mientras que Tubal Caín se ocupó en hacer obras de bronce y hierro. Podemos afirmar que estos tres personajes son los iniciadores del sistema que en la Biblia se co-

noce como el mundo, porque con sus ocupaciones trataron de solucionar las tres necesidades básicas que tienen los hombres: sustento, deleite y seguridad. ¿Quiere decir esto que no debemos procurar suplir las necesidades que tenemos como humanos? De ninguna manera. Lo que sí debemos tener es claridad de que este sistema llamado mundo, es un sistema que no tiene en cuenta a Dios; el hombre busca suplir sus necesidades totalmente separado de Dios. Recuerdese que en Génesis 2.16 Caín salió de la presencia de Dios y comenzó a hacer sus obras, separado del Señor: **“Salió, pues, Caín de delante de Jehová, y habitó en tierra de Nod, al oriente de Edén”**.

Las obras de Caín se convirtieron en una ofensa y una competencia para el Señor, porque su autor no tenía ninguna comunión con Él. Si se observa el mundo contemporáneo, veremos que el hombre ha descubierto tantas cosas en la naturaleza gracias a la ciencia, ha inventado y desarrollado tantos aparatos por medio de la tecnología, aparatos que ayudan a tener una mejor calidad de vida y a la vez a destruir el ecosistema que facilita la permanencia de la vida en la tierra.

En esos descubrimientos e in-

ventos, nunca el hombre glorifica al Señor, sino que, por el contrario, el Dios amoroso que nos da todas esas cosas es ignorado y despreciado: **“pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas”** Hechos 17.25.

¿Qué podría descubrir el hombre si el Señor no lo hubiera puesto en Su creación exuberante, donde le son suministradas todas las cosas que necesita para vivir? ¿Y qué pudiera inventar la raza humana, si Dios no hubiera dotado al hombre con una inmensa capacidad de pensar, de descubrir y de inventar? Indudablemente nada.

Pero el hombre es tan ingrato con su Creador, que satanás lo ha convencido de que es él quien tiene todas esas capacidades, y que creer en y honrar a ese Dios maravilloso, es una tontería y una estupidez.

A este sistema, que procura solucionar todas las necesidades humanas, separando al hombre de su genuino Proveedor que es el Señor del cielo y de la tierra, a ese sistema la Biblia llama mundo, y en él está atrapada la raza humana, constituyéndose de esa manera en enemiga de Dios. Por eso el Espíritu nos advierte a los creyentes: **“¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que**

quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios... No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" Santiago 4.4; 1 Juan 2.15-17.

Afortunadamente, este sistema mundano corrupto está llegando a su fin. Cuando el Señor complete las Primicias, vendrá a esta tierra a tomar posesión de los reinos que hay en ella y habrá un gobierno encabezado por el Señor y ejecutado por los vencedores, reino de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo: **"El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos"** Apocalipsis 11.15.

Cuando suene la séptima trompeta, que es la última de las trompetas, el Señor descenderá a la tierra con los vencedores para tomar

posesión de los reinos del mundo y subyugarlos, para reinar en ellos, junto con los vencedores.

Retomando el tema que estamos examinando acerca de Enoc como tipo de las primicias, era necesario primero mostrar cómo satanás, por medio de Caín y su descendencia estableció un sistema sobre la tierra para oponerse a Dios, que se llama el mundo. Pero en Génesis 5 encontramos la descendencia de Adán, interrumpida en Abel, pero reiniciada con Set, la cual se constituye en la línea de hombres que agradan a Dios.

Obsérvese lo valiosa que es para Dios cada una de las generaciones de esa descendencia, ya que, en ellas, el Señor cuenta los días que vivieron y los hechos más sobresalientes que ocurrieron con ellos, los hijos que engendraron, a qué edad engendraron y cuánto tiempo vivieron después de que engendraron los hijos. Debido a que esta es una descendencia agradable al Señor, Él contó los días de cada generación.

¡Que el Señor pueda contar nuestros días, porque somos personas que vivimos en el espíritu y que andamos en permanente comunión con Él, que lo tenemos como nuestro primer amor y siempre nuestra mente está puesta en el espíritu!

Cuando llegamos a la séptima generación desde Adán, encontramos al personaje de nuestro interés: Enoc. Este Enoc no tiene nada que ver con el hijo de Caín, el cual no fue engendrado en el plan de Dios, sino que perteneció a una generación totalmente separada de Dios.

Recuérdese que el número siete, generación a la que pertenece Enoc, el de Génesis 5, está conformado por seis más uno. Seis hace referencia al hombre y uno es el Dios Único, luego siete es Dios más el hombre creado, para desarrollar el plan de Dios. Podemos decir que siete es Dios con el hombre como Su ayuda idónea, juntos, unidos, para llevar a cabo el plan eterno de Dios.

Leamos lo que dice la Biblia acerca de Enoc: ***“Vivió Enoc sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén”*** Génesis 5.21. Enoc era un hombre normal, que tenía un vivir normal en esta tierra, que amaba al Señor, oía Su palabra y la obedecía. Por eso Dios da testimonio de él en la Biblia.

Después de vivir sesenta y cinco años y engendrar a Matusalén, que como caso especial fue el hombre que más vivió en la tierra, un total de novecientos sesenta y nueve años, Dios da un testimonio especial y elevado de Enoc: ***“Y ca-***

minó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días de Enoc trescientos sesenta y cinco años. Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios” Génesis 5.22-24.

Debido a que Enoc caminó con Dios, agradándolo, andando en permanente comunión con Él, oyendo Su palabra y obedeciéndolo, Dios lo tomó vivo, lo llevó antes de que tuviera que pasar por la muerte. Un privilegio único en el Antiguo Testamento, porque además de Elías, no hay ningún otro hombre que haya escapado de la muerte.

¿Por qué razón Enoc no vio la muerte? El Nuevo Testamento nos da una respuesta contundente: ***“Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios”*** Hebreos 11.5. Enoc fue un hombre de fe, y mediante esa fe agradó a Dios. Enoc caminaba con Dios en todos sus caminos, todos los días de su vida.

Enoc puso los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe. A Enoc no le importaron las cir-

cunstancias que lo rodeaban, no se preocupó por las dificultades y por la oposición y persecución del enemigo de Dios. Él no apartó su mirada del camino, el Señor Jesús. Enoc no se dejó corromper por el mundo, no se fijó en la línea del árbol de la ciencia del bien y del mal, sino que se mantuvo firme en la línea de la vida.

Enoc fue un hombre que cumplió todos los requisitos que el Señor exige para las primicias: No se contaminó con el mundo, sino que mantuvo su virginidad; se conservó como una virgen pura a Cristo, con quien estaba comprometido, desposado. Igualmente, Enoc siguió a Dios por dondequiera que Él iba. En Enoc no se halló nada de satanás, en su boca no fue hallada mentira.

Por todo esto Enoc es un tipo de las primicias, el conjunto de hermanos que, en este tiempo, que es un tiempo muy cercano a la venida del Señor, viven en esta tierra para agradarlo, para complacerlo, para hacer Su voluntad, para honrarlo con sus hechos, palabras y pensamientos. Son creyentes que buscan no seguir a hombres, ni a organizaciones, ni a ministerios particulares, ni a doctrinas, sino solamente al Espíritu que, como la unción, está en el espíritu de ellos y los enseña y los guía a todas las

cosas que agradan al Señor. Tienen un vivir con el que honran y exaltan al Señor.

Es por esto que afirmamos, bajo la revelación del Espíritu Santo, que las Primicias no pasarán por la muerte, sino que, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, sus cuerpos corruptibles serán transformados en cuerpos de gloria, iguales al cuerpo de Jesús resucitado, y una vez transformados serán llevados al trono de Dios para disfrutar todas las cosas que están descritas en Apocalipsis 14.1-5 y de las que hemos hablado abundantemente en este capítulo.

¿CUÁNDO SERÁ EL ARREBATAMIENTO DE LAS PRIMICIAS?

Para tener una visión más clara acerca de las Primicias, debemos buscar revelación sobre la cronología del evento del rapto de las Primicias. Si leemos cuidadosamente los restantes quince versículos de Apocalipsis 14, encontraremos cinco eventos sobresalientes a saber:

El primero está registrado en los versículos 6 y 7 y habla acerca de la predicación del evangelio eterno que será realizada por un ángel, y con él se invitará a los moradores de la tierra, de toda tribu, lengua y pueblo, a que teman a Dios y le

den la gloria, porque Él es el Creador de todas las cosas: ***“Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”*** Apocalipsis 14.6-7.

La predicación del evangelio eterno será cuando esté en pleno desarrollo la hora del juicio de Dios, la Gran Tribulación, y ese evangelio no será predicado para que la gente sea redimida, ni regenerada; simplemente para que teman a Dios y no se dejen engañar por el anticristo y el falso profeta. La Gran Tribulación será una época en que la gracia de Dios ya no fluirá a quienes hasta ese momento no han creído, y ningún humano podrá recibir al Señor para ser regenerado. En otras palabras, ya no será predicado el evangelio de la gracia ni el evangelio del reino.

Recuérdese que el evangelio de la gracia es el Señor Jesús viniendo como gracia para morar dentro de los creyentes, regenerarlos y hacerlos nacer de nuevo, para ser parte del reino de Dios, mientras que el

evangelio del reino es Cristo como nuestro guía, como nuestro gobernante, viviendo en nuestro espíritu y haciendo Su obra de perfeccionamiento para introducirnos en la manifestación del reino de los cielos. Estas dos clases de evangelio no se predicarán en la Gran Tribulación, porque en esa época el suministro de la gracia de Dios sólo será para los creyentes, y la tierra y todos lo que en ella moran, estarán bajo el juicio severo de Dios.

El segundo evento hace referencia a la caída de la Gran Babilonia: ***“Otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación”*** Apocalipsis 14.8, que involucra al mundo organizado y establecido por satanás, para engañar, atrapar y corromper a la humanidad: Babilonia tiene dos grandes departamentos: La Babilonia religiosa y la Babilonia material.

La primera está conformada por todas las religiones, encabezada por la más grande y poderosa de ellas, que abarca el mayor número de países y de habitantes, la religión católica. Con ella está el Islam, que es la segunda gran religión mundial establecida en los países árabes y en casi todos los

países africanos y una parte del Asia. En tercer lugar, encontramos el protestantismo con todos sus grupos denominados y libres. También religiones menores de las cuales las hay por millares en la tierra. Todas las religiones se han dedicado a engañar a las gentes, a separarlas y alejarlas del Señor. De su destrucción se habla con lujo de detalles en Apocalipsis 17, donde se menciona la Gran Ramera y sus hijas.

El otro departamento del mundo satánico es la Babilonia material que está conformada actualmente por el mundo financiero, económico, educativo y de comunicaciones, y de él hacen parte todos los gobernantes de la tierra y subyuga a la inmensa mayoría de los seres humanos.

La destrucción de la Babilonia material está descrita ampliamente en el capítulo 18 de Apocalipsis. La destrucción de las dos babilonias será en el tiempo en que se derramen las siete plagas postreras de la ira de Dios, que son parte del contenido de la séptima trompeta. Sabemos que la Gran Tribulación comenzará cuando se abra el sexto sello relatado en Apocalipsis 6.12-17. En consecuencia, la destrucción del sistema mundano con el cual satanás ha engañado a las naciones será durante la Gran Tri-

bulación.

El tercer evento hace referencia a la advertencia que hace un tercer ángel, a aquellos que adoren a la bestia y a su imagen, y que igualmente reciban su marca. El ángel advierte a los moradores de la tierra por todo aquello que tendrán que pasar si siguen a la bestia: ***“Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre”*** Apocalipsis 14.9-11.

El cuarto y quinto eventos registrados en los versículos 14 a 20, hacen referencia a la siega y a la vendimia de la tierra. La siega se refiere a la cosecha de los hijos de Dios, aquellos que no partieron antes como las Primicias o como el Hijo Varón; y la vendimia tiene que ver con los ejércitos del anticristo, que serán llevados al lagar

de la ira de Dios. La siega será cerca al final de la Gran Tribulación y la vendimia se dará al final de la Gran Tribulación, una vez los siete ángeles hayan derramado las siete copas que contienen las plagas postreras de la ira de Dios.

Aquí nos interesa mostrar que el relato de las primicias antecede a los hechos que ocurren durante la Gran Tribulación. En consecuencia, el rapto de las Primicias deberá ocurrir antes de este período de juicio que tendrá una duración de tres años y medio. El Señor, en respuesta al amor y fidelidad de quienes conforman las Primicias, les evitará pasar por esa época difícil y esa es la promesa que Él ha hecho al ángel de la iglesia en Filadelfia: ***“Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra”*** Apocalipsis 3.10.

Guardar la palabra de la paciencia del Señor quiere decir que la conocemos porque hemos recibido revelación de ella y la hemos guardado y obedecido. Esto es seguir al Cordero por donde quiera que va. En compensación, el Señor nos guardará de la hora de prueba, que ha de venir sobre el mundo entero—no habrá lugar

a donde no llegue—, para probar a los que moran sobre la tierra—ninguno escapará de la prueba—, solamente las Primicias, que son aquellos santos que viven la realidad de Filadelfia¹.

Las Primicias serán raptadas antes de la Gran Tribulación; ellas serán llevadas directamente al cielo, al trono de Dios y mientras aquí están ocurriendo los hechos horribles que se darán en la Gran Tribulación, nosotros, quienes hemos logrado ser parte de las Primicias, estaremos en el trono de Dios disfrutando la plenitud de todas Sus riquezas.

Es por esto amable lector que merece la pena que abras tu corazón al Señor, que le ruegues en comunión que te llene de todas Sus riquezas, de tal manera que al estar lleno de ellas puedas crecer hasta lograr madurez y estando maduro puedas ser arrebatado al trono de Dios y del Cordero y alcanzar el máximo galardón que el Señor ha preparado para Sus Primicias.

¡De ti depende!

1. Si deseas conocer más detalles sobre el tema, te recomendamos la lectura del libro *La Degradación de la Iglesia*, del mismo editor y publicado en la Página www.las-primicias.com.

el hijo varón (1)

La segunda categoría de los vencedores está conformada por aquellos que la Biblia llama el Hijo Varón, y que se describe en Apocalipsis 12.

El Hijo Varón en verdad son los hijos de Dios de todos los tiempos, del Antiguo y del Nuevo Testamento, que han vivido en esta tierra agradando al Señor y que han reunido todos los requisitos de las Primicias, pero que por vivir en distintas épocas no estarán vivos para la venida del Señor y en consecuencia murieron. Para entenderlo, vamos a buscar revelación en los versículos de Apocalipsis 12.

El versículo 1 dice: “**Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y**

sobre su cabeza una corona de doce estrellas”. Nuestro hermano Juan, estando en el Espíritu, vio una gran señal en el cielo. Téngase en cuenta que esta es una señal celestial, no es terrenal. Tiene que ver con el plan del Señor y no con las imaginaciones que puedan tener los hombres.

En esa gran señal, Juan vio a una mujer. El plan de Dios tiene como consumación un matrimonio maravilloso, en la cual Cristo se casa con Su esposa. La esposa es el hombre corporativo, que en esta dispensación se llama la iglesia y el marido, indudablemente es Dios, el Señor Jesucristo. Al respecto, el Espíritu dice a través de Pablo: “**Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande**

es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia” (Efesios 5.31-32).

Cuando el Señor estableció el matrimonio en Génesis 2, dijo: ***“No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él”*** (v. 18). ¿El hombre estaba solo? Podríamos afirmar que no. ¿Por qué? Miremos atentamente lo declarado en Génesis 5.1-2: ***“Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados”***. Obsérvese que cuando Dios creó al hombre, los creó varón y hembra, y habla del día que fueron creados, es decir, los dos fueron creados a la vez. En el corazón de Dios no hay hombre y mujer: ***“de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”*** (Gálatas 3.27-28), sino que hay una entidad que se llama hombre y ese hombre está conformado por varón y hembra. Además dice que fueron creados, los dos, en un día y que a los dos les puso por nombre Adán.

Entonces, ¿a qué se refiere Génesis 2.18 cuando afirma que el hombre estaba solo? Si en Génesis 5.1-2 dice que el varón y la hembra,

que conforman el hombre, fueron creados el mismo día, el hombre no podía estar solo. Recuérdese que la Biblia, especialmente los primeros capítulos de Génesis y el libro de Apocalipsis, tienen un lenguaje típico, un lenguaje que mediante tipos y figuras, quiere mostrarnos la realidad de lo que el Señor está pensando y haciendo.

En Génesis 2.18 quien estaba solo no era el hombre, sino Dios, pero en el tipo, lo prefigura en el hombre, para mostrar Su necesidad. Dios desea ardientemente tener una compañía, una ayuda idónea. Sí, es verdad que la mujer es la ayuda idónea para el varón y es igualmente verdad que el hombre es ayuda idónea para Dios. Hacía un tiempo que Dios había puesto bajo una de Sus criaturas —el querubín grande protector— todo lo que había creado, y esa criatura no le fue fiel, sino que se rebeló contra Él, tratando de hacerse igual a Dios. Entonces el Señor estaba solo, no tenía en quien confiar, no tenía alguien con quien pudiera trabajar para llevar adelante Su plan.

Por esta razón, Dios se propuso hacer Su ayuda idónea y para mostrarla a través de un tipo, dice que ***“Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que***

Jehová Dios tomó del hombre, hizo [edificó] una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne" (Génesis 2.21-24). La mujer que Dios edificó para darla al hombre fue tomada de una de sus costillas, es decir, esa mujer era la extensión del hombre, tenía su misma naturaleza, no era un ser extraño a Adán, sino que había sido tomada de él mismo.

Al afirmar en Efesios 5.31-32 que **"Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia"** está corroborando que quien en verdad necesitaba la ayuda idónea era Dios, sin negar que Dios le proporcionara al varón su ayuda idónea.

Cuando el Señor Jesús murió en la cruz, relata Juan que **"uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua"** (Juan 19.35). El Señor, al igual que Adán cayó en un profundo sueño; cuando estaba en el sueño de la muerte, Su costado fue traspasado

por un soldado romano, y de Él salió sangre y agua. Mientras Adán dormía, Dios extrajo de él una costilla para edificarle una mujer. Mientras Jesús estaba en el sueño de la muerte, de Su costado salió sangre y agua.

Cuando Dios creó a Adán lo puso en el Huerto de Edén con el fin de que comiera del árbol de la vida que es Dios mismo. El Señor quería que Adán se llenara de la naturaleza divina y así pudiera convertirse en Su ayuda idónea, haciéndose partícipe de Su naturaleza divina. Pero Adán, en lugar de comer del árbol de la vida —la naturaleza de Dios—, comió del árbol de la ciencia del bien y del mal —la naturaleza de satanás—, y dejó de ser útil para el propósito de Dios, ya no podía llenarse de la naturaleza de Dios y no podía ser Su ayuda idónea. El hombre había caído del propósito de Dios.

Cuando del costado de Jesús salió sangre y agua, salieron dos elementos que pueden eliminar la naturaleza diabólica que estaba en el hombre e introducir en él la naturaleza divina, y de esa manera recuperar al hombre para el propósito de Dios, para ser Su ayuda idónea, Su esposa. La muerte del Señor eliminó y anuló a satanás y su naturaleza pecaminosa; Su sangre nos limpia de todos los actos provenientes del pecado, que son los muchos pecados que todos he-

mos cometido y el agua representa, por un lado la limpieza de esa naturaleza pecaminosa que está en nuestro interior y por otro, es tipo de la vida divina que Dios va introduciendo cada día en nosotros hasta que lleguemos a tener Su estatura. Veamos detenidamente lo que dice Efesios 5.25-27: **“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha”**.

Cristo amó a la iglesia. La iglesia somos nosotros, todos los redimidos del Nuevo Testamento, que hemos recibido al Señor creyendo en Él, y somos la iglesia porque Cristo se entregó por nosotros debido a Su inmensurable amor. Su entrega por la iglesia tiene el propósito de santificarnos. La santificación no es nada distinto a ser lleno, saturado de la naturaleza y la persona santa del Señor. La santidad no consiste en tener determinadas actitudes o en hablar con cierto estilo o en vestir con ciertas particularidades. La santificación es un proceso que se va cumpliendo diariamente en los hijos de Dios, en la medida que éstos buscan al Señor para que los llene

de Él, mediante el suplir de Su gracia. Vamos siendo santificados en la medida que nos vamos llenando del Señor, y seremos totalmente santificados cuando nuestro ser esté completamente lleno, saturado de la naturaleza de Dios, es decir, cuando seamos llenos hasta la plenitud de Dios, hasta cuando ya no quepa más Dios en nosotros. A este estado tenemos que llegar todos los santos, sin excepción.

El versículo leído nos muestra cuál es el método que el Señor usa para santificarnos: **“habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra**. Entiéndase que la palabra de Dios no es algo que sale de la boca de Dios solamente, sino que esa Palabra es Dios mismo: **“En el principio era el Verbo [la Palabra], y el Verbo [la Palabra] era con Dios, y el Verbo [la Palabra] era Dios”** (Juan 1.1). Esa Palabra es el Espíritu como un río que viene a nosotros, nos lava, nos limpia y agrega a nuestro ser la naturaleza y todos los elementos divinos de Dios: **“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado”** (Juan 7.38-39). El Espíritu, que es la Palabra, que es la gracia, pene-

tra en los creyentes y fluye dentro y hacia afuera de ellos, como un poderoso río, que elimina todas las inmundicias que satanás introdujo en el hombre y va agregando la naturaleza divina, la naturaleza santa de Dios, hasta llevarlos a la plena santificación.

No obstante, este proceso se da en esta era, solamente si el creyente se dispone, si abre su ser al Señor para que Él pueda fluir, si se acerca con confianza al trono de la gracia: **“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”** (Hebreos 4.16). Cuando nos acercamos con confianza al trono de la gracia, hallamos un río de agua de vida, transparente como cristal, que trae a nosotros todos los elementos que están en el trono de Dios y del Cordero y nos santifican hasta saturarnos del Señor: **“Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones”** (Apocalipsis 22.1-2). El trono de Dios, además de ser un trono de juicio, de autoridad y de

gobierno, también es el trono de donde fluye gracia, misericordia y vida, para limpiarnos, para suplirnos, para llenarnos y para saturarnos de todas las riquezas del Señor, y mediante ellas llevarnos a la plena santificación. ¡Acerquémonos confiadamente al trono y recibamos las riquezas abundantes del Señor!

Lo único que tenemos que hacer nosotros es acercarnos con confianza. No hay un requisito especial para ese acercamiento, distinto a hacerlo con confianza, es decir sin importar cuál sea nuestra condición, el Señor nos espera siempre en Su trono para llenarnos de Él y transformarnos, hasta que alcancemos Su nivel de santidad y Su estatura. ¡Qué sencillo y qué precioso es nuestro Señor!

Volvamos a Apocalipsis 12.1, donde habíamos empezado a hablar de la mujer de la señal que Juan vio en el cielo: **“Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas”**. En este versículo la mujer tiene tres características: está vestida de sol, tiene la luna debajo de sus pies y sobre su cabeza tiene una corona de doce estrellas.

Vestida de sol.

Recordemos que el sol repre-

senta a Cristo, pues así lo revela Apocalipsis 1.16: **“y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza”**, luego esta mujer está vestida de Cristo. Al ser así, la mujer no puede ser nadie distinto a la iglesia, la cual cobija a todos los santos del Nuevo Testamento, y lo hijos de Dios, del Nuevo Testamento, estamos vestidos de Cristo: **“porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”** (Gálatas 3.27).

Es necesario enfatizar que el vestido tiene dos aspectos: el primero consiste en que cuando recibimos a Cristo, cuando creímos, fuimos vestidos de Él, porque Cristo como el Espíritu vino a morar en nuestro espíritu humano. El segundo aspecto consiste en que Cristo no solo quiere vestir nuestro espíritu, sino que quiere abarcar el resto nuestro ser: el alma y el cuerpo, y Él lo hará en todos Sus hijos.

Solamente que con algunos lo hace en este tiempo —las Primicias y el Hijo Varón—, en otros lo hará durante la Gran Tribulación —los vencedores de la Gran Tribulación— y en el resto de santos —los no vencedores— los vestirá totalmente de Cristo, durante el reino milenario, en las tinieblas exteriores, mediante el lloro y crujir de dientes.

Todo depende de la disposición

que tengamos ahora para que el Señor, junto con nosotros, bordeemos el vestido para entrar en las Bodas del Cordero, vestido descrito en la parábola de las bodas del rey, narrada en Mateo 22.

La luna debajo de sus pies.

La segunda característica que distingue a la mujer de la señal, es que tiene la luna debajo de sus pies. Si consideramos el tiempo en que Dios trabaja con el hombre, debemos considerar cuatro grandes dispensaciones o eras y en cada una de ellas, Dios ha tenido un grupo de personas que lo han honrado y que son Sus hijos. La primera dispensación es la anterior a la ley, que alguno denominan la era de los patriarcas, que abarca el tiempo entre Adán y Moisés, un lapso de más o menos 2.500 años.

La segunda era corresponde a la ley, que comienza cuando Dios le dio la ley a Moisés en dos tablas de piedra, y en esa era Dios se relaciona con el pueblo de Israel, pueblo que Dios ama y que soportó por un lapso cercano a los mil quinientos años. Esta dispensación llegó a su fin con el nacimiento, vivir humano, muerte, resurrección y ascensión del Señor Jesús.

Refiriéndose a esta era, que hace parte de la mujer de la señal de Apocalipsis 12, sabemos que la ley es el testimonio de la justicia, la santidad y la bondad de Dios, pero

que debido a la condición caída y pecaminosa del hombre, le era imposible cumplirla y por lo tanto se constituyó en un obstáculo para que el hombre pudiera acercarse a Dios con confianza y tener comunión e intimidad con Él. En otras palabras, la ley estaba por encima del hombre, testificando que Dios es santo, justo y bueno y que si el hombre deseaba acercarse a Él, debía cumplir esos tres requisitos, lo que era imposible.

Cuando Dios se hizo hombre en Jesús, debido a que en Él no moraba la naturaleza de pecado que hay en todos los demás hombres, el Señor Jesús sí reunió todos los requisitos para cumplir la ley y la cumplió, liberando al hombre del obstáculo que le impedía acercarse a Dios para ser uno con Él. Por eso es que la luna, que representa la ley mosaica, ahora está bajo los pies de la mujer. Nosotros ahora ya no estamos bajo la ley que nos producía condenación y muerte, sino que estamos bajo la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, que nos suple la vida divina y que nos permite tener con nuestro Señor una comunión sin estorbos: ***“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”*** (Romanos 8.2).

Es por esto que la mujer tiene la luna debajo de sus pies, representando que la ley que le impe-

día acercarse plenamente a Dios, fue cumplida por el Señor Jesús y ahora ya no es un obstáculo para alcanzar intimidad con su Redentor. ¡Aleluya! Jesús cumplió la ley y nos redimió de su maldición: ***“Cristo nos redimió de la maldición de la ley”*** (Gálatas 3.13)

Una corona de doce estrellas sobre su cabeza.

El tercer elemento que identifica a la mujer es una corona de doce estrellas sobre su cabeza. Sabemos que el número doce es el número completo y eterno para el plan de Dios, y estas doce estrellas se refieren a la primera dispensación que como hemos visto, es la era de los patriarcas. Si se mira detenidamente esa época fue un tiempo de caída, donde el hombre fue cayendo cada vez más profundo, cometiendo más y más pecados y alejándose cada vez más de Dios.

La primera caída se dio en Adán, cuando en lugar de comer del árbol de la vida y llenarse de la naturaleza y de la persona de Dios, prefirió elegir el árbol de la ciencia del bien y del mal y llenarse de la naturaleza de satanás, cayendo de esta manera del propósito de Dios.

Después de que el hombre fue echado del Huerto de Edén, Caín intentó servir a Dios según su punto de vista y esto desagradó tanto al Señor, que Caín fue rechazado junto con su ofrenda. Como res-

puesta, el primer hijo de Adán y Eva mató a su hermano Abel, perdió la presencia de Dios y a través de sus generaciones estableció el mundo, que es el sistema totalmente dominado por satanás y que se opone al plan de Dios.

Cuando llegamos a Génesis 6, encontramos una mezcla inmundada de mujeres con algunos de los ángeles caídos, que se habían rebelado contra el Señor junto con Satán. De esa unión fornicaria nació una raza de gigantes que Dios no podía tolerar y que se propuso exterminar, primero por medio del diluvio y luego, durante la dispensación de la ley, por medio de Su pueblo Israel.

Muchos años después del diluvio, en Génesis 10, el hombre exalta al hombre y surgen los poderosos en la tierra, el primero de los cuales fue Nimrod, descendiente de Cam, a quien Noé maldijo por causa de su actitud irrespetuosa hacia su padre. Nimrod es un re fundador del mundo, pues edificó, entre otras, la ciudad de Babilonia, que a lo largo de toda la historia, inclusive hasta el final del tiempo, es fuente de rebeldía y oposición a Dios.

Allí en Babilonia, los hombres dejando crecer la semilla de rebeldía que satanás había sembrado desde el Huerto de Edén, se propusieron hacer una torre que llegase

hasta el cielo. Con esto abonaron la semilla que satanás quiso hacer crecer para sí mismo, cuando intentó hacerse igual a Dios. El Señor entonces se olvidó de los hombres que había creado y comenzó de nuevo con un hombre, Abraham, a quien llamó para que saliera de aquella tierra, pidiéndole que dejara toda la inmundicia en que el hombre vivía y lo siguiera a Él, a la tierra que le prometió.

En medio de esa generación cada vez más pecaminosa y corrupta, hubo unos hombres que brillaron como estrellas en medio de la noche oscura, y ellos están representados por la corona de doce estrellas que está en la cabeza de la mujer de Apocalipsis 12.1. Esas estrellas que brillaban como luminas, en medio de la generación perversa y adúltera, que algunos identifican como los patriarcas, podemos encontrarlos desde Génesis 5 y de algunos de ellos testifica Hebreos 11. Podríamos mencionar a Adán mismo, quien después de haber caído procuró agradar a Dios. Lo mismo Abel, quien cuidaba ovejas para ofrecerlas a Dios en sacrificio y sus ofrendas se constituyeron en un testimonio perenne de haber agradado a Dios. Igualmente Enoc, que anduvo con Dios y por haber tenido testimonio de haberlo agradado, Dios lo arrebató para que no viera la muerte. Lo mismo podemos

decir de Abraham que fue llamado amigo de Dios y de tantos otros, que se haría muy extenso nombrarlos y describir su vivir.

Las características de esa mujer, que hemos descrito a grandes rasgos, nos llevan a colegir que ella representa a los hijos de Dios, los creyentes de todos los tiempos, desde Adán hasta esta era en que estamos, que es la era de la gracia, la era de la iglesia. La mujer de la señal abarca a los hijos de Dios de la era anterior a la ley, al pueblo de Dios en la era o dispensación de la ley, a los creyentes del Nuevo Testamento que es la era de la gracia, la era de la iglesia, y de ella salen los hijos del reino de los cielos, que es la cuarta dispensación, la era del reino de los cielos.

La mujer está encinta.

Continuando con el relato que el Espíritu nos dispensa a través de Juan en Apocalipsis 12, veamos lo que dice el versículo 2: **“Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento”**. La mujer está encinta y es la hora del parto, porque tiene los dolores propios del alumbramiento.

Si lo miramos desde el punto de vista biológico, para que una mujer quede encinta y pueda dar a luz un hijo, es necesario que reciba de un hombre una parte de esa nueva vida. Desde el punto de vis-

ta espiritual, para procrear el hijo que la mujer está a punto de dar a luz, ella ha recibido de parte de Dios, la naturaleza divina. Como hemos visto, esa mujer representa a los creyentes, a los hijos de Dios de todos los tiempos.

Algunos interpretan el pasaje diciendo que la mujer representa a María y que el hijo, que está a punto de dar a luz, es Jesús. Sería ilógico que, con el carácter profético que en su contenido tiene el libro de Apocalipsis, se dedicara en este capítulo a hablar de un evento que había ocurrido cerca de cien años antes. La profecía que se origina en el trono de Dios, tiene una característica única: lo predicho se cumple tal cual el Señor lo ha anunciado, bien sea directamente o bien por medio de algún profeta.

Juan mismo testifica, cuando en Apocalipsis 4 fue llevado al cielo al trono de Dios: **“Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas”** (v. 1). Obsérvese que lo que se le estaba mostrando a Juan eran cosas futuras, que sucederían después de lo que se le había mostrado en los primeros tres capítulos de Apocalipsis. No se le estaban mostrando cosas que ya habían sucedido en el pasado. Entonces que la mujer sea María y que el hijo que está a punto de dar a luz sea el Señor Jesús, es una interpretación que debemos descartar totalmente.

Otros pretenden interpretar este pasaje refiriéndose al pueblo de Israel, pero como hemos visto, ella reúne al pueblo de Dios de tres eras o dispensaciones, entre las que se incluye a los israelitas.

A la par con la señal de la mujer, Juan vio otra señal: ***“También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese”*** (Apocalipsis 12.3-4). La otra señal es un dragón de color escarlata, que tiene siete cabezas y diez cuernos.

No se olvide que el número siete y el número diez, son bien significativos en el plan de Dios, pues el primero tiene que ver con el mover de Dios unido al hombre (seis más uno o cuatro más tres). Dios lleva a efecto Su plan, mezclándose con el hombre; así lo deseó y así lo cumple, y como siempre, satanás siempre trata de falsificar el plan de Dios; por eso tiene siete cabezas. Las siete cabezas son una treta usada por el enemigo para engañar, porque esa es su especialidad. Imagine por un momento a los siameses, que son dos hu-

manos que comparten algunos de sus órganos. Generalmente tienen dos cabezas y dos personalidades distintas. ¿Cuál de los dos será ese ser humano? Es difícil discernirlo. Si con dos cabezas hay confusión, mucho más con siete, luego esta es quizá la máxima manifestación del engaño con que satanás ha extraviado a la humanidad durante seis mil años. Él sabe que está llegando a su fin el misterio de la iniquidad y lanza todo su poder, para engañar al mayor número posible de hombres.

Por eso tiene también diez cuernos. Si se tiene en cuenta que los cuernos representan la fuerza, entonces se está refiriendo a que este dragón viene con mucha fuerza y que prevalecerá gracias al poder que tiene sobre los reinos del mundo, del cual, hasta el presente, él es su príncipe. Los reinos de este mundo hasta ahora están bajo el dominio de satanás. Cuando el diablo tentó al Señor en el desierto, declaró que los reinos del mundo le habían sido dados, y el Señor no lo contradijo: ***“Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy”*** (Lucas 4.5-6). En verdad los reinos de la tierra no le fueron entregados

a satanás por nadie, sino que los usurpó por medio de engaño, porque engañar y mentir es su especialidad y en eso nadie lo supera. Jesús mismo, antes de Su muerte, corroboró el hecho de que satanás es el príncipe de este mundo: **“No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí”** (Juan 14.30).

Otra de las obras del dragón escarlata es que con su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra. Recordemos que en Apocalipsis 1.20, las estrellas representan a los ángeles; entonces la palabra se refiere aquí al hecho de que satanás, en su rebelión, engañó y arrastró a la tercera parte de los ángeles y con ellos ha organizado el reino de las tinieblas, que está principalmente en los aires, lo que es el equivalente de las regiones celestes de que habla Efesios 6.12: **“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”**.

El reino de satanás, encabezado por él y conformado además por ángeles, está organizado en principados, autoridades, gobernadores y ejércitos espirituales de

maldad, instalados en los aires, y tienen además los demonios que están en la tierra y en el mar. Con ellos influye y maneja todos los gobiernos de la tierra. No hay país donde sus gobernantes, cualesquiera que sea la rama del poder a la que pertenecen, no estén bajo la tutela, la dirección y la influencia de esta organización diabólica.

Esta es la razón por la cual el varón que le apareció a Daniel en el capítulo 10 de ese libro le declaró: **“Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia”** (vs. 12, 13). Obsérvese la oposición que hizo el príncipe del reino de Persia durante veintiún días, a que se entregara la respuesta a la petición de Daniel, la cual fue respondida inmediatamente después de que él la hizo.

Esta situación podría producir desconsuelo en los lectores porque llegarán a pensar que cualquier petición que un creyente hace al Señor, encontrará la oposición de satanás y de su reino, y aunque

Dios responda oportunamente, la respuesta llegará demasiado tarde. Pero no es así. Recuérdese que Daniel estaba en el Antiguo Testamento, antes de que Jesús viniera, derrotara y aplastara a satanás y sus huestes mediante Su muerte, resurrección, ascensión, entronización y glorificación, mediante las cuales, Dios puso a Jesús por encima de todo principado, autoridad y señorío y de todo nombre en todos los tiempos: **“la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero”** (Efesios 1.20-21). Además, aunque estamos aun en la tierra, siempre que estamos en el Espíritu, estamos sentados con el Señor en lugares celestiales: **“y juntamente con él nos resucitó, y así mismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”** (Efesios 2.6).

Es por eso por lo que cuando el Señor enseñó a los discípulos a orar les dijo: **“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará”** (Mateo 6.6). El aposento es el espíritu humano, en

el cual entramos cuando oramos y además cerramos la puerta para que satanás y su organización no puedan interferir la comunión con nuestro Padre. Cuando entramos en el aposento —el espíritu humano—, entramos en la gloria de Dios, y ese ámbito no puede ser penetrado por el diablo, ni sus ángeles caídos ni los demonios. Solamente nosotros. ¡Aleluya!

Si Dios no responde algunas de las oraciones y peticiones se debe a una única causa. Quien ora y pide, no lo hace estando en el espíritu. Toda oración que fluye desde el espíritu humano es conforme al deseo del corazón de Dios y Él la responde en Su tiempo¹.

1. Si deseas profundizar en este tema, te recomendamos la lectura del libro **La Oración en el Espíritu**, del mismo editor y publicado en la página www.las-primicias.com.

el hijo varón (2)

El dragón quiere devorar al hijo varón

Una vez identificado el dragón escarlata, veamos lo que se dispone a hacer: “**Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese**” Apocalipsis 12.4.

Satanás tiene la esperanza de poder dañar el plan de Dios, y aquí recurre, en su desesperación, a esperar que tan pronto la mujer que está encinta y clama con los dolores de parto dé a luz, pueda devorar al hijo que de ella ha de nacer.

Si se mira detenidamente la historia del hombre en la tierra, durante toda ésta, satanás se ha dedicado a devorar hombres, que fueron hechos del polvo de la tie-

rra y se ha convertido de serpiente en un dragón grande de color rojo, por la mucha sangre y los muchos hombres que ha devorado a lo largo de su existencia, y tiene la esperanza de que cuando nazca el hijo que la mujer encinta está a punto de dar a luz, él pueda devorarlo y completar así su obra de destrucción y de oposición a Dios.

La mujer da a luz el hijo varón

Continuando con el relato encontramos que no obstante la amenaza del dragón escarlata la mujer que está encinta da a luz un hijo varón: “**Y ella dio a luz un hijo varón**” Apocalipsis 12.5. A pesar de la amenaza del dragón de devorar al hijo de la mujer tan pronto como naciese, ella dio a luz un hijo y ese hijo es un varón.

En la Biblia el término varón

no se refiere solamente a un asunto de género, sino que espiritualmente indica una persona fuerte, bastante fuerte. Hablando con propiedad, el Señor Jesús es el fuerte, porque mediante el poder de Dios, tuvo la capacidad de vencer todos los suplicios y tratamientos a que fue sometido en Su muerte en la cruz, y, además, venció la muerte resucitando de ella, y no solamente resucitó, sino que ascendió y fue entronizado y glorificado, para como Hombre-Dios que es ahora, gobernar todo el universo y estar por encima de satanás, sus ángeles caídos y los hombres.

En la medida que un creyente vive en comunión con el Señor, que disfruta de todas Sus riquezas que son la gracia, acercándose confiadamente al trono de la gracia, ese creyente se va haciendo fuerte, cada vez más fuerte, hasta el punto de que satanás y todas sus huestes, con todo su poder no pueden derrotarlo. Al haber un número plural de esos creyentes, ellos conforman el Hijo Varón que la mujer está dando a luz en el pasaje que estamos considerando.

Dar a luz aquí quiere decir traer a la vida; en otras palabras, es resucitar. Por todo esto podemos deducir que el Hijo Varón está conformado por todos los creyentes que vivieron en la tierra como Primicias y que murieron antes de la venida del Señor, y en este pasaje

ellos resucitan para ser arrebatados al trono de Dios, y junto con las Primicias vivas, que también serán arrebatadas vivas al trono, antes de la Gran Tribulación, conforman los 144.000 de que habla Apocalipsis 14, al referirse a las Primicias.

Podemos decir que el Hijo Varón son las vírgenes prudentes de la Parábola de las Diez Vírgenes, en las que todas cabecearon y se durmieron murieron, y despertaron resucitaron cuando oyeron el clamor de que venía el esposo¹.

Cuando el Señor Jesús murió y resucitó, la noche de la resurrección se presentó a Sus discípulos y soplando les dijo que recibieran el Espíritu Santo: **“Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”** Juan 20.22. Este soplo no es nada distinto a que Dios estaba sembrando Su simiente divina en Sus discípulos, que en ese recinto representaban a la mujer universal de Apocalipsis 12.

Algunos de los discípulos del Señor a lo largo del tiempo, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, se han dedicado a amarlo, a seguirlo por dondequiera que va, a vivir para agradarlo, a seguir la unción que mora en ellos,

1. Más riquezas sobre la Parábola de las Diez Vírgenes puede encontrarlas en el libro **El Reino de Dios y el Reino de los Cielos** del mismo editor y publicado en la página www.las-primicias.com.

a oír Su palabra y a obedecerla, y han partido de este mundo, es decir, han muerto, o como les dice Pablo a los hermanos de Tesalónica, han dormido.

Ahora en Apocalipsis 12.5, ellos son el Hijo Varón que la mujer está dando a luz. Son los santos que a lo largo de la historia de la redención han vivido como las Primicias, pero cuando llegó el tiempo señalado durmieron en Cristo. Sin embargo, debido al vivir agradable que tuvieron con el Señor, Él les ha dado una función específica; y para cumplirla, el primer paso que dan es resucitar, lo que en el pasaje es equivalente a que la mujer encinta da a luz.

Este Hijo Varón, que no es una persona individual, sino un grupo de santos tiene un destino previamente determinado: **“regirá con vara de hierro a todas las naciones”** (Apocalipsis 12.5). Desde la eternidad, el Señor le ha dado una función al Hijo Varón, cual es la de gobernar con vara de hierro a las naciones, y este gobierno sin duda se desarrollará en la dispensación del reino, es decir, la manifestación del reino de los cielos, que se conoce como el reino milenario.

El gobierno que estos vencedores ejercen será con vara de hierro. Esto quiere decir que en esa época habrá habido un cambio de dispen-

sación. Quienes tenemos el privilegio de vivir en la presente dispensación conocida como la era de la gracia, tenemos plena libertad de elegir entre si queremos agradar al Señor o no queremos agradarlo, y eso no implica que dejemos de ser hijos de Dios.

Sin embargo, en la era del reino, quienes conformen las naciones no podrán hacer lo que les plazca, sino que serán gobernados con vara de hierro. En otras palabras, los mandatos de quienes gobiernan se cumplen sí o sí. No hay otra alternativa.

De la misma manera los creyentes que no maduraron mientras vivieron en la tierra y que no alcanzaron la estatura del Señor Jesús, es decir, aquellos que no alcanzaron a ser vencedores, tendrán que permanecer en las tinieblas de afuera durante el reino milenario, “atados de pies y manos”, para ser totalmente transformados, conformados y madurados, para que al final del tratamiento puedan lograr los requisitos que Dios exige para vivir en Su presencia, disfrutando de todas Sus riquezas por la eternidad, en la Nueva Jerusalén.

El arrebatamiento del Hijo Varón

A pesar de que el gran dragón escarlata está presto a devorar al Hijo Varón tan pronto como la mujer encinta lo dé a luz, ocurre un hecho por demás maravilloso:

“y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono” Apocalipsis 12.5.

Obsérvese que el Hijo Varón es arrebatado directamente para el trono de Dios, no para los aires, como ocurre con la mayoría de los creyentes a que Pablo se refiere en 1 Tesalonicenses 5.16-17: ***“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”***.

El orden que Pablo estableció aquí es el orden que el Espíritu ha determinado: primero, los muertos en Cristo serán resucitados, luego los que hayan quedado vivos serán transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos: ***“He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados”*** 1 Corintios 15.51-52.

Este orden es válido tanto para el arrebatamiento de la mayoría de los creyentes a los aires, que será cerca del final de la Gran Tribulación, como para el rapto del Hijo Varón y de Las Primicias que ocurrirá antes de la Gran Tribulación.

De ninguna manera hay contradicción entre lo visto por Pablo y lo visto por Juan; por el contrario, las dos visiones se complementan. Pablo vio en 1 Tesalonicenses 4 y 1 Corintios 15, lo que ocurrirá con la mayoría de los creyentes cerca del final de la Gran Tribulación; mientras que lo visto por Juan en Apocalipsis 12 y 14, se aplica al Hijo Varón y las Primicias vivas, que ocurrirá antes de la Gran Tribulación.

El problema que hay en el cristianismo contemporáneo con respecto a este punto es que no tienen revelación acerca del arrebatamiento o rapto de la iglesia.

La mayoría de los teólogos cristianos que han hablado sobre este tema afirman que la iglesia será arrebatada de una sola vez, en un momento único. Algunos de ellos asumen la posición que llaman pre-tribulacionista, donde afirman que el rapto sucederá antes de la Gran Tribulación, considerando ésta un periodo de siete años, lo que también es equivocado.

Otra tendencia acerca del rapto de la iglesia es la denominada

medio-tribulacionista y en la que se afirma que el rapto se llevará a cabo a la mitad de la Gran Tribulación, considerando ésta, lo mismo que los primeros, un periodo de siete años, lo que reiteramos, no es correcto.

Una tercera tendencia conocida como la post-tribulacionista, cree que la iglesia será raptada después de la Gran Tribulación. Los tres están equivocados.

Como afirmamos antes, el problema está en la falta de revelación acerca de la palabra y del plan de Dios, y no hay revelación porque no hay búsqueda de ella, teniendo en cuenta que para encontrarla necesitamos despojarnos de todos los prejuicios religiosos que vamos adquiriendo a lo largo de nuestra vida de creyentes, y necesitamos además ir al trono de la gracia para suplicarle al Señor que por medio de la unción que Él ha puesto en cada creyente, nos revele cuál es la verdad contenida en Su palabra.

La Gran Tribulación y la última semana de la profecía de Daniel, de las setenta semanas.

Para aclarar un poco la situación, en primer lugar, debemos considerar que la Gran Tribulación no es un periodo de siete años, sino de tres años y medio.

La equivocación está en que algunos confunden la Gran Tribula-

ción con la última semana de las setenta semanas profetizadas por Daniel en 9.24-27: ***“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones. Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador”***.

El Señor le habló a Daniel diciéndole que sobre su pueblo y so-

bre la santa ciudad estaban determinadas setenta semanas, para que ocurrieran seis hechos importantes: **el primero**, terminar la prevaricación, es decir, cesar el abuso y la mentira propias de quienes ejercen autoridad sobre los pueblos, engañados y gobernados por satanás; **el segundo**, poner fin al pecado, época que indudablemente se refiere al reino milenar, según lo declara Isaías 11.1-10. En esa época, satanás estará preso en el abismo y las naciones de la tierra no pecarán.

El tercero, expiar la iniquidad, lo cual implica que ya no habrá ningún recuerdo de pecados y ofensas y todas habrán sido olvidadas; **el cuarto**, traer la justicia perdurable, también será propio del reino milenar, por cuanto en él habrá un reino de justicia, paz y gozo, en el Espíritu Santo; **quinto**, sellar la visión y la profecía. Hoy buscamos con anhelo revelación y visión de las cosas que no vemos y obtenemos por fe; en el reino milenar veremos todas las cosas como son, y como dice Pablo conoceremos como fuimos conocidos: ***Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido*** 1 Corintios 13.12. En el milenio no habrá necesidad de profecía ni de visión a la manera de hoy.

Y **el sexto** y último, ungir al santo de los santos. La unción implica autoridad para llevar adelante un encargo. El santo de los santos aquí se refiere al Señor e implica que todo estará gobernado por Él, sin ningún estorbo ni contradicción.

Ahora veamos cómo están distribuidas las setenta semanas, teniendo en cuenta que aquí las semanas se refieren a años, es decir, que una semana equivale a siete años, tal como en Génesis 29.18: ***“Y Jacob amó a Raquel, y dijo: Yo te serviré siete años por Raquel tu hija menor”***. Jacob, enamorado de Raquel, trabajó por ella siete años, pero cuando Labán se la entregó lo engañó, dándole a Lea a cambio de Raquel, aduciendo que, según la costumbre del lugar, primero se casaba la mayor y después la menor. Cuando Jacob le reclamó, Labán le respondió: ***“Cumple la semana de ésta, y se te dará también la otra, por el servicio que hagas conmigo otros siete años”*** v. 27. De esta manera queda demostrado que cada semana en Daniel, hace referencia a siete años.

Las primeras siete semanas

Las setenta semanas de las que Dios le habló a Daniel, para que llegara el milenio, están distribuidas así: desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusa-

lén hasta..., habrá siete semanas. La orden de reedificar el templo la dio Ciro rey persa, quien junto con Darío el medo derrotaron al rey babilonio Belsasar, dando fin así al imperio babilonio y comienzo al imperio medo-persa, ambos profetizados en la gran imagen que Nabucodonosor, rey de Babilonia, había visto en un sueño que olvidó, pero que Daniel, mediante la intervención del Señor le recordó e interpretó (Daniel 2).

Una vez que Ciro el persa se instaló en el poder, al parecer Daniel le hizo ver que Dios, mediante el profeta Isaías, unos ciento sesenta años antes, había hablado de Él con nombre propio, que él le edificaría casa al Dios de los cielos, casa que está en Jerusalén: ***“que dice de Ciro: Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado Así dice Jehová a su ungido, a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha, para sujetar naciones delante de él y desatar lomos de reyes; para abrir delante de él puertas, y las puertas no se cerrarán: Yo iré delante de ti, y enderezaré los lugares torcidos; quebrantaré puertas de bronce, y cerrojos de hierro haré pedazos; y te daré los tesoros escondidos, y los secretos muy***

guardados, para que sepas que yo soy Jehová, el Dios de Israel, que te pongo nombre” Isaías 44.28—45.3, y también para dar cumplimiento a la profecía de Jeremías que la deportación duraría setenta años: ***“Toda esta tierra será puesta en ruinas y en espanto; y servirán estas naciones al rey de Babilonia setenta años”*** 25.11.

Por eso Ciro, inmediatamente profirió la orden para que el templo y la ciudad de Jerusalén fueran reedificados: ***“En el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, despertó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo: Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá”*** Esdras 1.1-2.

El Señor despertó el espíritu de un buen número de los de su pueblo, especialmente de las tribus de Judá, Benjamín y Leví, y subieron a Jerusalén un poco menos de cincuenta mil, a reedificar el templo y a reconstruir la ciudad, que habían sido incendiados y destruidos, por orden del rey Nabucodonosor, se-

tenta años antes.

Muy pronto los enemigos del pueblo de Dios se levantaron e hicieron detener la obra de reconstrucción, pero Dios llamó a los profetas Hageo y Zacarías para que animaran al pueblo a continuar con la reconstrucción del templo. Los judíos escribieron cartas al rey, que ya no era Ciro, sino un Darío rey de Persia y encontraron en los archivos del rey, que efectivamente Ciro había dado la orden para que se construyera el templo y les permitió continuar con su reedificación hasta que la concluyeron.

Después de reconstruido el templo, Esdras que era un sacerdote israelita, pidió permiso al rey persa Artajerjes para subir a Jerusalén y éste se lo concedió, otorgándole además los bienes y la seguridad necesarios para que él y sus compañeros tuviesen un viaje sin contratiempos.

Esdras vino con el propósito de enseñar la ley a los israelitas que habían regresado y a poner en orden muchas cosas que ellos habían desordenado. A su llegada, el templo reconstruido fue dedicado al Señor.

Faltaba entonces la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén, especialmente sus muros, los cuales estaban caídos y quemados, obra en la que tuvo una buena partici-

pación Nehemías, quien servía de copero al rey Artajerjes.

Cuando uno de sus hermanos fue a Susa, capital del reino y ciudad en la que vivía Nehemías, éste supo de la situación de su pueblo y la ruina en que se encontraba la ciudad. Nehemías se humilló delante del Señor, oró y lloró en Su presencia no por su situación personal, sino por la situación del pueblo y de la ciudad del Señor—y el rey accedió inmediatamente enviándole a que reconstruyera la ciudad y el muro.

Después de atravesar por muchas dificultades, causadas especialmente por la oposición de los enemigos del pueblo de Dios, finalmente la reconstrucción de la ciudad y de sus muros llegó a su fin, para satisfacción de Dios y de los israelitas que habían venido de la cautividad².

En todo este proceso de reedificación del templo, de Jerusalén y de sus muros, transcurrieron unos 50 años, los cuales corresponden a las primeras siete semanas de la profecía de Daniel.

Las siguientes sesenta y dos semanas

Continuando con la profecía, ésta afirma que desde la reconstrucción de la ciudad y sus muros

2. Si quieres obtener mayores detalles de todo este proceso, te sugerimos leer con oración, masticando y volviendo a masticar y disfrutando, los libros de Esdras, Nehemías, Hageo y Zacarías.

hasta la muerte del Mesías habría sesenta y dos semanas, equivalentes a cuatrocientos treinta y cuatro años, y este periodo se ha cumplido tal como fue anunciado por el ángel que le dio la profecía a Daniel: ***“Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones”*** Daniel 9.25-26.

Hasta aquí han transcurrido sesenta y nueve semanas, lo cual quiere decir que falta una semana—siete años—, para que se cumpla la totalidad de las setenta semanas de la profecía.

De otro lado, se debe entender, que esta profecía habla exclusivamente del pueblo de Israel y sobre Jerusalén. La profecía no está enfocada en la iglesia, ni en ningún otro pueblo distinto al pueblo de Israel: ***“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad”*** Daniel 9.24.

La septuagésima semana (la última de las setenta)

Hacia el final de las sesenta y nueve semanas, Dios se hizo hombre y vino como el Mesías de Su pueblo Israel, pero ellos lo rechazaron y le dieron muerte: ***“A lo Suyo vino, y los Suyos no le recibieron”*** (Juan 1.11). Por esta razón, Dios interrumpió Su historia con el pueblo de Israel y comenzó a trabajar con la iglesia, que inicialmente fue conformada por judíos y más tarde por gentiles, y hoy la mayoría de sus componentes han salido de entre los pueblos gentiles.

Una prueba de que el Señor interrumpió Su historia con el pueblo de Israel interrupción no quiere decir que ha dejado de ser Su pueblo, porque el Señor sigue amando a Israel, aunque ellos como nación lo desprecien—, está dada en la misma profecía: ***“y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones”***.

El Señor permitió que el general Tito, hijo del emperador romano Vespasiano, destruyera Jerusalén y el templo, en el año 70 d.C., y desde entonces, los israelitas no han podido tener una relación íntima con Dios de acuerdo con la

ley mosaica, porque no tienen el templo, para ofrecer los sacrificios ordenados por la ley, para relacionarse con Dios, en ese único lugar que Dios estableció para tal fin.

La ciudad de Jerusalén solamente les fue devuelta a los israelíes como capital de su estado, en mayo de 1948 y hasta hoy han tenido y tienen grandes dificultades para conservarla, porque todo el mundo islámico y especialmente los palestinos, luchan con denuedo tratando de que Israel desaparezca como nación.

A pesar de todo esto, no hay posibilidad de que la septuagésima semana deje de cumplirse, porque así como se cumplieron las primeras sesenta y nueve, la septuagésima también se cumplirá, pues esta es la diferencia entre la falsa profecía y la profecía que sale de la boca de Dios: la primera nunca se cumple; a veces hay hechos que de tanto profetizarlos, al fin un día se dan y los falsos profetas anuncian con mucha ostentación el cumplimiento de su “profecía”, pero el anuncio profético que ha salido de la boca del Señor, se cumple en el tiempo por Él determinado. Por eso, la semana setenta se cumplirá y estamos muy cerca de su realización.

Para entenderlo, veamos cómo continúa la profecía: **“Y por otra semana confirmará el pacto**

con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador” Daniel 9.27.

Aquí está la última de las setenta semanas. Para tener total claridad, insistimos una vez más que esta profecía está focalizada en el pueblo de Israel y sobre ningún otro pueblo.

Para que los israelitas puedan volver a tener el sacrificio y la ofrenda, es necesario que recuperen el sitio donde estuvo edificado el templo que levantó Salomón y que fue luego reconstruido en los tiempos de Zorobabel y Esdras, sitio que hoy está en poder de los musulmanes, pues allí han levantado la Cúpula de la Roca, considerado por ellos el tercer lugar en importancia de su culto, después de la Meca y Medina.

Un día, que ocurrirá muy pronto, la nación de Israel podrá acceder a la explanada de Moriah y edificar nuevamente su templo y ahí se cumplirá la palabra de la profecía de las setenta semanas y por otra semana confirmará el pacto con muchos, para poder reanudar el sacrificio y la ofrenda.

Ahí comenzará la última de las

setenta semanas profetizadas en Daniel 9, y la profecía será cumplida en su totalidad. En ese momento el Señor reanudará Su historia con Su pueblo Israel.

¿Cuándo será esto? Cuando haya entrado la plenitud de los gentiles: ***“Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo”*** (Romanos 11.25-26), es decir, cuando hayan sido salvos todos los gentiles que el Señor escogió y predestinó en la eternidad antes del tiempo.

Podemos decirlo de esta forma: Dios, además de amar a Su pueblo Israel, amó también a los pueblos gentiles y para ellos determinó un cupo específico, para que hagan parte de Su reino. Cuando todos ellos —la plenitud— hayan entrado, el Señor reanudará Su trato y Su trabajo con el pueblo de Sus amores.

Desde el comienzo de la última de las setenta semanas, los israelitas volverán a tener todos los ritos del culto que Dios les había ordenado en la ley. Desde el comienzo de la semana reanudarán el pacto que de antiguo habían he-

cho con el Señor su Dios.

Pero a la mitad de la semana, es decir a los tres años y medio, ocurrirá algo que no estaba en sus planes: ***“a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda”*** Daniel 9.27. Aunque los israelitas tendrán nuevamente su templo, sólo les durará la dicha tres años y medio, porque vendrá el desolador y los hará cesar en su adoración a Dios: ***“Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador”*** Daniel 9.27.

La mitad de la semana marca el comienzo de la Gran Tribulación, la cual durará la segunda mitad de la última semana, de las setenta semanas profetizadas por Daniel

¿Quién es el desolador? Indudablemente es el anticristo o la bestia escarlata o el inicuo, que así llama la Biblia, el cual gobernará sobre toda la tierra durante tres años y medio, es decir durante la segunda mitad de la última de las setenta semanas de la profecía de Daniel 9.

Una vez aclaradas las tinieblas en que nos habían metido los teólogos cristianos en el sentido de que la Gran Tribulación durará siete años, y se metieron ellos y han metido a muchos creyentes

en esas tinieblas, porque no saben usar su espíritu humano para buscar revelación de la persona y de los planes de Dios, sino que simplemente usan su raciocinio, es decir su mente desconectada de su espíritu. Es necesario usar la mente, la razón, pero puestas bajo el gobierno del Espíritu que está en nuestro espíritu humano.

Es del mayor interés para satanás, que nosotros usemos nuestra mente separada de nuestro espíritu para tratar de discernir las cosas que son del Señor, porque de esa manera, él gana mucha ventaja, pues así puede gobernar el ser de los creyentes, y alejarnos del Señor.

Por eso, debemos practicar la oración que Pablo profirió en Efesios 3.14-20: ***“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento,***

para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén”.

Si cada día rogamos al Señor que, conforme a las riquezas de su gloria, fortalezca nuestro hombre interior, que es nuestro espíritu humano, tendremos un espíritu fuerte y ese espíritu fuerte nos gobernará; nuestra alma se sujetará al espíritu porque es fuerte y satanás no tendrá ninguna oportunidad de engañarnos ni de suministrarnos revelaciones engañosas, como le ha ocurrido a la mayoría de los santos en el cristianismo contemporáneo.³

Cuando nuestro espíritu humano nos gobierna, en verdad quien nos gobierna es el Señor, porque Él es el Espíritu que mora en nuestro espíritu. Pero cuando somos gobernados por el alma humana, aunque el Señor sigue morando en nuestro espíritu, lo confinamos y no le permitimos fluir desde nuestro interior para gobernarnos: ***“Porque el deseo de la carne***

3. Más riquezas sobre el tema puede encontrarlas en lector en el libro **La Oración**, del mismo editor y publicado en la página: www.las-primicias.com.

es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais” Gálatas 5.17. Cuando el alma del creyente es fuerte, ésta domina el espíritu y quien gobierna a ese hombre es satanás.

el hijo varón (3)

Una vez tenemos la luz que nos alumbra volvemos a Apocalipsis 12 y continuamos disfrutando la visión que tuvo Juan y que el Espíritu desea hacer nuestra.

Habíamos quedado en que el Hijo Varón no fue devorado por el gran dragón escarlata que estaba parado frente a la mujer que clamaba con los dolores de parto, sino que tan pronto como nació fue arrebatado para Dios y para Su trono y que le fue dada la función de gobernar las naciones con vara de hierro.

Después de que su hijo nació —el Hijo Varón resucitó— y fue arrebatado para Dios y para Su trono, la mujer huye al desierto, donde será sustentada durante mil doscientos sesenta días, que equi-

valen a tres años y medio, tiempo que durará la Gran Tribulación: ***“Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días”*** Apocalipsis 12.6.

Obsérvese que la mujer no fue arrebatada para Dios y para Su trono, sino solamente el Hijo Varón que ella dio a luz, que como dijimos antes, está conformado por todos aquellos hijos de Dios de todos los tiempos, incluidos el Antiguo y el Nuevo Testamento, que tuvieron un vivir en la tierra que agradó al Señor, pero que debido a que vivieron en diferentes épocas no alcanzaron a estar vivos para el regreso del Señor, y murieron.

Si la mujer no es arrebatada, sino que huye al desierto, demues-

tra que la mayoría de los creyentes que estén vivos al comienzo de la Gran Tribulación, tendrán que pasar por la mayor parte de ella y solamente cuando se acerque el final de ese periodo serán arrebatados, vivos los que estén vivos y resucitados los que hayan muerto, junto con los creyentes muertos que no hicieron parte del Hijo Varón.

Este arrebatamiento no será para el trono de Dios sino al aire, como lo anuncia el Espíritu por medio de Pablo en 1 Tesalonicenses 4.16-17: ***“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”***

El hecho de que la mujer dé a luz al Hijo Varón quiere decir que esos santos resucitaron con un cuerpo glorioso y ascendieron, fueron arrebatados o raptados directamente para el trono de Dios y no a los aires como ocurrirá con la mayoría de los creyentes, cerca del final de la Gran Tribulación.

La mujer, a cambio de ser arre-

batada, huye al desierto donde el Señor la sustenta por mil doscientos sesenta días, es decir, tres años y medio, que es el periodo de duración de la Gran Tribulación.

En otras palabras, la mujer, que está conformada por la mayoría de los creyentes que estén vivos en ese tiempo, tendrá que pasar por la Gran Tribulación.

Los que hayan alcanzado la unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, que hagan parte del hombre de plena madurez y que hayan alcanzado la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, serán arrebatados vivos como las Primicias. Los demás tendrán que pasar por la difícil época de la Gran Tribulación y aunque el Señor los sustente, no quiere decir que no tendrán que pasar por los muchos sufrimientos que anuncia la Biblia.

Por eso el Espíritu nos advierte a través del hermano Pedro: ***“Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?”*** 1 Pedro 4.17.

Quienes estamos siendo preparados para ser las primicias o el Hijo Varón —si fallecemos antes—

hoy estamos pasando por el juicio de Dios. Pero los que no se rinden al Señor para que los prepare, son los que no obedecen al evangelio de Dios. Recuérdese que el evangelio de Dios no es un conjunto de palabrerías que la mayoría de los cristianos predicán, sino que es una persona: el Señor Jesucristo.

Cuando predicamos el evangelio genuino a otras personas, simplemente les estamos transfiriendo el Cristo que mora en nosotros y del cual estamos llenos, porque día a día buscamos llenarnos de Él.

Si hoy aceptamos el juicio de Dios y vivimos bajo ese juicio, que indudablemente nos traerá sufrimientos de distinta índole, seremos la casa de Dios y cuando el Señor nos arrebathe como las Primicias o como el Hijo Varón, no necesitaremos otro juicio, puesto que ya hemos pasado por él.

En este pasaje se pueden ver claramente dos grupos de creyentes: los que obedecen al evangelio de Dios y los que no lo obedecen. Ninguno de estos dos grupos está conformado por incrédulos, porque de los incrédulos se habla en el versículo siguiente. Esto quiere decir que hay creyentes que no obedecen al evangelio de Dios, porque no buscan llenarse cada día del Señor ni satisfacerlo, sino que viven en su mente caída, tra-

tando de agradar a Dios según sus puntos de vista, pero no siguiendo al Espíritu, es decir, viven en el viejo hombre.

Mientras la mujer huye al desierto, en el cielo, delante del trono de Dios ocurre un hecho maravilloso: **“Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles”** (Apocalipsis 12.7).

Debemos ser cuidadosos cuando leemos y consideramos la palabra de Dios. En ella no sobra ni falta una sílaba ni una palabra; cada palabra tiene un significado y debemos buscarlo, acudiendo al Espíritu y yendo con humildad al trono de la gracia para alcanzar Su gracia y Su misericordia.

Observa que el versículo comienza con el adverbio de tiempo después. Esto implica que lo que se narra es consecuencia del hecho de que el Hijo Varón ha sido arrebatado para Dios y para Su trono. En otras palabras, lo que narra inmediatamente no podría ocurrir sin que el Hijo Varón fuese arrebatado primero.

¿Y qué ocurre después?: **“Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles”**. Se desa-

ta una terrible batalla angelical en la que hay dos bandos bien definidos: Miguel y sus ángeles, por un lado, y el dragón —satanás— y sus ángeles, por otro. Para que esta batalla se inicie, es necesario que antes sea arrebatado el Hijo Varón, y esa batalla se da en el cielo.

Aquí se puede observar una vez más la importancia que Dios da a Sus hijos, a Su pueblo, a Su criatura más importante, que es el hombre. El Señor hubiese podido ordenar que esta batalla se diese en cualquier momento, y no hay duda de que Miguel, que es el arcángel guerrero en el ejército angelical del Señor, hubiese ganado la batalla. Pero el Señor prefirió esperar hasta que el Hijo Varón fuese formado, resucitado y arrebatado.

Solamente hay dos grupos de creyentes que serán arrebatados al cielo: Las Primicias vivas, que son los vencedores vivos que serán transformados en un instante y llevados al trono de Dios en el cielo, y su función allí será que el Padre, el Cordero y el Espíritu disfruten de los primeros frutos de Su obra de redención. El segundo grupo es el Hijo Varón, que insistimos, son los hermanos que vivieron como primicias en la tierra, pero que pasaron por la muerte. El Señor los resucitará, es decir, serán dados a luz por la mujer que está encinta

y arrebatados para Dios y para Su trono. Como estos creyentes son muy fuertes, están totalmente llenos de la naturaleza, la vida, las riquezas y el poder de Dios, su función es la de provocar que se dé la batalla entre dos bandos: Miguel y sus ángeles, por un lado y el dragón —satanás— y sus ángeles, por el otro.

Es posible que estos santos, los que conforman el Hijo Varón, participen en esa batalla, luchando contra satanás, al lado de Miguel y sus ángeles.

¿Cuál es el resultado de la batalla? No podía ser distinto al que vio Juan hace casi dos mil años: **“pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo”** (Apocalipsis 12.8). Satanás y sus ángeles perdieron la batalla.

La primera gran derrota la sufrieron en la cruz, cuando el Señor Jesús exhibió públicamente al diablo y sus huestes angélicas, junto con sus demonios. Satanás entiende que es un derrotado y por eso trata de hacer el mayor daño posible a la humanidad, porque sabe que nunca le ganará una batalla al Señor.

Satanás estaba convencido que al matar al Señor en la cruz lo derrotaría, pero no se dio cuenta que el derrotado fue él, porque la

muerte del Señor Jesús estaba establecida en el plan de Dios desde antes de la fundación del mundo. Es por eso por lo que Hebreos 2.14 dice: **“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo”**.

El diablo tampoco puede derrotarnos a nosotros, ni a las Primicias ni al Hijo Varón, porque somos los creyentes que vivimos asidos al Señor, escondidos con Dios en Cristo, siguiendo al Cordero por dondequiera que va; vivimos en el Espíritu, oyendo la voz del Señor, creciendo en Él, agradándolo por medio de hacer Su voluntad, pensando en las cosas del espíritu no en las de la carne. Lo máximo que puede hacer es perseguirnos y tratar de hacernos tropezar y a veces logra algo, cuando nos descuidamos y no permanecemos en el espíritu. Pero el Espíritu está alerta para redargüirnos y convencernos de que nos arrepintamos, confesamos nuestras faltas, volvamos al espíritu, nos reconciliamos con el Señor y satanás y sus huestes quedan totalmente derrotados y aplastados.

El hecho de que satanás pierda esa batalla en el cielo tiene una

consecuencia inmediata que la Biblia nos refiere en el siguiente versículo: **“Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él”** (Apocalipsis 12.9).

Hasta el momento en que el Hijo Varón sea arrebatado, satanás tiene acceso al cielo. Por favor no se escandalice, más bien despójese de sus conceptos religiosos y lea bien lo que Dice la Biblia. Una prueba más de este aspecto, la encontramos en Job, que es otro de los libros que conforman la Biblia, la palabra de Dios: **“Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás...Aconteció que otro día vinieron los hijos de Dios para presentarse delante de Jehová, y Satanás vino también entre ellos presentándose delante de Jehová”** (Job 1.6; 2.1). Los ángeles —satanás es un ángel—, son hijos de Dios, no en el sentido de que sean partícipes de Su naturaleza divina, como somos partícipes los creyentes, sino en el sentido de que fueron creados por Dios, es decir, Dios es su origen y por eso la Biblia les da el trato de hijos de Dios. Satanás fue a pre-

sentarse delante de Dios junto con otros ángeles.

Debido a esa contaminación del diablo, la Biblia afirma que Jesús fue sentado en lugares celestiales por encima de satanás y sus ángeles, **“la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero”** (Efesios 1.20-21). Hebreos 7.26 afirma que Jesús como sumo sacerdote es más alto—sublime— que los cielos: **“Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos”**. Esto implica que nadie puede estar por encima del Señor nuestro Dios.

No obstante, el enemigo sí accede al cielo; pero cuando el Hijo Varón sea arrebatado para Dios y para Su trono, inmediatamente se dará la batalla y Miguel y sus ángeles, junto con el Hijo Varón, lo lanzarán de allí, y ese lanzamiento será a la tierra.

Cuando en esa batalla ocurra la derrota y el lanzamiento de satanás y sus ángeles, se produce inmediatamente un clamor: **“Enton-**

ces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche” (Apocalipsis 14.10).

¡Qué maravilloso es el Señor! ¡Qué amor y qué destino les ha dado a algunos de Sus hijos! Solamente después de que son raptados el Hijo Varón y las Primicias, es que se emite esta voz anunciando un hecho por demás anhelado: **Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo.**

El Hijo Varón es el arma que el Señor prepara para arrojar a satanás y a sus ángeles a la tierra. ¿No es maravilloso que el Señor nos haya dado ese privilegio? Cuando este hecho se dé, entonces la salvación, el poder, el reino y la autoridad del Cristo de Dios serán realidad, porque gracias a que el Hijo Varón ha sido raptado al cielo, ya no hay más lugar para el diablo y su ejército de maldad; ahora el cielo estará completamente limpio, ya satanás no podrá presentarse delante de Dios para acusar a Sus escogidos. El Hijo Varón será el

impedimento para que satanás se asome por el cielo.

Ahora el cielo estará dispuesto para que el Señor disfrute de Sus primicias que ha ganado y ya no hay ningún estorbo, porque ha sido lanzado fuera el dragón, que es la serpiente antigua y que también se llama diablo y satanás, y que se dedicó a engañar a las personas que están en el mundo.

Además de engañar al mundo, ¿qué más hace satanás? ***El acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche.*** Él está pronto para acusar a los creyentes delante del Señor y lo hace a toda hora, de día y de noche.

Cuando los creyentes cometemos errores y faltas, satanás se presenta delante del Señor para acusarnos, para hacerle ver a Dios las faltas y errores que hemos cometido. Naturalmente, este hecho contrista al Señor y la unción deja de fluir en nuestro interior; sin embargo, el Espíritu Santo trabaja en nosotros para que volvamos a la comunión con el Señor, en la que mediante Su luz somos iluminados, confesamos nuestras faltas, nos arrepentimos, el Señor nos limpia con Su sangre, perdona nuestros errores, nos reconcilia con Él y la comunión queda restablecida nuevamente. Satanás

queda “*fastidiado*”; una vez más ha sido derrotado.

DERROTAMOS A SATANÁS

¿Y cómo derrotamos los creyentes a satanás y silenciemos sus acusaciones? Por tres medios: “***Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte***” (Apocalipsis 12.11).

1. La sangre del Cordero

La primera de las armas que tenemos para vencer al dragón escarlata, que también es llamado la serpiente antigua, diablo o satanás, es la sangre del Cordero.

Cuando el Señor Jesús murió en la cruz, derramó Su sangre, porque este es un requisito exigido por Dios, para que pueda haber remisión de los pecados: “***sin derramamiento de sangre no se hace remisión***” (Hebreos 9.27).

Debemos entender que la vida Bios, la vida física, natural o biológica, está en la sangre de los hombres. Cuando la sangre abandona el cuerpo o deja de circular, el hombre muere y deja de existir en la tierra. Con la muerte del Señor se cumplió la sentencia que Dios había proferido sobre el hombre cuando le dijo a Adán que si co-

mía del árbol de la ciencia del bien y del mal moriría: “**mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás**” (Génesis 2.17).

Como el hombre comió del fruto de ese árbol, Dios no tenía la posibilidad de evitarle la muerte, porque ya había dictado Su sentencia; el hombre tenía que morir. La semilla de la muerte había entrado en él y todos los hombres tenemos que morir: “**Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron**” (Romanos 5.12). El Señor Jesús con Su muerte nos reemplazó y nos identificó con Él, a quienes heredamos la vida eterna, y gracias a Su muerte a los ojos de Dios nosotros ya cumplimos la sentencia en Jesús: ya morimos con Él en la cruz, hace dos mil años.

Para que se produjera la muerte del Señor Jesús, Él derramó Su sangre, pero el derramamiento de esa sangre no es común, sino que Su sangre es eternamente eficaz para la remisión de nuestros pecados: “**Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre**

del pacto eterno... Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Hebreos 13.20; Apocalipsis 1.5).

Siempre que cometemos alguna falta, el Espíritu dentro de nosotros se compunge y así mismo gime, para que nosotros nos volvamos a la comunión con el Señor, seamos iluminados con Su luz, confesemos, nos arrepintamos e inmediatamente seamos perdonados, limpiados con Su sangre eficaz y reconciliados con Dios: “**pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado**” (1 Juan 1.7).

Inmediatamente después de que cometemos un error, satanás se presenta delante de Dios para acusarnos y viene a nosotros a tratar de atormentarnos, a decirnos que somos pecadores, que no tenemos remedio, que nunca alcanzaremos la salvación, que jamás podremos agradar al Señor ni cumplir Su plan.

Como nosotros no ignoramos sus maquinaciones, cuando tenemos el sentir en nuestro interior de que la unción ha dejado de funcionar, cuando nos sentimos secos, buscamos inmediatamente la comunión con nuestro Señor. Él en-

tonces nos ilumina y nos muestra dónde está el problema; nosotros nos arrepentimos, confesamos cabalmente nuestro error, nos reconciliamos con el Señor y con las personas que hemos ofendido, si hay algún ofendido, y satanás queda callado, derrotado y avergonzado.

De esa manera lo vencemos por medio de la sangre del Cordero. Tenemos que decirle que esa falta que hemos cometido es limpiada por la sangre del Señor Jesús.

2. La palabra de nuestro testimonio

Es la segunda herramienta que el Señor nos ha provisto para que podamos vencer al diablo, el gran dragón escarlata, la serpiente antigua, satanás.

La parte de nuestro ser que satanás más anhela poseer es la mente, porque ella es la rectora del alma, y por medio de la mente puede gobernarnos si nosotros se lo permitimos.

Una de las estrategias más sutiles que utiliza para atacar nuestra mente es la de hablarle. En nuestra mente diariamente hay un desfile de pensamientos malos y buenos que proceden de él. Bombardea nuestra mente infundiéndole temores, inseguridad, dudas, incertidumbre del futuro, miedo de que nos ocurran cosas desagradables

tales como accidentes, tragedias y tantas cosas de ese estilo.

A veces nos acusa de cosas que no hemos cometido y si las cometemos la acusación es mayor, de tal manera que, si no lo atacamos y lo vencemos, destruye nuestra fe y hasta nos lleva a la esquizofrenia y a la locura. Si somos religiosos y vivimos sometidos a las reglas que los hombres imponen en las religiones, la violación de una sola de esas normas da lugar a que vivamos un estado de desesperación y angustia que él aprovecha muy bien para acusar a la persona y tratar de llevarla al caos y al desespero.

Pero el Señor nos ha dado un arma muy eficaz contra estos ataques, la cual es Su palabra. Pero esa palabra no es una simple repetición mental de frases bíblicas como hacen la mayoría de los cristianos contemporáneos, sino que la palabra de Dios debe hacerse real en nuestra experiencia y en nuestro vivir diario. Por eso, el Espíritu Santo nos da un consejo al respecto: **“La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales”** (Colo-

senses 3.16).

El verbo morar indica que la palabra ha sido experimentada por el creyente, es una realidad en su vivir diario, esa palabra ha penetrado hasta lo más profundo de su ser, ha tocado su espíritu y en él se ha convertido en la luz de Dios. Esa palabra nos alumbra y nos muestra el camino por el que debemos andar cada día, y cuando satanás ataca nuestra mente, inmediatamente la proclamamos, la confesamos y él no tiene otro camino distinto al de huir.

A esto se refiere el Espíritu Santo cuando a través de nuestro hermano Pedro nos anima: **“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe”** 1 Pedro 5.8-9.

Resistir al diablo firmes en la fe es vencerlo por medio de la palabra que mora en nosotros y que se ha convertido en nuestro testimonio; esta es la palabra que se ha hecho vida y realidad en nosotros y cuando le hablamos con esa palabra, él no tiene otro camino que huir; y nosotros nos hacemos fuertes, somos la realidad del Hijo Varón, y, si morimos antes de la venida del Señor, seremos resucitados y rapados para Dios y para Su trono.

Un ejemplo apropiado de cómo vencer a satanás por medio de la palabra de nuestro testimonio nos lo dio el Señor, cuando en tres ocasiones fue tentado por el diablo. En los tres momentos, el Señor se limitó a responderle con la palabra: **“El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios... Jesús le dijo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios... Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás”** (Mateo 4.4, 7, 10).

La palabra que salía y sale de la boca de Jesús es Dios mismo, es el Espíritu; y ante Él, el diablo nada puede hacer. No le quedó camino distinto al de no molestar más al Señor y dejarlo: **“El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían”** (v. 11).

Si un creyente no aprende a vivir en el Espíritu, fácilmente es atacado por satanás, y él buscará la más pequeña ocasión para molestarlo. Si es así, entonces se debe contra atacar con la palabra del Señor, pero se debe recordar que esa palabra debe haberse constituido suficientemente en el creyente, lo que es el equivalente a que la pa-

labra more en abundancia en nosotros.

Obsérvese que el morar de la palabra debe ser abundante. Nuestro ser interior es como un gran depósito que debemos llenar todos los días, para que tengamos suficiente provisión para nutrirnos y crecer en el Señor, para suplir a otros y para guerrear contra nuestro enemigo y vencerlo, y de esa manera seremos parte del Hijo Varón.

3. *Menosprecian sus vidas hasta la muerte*

La tercera herramienta con la que el Señor suple al Hijo Varón para vencer a satanás es la de negar sus vidas hasta la muerte.

La palabra que usa el griego en la Biblia, que se ha traducido al español como vida, es *psique*, que hace referencia a una de las tres partes que tiene el ser humano: el alma. En este y en otros libros que hemos escrito, tratamos el tema con alguna profundidad, y tratándose de un aspecto bien sensible, trascendental e importante, deseamos tocarlo nuevamente.

Se debe recordar que el ser humano tiene tres partes: espíritu, alma y cuerpo. Cuando el Señor creó al hombre, lo formó del polvo de la tierra le dio un cuerpo—, y después sopló en él aliento de vida—espíritu humano—, y de la

unión del espíritu con el polvo de la tierra resultó un ser viviente —alma humana—, que es la persona, la personalidad del hombre: **“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente”** Génesis 2.7.

Dios le dio al hombre un espíritu —aliento de vida—, para que en ese espíritu Él pudiera mezclarse con el hombre.

En un creyente los dos espíritus, el de Dios y el del hombre, llegan a ser uno solo: **“Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él”** (1 Corintios 6.17) y desde allí, el Señor quiere llenar el alma del hombre que lo ha recibido. A la primera etapa, la salvación del espíritu humano, la Biblia le llama regeneración y ocurre en el instante en que la persona cree en el Señor y lo recibe.

La segunda etapa, la de la salvación del alma, puede durar toda la vida del creyente en la tierra, si este se dispone para que el Señor llene el alma desde su espíritu; o los tres años y medio de la Gran Tribulación si el creyente está vivo en esa época y no fue tomado como las primicias; o mil años del reino milenario si el creyente no se dispone para el Señor mientras vive en la tierra.

En la salvación del alma se dan los procesos de santificación, conformación y transformación hasta llegar a la glorificación.

Finalmente, la salvación del cuerpo será instantánea, cuando el Señor regrese. Antes de la Gran Tribulación, las Primicias que son los vencedores vivos, serán transformados en un instante y serán raptados al Monte de Sion, al trono de Dios. Inmediatamente antes de ellos, los que hacen parte del Hijo Varón, serán resucitados con un cuerpo glorioso y llevados a Dios y a Su trono. Estos dos grupos conforman la totalidad de las Primicias de las que habla Apocalipsis 14.1-5.

Cerca del final de la Gran Tribulación, los creyentes que estén muertos, y que no resucitaron como el Hijo Varón y los que murieron durante la Gran Tribulación, serán resucitados con un cuerpo glorioso y llevados a los aires para presentarse en el Tribunal de Cristo para ser juzgados y premiados entrando en las Bodas del Cordero, o para ser disciplinados por mil años en las tinieblas de afuera, bajo lloro y crujir de dientes. Los santos que estén vivos hacia al final de la Gran Tribulación serán transformados y raptados a los aires para ser juzgados y recibir el mismo destino de los anteriores.

El Señor creó en el hombre un espíritu para que el hombre lo reciba y sea santificado con la vida y la naturaleza divinas. También le dio al hombre un alma que tiene mente voluntad y emoción, para que desde el espíritu humano Dios pudiera llenar esas tres facultades del alma del hombre, hasta llevarlas a la total santificación por medio de saturarlas de la vida y la naturaleza de Dios. Finalmente, si el espíritu y el alma humanas fueren santificadas, también lo será el cuerpo humano.

Pero para lograr esa santificación, cuando fue creado, era necesario que el hombre comiera del árbol de la vida que estaba en medio del huerto y el cual representa a Dios. Pero el hombre no lo hizo así, sino que comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, el cual representa a satanás. En otras palabras, en lugar de llenarse de la naturaleza santa de Dios se llenó de la naturaleza pecaminosa de satanás. Dios entonces tuvo que interrumpir la comunión con el hombre.

¿Cómo hizo satanás para introducir su naturaleza en el hombre? Usó la mente de una de las dos partes que conforman el hombre: la mujer. Satanás tocó la mente de Eva y la llevó a razonar, sembró dudas en su mente con respecto a

la sinceridad y fidelidad de Dios y logró capturar su mente, porque Eva la abrió para que satanás la llenara. Una vez que el enemigo logró llenar de tinieblas la mente de Eva, todo su ser fue lleno de oscuridad, ella tomó del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, comió y le dio a su marido para que comiera, él lo hizo y los dos fueron llenos de la naturaleza diabólica.

Aunque satanás no pudo llenar el espíritu del hombre, pero sí su alma, logró anular dos de las tres funciones que tiene el espíritu humano: la intuición y la comunión. Haciendo uso de la intuición el hombre tiene un conocimiento elevado y profundo de Dios, pero por causa de la caída, el hombre no podía conocer a Dios.

Por eso la gente del mundo anda tan alejada del Señor, porque uno no ama a quien no conoce y debido a que satanás amorteció esa función en el espíritu del hombre, es muy difícil para el hombre mundano conocer a Dios. Incluso muchos creyentes genuinos no saben ejercitar la intuición de su espíritu e ignoran completamente la persona de Dios y Su plan: ***“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede***

entender, porque se han de discernir espiritualmente” (2 Corintios 2.14). El hombre natural es un hombre alimático, que vive en su alma humana caída, que no sabe tocar ni ejercitar su espíritu y por ese motivo nunca puede entender las cosas que pertenecen al Espíritu.

Satanás, con la caída del hombre, además amorteció la comunión, que es otra de las funciones del espíritu humano, y mediante ella el hombre se relaciona con Dios, tiene intimidad con Él, conoce Sus secretos, Sus misterios, Sus deseos y Sus necesidades. Cuando el hombre cayó, Dios lo echó del huerto de Edén y fuera de allí no era posible tener comunión con el Señor. El Huerto de Edén es el ámbito donde Dios y el hombre tienen comunión, y es un tipo del espíritu humano.

el hijo varón (4)

Lo que no logró acallar por completo el enemigo en el hombre fue la conciencia, porque después de la caída ésta seguía funcionando, aunque no con la fuerza propia de ella. Una prueba de que la conciencia aun funcionaba después de la caída es que cuando Adán pecó vio que estaba desnudo, lo cual no había ocurrido antes.

Sin embargo, por causa del pecado, en un incrédulo, satanás logra cauterizar la conciencia hasta insensibilizarla y anular completamente su función.

El alma humana fue totalmente usurpada y poseída por el enemigo y se convirtió en el alma caída, en el viejo hombre, en el ego y en el yo. Satanás se entronizó en ella y desde entonces gobierna al hom-

bre como él quiere.

En la caída, el cuerpo se convirtió en el principal receptor de la muerte y por esa razón, todos los hombres tienen que morir, aunque esa muerte se da solo en su cuerpo, porque el espíritu y el alma van al Hades, cuando la persona no muere en Cristo; o van al paraíso, si la persona muere habiendo creído en el Señor.

A pesar de este panorama tan sombrío, con el propósito de redimirnos, de restaurarnos al plan original de Dios, un día Él se hizo carne en Jesús, murió en la cruz y resucitó y ascendió, y en este proceso entró en nosotros como el Espíritu dador de vida para suplirnos con la vida y la naturaleza de Dios.

Al entrar en nosotros nos sumi-

nistra con Su Espíritu vivificador y nuestro espíritu humano es reavivado totalmente y sus tres funciones de conciencia, comunión e intuición, vuelven a funcionar plenamente. Cuando un creyente hace cualquier cosa que ofende a Dios, inmediatamente su conciencia funciona y le muestra que su acto, pensamiento o palabra, ha contristado al Espíritu.

Como Él vive en el creyente y lo cela intensamente, inmediatamente lo convence de arrepentimiento y el creyente va a la presencia del Señor, Él lo ilumina acerca de su error, lo confiesa, se arrepiente, el Señor lo limpia con Su sangre, borra su falta y lo reconcilia con Él. Todo ese proceso ahora es posible gracias a que la conciencia del espíritu del creyente ha vuelto a funcionar.

De la misma manera, también la comunión del creyente es restablecida. Una persona que ha recibido al Señor en su espíritu puede hablar permanentemente con el Señor. Puede y debe entrar y vivir en su espíritu humano y hablar con Dios para adorarlo, para alabar, para hacerle peticiones; y lo más importante es oírlo, escuchar Su voz, conocer Su voluntad, escuchar y aceptar sus correcciones, Su disciplina y Su castigo; conocer Sus necesidades, orar conforme a

Sus deseos y Su voluntad y ser uno con Él¹. Esta es la función de la comunión del espíritu humano, que gracias a la regeneración ha sido completamente restablecida en los creyentes.

La tercera función del espíritu humano que ha sido rescatada mediante la regeneración es la intuición. Es el medio por el cual podemos conocer a Dios, Sus misterios, Su voluntad, Sus atributos, Su deseos, Sus intenciones, Sus hechos, Sus gustos y todo lo que concierne a Él, pero que se da solamente por revelación, en la parte del espíritu humano que se llama la intuición.

Esta intuición no se refiere al sexto sentido del que hablan los psicólogos y que consideran más desarrollado en la mujer y por eso hablan jocosamente de la “**intuición femenina**”.

La intuición del espíritu es una facultad que Dios puso en lo más profundo del ser humano, para que éste pueda llegar a tener un pleno conocimiento de Dios y a él se refiere Pablo cuando profirió una de sus oraciones: “**no cese de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el**

¹ . Más detalles de este tema puede encontrarlos en el libro *La Oración en el Espíritu*, del mismo editor publicado en la página: www.las-primicias.com

Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él" (Efesios 1.16-17).

En la intuición obtenemos toda la revelación que el Espíritu quiere darnos acerca de Dios: ***"Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido"*** (1 Corintios 2.9-12).

Como afirmamos antes, el alma fue totalmente usurpada, poseída y corrompida por satanás y esa era nuestra condición antes de que recibiésemos al Señor.

Desde el momento en que una persona lo recibe en su espíritu humano, Él va llenando poco a poco el alma, en la medida que el

creyente se dispone a buscarlo, y el alma en sus tres partes mente, voluntad y emoción— va siendo saturada por el Señor y este es el proceso que todos los creyentes tienen que vivir, bien sea en esta era de la gracia, durante la Gran Tribulación o en la era del reino de los cielos, pero llorando y crujiendo los dientes y separado de la presencia del Señor.

Para que la santificación del alma sea realidad en esta era, es indispensable la disposición de la persona.

Esto nos da pie para discernir a qué se refiere el Espíritu cuando afirma que el Hijo Varón ha vencido a satanás negando su alma hasta la muerte. Satanás anhela ganar el alma del hombre y por ese medio gobernarlo.

En el mundo eso es lo que ocurre: todos los hombres están bajo el gobierno de satanás, porque él posee el alma de los hombres y los maneja a su antojo. Por eso el Espíritu a través de Juan exclama: ***"Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno"*** (1 Juan 5.19). Léase bien la declaración del Espíritu: el mundo entero está bajo el maligno.

No hay nada en el mundo que no esté bajo el maligno. Hay una

versión al español que traduce el verbo está, como yace, y quiere decir que está postrado, subyugado. Esto implica que todo y todos están postrados bajo el dominio de satanás: los hombres y las mujeres, los gobiernos, las actividades humanas tales como las comunicaciones, la economía, la educación, las religiones, el comercio, la industria, la ciencia y la tecnología, todo se encuentra a merced de él.

Por eso el Señor Jesús en su oración antes de Su muerte clamó así al Padre: ***“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”*** (Juan 15.15-16).

Los creyentes, los hijos de Dios, estamos en el mundo, pero no somos del mundo y no estamos bajo el maligno, y en ese sentido el Señor Jesús pidió al Padre que nos guarde del maligno.

Sin embargo, los creyentes genuinos que no acostumbran a vivir y a andar en el espíritu, aquellos que son alámicos, carnales, naturales, que no andan en comunión íntima con el Señor, fácilmente son guiados por satanás, porque su alma es fuerte y su espíritu débil y en ellos satanás tiene la oportunidad de enseñorearlos y gobernarlos.

Por eso el Espíritu a través de Pablo nos legó una oración que debe convertirse en nuestra experiencia diaria: ***“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu”*** (Efesios 3.14-16).

Aquí está la mayor necesidad de un creyente: ser fortalecido cada día en su espíritu humano — el hombre interior—, para que de esa manera sea su espíritu quien lo gobierna y como el Dios Tres Uno mora en su espíritu humano, en realidad es Dios quien lo gobierna, y satanás no tiene nada que ganar en esa persona, sino que es totalmente gobernada y guiada por el Señor. En un creyente cuyo hombre interior el espíritu, —humano— es fortalecido permanentemente, el alma queda totalmente sometida al espíritu y satanás nunca podrá poseer ni un ápice de esa alma y así es vencido, por medio de negar el alma, hasta la muerte.

Volviendo a Apocalipsis 12, veamos qué ocurre después de que satanás y sus ángeles son arrojados del cielo, al perder la batalla contra Miguel y sus ángeles, gracias a que el Hijo Varón ha sido tomado

para Dios y para Su trono: ***“Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo”*** (v. 12).

En el cielo hay éxtasis, júbilo, alegría y gozo, porque la contaminación diabólica ha sido eliminada. De ahora en adelante ni satanás ni sus ángeles pueden asomarse por allí; ahora ningún santo puede ser acusado delante de Dios; ahora hay un hombre corporativo conformado por el Hijo Varón y las Primicias que están allí en el cielo, en el trono de Dios, y satanás ha sido vencido y derrotado por ellos; ahora el Señor ha cumplido Su anhelo de miles de años; Su obra redentora ha sido consumada en buena medida; ahora el Señor tiene al Hijo Varón y a las Primicias para exhibirlas ante satanás y sus ángeles y ante los billones de ángeles que no se rebelaron con el diablo, ante los veinticuatro ancianos y ante los cuatro seres vivientes, y delante de todo el universo: ***“y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su***

bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2.6-7).

Pero en la tierra y en el mar el asunto no es así, sino que hay un lamento, un ay, una exclamación de dolor, tristeza y angustia: ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo.

Satanás con sus ángeles fueron arrojados a la tierra y está lleno de rabia, de ira, porque sabe que su tiempo de embaucar al mundo entero, de engañar y corromper al hombre, está llegando a su fin. El poco tiempo que le queda son los tres años y medio de la Gran Tribulación, y este hecho marca el comienzo de esta.

El diablo quiere sacar el máximo provecho del poco tiempo que le queda, y cuando se da cuenta de que fue echado del cielo, que ya no puede volver más por allí, lo primero que hace es hacer guerra contra los hijos de Dios que vivan en esa época en la tierra, que son la mayoría de la iglesia, los que no fueron tomados como las Primicias, es decir, la mayoría de los creyentes que estén vivos: ***“Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón”*** (Apocalipsis 12.13).

Una vez más queda desvirtuada la interpretación teológica de muchos maestros del cristianismo, quienes afirman que la totalidad de la iglesia será raptada antes de la Gran Tribulación. Solamente serán arrebatados antes de la Gran Tribulación el Hijo Varón y las Primicias vivas. Los demás santos que estén vivos tendrán que pasar por casi toda la Gran Tribulación y ser sometidos a buena parte del juicio que Dios traerá sobre la tierra y sus moradores y los sufrimientos que ese juicio producirá.

No obstante, debemos observar que el hecho de que la mayoría de los creyentes vivos tengan que pasar por la Gran Tribulación, es una prueba más del amor y la misericordia del Señor por Sus hijos, porque en este lapso ellos madurarán y la gran mayoría entrará en la manifestación del reino de los cielos.

Si tú no aprovechas este tiempo para madurar, tendrás que pasar por la Gran Tribulación, si estás vivo en esa época; aun así, el Señor te está dando una segunda gran oportunidad de ser un vencedor. Sin embargo, te aconsejamos que no esperes hasta ese tiempo, sino que madures ahora.

“Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. Y se le

dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo. Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca. Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo, y se paró sobre la arena del mar” (Apocalipsis 12.13-18 — Gr).

Al saberse derrotado en su intento de devorar al Hijo Varón, ya que éste fue arrebatado para Dios y para Su trono, el dragón persigue a la mujer, arroja de su boca agua como un río a fin de ahogarla, pero el Señor la transporta al desierto para ser sustentada por tres años y medio: tiempos y tiempo y la mitad de un tiempo.

El diablo no cesa en su empeño de perseguir a los hijos de Dios, e inmediatamente les declara la guerra a quienes guardan los mandamientos de Dios y tienen el testi-

monio de Jesús. Los que guardan los mandamientos de Dios, son los judíos que permanecen fieles a la ley.

El pueblo de Israel como nación, se ha declarado un estado laico, lo cual quiere decir que ellos no han adoptado constitucionalmente una creencia determinada. Aunque siguen siendo un pueblo amado por Dios, porque de otra manera con todo el conflicto que han tenido con otras naciones, especialmente con los árabes, hace tiempo hubiesen desaparecido de la tierra, de no haber sido por la misericordia del Señor, que los ha sustentado de manera milagrosa².

No obstante que los israelíes, como nación, le han dado la espalda al Señor, sin embargo, en el seno de ellos hay una fuerte corriente que lucha por mantener todos los ritos de la ley mosaica, por recuperar el lugar para reconstruir el templo y por ser fieles al Señor. A éstos se refiere la palabra cuando dice que la serpiente, el dragón, el diablo o satanás, se fue a perseguir a los que guardan los mandamientos de Dios.

Los que tienen el testimonio de

2. Si usted desea obtener una buena información de la forma cómo los israelíes lograron constituirse como nación en mayo de 1948, le recomendamos leer el libro *¡Oh, Jerusalén!* de Dominique Lapierre y Larry Collins, editorial Plaza & Janes 1982

Jesús, son sin duda los creyentes neotestamentarios que conforman la iglesia y que serán víctimas de la guerra que satanás desatará contra ellos en la Gran Tribulación.

Como conclusión, debemos afirmar que el galardón mayor que el Señor ha preparado para aquellos de Sus hijos que lo honren, lo obedezcan, lo agraden, le permitan crecer en ellos, está en uno de estos dos hechos: o ser las Primicias o ser el Hijo Varón.

En cualquiera de los dos, se requiere de parte del creyente que redima bien el tiempo que el Señor le ha dado en la tierra: ***“redimiendo bien el tiempo, porque los días son malos”*** Efesios 5.16, para alcanzar los cuatro aspectos de que habla Efesios 4.13: ***“hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”***.

Todos los hijos de Dios tendrán que cumplir a cabalidad estos cuatro requisitos. Unos lo harán antes y ellos son Las Primicias y el Hijo Varón, otros lo harán durante la Gran Tribulación; y un gran número tendrá que pasar por las tinieblas exteriores, donde por mil años habrá lloro y crujir de dientes, pero no habrá ningún hijo de

Dios que no llegue a la unidad de la fe, al pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la plena madurez y a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Ante la claridad de este panorama, en el cual el Señor muestra que tiene tres tiempos o épocas para que Sus hijos alcancen estas cuatro características, cada uno debe decidir cuándo quiere que el Señor trabaje en su ser. Los tres tiempos son: *el presente* que denominamos la era de la gracia, la era de la iglesia y que terminará justo antes de la Gran Tribulación; *el segundo*, es la época de la Gran Tribulación, que, aunque es un periodo corto de tres años y medio, no obstante, es una época muy dolorosa y difícil, por cuanto el juicio de Dios sobre la tierra será severo y los creyentes que vivan en ese entonces tendrán que sufrir casi todas las cosas que vendrán. *La tercera época* es el reino milenar, donde los creyentes que no maduraron en las dos épocas anteriores serán atados de pies y manos, echados en las tinieblas exteriores, donde madurarán en el periodo del reino milenar.

El Señor está hablando con toda claridad, para que cada quien tome la decisión que le parezca. Tú querido lector, puedes escoger ser trabajado en esta era y madurar hasta alcanzar la estatura de la

plenitud de Cristo. Para ello, debes aprender a seguir al Cordero por donde quiera que va, lo cual no es nada distinto a vivir en comunión íntima con el Señor, a vivir y andar por y en el Espíritu, a oír Su voz, a obedecerlo, a permitirle que por medio de la disciplina, la reprimenda y el castigo te transforme, llene tu alma con Su naturaleza y así llegues a ser una persona completamente madura en el Señor, en la cual Él pueda encontrar fruto permanente para disfrutar.

Si se lee el contexto de Efesios 4.13, se encontrará que, para lograr el perfeccionamiento de los santos en la iglesia, el Señor constituyó a cuatro clases de personas-dones: apóstoles, profetas, evangelistas, y pastores-maestros, lo cual es verdad.

La iglesia es comparada con un cuerpo humano en el que hay distintos miembros con diferentes funciones, y cada miembro es capacitado por la vida que hay en él y por el ejercicio continuo, para cumplir determinada función.

En el cuerpo no hay miembros especiales ni miembros más y menos importantes, sino que unos se complementan con otros, y unos a otros se necesitan para que el cuerpo pueda vivir armoniosamente. Cuando un miembro en el cuerpo tiene dificultades, todo el cuerpo

es afectado por ese miembro por pequeño o grande que sea.

Espiritualmente el asunto es similar. La iglesia es el cuerpo de Cristo y ese cuerpo tiene muchos miembros, y para el Señor y el cuerpo, todos los miembros tienen la misma importancia; todos, absolutamente todos, tienen una función, porque por todos fluye la misma vida que es la vida divina, y todos los miembros deben ejercer su función. En ese cuerpo hay una cabeza que es el Señor Jesús y Él mismo es un miembro del cuerpo, pues así lo declara 1 Corintios 12.12: ***“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también el Cristo”***.

No podemos hablar de Cristo y la iglesia como de dos entidades separadas, sino que, de acuerdo con esta porción de la Palabra, la iglesia, el cuerpo es Cristo y Cristo es la iglesia y nosotros somos miembros de ese cuerpo, ***“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”*** (v. 13).

En ese cuerpo no todos tenemos la misma función, sino que

cada miembro tiene una función diferente, pero no separada de los demás miembros, sino complementada con las distintas funciones de los diferentes miembros; todos se necesitan mutuamente.

Podemos hablar de un miembro principal del cuerpo, la Cabeza, que es el Señor Jesús, pero es uno solo; no hay otros miembros principales, solamente Él que es la Cabeza y a esa Cabeza deben someterse y sujetarse los demás miembros para obedecerla y seguirla, pero solamente a Él y a nadie más.

La más grande manifestación de la degradación de la iglesia que se da en el cristianismo contemporáneo radica en el hecho de que en cada congregación o movimiento o misión, hay una cabeza que no es el Señor y que denominan pastor, reverendo, evangelista, siervo de Dios, apóstol... y es él quien dirige la ***“iglesia”***, la encabeza, la manipula, la ***“edifica”*** y hace todo por los miembros, impidiendo que estos funcionen como es propio del cuerpo de Cristo, y por esta razón, esas organizaciones caen en lo que resta del contexto de Efesios 4.13. Esto es nicolaísmo³.

Todo órgano que no funciona está condenado a atrofiarse y eso

3. Más revelación sobre el tema puede encontrarla el lector en el libro ***¿Cuál Iglesia?*** Del mismo editor.

ocurre con las personas que están en el cristianismo contemporáneo; debido a la falta de funcionamiento de los hermanos como miembros del cuerpo de Cristo, no han crecido en el Señor, después de mucho tiempo de haber creído siguen siendo niños, sufren una terrible enfermedad que se llama “**enanismo espiritual**” y son arrastrados de un lado para otro por vientos de enseñanza que utilizan sus líderes para engañarlos: “**para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y zarandeados por todo viento de enseñanza, por la astucia de los hombres que obran con maestría para un sistema de error**” (Efesios 4.14).

Los cristianos se han dedicado a seguir a sus líderes y han dejado de lado al Señor, porque ellos ignoran lo que dice Efesios 4.15: “**sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo**”. Léase con discernimiento la frase siguiendo la verdad en amor, para poder entender a quién se debe seguir. Para alcanzar los cuatro elementos de Efesios 4.13 es necesario seguir la verdad, pero la verdad no es la enseñanza de un líder o el punto de vista teológico de un hermano importante dentro del cristianismo, sino que la verdad es una persona y a Él debemos seguir: “**Yo soy el**

camino, y la verdad, y la vida” (Juan 14.5).

A la persona del Señor Jesús es a quien se debe seguir en amor y eso permitirá a los creyentes crecer hasta alcanzar la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Si tú deseas crecer sigue solamente al Señor Jesús; no sigas a ningún líder.

No se debe seguir a ningún hermano, a ninguna organización, a ningún ministerio particular ni a ninguna doctrina, sino solamente al Señor, porque es por medio de Él que cada miembro crece de acuerdo con el suministro de todas las riquezas del Señor y en la medida en que cada miembro crece, se va causando la edificación de todo el cuerpo: “**De quien todo el cuerpo coordinado y coligado mediante toda coyuntura del suministro, conforme a la actividad en la medida de cada miembro, se lleva a cabo el crecimiento del cuerpo para la edificación de sí mismo en amor**” (Efesios 4.16—Gr).

Si el Señor determina que muramos antes de Su venida, es necesario que redimamos bien el tiempo que nos queda, para que el Señor pueda crecer en nosotros hasta alcanzar la madurez antes de que salgamos de este mundo.

Si al morir estamos saturados del Señor, como lo estaba Pablo, tendremos la garantía de que resucitaremos como el Hijo Varón y seremos arrebatados al trono de Dios para echar a satanás y a sus ángeles y regiremos a las naciones con vara de hierro, es decir, seremos vencedores, y junto con las primicias vivas, cantaremos el cántico nuevo que solo nosotros podremos aprender.

Nuestro anhelo es despertar el espíritu de los hermanos, de los hijos de Dios, para que se vuelvan al Señor y tengan una genuina comunión con Él y puedan conocerlo y comprender Su plan.

No pretendemos descalificar a ningún santo, no nos consideramos mejores que ninguno de ellos, porque no lo somos. Simplemente somos hijos de Dios de quienes Él ha tenido mucha misericordia y nos ha revelado lo que está haciendo en este tiempo y quiere que seamos partícipes de Su plan y de Su bienaventuranza.

En este sentido, sencillamente

estamos recibiendo la revelación del Señor y no queremos poner esa luz debajo de un almud, sino en lo más alto para que alumbre a todos los que están en casa: ***“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero. y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”*** (Mateo 5.14-16).

Nuestra oración al Señor es porque todos los lectores de este libro puedan ser despertados en su espíritu, puedan ser edificados en el Señor por el Espíritu y logren alcanzar el galardón de ser vencedores. Pero no dejamos de considerar que es el Señor quien llama, porque Él es el Soberano y la cabeza del cuerpo; es Él quien llama a quienes quiere: ***“Entonces se levantaron... todos aquellos cuyo espíritu despertó Dios para subir a edificar la casa de Jehová”*** (Esdras 1.5).

Capítulo II

las cosas que es necesario vencer (I)

Hasta este punto, mediante la gracia y la misericordia del Señor, hemos hablado de dos grupos de vencedores, los únicos creyentes que serán arrebatados al trono de Dios; en otras palabras, los únicos que irán directamente al cielo. Ningún otro creyente después de ellos, a excepción de los dos testigos que profetizarán durante los mil doscientos sesenta días que ha de durar la Gran Tribulación, será llevado directamente al cielo.

Como veremos en un capítulo posterior los vencedores de la Gran Tribulación serán llevados primero a los aires donde pasarán por el juicio del Tribunal de Cristo y luego sí irán al trono de Dios, pero para estar de pie sobre el mar de vidrio y para cantar, no el cántico de las Primicias que solo ellas

podrán aprender, sino el cantico de Moisés y del Cordero: ***“Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían salido victoriosos sobre la bestia y su imagen y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. Y cantan el cántico de Moisés, esclavo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son Tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son Tus caminos, Rey de las naciones. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará Tu nombre? pues sólo Tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y adorarán delante de Ti, porque Tus justos juicios se han manifestado”***
Apocalipsis 15.2-4

Nos falta hablar de los vencedores de la Gran Tribulación, pero debido a que su condición será un tanto diferente a las Primicias y al Hijo Varón, hablaremos de ellos en un capítulo posterior, y nos dedicaremos en éste y los subsiguientes capítulos a buscar revelación acerca de las cosas que, tanto las Primicias como el Hijo Varón, deben vencer, para alcanzar el galardón, proceso que debe realizarse durante la vida del creyente aquí en la tierra.

Hemos afirmado que las siete cartas que el Espíritu escribió al ángel de cada una de las siete iglesias, relatadas en Apocalipsis 2 y 3, son un registro de la historia de la degradación de la iglesia a lo largo de los siglos, comenzando por Éfeso en el primer siglo y llegando a Laodicea, que corresponde a la condición más notoria de la iglesia contemporánea, la realidad de la iglesia en el tiempo que antecede a la segunda venida del Señor¹

En cada una de las siete cartas al ángel de cada una de las siete iglesias encontramos aspectos que hay que vencer, y como estamos viviendo el final de los tiempos, los tiempos que anteceden a la Gran Tribulación, es necesario conocer qué debemos vencer para

poder ser parte de las Primicias o del Hijo Varón y así ser raptados para el trono de Dios, a disfrutar allí de todas las riquezas sublimes y excepcionales que el Señor nos ha mostrado en los capítulos precedentes de este libro.

1. El primer amor en Éfeso

La primera de las siete cartas de Apocalipsis, que el Espíritu escribió al ángel de la iglesia en Éfeso, refleja la situación de la iglesia en su comienzo, la época inmediatamente posterior al día de Pentecostés, relatado en el capítulo 2 del libro de Hechos de los Apóstoles, en donde se ve el comienzo de la iglesia, la manifestación que Dios había deseado desde la eternidad y a lo largo de los siglos; por eso la palabra Éfeso, en el idioma original en que fue escrito el Nuevo Testamento, el griego coiné, significa deseada. El hecho de que la iglesia haya llegado a existir, después de la muerte, resurrección, ascensión y entronización del Señor Jesús, colmaba el deseo y anhelo profundos que había en el corazón de Dios.

Dios tiene ahora en la tierra un hombre corporativo con quién disfrutar, la iglesia a quién amar y con quién llevar adelante Su propósito; un grupo de hombres y mujeres que lo aman y hacen Su voluntad, que lo complacen y satisfacen. La iglesia es para el Señor el centro

1. Más revelación sobre el tema puede encontrarla en el libro *La*

Degradación de la Iglesia del mismo editor y publicado en la página www.las-primicias.com.

de Su trabajo. Dios ahora no está solo, tiene Su ayuda idónea, tiene un grupo de seres humanos en quienes sembrar Su naturaleza divina y crecer en ellos mediante Su obra de transformación, hasta conformarlos a la imagen de Su Hijo y hacerlos iguales a Él.

Hechos 2 relata que cuando llegó el día de Pentecostés, los hermanos, los hijos del Señor, estaban juntos en un lugar, siendo uno con el Espíritu, siendo unánimes, y en esa condición, el Espíritu tomó a cada uno de ellos y habló a los judíos que estaban por allí, lo que Él deseaba hablarles.

¡Qué momento más glorioso! Dios manifestándose como Él desea, haciendo a través de esos hombres lo que a Él le place! Esta es la acción y la manifestación del misterio de la piedad: ***“E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne”*** 1 Timoteo 3.16.

Para Dios y para los hermanos, esto debía parecerse al día que un hombre y una mujer se casan, en la voluntad del Señor. Cuando un hermano o una hermana piden al Señor que le dé su ayuda idónea, su cónyuge, cuando los jóvenes saben esperar en el Señor, Él apareja la persona con quien han de unirse en matrimonio, y llega el día, el dichoso día en que ese sueño y anhe-

lo se vuelve realidad.

¡Qué día más hermoso y sublime; qué satisfacción, qué paz y qué gozo se experimentan, al tener ese hombre o esa mujer con quien se ha soñado! En verdad no se encuentran las palabras adecuadas para describir momentos así. Este debió ser el sentir del Señor al tener la iglesia, Su cuerpo, Su ayuda idónea.

Sin embargo, esa felicidad no fue duradera, porque hay un enemigo de Dios y nuestro, que no descansa, que siempre busca estropear y arruinar el plan del Señor. En poco tiempo, debido a que los hermanos aun tenían y tienen un alma caída, lentamente se fueron desviando, se dedicaron a hacer muchas obras para Él, tales como probar a los falsos apóstoles, no soportar a los malos, trabajar arduamente por amor del nombre del Señor y no desmayar, entre otras: ***“Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado”*** Apocalipsis 2.2-3.

Todas estas obras realizadas por los hermanos en Éfeso fue-

ron buenas obras, que el Señor no rechazó, pero tampoco alabó ni aceptó, porque en verdad todas ellas se originaban en el deseo sincero de los hermanos por agradar al Señor y no tenían como fuente el deseo del corazón y la voluntad del Señor.

Desde el comienzo de la iglesia había algunos que luchaban por ser líderes por ser apóstoles y no lo eran, porque una función en la iglesia, cualquiera que ella sea, se da porque el Señor constituye a tales personas, para que sirvan a los santos con determinada función: **“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros”** Efesios 4.11.

Ya en Éfeso ocurría lo que hoy es común en las llamadas iglesias: hay algunos que se proclaman como los siervos del Señor, los apóstoles, los enviados, los ungidos y otros títulos, con el objeto de empoderarse de los hermanos, de subyugarlos, de obligarlos a hacer su voluntad y de alejarlos del Señor. Por lo menos en Éfeso, los hermanos los probaron y comprobaron que no eran apóstoles, que no habían sido constituidos por el Señor y que eran falsos.

El cristianismo contemporáneo está lleno de tales falsos apóstoles, pastores, evangelistas, reverendos,

ungidos y tantos títulos más y los falsos creyentes de los que está lleno el cristianismo; ni aun los creyentes genuinos que hay en medio de él, tienen la capacidad de discernir su falsedad.

Es por eso por lo que, con la intención de enderezar el corazón de los santos, el Señor no vacila en decir: ***“Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor”*** Apocalipsis 2.4. Es como si el Señor les dijese: *“Las obras que ustedes hacen, no tienen para mí ninguna importancia, porque en ellas están poniendo toda su alma, pero no me permiten que sea yo quien las haga. Ustedes se han dedicado a hacer obras para Mí, pero están separados de Mí. Ustedes no me permiten que los encabece, ustedes no andan en las obras que yo he preparado de antemano para que anden en ellas, sino que están haciendo sus propias obras. Ustedes me han dejado como su primer amor y me han relegado a un segundo plano”*.

La iglesia siguió un camino muy parecido al tomado por el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento: ***“Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua”*** Jeremías 2.13.

¿Qué es dejar el primer amor? En palabras sencillas es permitir que personas, cosas o actividades,

ocupen en el corazón del creyente el lugar que le corresponde al Señor.

Es interesante ver el comienzo del evangelio de Juan: **“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”** 1.1. Cuando hubo un principio, antes del tiempo, sólo había Dios y el Verbo, el Verbo y Dios, y volver al primer amor es volver al principio, es permitir que en la vida del creyente solo esté Dios, es hacer que Él sea el origen, la fuente de todas las cosas que el creyente vive en su vida cotidiana, que sea Él quien haga Sus obras.

Antes de la caída de Adán, en el Huerto de Edén nada interfería la comunión entre Dios y el hombre; los dos vivían en el primer amor; pero en Génesis 3, lamentablemente, el hombre dejó su primer y único amor y permitió que la naturaleza del maligno llenara su ser, y de esa manera cayó del propósito de Dios

Los hermanos en Éfeso fueron distraídos haciendo obras para el Señor y dejaron al Señor como la fuente, como el originador de esas obras, y por eso el Señor viene a reprocharles su actitud: **“tengo contra ti, que has dejado tu primer amor”**. Esta frase muestra la insatisfacción del Señor; Él no estaba complacido con que ellos se dedicaran a hacer obras que

Él no les había mandado: **“¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?”** Lucas 6.46.

Los hermanos en Éfeso estaban dejando de tener comunión con el Señor, no estaban siendo íntimos con Él, no se dejaron encabezar por el Señor y lo abandonaron como el centro de su vivir.

Esto no se escribió solamente como un registro histórico, porque a Dios le interesa poco hablar de historia, sino que se ha escrito como testimonio para nosotros, para quienes vivimos en este tiempo, que corresponde a la época que antecede a la venida del Señor, para que veamos las situaciones que disgustan al Señor, nos arrepintamos sinceramente, nos volvamos de todo corazón a Él y alcancemos el galardón de ser vencedores: **“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos”** 1 Corintios 10.11.

El primer gran problema que hay en la iglesia actual, conformada por miles o tal vez millones de grupos, “rediles” cristianos a lo largo y ancho de la tierra, es precisamente ese: han dejado al Señor como el centro de su vivir; me dejaron a mí, fuente de agua viva. Los hijos de Dios que están en el

cristianismo no conocen al Señor, porque no tienen revelación de Él, y no tienen revelación porque no saben usar su espíritu y al no saber vivir por el Espíritu, no saben tener intimidad ni comunión con el Señor, y Él queda relegado a un segundo plano. Nadie puede ser íntimo con quien no conoce².

Debido a la carencia de conocimiento espiritual que los cristianos tienen del Señor, se levantan entre ellos unos líderes sedientos de reconocimiento, fama y riquezas materiales, y los llenan de doctrinas y de enseñanzas heréticas, de prácticas aparentemente basadas en la Biblia, y construyen, lo que Efesios 4.14 llama un sistema de error, haciendo uso de un sin número de triquiñuelas y artimañas, que apartan a los hermanos del Señor, los alejan del primer amor y hacen que el Señor quede relegado a un segundo plano: **cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua.**

Y en ese aspecto el Señor advierte: “**Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido**” Apocalipsis 2.5.

En la amonestación el Señor

advierte a los creyentes que recuerden de dónde han caído.

Recordar no es nada distinto a rememorar hechos ocurridos en el pasado y aquí sin duda se refiere al comienzo de la iglesia en Pentecostés.

La noche de la resurrección del Señor Jesús, Él vino a Sus discípulos y se sopló en su interior como el Espíritu Santo. Después, durante cuarenta días, los capacitó para que se acostumbraran a Su presencia invisible, porque una vez que el Señor se sopló en ellos como el Espíritu Santo, ya nunca más los dejó, porque así se los advirtió: “**y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo**” Mateo 28.20. Igualmente, durante los cuarenta días fue llenando el alma de Sus discípulos de Su naturaleza y vida divina y con todas sus insondables riquezas.

Pasados cuarenta días ascendió de manera visible al cielo, pero a la vez se quedó dentro de ellos como el Espíritu de vida y por esa razón ellos fueron capaces de vivir juntos, vivir en unanimidad y orar durante diez días.

Después de esos diez días llegó Pentecostés y el Espíritu se manifestó a través de ellos hablando y diciendo lo que Él quería, porque esos ciento veinte hermanos que estaban en el aposento alto eran

2. Puedes ganar más revelación sobre este asunto en el libro *¿Cuál Iglesia?* del mismo editor y publicado en la página: www.las-primicias.com

diligentes en guardar la unidad del Espíritu, eran unánimes y tenían como su cabeza Única y su Único Líder al Espíritu Santo, es decir, ellos vivían en el primer amor.

A esto se refiere el Señor cuando afirma: **Recuerda, por tanto, de dónde has caído**. Este vivir en el Espíritu que comenzó en Pentecostés, lamentablemente no fue duradero, sino que los hermanos se centraron en sus propias obras y dejaron de hacer las obras que el Señor ha preparado de antemano para que Sus hijos anden en ellas, y por esa razón cayeron del deseo, la voluntad y el propósito del Señor. Esta actitud es una caída bien palpable y el Señor les dice a Sus hijos que recuerden de dónde han caído, y es similar a la caída de Adán y Eva en el Huerto de Edén.

Continuando con la amonestación, el Espíritu usa un imperativo: **arrepíentete**. La palabra griega usada aquí es *metanoeo* y quiere decir **un cambio en la actitud, en la mente**. Los hermanos de la época de Éfeso olvidaron rápidamente cómo había sido la iglesia en sus comienzos, cómo los santos tenían un vivir absoluto en el Espíritu, cómo ellos hablaban y hacían solamente lo que el Espíritu hablaba y hacía a través de ellos; a cambio de esa actitud, comenzaron a hacer sus propias obras, creyendo que con ellas agradaban al Señor.

Es necesario enfatizar que el Señor no necesita ni acepta las obras que una persona ni una organización pueda hacer para Él, por buenas, morales, espirituales y excelentes que éstas sean. El Señor solo acepta las obras que Él hace en y por medio de cada uno de Sus hijos, nada más. Por eso el Señor pide a Sus hijos hoy, que recuerden de dónde han caído y se arrepientan. Pero él agrega más: **“y haz las primeras obras”**.

Hacer las primeras obras es volver a la situación que había en el aposento alto en Pentecostés: ***una dependencia total y absoluta del Espíritu, donde los santos fueron diligentes y solícitos en guardar la unidad del Espíritu, permanecieron todos en unanimidad, teniendo el mismo sentir y hablando la misma cosa, teniendo la misma regla y la misma visión, porque es la única manera y el único camino que el Señor ha establecido para Sus hijos, Su cuerpo, la iglesia.***

Como esto no ocurría en Éfeso, el Señor advirtió a los santos desde esa época: **“pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido”** (Apocalipsis 2.5) y eso ocurrió.

Como ellos no se volvieron al primer amor, el candelero que alumbraba a los santos desde la primera época de la iglesia fue re-

movido y ellos se quedaron en tinieblas, sin luz.

Este es un claro diagnóstico de la iglesia contemporánea. Casi todos los hermanos están en tinieblas, la luz de la gloria de Dios no resplandece en ellos, porque ellos están llenos de conocimiento mental de la Biblia, pero no hay un conocimiento de Dios que les haya sido revelado en su espíritu, porque no lo buscan y no saben buscarlo.

Tristemente los pocos hijos de Dios que engrosan las filas del cristianismo contemporáneo no saben que tienen un espíritu y quienes lo saben no conocen su esencia, su funcionamiento y su utilidad.

Es difícil encontrar creyentes que tengan claridad sobre su espíritu humano y menos que sepan vivir en ese espíritu. Los cristianos se limitan a buscar un conocimiento mental de la Biblia repitiendo como grabadoras el texto de algunos versículos, pero no son personas que entran en su espíritu y viven allí una genuina comunión con el Señor y al no tener comunión no les resplandece la gloria de Dios en la faz de Jesucristo: ***“Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de***

Jesucristo” 2 Corintios 4.6.

Si el Señor quita el candelero de en medio, no hay la luz—que es Dios mismo—, que alumbré en medio de la época actual de tinieblas, y al no ser alumbrados no se sabe, no se conoce ni se puede seguir el camino que es la persona misma del Señor ***“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”*** Juan 14.6.

Todo esto ocurre como consecuencia de dejar al Señor como el centro y la causa del vivir de los creyentes, porque han perdido el primer amor.

Es urgente vencer esta situación de la iglesia degradada y tener al Señor de primero en el día a día.

Hubo algo en Éfeso que el Señor aprobó, que los hermanos aborrecían: las obras de los nicolaítas, las cuales no son nada distinto a la jerarquización de la iglesia, mediante la cual unos se creen los siervos, los enviados de Dios, y se enseñorean de los demás hermanos. Sin embargo, el trabajo del diablo produjo sus efectos y en Pérgamo, el nicolaísmo, más que una obra, se convirtió en una doctrina, de la que hoy está totalmente lleno el cristianismo: ***“Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco”*** Apocalipsis 2.6.

Cada vez que un creyente se vuelve al Señor y lo toma como el primero, como el centro de Su vivir, está venciendo la condición de degradación, la caída del primer amor. Como consecuencia, el Señor, poco a poco, se va revelando a él, le va mostrando quién es Él, le va indicando Su plan y el camino por donde debe andar.

En otras palabras, si te vuelves al Señor para vivir en comunión con Él permanentemente, estás venciendo la pérdida del primer amor y el candelero que alumbraba los ojos de tu entendimiento, vuelve a producir la luz necesaria para ver el camino por donde debes andar en estos días malos, en los que es necesario redimir bien el tiempo: **“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, redimiendo bien el tiempo, porque los días son malos”** Efesios 5.15-16.

Si esa es tu condición, el Señor te promete que, como consecuencia de vencer la pérdida del primer amor, te dará a comer del árbol de la vida: **“Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios”** Apocalipsis 2.7.

Casi ningún creyente contemporáneo sabe que el Señor es comestible y que su necesidad más apremiante es comer permanentemente de todas las riquezas que el

Señor ha preparado para Sus hijos.

Por ese motivo, los creyentes no tienen una dieta espiritual adecuada y en ese campo son débiles y raquíticos, siguiendo a hombres, doctrinas, ministerios y movimientos, pero no llenándose del Señor y nutriéndose con Sus riquezas, para ser fuertes y crecer, hasta llegar a Su estatura y cumplir plenamente el propósito para el cual el Señor los ha salvado y los ha hecho miembros de Su cuerpo.

Obsérvese que el árbol de la vida que el Señor proporcionará a quien venciere la caída del primer amor, está en medio del paraíso de Dios. ¿Qué es el paraíso de Dios? No es un huerto de árboles y cosas así, ni un ambiente físico, sino que es el ámbito donde Dios y el creyente viven en plena comunión, como ocurría entre Dios y Adán en el Huerto de Edén, antes de la caída.

Dios desea y necesita que Sus hijos vivan en permanente comunión con Él y que venzan el asunto de tener amores distintos a Él. Los creyentes que lo hagan vivirán en una continua comunión con el Señor, para satisfacción mutua.

Vencer la situación caída de la iglesia contemporánea en el sentido de haber dejado al Señor como el primer amor, garantiza que la luz del candelero volverá a alumbrar al creyente vencedor y podrá

ver el camino que debe seguir diariamente para agradarlo.

Igualmente, el Señor será Su suministro alimenticio espiritual supliéndolo con el árbol de la vida, viviendo en permanente comunión con Él, para de esa manera, ser espiritualmente robusto, vivir una vida plena en Él y alcanzar la meta que Él se ha propuesto con Sus hijos³.

2. La fidelidad en Esmirna

Así como el Señor comenzó Su obra de edificación de la iglesia, satanás también continuó la suya de degradación y de oposición al plan de Dios, y en la segunda etapa de la iglesia correspondiente a Esmirna, avanza un poco en ella. En esa etapa el Señor habla de la sinagoga de satanás, lo cual quiere decir que el enemigo comienza a manifestar una forma de organización para perseguir a los hijos de Dios, para atacarlos y para tratar de destruir el plan del Señor: **“Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás”** Apocalipsis 2.9.

La palabra sinagoga es una traducción del término griego *sunagoge* y se compone de dos vocablos:

3 Mucha revelación sobre la caída de Éfeso y conocer todo lo que hay que vencer en esa situación podrá encontrarla el lector en el libro *La Degradación de la Iglesia* del mismo editor.

sune, que quiere decir *juntamente*; y *ago*, *traer*. La palabra entonces quiere decir traer juntos, o sea, reunión o asamblea de personas. Como los israelitas perdieron el templo cuando fueron invadidos y deportados por el rey babilonio Nabucodonosor, con el paso de los años comenzaron a reunirse en ciertos lugares que llamaron sinagogas, donde leían y enseñaban las Escrituras.

Cuando la iglesia se instaure en la tierra, satanás se toma las sinagogas y desde ellas ataca a los hijos de Dios. Por eso el Señor habla de **“los que se dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de satanás”**.

Lo anterior nos lleva a inferir que toda organización religiosa, llámese como se llamare y sea de la índole que fuere, es una invención humana que no tiene nada que ver con el deseo y la voluntad de Dios, y en esas organizaciones se escuda satanás para estorbar y tratar de dañar el plan de Dios y atacar a los santos que son uno con el Señor.

Los hermanos que se mantienen fieles al Señor en la etapa de Esmirna son perseguidos por los falsos creyentes que dicen ser hijos de Dios y afirman que lo están sirviendo, pero que en realidad son emisarios de satanás dedicados a perseguir a los hermanos y a blas-

femar contra ellos.

Esmirna quiere decir mirra, y ésta es una especia de color rojo, resinosa y aromática, de sabor amargo, que se usaba en la antigüedad para fabricar perfumes y para embalsamar muertos. Para obtenerla, se hace una incisión en la corteza del árbol y de esta herida brota un fluido que toma la forma de lágrima, que al secarse se torna rojiza. La manera de obtención indica su significado: sufrimientos, y éstos eran propios de los hermanos en esta etapa de la iglesia, lo mismo que de quien, en cualquier tiempo, vive para agradar al Señor llenándose de Él.

El Señor le anuncia al ángel de la iglesia en Esmirna, ángel que está conformado por aquellos creyentes que se mantienen fieles al Señor en medio de las circunstancias más adversas, que Él conoce sus obras, su tribulación y la pobreza por la que atravesaban. Lo más notorio es la blasfemia de los que se decían judíos, pero no eran más que una sinagoga donde se adoraba y se hacía la voluntad del diablo.

Esta situación es bien notoria en la iglesia contemporánea, llena de falsos ministros, organizados en grupos que no conocen ni hacen la voluntad de Dios y que se dedican a atacar a aquellos hijos de Dios que anhelan hacer la voluntad del

Señor: ***“Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”*** 1 Timoteo 3.12.

El Señor anuncia a Sus hijos que quieren hacer Su voluntad que tendrán padecimiento, pero que ese no es motivo para tener temor, porque Él estará con ellos en medio del sufrimiento: ***“No temas en nada lo que vas a padecer”*** Apocalipsis 2.10.

Un creyente que anhela agradar al Señor debe esperar ser perseguido y padecer el sufrimiento proveniente de la disciplina, los azotes, la reprensión y el castigo que vienen del Señor: ***“Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”*** Hebreos 12.6.

La tendencia natural de las personas es huir de la disciplina y evitar el sufrimiento, pero el Señor nos advierte a Sus hijos, que solamente si participamos de Su disciplina, participaremos del fruto apacible de justicia: ***“Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados”*** Hebreos 12.11.

Solamente quien participa de la disciplina que el Señor levanta para perfeccionarlo, disfrutará del fruto apacible de justicia.

El Señor advirtió al ángel de la iglesia en Esmirna que iba a padecer, pero que no debería temer. Aun le dijo que el diablo echaría a algunos de los santos en la cárcel y que tendrían tribulación por diez días: **“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días”** Apocalipsis 2.10. El objetivo de permitir que los santos sean echados en la cárcel es el de ser probados, para que en la medida que el Señor encuentre fidelidad en ellos, sean aprobados.

Hemos afirmado que el número diez representa la mayoría de doce, el cual número doce es el número eterno para Dios y representa la perfección. Tener tribulación por diez días quiere decir que la mayoría de la vida de un creyente genuino que ama al Señor y que hace Su voluntad será de tribulación, porque será perfeccionado por medio de ella.

Si se quiere ver los sufrimientos por los que pasa un creyente genuino que vive en intimidad con Dios y que lo agrada, léase el libro de 2 Corintios y especialmente el capítulo 12. Ahí se apreciarán todas las dificultades por las que pasó Pablo, quien fue una persona que anduvo en el espíritu.

Todos los sufrimientos se convierten a la vez en una especie de cárcel, por la que no quisiéramos pasar, pero no podemos evitarla. Nuestra vida se vuelve muy limitada. A veces quisiéramos hacer, pensar y decir muchas cosas, pero debido a que nos hemos comprometido con el Señor de manera voluntaria, el Espíritu nos limita, nos restringe y nos aprisiona. Esta es la razón por la cual Pablo, por lo menos en dos ocasiones afirma que es prisionero de Cristo Jesús y nos ruega que andemos así: **“Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles... Yo pues, prisionero en el Señor”** Efesios 3.1; 4.1

El peligro que tiene un creyente que es prisionero del Señor está en que decida separarse de Él, no obedecerlo, que se canse de soportar los sufrimientos propios de Esmirna y tome la decisión de no seguirlo, porque considera que no tiene capacidad para ir adelante. Por eso el Señor le pide fidelidad para que sea vencedor: **“Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”** Apocalipsis 2.10.

Para un creyente genuino que ama al Señor, que desee fervientemente hacer Su voluntad, es posible que tenga que entregar hasta su vida física por seguirlo. Requiere mantenerse firme y fiel aun ante esa posibilidad.

Comparando la frase citada arriba con el versículo 11, se establece un contraste bien importante: ser fiel hasta la muerte es ser vencedor frente a la tribulación, la persecución y la pobreza y es garantía para ganar la corona de vida, pero ser infiel implica sufrir daño de la segunda muerte: **“El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte”** Apocalipsis 2.11.

Un vencedor que haga parte de las primicias ni siquiera sufrirá la muerte, sino que será transformado en un cuerpo glorioso y será arrebatado al trono de Dios en el cielo; y un vencedor que hace parte del Hijo Varón, aunque tenga que pasar por la muerte, antes de la Gran Tribulación será resucitado y arrebatado para Dios y para Su trono.

Un creyente que no logre ser vencedor será juzgado en el tribunal de Cristo y echado a las tinieblas de afuera, donde por medio de mucho sufrimiento será transformado durante mil años, para que al final de éstos, pueda entrar en la Nueva Jerusalén a disfrutar de todas las riquezas del Señor por la eternidad. Esta es la gran misericordia del Señor para Sus hijos que escogió antes de la fundación del mundo.

Ser echado en las tinieblas de afuera y tener un vivir de lloro y

crujir de dientes es el equivalente de sufrir daño de la segunda muerte.

Pablo tenía mucha revelación, visión y claridad sobre el particular, por eso, en Listra, después de haber sido apedreado, los lapidadores creyendo que lo habían matado, lo sacaron de la ciudad y lo abandonaron. Él se levantó y entró nuevamente en la ciudad y en lugar de quejarse, confirmó los ánimos de los hermanos, animándolos a que soportaran las tribulaciones que eran necesarias para entrar en el reino de los cielos: **“confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios”** Hecho 14.22.

El mismo Pablo tenía temor de que habiendo sido heraldo de muchos, él mismo llegase a ser desechado, si no permanecía fiel al Señor, no importando lo difíciles que fueran las circunstancias: **“sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”** (1 Corintios 9.27). Pablo tenía claridad sobre el asunto; y sabía que si se cansaba, que si un día decidía no soportar más la tribulación y no anunciaba más al Señor Jesucristo y no vivía

más en intimidad con Él, aunque hubiese sido un magnífico ejemplo para muchos, sería desechado, es decir sufriría daño de la segunda muerte, porque no sería un vencedor.

Gracias al Señor que fortaleció suficientemente a Pablo para soportar tantos sufrimientos, persecuciones y tribulaciones. Al final de su vida, pudo testificar por medio del Espíritu: ***“Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”***
2 Timoteo 4.6-8.

Este es un buen ejemplo para nosotros, para que no desmayemos, seamos fieles hasta la muerte y nos hagamos merecedores de la corona de vida.

Apreciado lector y hermano: No hay duda de que estamos en los tiempos que anteceden a la Gran Tribulación y el Señor está llamando de entre Sus hijos a algunos que quieran ser uno con Él, que deseen agradarlo haciendo Su voluntad, que quieran y amen vivir en intimidad y en comunión con Él, y tú estás recibiendo tal llamado.

Si aceptas Su llamado, disponete a pasar por tribulaciones, sufrimientos, persecución, rechazo, blasfemia de los mismos cristianos y aun hasta ser muerto. Si eres fiel en todas estas situaciones en las que el Señor te va a poner, será merecedor de la corona de vida, por la cual vale la pena soportar lo que sea: ***“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”***
Romanos 8.18.

las cosas que es necesario vencer (2)

es necesario vencer.

3. La subyugación de satanás, la doctrina de Balaam y el Nicolaísmo de Pérgamo.

3.1. El trono y la morada de satanás.

Después de volvernos al primer amor que se había perdido en Éfeso y de que el candelero nos es restituido para tener luz y ver el camino por el que debemos andar y comer del Cordero pascual como el árbol de la vida para ser fortalecidos y recorrer el camino que el Señor nos ha trazado para llegar a la meta, tenemos fuerza para soportar la tribulación, la pobreza, la blasfemia y la persecución que satanás levantó en Esmirna. Aun así, es necesario vencer otros obstáculos que encontramos en el camino y es así como llegamos a Pérgamo donde hay algunas situaciones que

Como hemos mostrado la revelación que el Señor nos dio por medio de los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis, relativos a la degradación de la iglesia expuestas en las cartas escritas por el Espíritu al ángel de cada una de las siete iglesias, en el libro La Degradación de la Iglesia, sabemos que Pérgamo muestra el estado de máxima degradación la iglesia, porque en esa etapa satanás establece su trono y su morada en la iglesia.

Si algún lector no usa su espíritu cuando lea esta afirmación, considerará que en ella hay una gran herejía y que es mentira, pero

no estamos inventando nada, sino que simplemente estamos diciendo lo que afirma la Biblia que es la palabra de Dios. Léelo tú mismo: **“Yo conozco tus obras, y dónde de moras, donde está el trono de Satanás”** Apocalipsis 2.13.

El Señor le dice al ángel de la iglesia en Pérgamo que Él conocía perfectamente que moraba donde estaba el trono de satanás y la carta es dirigida al ángel de la iglesia en una ciudad que se llamaba Pérgamo, luego en esta situación de la iglesia, satanás había establecido su trono en ella. Esto no es un invento del autor de este libro, sino lo que el Señor escribió hace cerca de veinte siglos por medio de nuestro hermano Juan, luego no es herejía ni mentira.

Si la Biblia afirma que en la situación de Pérgamo satanás se entronizó en la iglesia, es así, es verdad, no debemos dudar nada de lo que el Señor dice en Su palabra. Aún más, no sólo se entronizó satanás en la iglesia, sino que estableció su morada en ella: **“pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás”** Apocalipsis 2.12.

El Señor se alegra porque el ángel tenía dos cosas agradables:

retenía el nombre del Señor y no negaba la fe de Él, a pesar de que un testigo fiel que se llamaba Antipas había sido muerto entre ellos, donde mora satanás.

El nombre Antipas significa uno que se opone, un testimonio en contra de la falsedad que satanás introdujo en la iglesia.

Cuando un creyente que tiene revelación y luz de Señor, se levanta contra todas las cosas inmundas que satanás ha introducido en el cristianismo contemporáneo, es perseguido hasta la muerte. Esos son los hijos que Dios necesita hoy, que se levanten contra el estado de oprobio que satanás ha implantado en la iglesia, mediante el cual ha engañado y engaña a todos los que están en las distintas organizaciones cristianas.

El Señor afirma en esta carta que satanás no solo se entronizó en la iglesia, es decir, entró a gobernarla, sino que además mora en ella. Recuérdese que morar quiere decir vivir con comodidad, estar confortable y reposado, hacer las cosas a su estilo, a su manera y a su gusto, y eso es lo que ocurrió en Pérgamo: satanás entró a dirigir la iglesia y a vivir plácidamente en ella y eso le proporcionó todas las facilidades para introducir dos enseñanzas abominables: la doctrina de Balaam y la doctrina del nico-

laísmo.

3.2 La doctrina de Balaam.

Balaam fue un profeta gentil que en el Antiguo Testamento se relacionaba con Dios. Cuando el Señor sacó al pueblo de Israel de Egipto y lo trasladaba rumbo a la tierra de Canaán, cuando pasaba por la tierra de los madianitas, Balac, el rey de los moabitas tuvo temor de ser arrasado por los israelitas y mandó a contratar a Balaam para que los maldijera.

El Señor le prohibió tajantemente a Balaam que maldijera a Su pueblo, pero llevado por la avaricia y la ambición de los honores y las riquezas que le ofreció Balac, insistió al Señor, hasta que le permitió ir, con la condición de que hiciera y dijera solamente lo que Él le indicara.

Lógicamente Dios no iba a maldecir al pueblo de sus amores, al que con tanta ternura había sacado de la esclavitud egipcia, y aunque Balac y Balaam lo intentaron tres veces, en las tres solamente salió bendición de la boca de Balaam. Esta situación causó enojo en Balac y le dijo a Balaam que, por no haber maldecido a Israel, se había privado de los honores que el rey le había preparado. Sin embargo, Balaam fue a vivir entre los madianitas y allí les enseñó la manera

de hacer pecar al pueblo de Israel para que Dios produjera su destrucción. Balaam les enseñó que si sus mujeres inducían a los israelitas a enamorarse de ellas, a adorar a sus dioses y a cometer fornicación, Dios mismo los destruiría, y eso ocurrió, según se puede leer en los capítulos 22, 23 y 24 del libro de Números.

Es por eso por lo que la Biblia, hablando en Apocalipsis acerca de la doctrina de Balaam que satanás introdujo en la iglesia, en la etapa de Pérgamo, afirma: “**Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación**” Apocalipsis 2.14.

Obsérvese lo que afirma el Espíritu Santo acerca de Balaam que enseñaba a los hijos de Israel. La enseñanza de Balaam tiene tres pilares básicos: el **primero**, poner tropiezo ante los hijos de Israel. Poner tropiezo es introducir obstáculos que impidan seguir el camino, y para los creyentes, el camino es el Señor Jesús: “**Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí**” Juan 14.6. Cualquier enseñanza, cualquier práctica o cualquier doctrina que impi-

da a los creyentes seguir al Señor y a cambio seguir a hombres, es un tropiezo enseñado por Balaam y de eso está lleno el cristianismo contemporáneo. Los santos no siguen al Señor porque sus líderes son el Balaam moderno, expertos en poner tropiezos ante los hermanos para que no puedan seguir el único camino, que es el Señor Jesús

En las llamadas iglesias cristianas se siguen doctrinas, prácticas y líderes, pero no al Señor. Los líderes del cristianismo no conocen al Señor y por lógica no pueden enseñar a sus seguidores a conocerlo y a seguirlo. Lo único que ponen frente a los cristianos es obstáculos para que tropiecen y no sigan al Señor.

El **segundo** pilar de la doctrina de Balaam es la idolatría. Balaam enseñó a Balac a que indujera a sus mujeres a que conquistaran el corazón de los israelitas y adoraran sus ídolos. El cristianismo está plagado de idolatría. Si hablamos de la iglesia católica romana, sus ritos son verdaderas orgías demoníacas. Tienen tal cantidad de ídolos que superan en número a los dioses paganos del mundo antiguo romano, griego, fenicio, egipcio, babilonio, medo, persa y todo el paganismo que conformó el mundo en la antigüedad. Satanás introdujo a través del catolicismo tal cantidad de

dioses, transformados en santos y vírgenes, que ni siquiera esa organización tiene un inventario completo de los santos y vírgenes que adoran.

Lo mismo ocurre con la otra rama del catolicismo llamada catolicismo ortodoxo de oriente, al igual que los romanos adoran, veneran y rinden culto a un número muy grande de ídolos.

¿Y qué decir del protestantismo? Si bien es verdad que la mayoría de las “**iglesias evangélicas**” no adoran imágenes, estatuas, lienzos ni pinturas, también es cierto que ellos tienen otra clase de ídolos, tangibles e intangibles. Los ídolos del cristianismo no católico son los líderes, las doctrinas y las prácticas, contra quienes no admiten sombra de duda ni contradicción. En las iglesias evangélicas se considera que el pastor o los líderes denominados con distintos títulos, son los enviados de Dios, el oráculo de Dios, los siervos de Dios, contra quienes no se puede admitir el más mínimo reproche, y consideran que la palabra hablada por ellos es la palabra de Dios y no consienten ninguna discusión.

Cuando se le muestra a algún evangélico las mentiras y patrañas de sus líderes, responden inmediatamente que Dios es el único que tiene la capacidad de

juzgarlos y que un día el Señor los tratará como Él quiere, pero que ellos han sido puestos por el Señor para guiar a “*su pueblo*”. En las iglesias evangélicas, los feligreses siguen ciegamente a sus líderes y se olvidan del Señor.

También, en el medio evangélico hay un soterrado amor por las cosas del mundo, tales como la música, la moda, la ropa de ciertas marcas, las reuniones sociales. En sus cultos piensan alabar al Señor, pero están lejos de Él, porque en ellos hacen la voluntad de sus líderes y no la del Espíritu Santo: ***“Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres”*** Mateo 15.7-9.

El cristianismo contemporáneo está lleno de idolatría siguiendo la enseñanza de Balaam que enseña a adorar ídolos y hace que los hijos de Dios tropiecen y no adoren al Señor, único digno de nuestra adoración y alabanza.

El **tercer** pilar de la doctrina de Balaam es enseñar a los hijos de Dios a cometer fornicación. Siempre que hay idolatría hay fornicación, y esa fornicación no hace referencia solamente a tener rela-

ciones sexuales ilícitas, sino que se refiere principalmente a la fornicación espiritual.

Si un hombre o una mujer tienen intimidad con una mujer o un hombre diferente a su legítimo cónyuge, comete fornicación. De la misma manera adorar, honrar o exaltar a cualquier persona o cosa distinta al Señor, es cometer fornicación espiritual. Pienso que sobre este tema el lector es bien conocedor de lo que ocurre en el catolicismo y en el protestantismo, luego no voy a extenderme con más comentarios.

La **cuarta** característica de la doctrina de Balaam es que todas estas enseñanzas tienen un afán de lucro, de medrar falsificando la palabra de Dios por parte de quienes enseñan tales cosas: ***“y se lanzaron por lucro en el error de Balaam... Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo”*** Judas 11; 2 Corintios 2.17.

La gran mayoría de los líderes cristianos contemporáneos toman la fe de sus seguidores como fuente de ganancia económica ***“disputas necias de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la pie-***

dad como fuente de ganancia; apártate de los tales” 1 Timoteo 6.5, sin importarles falsificar la palabra del Señor.

No podemos desconocer que la iglesia católica es una de las más poderosas organizaciones económicas del mundo. Sus edificaciones, sus obras de arte, sus ídolos, sus tierras, sus empresas industriales, comerciales y financieras, tienen tanto valor económico, que ni siquiera la organización tiene un cálculo acertado de cuánto tienen.

En los países donde está asentada la iglesia católica romana, domina a los gobiernos, tiene convenios –concordatos– con los estados, que les reportan millones de dólares en sus arcas, son propietarios de entidades financieras, de centros educativos a nivel primario, secundario y universitario y son dueños de empresas industriales y comerciales que les reportan pingües ganancias y son los amos y señores del mundo: **“Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza”** Marcos 9.57-58.

Con el protestantismo ocurre algo similar especialmente en los

países donde son mayoría, como los Estados Unidos e Inglaterra, pero en los países tercermundistas, son los líderes quienes se dedican a hacer fortunas considerables para su beneficio personal y de sus familias. La gran mayoría de los líderes cristianos hacen esfuerzos ingentes por constituir un grupo de miles de personas y una de las doctrinas que más enfatizan es la de los diezmos y las ofrendas, porque por medio de ellas alcanzan ingresos mensuales de miles y hasta millones de dólares que les brindan comodidad y confort, y aunque hacen algunas obras adicionales como adquirir en compra o alquiler estaciones de televisión y de radio para extender su obra y acrecentar su fortuna, o comprar grandes inmuebles donde albergar a sus seguidores, inmuebles a los que llaman la iglesia, pero en unos y otros la palabra de Dios está ausente, en sus predicaciones no hay ni una gota de revelación, no ayudan a los santos a que sigan al Señor, no les permiten crecer en vida ni desarrollarse en la vida divina, sino que todo es una falsificación de la palabra de Dios para medrar, es decir, para prosperar económicamente.

Algunos líderes cristianos se involucran en política y mediante votación de sus seguidores gana curules en los congresos y órganos

legislativos de sus países, empleos en los que ganan sueldos fabulosos y al costo de venderse a gobiernos corruptos, apoyando obras gubernamentales, generalmente llenas de corrupción y de muerte, que nada tienen que ver con el deseo y la voluntad del Señor. Ellos ignoran las palabras que el Señor le dijo a Poncio Pilato: “**Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí**” Juan 18.36.

Los reinos, los gobiernos del mundo actual son de satanás, y aunque como creyentes no debemos atacarlos ni rebelarnos contra ellos, debemos entender que no hacen la voluntad del Señor y que no podemos hacernos uno con sus obras, porque detrás de esos gobiernos está el rey de las tinieblas.

Después de que el Hijo Varón y las Primicias sean arrebatados, el Señor vendrá con ellos a tomar posesión de los reinos y a gobernar la tierra con justicia y según Su voluntad.

Con respecto a los líderes religiosos contemporáneos, el Espíritu hace una advertencia a través de nuestro hermano Pedro en el sentido de que así como entre el pueblo de Israel hubo falsos pro-

fetas, también entre el pueblo de Dios del Nuevo Testamento habrá falsos maestros, los cuales tienen cinco características: *la primera*, introducirán encubiertamente herejías destructoras. Para comprobar esta verdad obsérvese cuántas de las enseñanzas de los maestros del cristianismo son revelaciones de la palabra que edifica a los santos y cuántas no son más que fábulas que engañan y enneguecen a sus seguidores. Tienen una forma furtiva y sutil de introducir enseñanzas aparentemente basadas en la Biblia, que no son más que herejías que destruyen la fe de sus seguidores.

La segunda característica dice que negarán al Señor que los redimió. Los líderes cristianos contemporáneos están desesperados por adquirir fama, por ser reconocidos y por ser alabados, y aunque de vez en cuando mencionan al Señor Jesús en sus predicaciones, en verdad buscan el reconocimiento para ellos, se consideran los siervos ungidos, se levantan como cabeza de la iglesia, consideran que el grupo que presiden es su iglesia y que ellos son su pastor, que ellos cubren a los hermanos y todo gira en torno a su liderazgo. Esta es la manera más eficaz de negar al Señor quien es el Redentor y la Cabeza de la iglesia.

La tercera característica habla

de que muchos seguirán sus disoluciones. El catolicismo romano tiene más de mil doscientos millones de seguidores en toda la tierra y sus doctrinas y prácticas son diabólicas y de adoración a satanás. Por el lado del protestantismo sus seguidores alcanzan un número cercano a los setecientos millones. Un líder coreano de finales del siglo pasado se jactaba de tener la iglesia más grande del mundo con más de cien mil miembros; en América Latina hay algunos movimientos de tienen en sus filas cientos de miles de seguidores y con sus doctrinas y prácticas se dedican a disolver la iglesia y a engañar a personas incautas, haciéndolos creer que están siguiendo al Señor, cuando en verdad están siguiendo a hombres que fungen de ser los enviados de Dios, cuando han sido enviados por sí mismos, obedeciendo a su ambición de ganar fama y de enriquecerse.

La cuarta característica dice que el camino de la verdad es blasfemado. Es difícil encontrar en el mundo contemporáneo personas que amen y conozcan verdaderamente al Señor quien es la verdad. En cada grupo denominado cristiano sus miembros consideran que son los dueños de la verdad, que su doctrina es la única sana, pero no hay en ellos ninguna realidad del Señor. Cuando un

miembro de determinado grupo es abordado por otro que no se reúne con él, lo único que hay entre ellos es ataques, satanización, desprecio, discusión, acusaciones y división, blasfemando de esa manera al Señor, quien es el camino y la verdad. Cuando dos creyentes se encuentran lo único que debería haber entre ellos es disfrute de las riquezas y la persona del Dios maravilloso en que creen, pero sus líderes los han adiestrado para que cuiden la “doctrina” que ellos les han enseñado y de ninguna manera cedan ante un hermano. Si disfrutaran al Señor tendrían la oportunidad de ser libres mediante el conocimiento de la verdad, y sería posible derrumbar las paredes de separación que han levantado los líderes y habría un rebaño y un solo Pastor: el Señor Jesús: **“y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres... Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”** Juan 8.32, 36.

La *quinta* y última característica de los falsos maestros levantados entre el pueblo de Dios del Nuevo Testamento, es la de hacer mercadería de sus seguidores, para complacer la avaricia que los caracteriza. Seguramente tú querido lector tendrás mucho conocimiento sobre el tema. Si se mira dentro del catolicismo todo es un negocio que produce ingentes sumas de di-

nero, para mantener el poder y la hegemonía económica del catolicismo romano. En el ámbito protestante, la mercadería es a nivel de grupo denominacional, donde el líder usa ciertos pasajes de la Biblia para violentar la conciencia de los hermanos obligándolos a dar el diez por ciento de sus ingresos, además de ofrendas especiales para **“la obra del Señor”**, cuando en realidad esos dineros van a engrosar los fondos personales del líder o líderes. Aquí está la porción de la palabra para que la lea, la medite, la ore y obtenga más revelación acerca de ella: **“Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas”** 2 Pedro 2.1-3

Si tú aspiras a ser un vencedor, bien como las Primicias o el Hijo Varón, te es necesario vencer la doctrina de Balaam que hoy tiene saturada a la iglesia contemporánea, y que hemos expuesto de ma-

nera clara, aunque sucinta.

3.3. La Doctrina de los nicolaítas.

La segunda doctrina que satanás introdujo en la iglesia desde la época de Pérgamo, después de haberse entronizado y morando en ella, es la doctrina de los nicolaítas. Los traductores y revisores de la versión Reina-Valera de la Biblia consideran que *los nicolaítas era una secta fundada por un tal Nicolás, que practicaba la inmoralidad*. ¡Qué interpretación más mentirosa y alejada de la realidad, propia del ámbito evangélico!

La palabra *nicolaísmo* se deriva de la palabra griega *nikolaitios* que está conformada por dos vocablos: *Nikaos* que quiere decir *conquistador* y *laos* que quiere decir *pueblo*. El nicolaísmo no es nada distinto a la jerarquización de la iglesia, donde unos pocos se erigen como conquistadores, como miembros superiores, como guías y como líderes, y subyugan al resto del pueblo, para llevarlos a creer sus puntos de vista y para someterlos a verdaderas mazmorras de prisión, donde los hijos de Dios no pueden seguir al Señor, quien es su verdadero guía y cabeza.

El nicolaísmo en Éfeso era una práctica, que los hermanos en esa etapa de la iglesia aborrecían y re-

chazaban lo mismo que el Señor; pero como en Pérgamo el enemigo de Dios tomó control de la iglesia, lo introdujo como una enseñanza, un dogma de fe al que todos deben someterse.

Se debe tener absoluta claridad en el sentido de que el Señor no ha puesto a ningún hombre para que dirija y gobierne la iglesia. El papado, los cardenales y los sacerdotes del catolicismo romano es una jerarquización de la iglesia que el Señor aborrece, porque lleva a unos a estar por encima de otros. Igualmente, el sistema clérigo laico del protestantismo con sus títulos de pastores, reverendos, doctores, evangelistas, apóstoles y otros más, es igualmente la doctrina del nicolaísmo que satanás introdujo en la iglesia en la época de Pérgamo.

Con seguridad tú refutarás diciendo que la Biblia dice en Éfeso que el Señor constituyó a unos en la iglesia como apóstoles, a otros como profetas, a otros como evangelistas y a otros como pastores-maestros y que 1 Corintios 12 habla además de otros miembros constituidos con ciertas funciones y tú tienes toda la razón. Yo tampoco me opongo a eso, porque esa es la palabra y la voluntad del Señor.

Lo que no podemos aceptar

es lo que han hecho los hombres, aprovechándose de esa palabra, para usurpar las funciones del cuerpo y enseñorearse de los hermanos, como si fueran sus redentores, que es lo que ocurre en el cristianismo contemporáneo.

Veamos uno de los pasajes bíblicos que hablan sobre el particular: **“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros”** Efesios 4.11. Obsérvese que es el Señor mismo quien constituyó. Además, el verbo está en el tiempo pretérito: constituyó. Los cuatro tipos de hombres dones que el Señor dio a la iglesia no son constituidos por una organización, por un grupo de hermanos, por un seminario mayor, por un instituto bíblico, ni por una asociación de ministros evangélicos, ni por ninguna entidad parecida, sino que es el Señor mismo quien los ha constituido según Su deseo.

Si se quiere ver un ejemplo, obsérvese lo que ocurrió en la iglesia en Antioquía: ***“Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Es-***

píritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado" Hechos 13.1-2. Entre los santos que había en la ciudad de Antioquía, había cinco hermanos que habían sido constituidos por el Señor como profetas y maestros. Obsérvese que la Biblia no dice quiénes eran profetas y quiénes maestros. Tal vez los cinco eran profetas y a la vez maestros. Tampoco dice la Biblia que allí había un líder o pastor al estilo de las denominaciones contemporáneas, porque nunca ese sistema fue pensado por el Señor, ni es Su voluntad. Además, los cinco debían tener la función de pastores, porque un maestro es también pastor.

Estos hermanos no estaban enseñoreándose de la iglesia ni dirigiéndola, sino estaban orando, ayunando, sirviendo al Señor, teniendo comunión con Él en su espíritu; estaban buscando la voluntad del Señor, lo estaban agradando; no estaban disputando un liderazgo, quién era más o quién era menos. Esta es una situación similar a la que había ocurrido unos años antes en Jerusalén, cuando ciento veinte hermanos estaban en el aposento alto ministrando al Señor y cuando llegó el día de Pentecostés el Espíritu Santo pudo hacer Su voluntad y hablarle a la multitud de judíos, para que re-

cibiesen al Señor más de tres mil nuevos creyentes.

Cuando hay un ambiente donde la única preocupación es ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu y en mantener la unanimidad, el Señor puede hacer Su voluntad y es por eso que el Espíritu determina enviar a dos de ellos para que hicieran la obra del Espíritu, no de la organización, ni la de los cinco, ni siquiera la obra de la iglesia en Antioquía, sino la obra del Espíritu Santo: ***"Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado"***.

Insisto en la necesidad de observar que fue el Espíritu Santo quien determinó a quiénes enviaría a Su obra. Ellos no fueron designados por votación de los otros tres hermanos ni por decisión de los santos de la iglesia en Antioquía, sino que fue el Espíritu Santo quien determinó quiénes debían salir a la obra: ***"Y él mismo constituyó"***. ¿Será que hay algo parecido en el cristianismo contemporáneo? Todas las prácticas del cristianismo están distanciadas años luz de este modelo.

Gracias al vivir en el Espíritu de estos cinco hermanos, el Señor constituyó a dos de ellos como apóstoles y los envió a hacer la

obra. Ellos fueron por gran parte de Asia y predicaron el evangelio que no es nada distinto a la persona del Señor Jesús. Pero es necesario notar que ellos no hicieron su obra personal, sino la obra a la que el Espíritu los había llamado y que en realidad era el Espíritu quien la hacía por medio de Bernabé y Saulo, y más adelante por medio de otros hermanos que el Señor iba constituyendo y llamando.

También es necesario destacar el hecho de que los hermanos que el Espíritu separó y envió no hicieron una organización particular a la que le dieron un nombre para distinguirla de otras organizaciones, sino que con corazón sencillo fueron adonde el Espíritu los guiaba y hablaron lo que el Espíritu quiso que ellos hablaran.

Igualmente se debe recalcar que ellos no se enseñorearon de los hermanos, no fungieron de líderes en ninguna de las ciudades a donde fueron, ni pidieron a los hermanos que los siguieran, sino que llevaron a los hermanos a conocer y a seguir al Señor, como Pablo lo declara ya cerca del final de su carrera, cuando estaba en Mileto con algunos hermanos de esa ciudad y otros de Éfeso: **“Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros**

herencia con todos los santificados” Hechos 20.32. En esta ocasión Pablo iba rumbo a Jerusalén donde sería apresado y llevado a Roma y sabía que no volvería a ver a los hermanos con quienes estaba compartiendo.

Él, entonces, no recomendó a los hermanos a su ministerio ni a su organización porque no los tenía, sino que encomendó a los mismos ancianos y a todos los hermanos que había en la iglesia, a Dios y a la palabra de Su gracia, quien es el único que tiene poder para sobreedificar a los santos y darles herencia junto con los santificados.

Además, Pablo los advirtió de lo que vendría en el futuro inmediato y mediato: **“Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos”** Hechos 20.29-30. ¿No es eso lo que ocurre exactamente en el cristianismo contemporáneo degradado? Por doquier hay lobos rapaces que no tienen compasión del rebaño, que no lo apacientan, sino que esquilman lo mejor de los hermanos para su propio provecho.

Y Pablo dice que esos lobos vienen de afuera, es decir no son hijos de Dios, no son creyentes genuinos, sino falsos creyentes que se introducen encubiertamente entre los hermanos para engañarlos: **“y esto a pesar de los falsos hermanos introducidos a escondidas, que entraban para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para reducirnos a esclavitud, a los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros”** Gálatas 2.4-5. Muchos de los llamados líderes del cristianismo contemporáneo ni siquiera son redimidos, no son salvos, no son regenerados, no han nacido de nuevo, sino que son personas preocupadas por sus propios vientres, que engañan al pueblo de Dios. Son falsos creyentes, son cizaña.

Igualmente, Pablo advierte que de entre los mismos hermanos se levantarían hombres que hablarían cosas perversas para arrastrar tras de sí a los discípulos. Quiero hacer una pregunta y espero que haya honestidad y sinceridad para responderla: ¿No es exactamente eso lo que ocurre en el ámbito evangélico contemporáneo? Los líderes, autodenominados como pastores, apóstoles, reverendos y tantos otros títulos, tienen un afán desco-

medido por arrastrar tras de ellos a los cristianos y no tienen ningún interés en llevarlos al Señor para que tengan una relación directa con Él, sin necesidad de ningún mediador: **“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”** 1 Timoteo 2.5. No hay más que un mediador entre Dios y los hombres que es el Señor Jesucristo como hombre, pero los grupos evangélicos están llenos de mediadores y para alcanzar esa posición, esos mediadores hablan cosas perversas y con ese hablar perverso han logrado arrastrar tras ellos a los discípulos del Señor.

Ofrezco mis disculpas por hablar esta palabra llena de franqueza, pero entiendan que no es invento del autor, sino que todo esto está advertido en la palabra y los hechos que ocurren en las llamadas iglesias cristianas, son una prueba y una demostración irrefutable de su veracidad.

El cristianismo, absolutamente todo, con el catolicismo romano a la cabeza está jerarquizado, está lleno de nicolaísmo. No conozco un solo grupo de cristianos donde no haya jerarquización, donde unos pocos líderes no sean amos y señores de las multitudes que se dicen cristianos y que siguen ciegamente a esos líderes, pero no conocen al Señor y no pueden seguirlo,

porque quienes los guían tampoco lo conocen y en consecuencia no pueden enseñar a los hermanos a conocer y a seguir al Señor. Incluso hay grupos que se proclaman enemigos del nicolaísmo, pero su práctica es una verdadera jerarquización, con la que han trazado círculos en los que unos pocos tienen acceso y si alguien se opone a esa práctica antibíblica, inmediatamente lo acusan de oponerse a la autoridad del Señor y lo descalifican y lo estigmatizan como un rebelde.

Por eso el Señor ha permitido que en este tiempo, que sin duda es el inmediatamente anterior a la Gran Tribulación, se haya escrito este libro y unos más que ya hemos publicado, que no pretenden llenar de gloria a quien o quienes el Señor ha usado para su publicación, sino que el Señor pretende traer una pequeña luz en medio de la noche oscura que está viviendo la iglesia contemporánea, sin olvidarnos que estamos en la última hora de la noche, donde las tinieblas de ésta son más fuertes, pero que anuncian que el día está muy cerca: **“La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz”** Romanos 13.12.

El Señor está buscando con fer-

viente anhelo que un buen número de Sus hijos vengan a Él, para que sean iluminados por Él mismo que es la luz.

Este libro no es el fruto del resentimiento con líderes ni con grupos denominados o libres, sino que es el resultado de la misericordia del Señor para con Su pueblo, pues como Él mismo afirma, **“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”** 2 Pedro 2.9.

El Señor quiere que todos Sus hijos se arrepientan de practicar el nicolaísmo. ¿Lo harás tú?

Proceder al arrepentimiento es vencer todas esas mentiras que el diablo ha introducido en la iglesia, especialmente por medio de estas dos doctrinas: la de Balaam y la del nicolaísmo. Vencerlas, proceder al arrepentimiento, depende de la decisión que tú, libre y voluntariamente tomes, si deseas continuar siguiendo a líderes que hablan cosas perversas para arrastrarte tras ellos, o si decides seguir al Señor por donde quiera que Él va; si decides vivir en el Espíritu en íntima comunión con el Señor y cumplir de esta manera la palabra que Él nos legó en He-

breos 8.11 “***Y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos***”.

las cosas que es necesario vencer (3)

4. La Fornicación y la idolatría de Tiatira

Hasta este punto el Señor nos ha alumbrado con una luz intensa acerca de las cosas que es necesario vencer para llegar a ser vencedores, bien como las Primicias o como el Hijo Varón.

Oramos al Señor rogándole que abra el espíritu y el entendimiento de los lectores, para que puedan aprovechar al máximo las limitadas palabras de este libro y las insondables riquezas de la Biblia, por medio de revelarlas en el espíritu de los creyentes y mostrarlas en su alma, para que puedan saber cuál es la esperanza a que los ha llamado y cuáles las riquezas de Su gloria en el Señor Jesucristo, y estas riquezas se puedan convertir

en su disfrute pleno todos los días, hasta llegar a la meta de alcanzar la plena madurez y la estatura de la plenitud de Cristo.

Llegamos así al cuarto aspecto que debemos vencer para alcanzar el galardón de los vencedores, y éste es la anormalidad de la iglesia presentada en la etapa de Tiatira.

Después de alcanzar el punto más bajo de la degradación de la iglesia ocurrido en Pérgamo donde satanás gobierna y mora en la iglesia, e introduce dos doctrinas que el Señor aborrece, que son la doctrina de Balaam y la doctrina de los nicolaítas, es lógico suponer que el enemigo trata de completar su obra, y en Tiatira la convierte en una gran organización que hoy es una de las más poderosas que existen sobre la tierra: por un lado

el cristianismo encabezado por la iglesia católica romana, en la que se incluye el catolicismo ortodoxo oriental y el protestantismo y por otro lado las religiones no cristianas, aunque de estas no hablaremos en este libro.

El génesis de Tiatira es Pérgamo, porque satanás se entronizó en la iglesia y moró en ella, pero sin hacer notoria su presencia, porque esa es parte de sus ardides; a él le gusta esconderse detrás de personas o cosas como lo hizo detrás de Pedro en Mateo 16, cuando se escondió para tratar de poner tropiezo a la obra que el Señor había planeado desde la eternidad y que incluía Su padecimiento y Su muerte a manos de los judíos: **“Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”** (vs. 22-23).

Cuando el Señor le escribió al ángel de la iglesia en la etapa de Tiatira le reprochó el hecho de que tolerase a esa mujer Jezabel: **“Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa**

mujer Jezabel, que se dice a sí misma profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos” (Apocalipsis 2.20).

CARACTERÍSTICAS DE JEZABEL

La Jezabel que es tolerada en Tiatira, tiene entre otras, las siguientes características:

4.1. Se dice profetiza

Un profeta o una profetiza es un hermano o una hermana constituido(a) por el Señor para recibir revelación de Sus misterios y revelarlos a otros, para tomar de la boca del Señor Sus palabras y hablarlas tal cual las habla el Señor. Un profeta o una profetiza es un(a) hijo(a) de Dios que ha sido constituido(a) como tal por el Señor, de acuerdo con lo dicho en Efesios 4.11.

Pero Jezabel se ha constituido a sí misma como profetiza, ella se cree que lo es y esa es exactamente la radiografía del cristianismo contemporáneo. Por el lado del catolicismo romano, Jezabel por una parte es el papa, quien se autoproclama como el vicario de Cristo en la tierra, como el sucesor de Pedro en la silla papal (Pedro nunca fue papa), es el pontifex maximus, título heredado de los emperadores romanos y nunca descrito en la Bi-

blia.

De acuerdo con la doctrina católica todo lo que dice el papa ex cátedra es dogma de fe que nadie puede controvertir; los papas se consideran infalibles y se creen los representantes de Cristo en la tierra. Esto es llamarse a sí misma profetiza, sin haber sido constituida por Dios. De otra parte, Jezabel es el catolicismo como organización, pues esa iglesia considera que todos los que no son católicos no tienen ninguna posibilidad de salvación.

El ámbito del protestantismo no es muy distinto. Aunque entre ellos no hay un papa visible, a nivel de congregación hay unos pequeños “*papitas*” que son amos y señores de los cristianos que están en su corral. Se consideran el oráculo de Dios, el enviado del Señor, el siervo de Dios, el edificador de la iglesia, el instructor de ignorantes y creen que su hablar es la palabra de Dios; pero en sus hablares no hay más que letra muerta, no tienen nada distinto a la repetición mental de algunos versículos de la Biblia que derivan en fábulas, las cuales impresionan y atraen hacia ellos a quienes los oyen, pero no hay ninguna revelación en el espíritu, ninguna luz que provenga del Señor y que pueda iluminar a sus seguidores para crecer en el Señor

y para que Su gloria pueda resplandecer en los miembros de sus congregaciones.

Sin embargo, a lo largo de la historia del protestantismo ha habido hermanos que han tenido revelaciones muy profundas de la palabra del Señor, pero lamentablemente han caído del primer amor, edificando distintas organizaciones y esas revelaciones, en lugar de contribuir a la edificación de la iglesia se han convertido en fuente de división, porque esos hermanos cometieron el error de convertirse en el centro de sus seguidores y éstos los han constituido en “*becerros de oro*” y a la vez los han hecho objeto de adoración.

Si el Señor nos da algunas revelaciones de Su Palabra, no debemos tomarlas como si fueran nuestras y edificar alrededor de ellas una organización para promoverlas, y menos trazar un círculo de exclusividad para incluir a algunos santos y excluir a otros, sino que se debe entender que las revelaciones que el Señor da por medio de algunos santos, las da para toda Su iglesia, y la iglesia está conformada por todos los hijos de Dios, los que una vez lo recibieron creyendo en Su nombre, los que han nacido de nuevo y sido regenerados. No hay posibilidad de excluir a ninguno, porque es el Señor quien los inclu-

ye: **“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo. sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”** 1 Corintios 12.13. **“Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios”** Romanos 15.7

Se debe tener claridad en el sentido de que el Señor no ha delegado la edificación de Su iglesia a ninguno de Sus hijos, sino que es Él mismo quien la edifica: **“y sobre esta roca edificaré mi iglesia”** (Mateo 16.18).

Si bien es cierto que el Señor necesita a todos los creyentes para la edificación de Su cuerpo, también es verdad que esa edificación se da solamente por el crecimiento de Él en cada uno de los Suyos. No hay otra manera de edificar.

A lo largo de la historia, el Señor ha usado y usa a algunos hermanos para una función determinada, pero no los establece a ellos como cabeza de la iglesia, ni como edificadores, porque Él es el único edificador y cabeza de Su cuerpo.

El Señor utilizó a Pablo, lo constituyó como un perito arquitecto para que él pusiera el fundamento de Su edificio; también utilizó a Pedro, a Mateo, a Lucas, a

Juan, a Santiago, a Judas y a Marcos para la misión de completar el Nuevo Testamento de la Biblia, así como en el Antiguo Testamento utilizó a un buen número de hombres para llevar adelante Su plan, pero en ningún momento los designó como edificadores, ni como cabezas, ni mucho menos como personas a las que los demás creyentes deban seguir.

Léase con detenimiento lo que anuncia Pablo en 1 Corintios 3.10-11: **“Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo”**.

A todos los hijos de Dios se nos ha dado la gracia en una medida determinada, y de acuerdo con esa medida de gracia debemos funcionar en el cuerpo, en la función que el Señor nos ha dado; pero a ningún hermano se le ha dado la función de ser cabeza de la iglesia, ni líder, ni oráculo de Dios, ni aquel a quien los demás santos deban seguir, porque todas esas funciones de liderazgo, encabezamiento, vocero de Dios, pertenecen exclusivamente al Señor Jesucristo.

La gracia para poner el funda-

mento, que es Jesucristo, se le dio exclusivamente a Pablo y nadie puede poner un fundamento distinto.

Lo que cada uno de los hijos de Dios debemos mirar es la forma en que sobreedificamos encima de ese fundamento, si nuestra sobreedificación la hacemos en Cristo o no. En otras palabras, debemos ser cuidadosos en saber si es Cristo quien está edificando en y con nosotros, o si por el contrario somos nosotros quienes estamos sobreedificando con nuestras fuerzas y conceptos naturales: ***“Y si sobre este fundamento alguno edificaré oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará”*** 1 Corintios 3.12-13.

Aquí hay dos grupos bien definidos de materiales para la edificación. El primero compuesto por oro, plata y piedras preciosas hace referencia a la edificación realizada directamente por el Dios Tres Uno, Padre Hijo y Espíritu Santo. El segundo grupo conformado por madera, heno y hojarasca se refiere a la obra de edificación que hacen los hombres en su alma caída, de acuerdo con sus conceptos y su

hombre viejo.

La obra de cada uno, no una obra colectiva sino individual, en el tribunal de Cristo será sometida a fuego para ser probada. Si la obra ha sido hecha con madera, heno y hojarasca, será totalmente quemada y nada quedará de ella, pero si la obra ha sido edificada por el Dios Padre, Hijo y Espíritu, el fuego no la dañará y permanecerá por la eternidad.

Jezabel en el cristianismo contemporáneo —catolicismos y protestantismo— edifica con madera, heno y hojarasca.

Si quieres ser un vencedor como las Primicias o como el Hijo Varón, debes vencer a esa falsa profetisa e ir al Señor y permitirle que sea Él quien haga Su obra en ti y por medio tuyo edifique Su iglesia que es Su cuerpo.

Deja ya de seguir a hombres que lo engañan y vuélvete al Señor para que Él te revele Su persona y Su plan y tú puedas conocer Su voluntad para hacerla y para agradecerlo.

4.2. Enseña y seduce a los siervos del Señor a practicar la idolatría.

La segunda peculiaridad de Jezabel es que enseña y seduce a los siervos de Dios a practicar la ido-

latría: **“enseñe y seduzca a mis siervos...a comer cosas sacrificadas a los ídolos”** Apocalipsis 2.20.

La mujer Jezabel que es el personaje prominente en la situación de Tiatira, tiene su tipo en el Antiguo Testamento, y fue la mujer de uno de los más perversos reyes de Israel, que se llamó Acab. Esta mujer ni siquiera era de sangre israelita, sino que fue una mujer de la descendencia real de Sidón, una ciudad gentil, y durante el tiempo que estuvo casada con el rey de Israel, fue muy influyente en el gobierno de la nación.

Una de sus características más prominentes era que enseñaba al pueblo de Israel a adorar ídolos, especialmente a un dios llamado Baal, a quien le edificó un templo y un altar en Samaria y procuró matar a todos los profetas que profetizaban en el nombre de Jehová, el Dios verdadero. Su historia completa puede verse en los capítulos 16, 18, 19 y 21 del primer libro de Reyes y en el capítulo 9 de 2 Reyes.

De la misma manera que en el Antiguo Testamento, la Jezabel de Apocalipsis se dedica a hacer que los hijos de Dios coman de las cosas sacrificadas a los ídolos. Comer de las cosas sacrificadas a los ídolos no se refiere a comer cosas físicas

que han sido ofrecidas a cualquier ídolo, sino que el asunto es mucho más profundo, y de su enseñanza está lleno el cristianismo contemporáneo.

Por el lado del catolicismo romano, todo su “servicio a Dios” no es nada más que un culto a satanás y a los demonios. En todas las **“iglesias católicas”** hay un gran número de ídolos, representados en estatuas, pinturas, vitrales y otras formas, que evocan a santos, santas y vírgenes, que no son nada distinto a los dioses de las mitologías paganas antiguas, a quienes les cambiaron los nombres de dioses y los convirtieron en el santoral católico. En la iglesia católica hay un santo o una virgen para cada necesidad y para cada actividad del hombre, y son patronos y patronas de los pueblos, donde son el principal objeto de adoración; detrás de esos *«santos»* hay ángeles caídos y demonios.

Los sacerdotes católicos, a lo largo y ancho del mundo, ofrecen diariamente millones de misas que son sacrificios incruentos, y aparentemente adoran al Dios verdadero, pero esa adoración es a los santos y vírgenes paganos, y por consiguiente a satanás y sus demonios.

La mujer Jezabel que vive con toda comodidad en Tiatira y que

el Señor le reprocha al ángel de esa iglesia el hecho de que la tolere, se dedica a seducir y a enseñar a los siervos del Señor a practicar la idolatría. Veamos el significado del verbo seducir: *«Engañar con arte y maña; persuadir suavemente para algo malo. Embargar o cautivar el ánimo»*¹.

Jezabel es una consumada artista en el arte de seducir y engañar, de embargar y cautivar el ánimo de los hijos de Dios y llevarlos a que adoren el inmenso número de ídolos que tiene el catolicismo. Lo mismo ocurre con el catolicismo ortodoxo oriental.

Pero no podemos dejar de ver el lado del cristianismo protestante, donde aunque no tienen ídolos de yeso, madera y metal, ni cuadros, ni vitrales, ni estampas, entre ellos también se metió Jezabel y ha enseñado a los mismos hijos de Dios a que sigan líderes, organizaciones, doctrinas y prácticas que los alejan del Señor; y, ministerios particulares que les impiden conocerlo y tener revelación de Él, y lógicamente son privados de conocerlo y hacer Su voluntad, y esta es una forma de idolatría que, aunque más sutil, no deja de ser tan deshonrosa como la practicada por el catolicismo romano.

Comer cosas sacrificadas a los ídolos es una práctica común entre los cristianos de hoy. Cuando una persona asiste a una misa, a un funeral o a cualquier rito católico, o aun lo ve en la televisión o lo oye por la radio, todo lo que ve y oye está entrando en su ser, se está constituyendo interiormente con todas las mentiras que el sacerdote hace y dice. Eso es comer cosas sacrificadas a los ídolos.

No nos cansamos de repetir que todos los ritos del catolicismo son una soterrada adoración al diablo, a los demonios y a los ángeles caídos, y cuando tú los ves o los oyes, participas de ellos, y tu corazón se está llenando de toda esa engañifa diabólica.

En el medio protestante el tema es similar. Aunque en sus **“iglesias”** no tengan imágenes de yeso o de madera o metal, el líder se convierte en el centro de admiración y obediencia. Es muy raro encontrar un «pastor», un **«evangelista»** o un «misionero» contemporáneo, en quien su hablar sea el hablar instantáneo del Señor. Normalmente sus predicaciones son preparadas previamente y en ellas predomina su alma caída, su hombre viejo. Toman algunos versículos de la Biblia, los leen y en torno a ellos inventan un montón de fábulas y de mentiras, que tienen como

1. Diccionario de la Real Academia Española **DRAE** 22ª edición.

meta influir en la emoción de los oyentes, quienes a pedido del predicador lo aplauden efusivamente, pero nunca su hablar toca el espíritu de quien los oye, ni revela nada de los misterios profundos del Señor.

Cuando los feligreses oyen esa palabrería están siendo seducidos a admirar al reverendo y así son enseñados a practicar la idolatría, porque dejan al Señor como el objeto y centro de su adoración y ponen en Su lugar a un hombre.

Un genuino ministro habla la palabra que el Señor le da en el momento, sin agregar nada de sus puntos de vista, ni quitar nada de lo que el Señor habla para acomodar la palabra a sus intereses. En una enseñanza así no hay seducción de Jezabel y resulta en la edificación de los santos, en que ellos son revelados en su espíritu por medio del Espíritu. Todos los hijos de Dios debemos aspirar a tener ese hablar.

Un genuino servidor del Señor es aquel que solo sirve como canal para que la palabra que el Señor habla corra y sea glorificada y los oyentes sean plenamente nutridos y satisfechos con las palabras que salen de la boca del Señor: **“El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado**

son espíritu y son vida”(Juan 6.63)

Un hermano que es usado por Dios para hablar Su palabra no es un mediador, simplemente es un canal por el que Dios fluye, y todos los hijos de Dios deben ser canales por los que el Señor se exprese.

Para ser canales por los que Dios habla no se necesita ser ordenado por una congregación, por un instituto bíblico o por un grupo de **“ministros”**. Solamente se necesita ser constituido por el Señor y Él nos ha constituido a todos Sus hijos. Una cosa distinta es que todos tengamos diferente medida de la gracia, pero en la iglesia todos debemos funcionar permitiendo que Dios hable por nosotros: ***“Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo”*** Efesios 4.7

Quiera el Señor tener misericordia de los lectores, para que les permita ver cuánta idolatría hay en su entorno y cuánto los creyentes ofenden al Señor, adorando dioses que no son Dios, sino ídolos que satanás ha introducido en su medio para que su servicio y adoración no sean genuinos, sino una artimaña que ofende y desagrade al Señor.

4.3. Enseña y seduce a los siervos del Señor a fornicar

Es la tercera característica de la Jezabel del Nuevo Testamento: enseña a los hijos de Dios a fornicar: **“Toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar”** Apocalipsis 2.20.

Donde hay idolatría siempre habrá fornicación, y aquí la fornicación no hace referencia solamente a tener relaciones sexuales ilícitas, sino que se refiere a tener cualquier objeto o persona, como destinatario de adoración, es decir reemplazar al Señor Dios por cualquier cosa o persona.

De esa forma de fornicación el catolicismo está sobresaturado. Miles de santos, santas, vírgenes, patronos y patronas son objeto de veneración y de adoración en toda la geografía de la tierra. En las **“iglesias”** católicas cada día del año se veneran y se adoran un enorme grupo de santos, santas y vírgenes. Quienes pertenecen a esa religión fornican diariamente con esos ídolos y viven una vida de abominación delante del Señor.

La confusión está en que Jezabel es experta en seducir y ellos no se dan cuenta de que su vivir es un vivir de fornicación espiritual, porque quien es seducido no puede

ver hacia donde está siendo conducido y cree que está agradando a Dios.

Es por eso que Apocalipsis 17.1-6 afirma: **“Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación. Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: **BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.** Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro”.**

La gran ramera de que habla este pasaje no se refiere solamente a la iglesia católica romana, aunque ella es la madre, sino que abarca todas las religiones que se dicen seguidoras de Cristo las hijas de la ramera—. Nótese que su principal actividad es la fornicación y con ella fornican los dirigentes del mundo y los moradores de la tierra.

En la edad media, todos los reyes de Europa debían ser confirmados y aceptados por el papa y para que su reinado tuviera validez, requerían la aquiescencia papal.

En Inglaterra el rey Enrique VIII caracterizado por ser un adúltero consumado, pues se casó seis veces, se separó de la iglesia católica porque el papa de turno no le concedió una dispensa para dejar a una de sus tantas mujeres y casarse con otra.

Pero el asunto no paró ahí, sino que este rey fundó la iglesia anglicana de la cual se constituyó como su cabeza y esa iglesia hasta hoy es la fuente de fornicación de los soberanos y de la nobleza de ese país. El grado de idolatría y fornicación en la iglesia anglicana ha llegado a tal punto que acepta los matrimonios entre personas del mismo sexo —homosexualismo—. Es tan bajo su vivir, que

cuando murió la princesa Diana, una mujer adúltera, perteneciente a la nobleza inglesa, en su sepelio, quien dirigió las “alabanzas” fue un homosexual consumado y conocido públicamente, cantante famoso de nombre Elton John. ¡Hasta dónde ha penetrado Jezebel con su seducción!

En enero de 2009 un ministro de una iglesia protestante de los Estados Unidos estaba bendiciendo al presidente Obama en su posesión como mandatario de ese país. En todos los países denominados cristianos siempre se verá a los mandatarios del brazo con la iglesia que regenta la nación, y aquella aprueba abierta o soterradamente todas las injusticias y atrocidades que cometen los gobernantes con el fin de mantenerse en el poder.

La mujer del pasaje está sentada sobre muchas aguas, lo cual quiere decir que domina sobre muchas naciones. Si esa mujer Jezebel domina a los gobernantes, qué se puede esperar que haga con los pueblos. Dominio total y absoluto.

La gran ramera hace que los pueblos donde está sentada (las muchas aguas) cometan fornicación y coman cosas sacrificadas a los ídolos. Por eso el Señor afirma que los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación. Una persona ebria de

vino no sabe lo que está haciendo. He aquí la maestría de la seducción que ejerce Jezabel para engañar a los pueblos y a sus gobernantes.

La mujer también está sentada sobre una bestia llena de nombres de blasfemia. Todos los nombres de los santos, las santas y las vírgenes que tiene el catolicismo romano no son nada distinto a nombres de blasfemia. Igualmente, por el lado del protestantismo, todos los nombres que les dan a las “iglesias”, son igualmente nombres de blasfemia. La iglesia es una y única y no tiene un nombre distinto a la persona del Señor Jesucristo porque Él y solamente Él es la iglesia: **“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también el Cristo”** 1 Corintios 12.12.²

Cualquier nombre que se le dé a una congregación, es un nombre de blasfemia que procede de la gran ramera, y es equivalente a cometer fornicación.

La mujer igualmente está vestida de púrpura y escarlata. El color púrpura representa la realeza y el escarlata representa la redención,

porque hace referencia a la sangre que el Señor Jesús derramó en la cruz para redimirnos de nuestra situación caída.

Esta mujer, ejercitando las artimañas para engañar, quiere que la vean como reina y como redentora, pero no es ni lo uno ni lo otro, porque no pasa de ser una gran prostituta que fornicación con uno y otro ídolo y seduce a sus seguidores, gobernantes y pobladores, a que sigan su camino de disolución.

También está adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, materiales que son propios de la edificación de la Nueva Jerusalén, como consumación de la obra de Dios. El oro representa la naturaleza divina de Dios, y expresa al Padre; las perlas hacen referencia a la obra redentora del Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y las piedras preciosas tienen que ver con la obra transformadora que el Espíritu Santo realiza en los creyentes durante su vida en la tierra.

Esto quiere decir que la obra completa de redención es realizada por el trabajo del Dios Tres-Uno en los creyentes, los cuales llegan finalmente a ser constituidos con la persona y las riquezas del Dios maravilloso.

Pero la mujer no está constituida con esa naturaleza sino adorna-

2. Más revelación sobre la genuina iglesia puede encontrarla en el libro “¿Cuál Iglesia?” del mismo editor publicado en la página www.las-primicias.com.

da con la apariencia de ella. Los adornos que una mujer se pone para aparentar belleza no hacen parte de su ser natural, sino que se constituyen en una apariencia, un artificio para quienes la ven. Aparentemente esa mujer tiene una constitución de oro, plata y piedras preciosas, pero no son nada más que adornos aparentes que no hacen parte de su constitución. Esta es otra demostración de la seducción de la mujer Jezabel para enseñar a los siervos de Dios a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos.

Para completar sus artimañas, la mujer sustenta en la mano un cáliz de oro, lo cual, a primera vista, querría decir que todas sus obras están sustentadas en la naturaleza divina de Dios, representada por el oro; pero cuando se ve su contenido, ¡oh decepción! ***Tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación.***

Dentro de ese cáliz solamente hay abominaciones, inmundicia y fornicación. Aparentemente, el catolicismo con sus ritos adora al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, el Dios verdadero, pero eso es solo apariencia; en verdad adora a satanás, a los demonios y a los ángeles caídos. Está llena de inmundicia.

Inmediatamente el Señor revela

quién en realidad es esa mujer que engaña y seduce, porque muestra su verdadero nombre escrito en su frente: **BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.** Babilonia representa a lo largo de la historia de la humanidad, todo el conjunto de abominaciones y oposición a Dios, que el diablo ha levantado en la tierra.

Apreciado lector: ahí tienes una clara revelación de quién es la mujer que hasta ahora te ha engañado, te ha seducido, te ha enseñado a cometer fornicación y a practicar la idolatría. Observa ese nombre escrito en la frente que ya no puede esconder.

Tal vez argumentes que no tienes ídolos de yeso, ni de madera ni en estampas y cosas así. Pero con mucha humildad y aun con temor, te invitamos a que examines tu corazón y veas si él está ocupado solamente por el Señor o si hay cosas, enseñanzas, líderes, organizaciones, hombres, ministerios particulares y doctrinas que están llenando, aunque sea una pequeña parte de él. Si éste es tu caso, eres un fornicario y un idólatra, estás en Babilonia la grande, la madre de las rameras y las abominaciones de la tierra, y en ese caso debes aprovechar la oportunidad que el

Señor te da para volverte a tu espíritu y rogarle que te ponga en el camino por el que debes andar, que es el Señor Jesucristo. ***“Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas”*** (Apocalipsis 18.4)

Finalmente, el Espíritu nos revela que esa mujer está ebria con la sangre de los mártires de Jesús. La religión, especialmente la iglesia católica romana ha sido la mayor asesina de los hijos de Dios a lo largo de la historia. Su odio ha sido tan irracional, tan visceral a través del tiempo, que en todas partes han asesinado a quienes se oponen a sus herejías destructoras, a su seducción y a sus enseñanzas mentirosas.

La inquisición es uno de los episodios más negros y vergonzosos protagonizados por la iglesia católica, en el que sus emisarios declaraban hereje a quienes les provocaba y los condenaban a las torturas más infames y a morir de las formas más viles, especialmente siendo quemados vivos. Es tal el odio del catolicismo romano para aquellos que se atreven a desnudar sus subterfugios, que, en 1414, treinta y dos años después de que John Wycliff había muerto, la iglesia católica en el Concilio de

Constanza ordenó que sus restos fueran exhumados, quemados y arrojados al río Swift.

Este odio visceral contra uno de sus exsacerdotes se originó en que Wycliff había sido sacerdote católico, y al traducir al inglés la versión Vulgata Latina de la Biblia, encontró que todos los ritos del catolicismo eran mentirosos con respecto a la palabra de Dios y atacó especialmente la mentira de la transubstanciación, mediante la cual se afirma que en un momento de la misa, cuando el cura consagra la hostia y el vino, éstos se transforman en el cuerpo y la sangre de Jesús.

Podríamos relatar cientos de historias de las villanías de esa mujer, pero no es nuestro interés hacer un libro de historia, máximo cuando la información al respecto es muy abundante en el mundo contemporáneo. Solamente quisimos dar una pequeña información acerca de la afirmación de la palabra en el sentido de que la mujer Jezabel de Tiatira está ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús.

Si anhelas ser uno de los vencedores que el Señor está llamando, aquí tienes un buen acerbo de las cosas que hay que vencer: el primer amor de Éfeso, volviéndose al Señor que es la luz y el alimento

espiritual, para ver por donde caminar y ser fortalecido para andar por el camino; la persecución y la tribulación de Esmirna; la entronización y la morada de satanás en la iglesia en la etapa de Pérgamo y con ellos, la introducción de dos grandes doctrinas de engaño: la de Balaam y la de los nicolaítas; y a la mujer Jezabel de Tiatira, que se hace pasar como el oráculo de Dios y seduce y enseña a los hijos de Dios a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos.

Tal vez consideres que vencer todo esto es muy difícil y que no tienes ni las fuerzas ni el conocimiento para lograrlo, y tienes razón. Ni tus fuerzas ni tu conocimiento son suficientes para vencer tantas cosas inmundas; tampoco tu fuerza ni tu conocimiento son necesarios. No te preocupes, porque a cambio sí tienes un corazón que puedes abrir diariamente al Señor que mora en tu espíritu y en comunión con Él disfrutarlo y llenarse de Su persona y de todas Sus riquezas. Haciendo así, sin darte cuenta, verás que el Señor te va llenando hasta saturarte y finalmente serás un vencedor: las Primicias o el Hijo Varón.

Debemos hablar un poco más de Tiatira. Sabemos que tenemos un Dios lleno de misericordia y Su misericordia va más allá de lo que

nosotros podemos entender. En esa misericordia, el Señor le dice a Jezabel: “**Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación**” (Apocalipsis 2.21).

En el seno del catolicismo romano ha habido personas que han visto su estado lamentable y han luchado para que haya un cambio en el camino corrupto por el que anda esa iglesia, para que se arrepienta y tome al Señor Jesús como el camino.

Pero la poderosa Jezabel los ha declarado herejes y ha perseguido a quienes se han dejado usar por el Señor para traer luz acerca de su lamentable condición. A otros los han matado, como ocurrió en la era post moderna con el papa Juan Pablo I, a quien envenenaron treinta y tres días después de su ascensión al solio de los papas, porque este hombre había visto la miseria espiritual del catolicismo y se propuso hacer una reforma profunda en esa iglesia³.

Es por eso por lo que el Señor dice: Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. El Se-

3. Si quieres más información sobre el tema te recomendamos leer el libro *En Nombre de Dios*, de David Yallop, donde con una investigación bien documentada el autor demuestra cómo fue asesinado ese papa.

ñor le dio tiempo para el arrepentimiento, pero ella no ha querido.

En el protestantismo ocurre igual. Aunque sus ministros saben que su vivir y sus hechos no son agradables al Señor, es muy difícil para ellos morir a su ambición de fama, de reconocimiento y de enriquecimiento económico, y tampoco abren su corazón para que el Señor les dé Su gracia y ellos puedan arrepentirse de su fornicación.

Como le han planteado las cosas al Señor de esa manera, Él tiene una respuesta consecuente con su decisión: ***“He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. Y a sus hijos heriré de muerte”*** (Apocalipsis 2.22-23).

Infortunadamente no hay remedio que pueda sanar a la mujer Jezabel. Después de esperar por más de mil quinientos años a que la gran ramera se arrepintiese y no quiso hacerlo, el Señor la ha arrojado en cama.

Una cama, normalmente es para reposar y descansar, pero anormalmente esa misma cama es para pasar una enfermedad y morir.

El cristianismo degradado no tiene remedio, no hay forma de sanarlo, su corrupción ha llega-

do a tal extremo que ni el Señor quiere hacer nada por esa iglesia corrupta hasta los tuétanos. Su único destino es la muerte. Por todo lado está llena de fornicación y adulterio. Su idolatría la ha absorbido completamente y no hay nada sano en ella, toda se ha corrompido. Sus hijos están heridos de muerte y los gobernantes y los moradores de las naciones pasarán por la Gran Tribulación, que son los tres años y medio previos al milenio donde, todos los habitantes de la tierra pasarán por el severo juicio de Dios.

Por eso el Señor dice a los que adulteran al lado de la gran ramera: y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. Todos los cristianos, en menor o mayor medida, han adulterado con la gran ramera, pero casi todos lo han hecho sin tener conocimiento de lo que hay en las entrañas de esa religión malvada. Por eso a ellos, el Señor les da una oportunidad de arrepentirse.

Este es un llamado para ti querido lector. Aun sin quererlo, tú has sido partícipe de los pecados con que ha fornicado y adulterado Jezabel, y con mucho amor el Señor viene a hacerte un llamado para que te arrepientas.

Arrepentirse es salir, es alejar-

se de las prácticas y de las enseñanzas del catolicismo y del protestantismo: **“Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades”** (Apocalipsis 18.4-5).

Arrepentirse es volverse al Señor de todo corazón; arrepentirse es dejar de seguir a hombres y sus organizaciones y seguir solamente al Señor. El Dios Tres–Uno está en tu espíritu humano y Él tiene la capacidad de guiarte, de gobernar-te, de llenarte de Él y transformarte, para que crezcas hasta alcanzar Su estatura y llegues a ser un vencedor.

Dale la oportunidad al Señor y date esta gran oportunidad que el Señor te brinda de hacerte uno con Él, de oírlo solo a Él y de llenarte de Él, hasta cumplir plenamente Su propósito.

Hay personas que se convirtieron en hijos de Jezabel; su vida está tan llena de su corrupción a tal grado que para ellas solo hay una sentencia del Señor: Y a sus hijos heriré de muerte.

Muchos de los que se dicen cristianos, en el cristianismo con-

temporáneo, son hijos de Jezabel, es decir, no son hijos de Dios, sino hijos de la fornicación y el adulterio y para ellos ya no hay ningún remedio distinto a la muerte. Damos gracias al Señor porque Él nos ha entregado Su misericordia y Su gracia y nosotros hemos salido de ese medio malsano, y estamos siguiendo al Señor, el único digno de ser seguido.

Hay otros que están en Tiatira, que no conocen los misterios de Satanás y que no obstante vivir en un medio tan perdido han amado al Señor y lo han seguido: **“Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga; pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga”** (Apocalipsis 2.24-25).

El pronombre Vosotros ,debe referirse al ángel de la iglesia y hemos dicho que el ángel está conformado por unos cuantos hermanos, que en medio de las tinieblas resplandecen como luminares y no aceptan las vilezas que satanás ha introducido en la iglesia para degradarla.

Históricamente podemos hablar de muchos hermanos que han sido el ángel en Tiatira, tales como

John Wycliff, que siendo un sacerdote católico se opuso a muchas de las mentiras propaladas por el catolicismo y terminó siendo excomulgado y años después de muerto, sus huesos sacados de la tumba y quemados para ser arrojados al río Swift.

Otros hermanos de grata recordación son Jerónimo de Praga y Juan Huss, que por caminar en el camino que el Señor les mostrara por medio de Wycliff, fueron condenados a ser quemados vivos.

El conde de Zinzendorf y los hermanos moravos, amaron al Señor y en su época fueron luminares que resplandecieron en medio de la generación perversa y adúltera.

Martín Lutero fue un monje católico que, al ver las orgías diabólicas practicadas en Roma, centro mundial del catolicismo, no pudo menos que oponerse valientemente a tanto oprobio. El papa lo excomulgó y vivió una vida llena de persecución, aunque el Señor lo guardó y satanás no logró quitarle la vida.

En el seno del protestantismo igualmente ha habido muchos hermanos que no se han dejado engañar por Jezabel y de entre ellos es bueno recordar a casi todos los que se conocen con el nombre de los Hermanos Unidos, surgidos

en la primera mitad del siglo XIX, entre los que se destacan John Nelson Darby, Eduardo Cronin, Bellet, Groves y tantos otros, de los que creemos que sus nombres están inscritos en el libro de la vida, porque en su vivir humano fueron luminares que siguieron al Señor y guardaron sus obras hasta el fin.

En el siglo XX ha habido algunos hermanos que se guardaron de los misterios de satanás y de las enseñanzas de Jezabel y de entre ellos podemos destacar a dos buenos hermanos que fueron honestos con el Señor: Watchman Nee y Witness Lee. Estos dos hermanos nacieron en la China y el Señor los llamó en el tiempo oportuno y les dio grandes y profundas revelaciones de Su palabra. Lamentablemente los dos cometieron un grave error, más acentuado en el último y fue que consideraron que la única iglesia que el Señor acepta es la iglesia local, pues así denominaron a su organización, y procuraron establecer una única iglesia en cada ciudad a donde llegaron sus enseñanzas.

Lamentablemente los hermanos no vieron que las siete cartas que el Señor escribió al ángel de cada una de las siete iglesias en Apocalipsis 2 y 3 es una historia de la degradación de la iglesia, y que si bien es cierto que la iglesia

en los tiempos de Pablo era solo una en cada ciudad, es igualmente cierto que en la medida que sata-nás fue penetrando la iglesia y degradándola, ésta se dividió y que en el final de esta era de la gracia, el Señor está llamando a algunos que quieran oír Su voz y abrirle la puerta para entrar y cenar mutuamente con ellos⁴.

En otras palabras, los hermanos no vieron que en estos tiempos el Señor no quiere trabajar con grandes grupos, sino que debido a la degradación de la iglesia Él está fuera de ella, llamando a quienes quieran salir a Él, para con ellos conformar las Primicias y añadir algunos al Hijo Varón, para que una vez que tenga conformados los ciento cuarenta y cuatro mil de que habla Apocalipsis 14.1-5, venir a la tierra, tomar posesión de las naciones y establecer el reino milenario, donde será totalmente edificada el resto de la iglesia, con aquellos hermanos que no alcanzaron a ser vencedores.

Otro gran error que cometieron estos dos hermanos fue considerar que solamente los que están en su grupo son la iglesia y que el único ministerio que el Señor acepta en esta tierra es el de ellos.

En Estados Unidos hay una or-

4. Más detalles sobre el tema se pueden encontrar en el libro: *La Degradación de la Iglesia* del mismo editor.

ganización, con influencia en un buen número de países, que proclama exclusivamente el ministerio de Watchman Nee y Witness Lee. No lograron ver esos hermanos que en la iglesia están incluidos todos aquellos que han sido regenerados por el Señor, los que creyendo en Su nombre lo han recibido y han nacido de nuevo; y que la iglesia no está conformada por un grupo de hijos de Dios, sino por todos ellos, pues así lo proclama 1 Corintios 12.13: **“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”**. Ningún hermano, ninguna organización, ni ningún ministerio, pueden excluir de la iglesia a un hermano, porque automáticamente se convierte en una división.

Estos dos hermanos fueron prolíficos en sus escritos, especialmente Witness Lee, quien hizo un estudio muy completo de todos los libros de la Biblia y en ellos se encuentra una valiosa revelación alta y profunda de la palabra, aunque comete algunos errores cuando defiende su posición de la iglesia local y del recobro del Señor. Merece la pena leer estos libros, pidiendo humildemente al Señor que nos muestre aquello que Él aprueba y

que añada más revelación a la que hay allí y que nos ayude para vivir en la práctica tantas riquezas que hay en Su palabra.

Lamentablemente, después de la muerte de Witness Lee en 1997, sus seguidores proclamaron que no había ningún ministerio distinto al de los dos hermanos chinos, que era el único que Dios aceptaba y se declararon fervientes seguidores de este, y desde entonces satanizan y excluyen a quienes no acepten tal contradicho.

Por esa razón muchos de sus seguidores se han ido y han montado su propio ministerio. Actualmente en Suramérica hay uno de ellos que proclama que el único ministerio válido es el de Juan porque es orgánico y que él está en el ministerio de Juan. Su hablar se ha extendido en casi todo este continente, en alguna parte de los Estados Unidos, Canadá, África y Europa.

Debemos entender que el ministerio es del Espíritu y que todos los hijos de Dios estamos en ese ministerio y que nadie puede tener su propio ministerio y proclamarlo como el único.

Si un hermano o un grupo de hermanos sigue a otro hermano, se convierten en idólatras, funden un becerro de oro, lo tallan con buril

y lo adoran, como hizo el pueblo de Israel después de que el Señor lo sacó de Egipto. Todo este es el trabajo sutil de Jezabel, la gran ramera, y el Señor no lo aprueba, no lo ama.

Debemos aprender a retener las obras del Señor hasta el fin, no las de un hermano o una organización que se proclame como el oráculo de Dios, como el único ministerio. Hacer esta clase de obras es caer en la seducción y en la enseñanza de Jezabel.

Entendamos que Dios no tiene ni desea ningún mediador distinto al Señor Jesús. Él es el único Pastor y obispo de nuestras almas y solamente a Él debemos seguir: ***“Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Guardián de vuestras almas... Porque hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús hombre”*** (1 Pedro 2.25; 1 Timoteo 2.5).

Es tiempo de huir de los dominios de Jezabel. Es tiempo de arrepentirnos de la fornicación, el adulterio y la idolatría de la gran ramera; es tiempo de venir al Señor, de seguirlo a Él como el camino; es tiempo de prepararnos para vencer esta terrible condición degradada de la iglesia; es tiempo

de dejar que el Señor trabaje en nosotros y nos prepare para ser las Primicias y seamos los vencedores que Él está buscando: ***“Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana”*** (Apocalipsis 2.26-28).

Vencer aquí consiste en guardar las obras del Señor hasta el fin, no las obras de algunos hermanos, de ciertas organizaciones o de ciertos ministerios. Es tiempo de disfrutar de la estrella de la mañana, de disfrutar de la plenitud de las riquezas de Dios en Cristo mediante el Espíritu Santo, hasta que seamos llenos de toda la plenitud de Dios. ¡Qué hermoso presente y futuro pone el Señor frente a nosotros! ¡Sigámoslo!

las cosas que es necesario vencer (4)

5. La muerte en Sardis (1)

Una rápida recapitulación

Cuán amable es el Señor y cuánta Su misericordia al permitirnos disfrutar todas las palabras que hemos encontrado en este libro, siguiendo al Espíritu! ¡Cuántos de nuestros hermanos que ya han partido anhelaron ver tantas cosas preciosas que el Señor nos está mostrando en este tiempo!

Podemos proclamar con júbilo las palabras que el Señor habló a Sus íntimos en Mateo 13.16, 17: **“Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo**

vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron”.

Que el Señor tenga misericordia de nosotros y nos guarde de jactancia y orgullo, porque esta palabra es un disfrute muy elevado; Su palabra es profunda e insondable, y tú, querido lector, no debes conformarse con la revelación que hasta aquí el Señor te ha mostrado. Anhela obtener más y más revelación, porque en la medida que disfrutes las riquezas del Señor, Él sigue siendo más y más rico; Sus riquezas no tienen fin y todas las ha dispuesto para tu disfrute, para tu gozo, para que te constituyas con ellas y seas transformado, y de esa manera cumplas Su plan, Su deseo y Su anhelo.

Hemos recorrido hasta aquí en este libro, un delicioso camino que

nos llena de esperanza y de confianza en el Señor. Él desea que seamos vencedores como las Primicias o como el Hijo Varón; Él anhela raptarnos vivos o resucitarnos antes de la Gran Tribulación y llevarnos directamente al cielo, a Su trono, para tener un disfrute del anticipo de Su obra, que se propuso desde la eternidad; para lograrlo, nos está mostrando todas aquellas cosas que debemos vencer, y nos está proveyendo los medios para que las vencamos.

Anhela el Señor que nos volvamos a Él como el centro de nuestro vivir, que no tengamos a nadie ni a nada antes que a Él, para que de esa manera, nuestro vivir esté lleno de luz y podamos alimentarnos con Sus insondables riquezas y seamos robustos y fuertes espiritualmente, con el fin de que corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante y, andando en Su luz, veamos el camino por donde a Él le agrada que andemos.

Siendo fuertes y vigorosos espiritualmente, tendremos la capacidad necesaria para soportar la tribulación, la pobreza y la persecución; seremos capaces de echar a satanás de nuestro entorno; no seguiremos la doctrina de Balaam ni la doctrina del nicolaísmo, sino que viviremos en un disfrute permanente con el Señor y desempe-

ñando la función que Él dio a cada miembro de Su cuerpo

Su fuerza y Su vigor nos alimentan para vencer la seducción y la enseñanza de Jezabel, nos aleja de la fornicación y de la idolatría, para que amemos y adoremos a nuestro único y amado Señor, pues Él es el Único digno de nuestra adoración, de nuestra alabanza y de nuestra exaltación.

5.1. *La muerte*

Llegamos así al quinto aspecto que debemos vencer, relatado en la carta que el Señor-Espíritu ha escrito al ángel de la iglesia en Sardis, consignada en los primeros 6 versículos de Apocalipsis 3.

Después de pasar cerca de mil años, en los que el catolicismo romano fue el amo y señor del mundo conocido, mediante su religión de añagaza y de mentira, en el siglo XVI, del seno de esa religión, el Señor levantó a algunos hermanos para que proclamaran contra esa ramera y trajeran un poco de luz a aquellos que de corazón puro buscan al Señor.

Sin lugar a dudas, el trabajo del Señor por intermedio de ellos y especialmente de Martín Lutero, aportó una pequeña restauración—Sardis quiere decir restauración— a la iglesia del Señor y los santos pudieron ver una luz,

aunque incipiente, en medio de las tinieblas que el catolicismo romano ha introducido e introduce en la tierra.

No obstante, esa restauración no perduró y en poco tiempo las llamadas iglesias protestantes se llenaron de muerte, porque así lo declara el Señor: ***“Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto”*** (Apocalipsis 3.1).

Lamentablemente las iglesias conocidas como protestantes o evangélicas, conformadas por miles de denominaciones y grupos libres, especialmente en el mundo occidental, se han llenado de muerte.

Queremos llamar tu atención, apreciado lector, en el sentido de que este libro no es un ataque contra ningún hermano, ni trae consigo una intención malévola, sino que sus páginas han salido de la comunión con el Señor y Él quiere advertir a todos Sus hijos, para que aprovechen estos últimos tiempos y vengan a Él y alcancen el galardón que ha preparado para los vencedores, que serán raptados antes de la Gran Tribulación.

Ponga atención a lo que el Señor dice: ***“Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.”*** Es el Señor

quien dice que las obras de Sardis son conocidas por Él y que están llenas de muerte. Recordemos que la muerte fue introducida por el pecado; en otras palabras, la muerte es consecuencia de la entrada de la naturaleza de satanás—el pecado—, en el hombre: ***“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”*** (Romanos 5.12).

Dios no creó al hombre para que muriera, porque Él no es Dios de muertos sino de vivos. Dios es vida y en Él no hay ni una pizca de muerte: ***“Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven”*** (Lucas 20.38).

La muerte pertenece a satanás y éste la introdujo en el hombre y en el mundo por medio del pecado, cuando Adán y Eva se llenaron con la naturaleza de satanás que es el pecado. Este precisamente es el problema de Sardis: sus obras están llenas de muerte.

Mediante Su muerte y resurrección, el Señor venció a la muerte

Dios en Su plan eterno, para redimir al hombre, vino un día en el Hijo, se hizo carne, y vivió en

la tierra, entre los hombres, por un lapso superior a los treinta años. Debido a que el hombre, como consecuencia de haber recibido la naturaleza de satanás—el pecado—, cuando estaba en el Huerto de Edén, fue sentenciado a muerte, y no había ninguna posibilidad de cambiar esa sentencia; todos debíamos morir, porque todos hemos pecado.

El Señor Jesús entonces, tomó nuestro lugar y murió para cumplir la justa sentencia que Dios había proferido sobre el hombre. En Jesús todos morimos: ***“Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro... Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”*** (Romanos 6.8-11; 2 Corintios 5.14-15).

Sin embargo, el Señor no fue dominado ni subyugado por la muerte, sino que por el contrario, Él la derrotó y la subyugó, resucitando tres días después de haber muerto. Al resucitar, en Él ya no hay ninguna relación con la muerte; desde ese momento Él no puede volver a morir ni la muerte puede relacionarse con Él.

Pero la resurrección no la reservó el Señor para Sí, sino que la compartió con aquellos que engendró como Sus hijos, y fue así como la noche de la resurrección vino a Sus discípulos y se sopló dentro de ellos como el Espíritu Santo, el Espíritu vivificante, el Espíritu capaz de transmitir vida, la vida eterna: ***“Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana... sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo... Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, llegó a ser espíritu vivificante”*** (Juan 20.19, 22; 1 Corintios 15.45).

Cuando una persona recibe al Señor Jesús, está recibiendo la vida de Dios, la vida eterna, y en esa persona ya no debiera haber muerte, porque la muerte no pertenece a Dios, ni Él tiene ninguna relación con ella y la muerte no puede tocarlo. Así que todas las

obras de Dios son en vida, en ellas no puede haber ni una brizna de muerte. Dios es vida y solamente vida.

Pero en Sardis ocurre todo lo contrario. El Señor conoce las obras que hacen los hermanos que están allí y denuncia que aunque tienen nombre de que viven, están muertos. Observa los nombres que se colocan las denominaciones evangélicas y encontrarás que todos esos nombres quieren apuntar a la vida, pero en realidad, las congregaciones están llenas de muerte. Poner cualquier nombre a la iglesia, como llaman a las distintas denominaciones, es llenarla de muerte.

Las obras hechas en vida y las obras de muerte

Todo lo que es hecho por el Señor es vida, está lleno de Su vida eterna, porque en Él no hay ni una molécula de muerte, ni Él puede tener relación ninguna con la muerte, luego los nombres y las obras de Sardis no son hechas por el Señor, sino que son inspiradas por satanás, algunas veces usando a los mismos hijos de Dios.

La muerte es tan contagiosa que cuando penetra en un ser vivo lo va invadiendo poco a poco hasta que lo aniquila, y por eso el Señor advierte a la manifestación

degradada de la iglesia en Sardis: **“Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios”** (Apocalipsis 3.2).

El Señor aún le da un poco de esperanza al ángel de la iglesia en Sardis para que sea vigilante, para que despierte, para que no ande en las tinieblas, sino para que despierte de entre los muertos y sea alumbrado por el Señor: **“Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo”** (Efesios 5.14).

La muerte es muy contagiosa y odiosa delante de Dios

La muerte es odiosa delante del Señor, a tal punto que, en el Antiguo Testamento se encuentra un pasaje que enseñaba a los israelitas a tratar apropiadamente con ella, si querían seguir perteneciendo a su pueblo. Veamos: **“El que tocara cadáver de cualquier persona será inmundo siete días. Al tercer día se purificará con aquella agua, y al séptimo día será limpio; y si al tercer día no se purificare, no será limpio al séptimo día. Todo aquel que tocara cadáver de cualquier persona, y no se purificare, el tabernáculo de Jehová contaminó, y aquella persona será cortada de Israel”** (Núme-

ros 19.11-13).

Un israelita que pecaba cometiéndolo cualquier falta de las que en la ley eran señaladas como pecado, normalmente era inmundo hasta la tarde. La persona implicada hacía cierta ablución e inmediatamente quedaba limpia, ofrecía el sacrificio por el pecado o por los pecados y era liberada de su inmundicia, pero bien distinta era la situación de quien tocaba un cadáver humano, es decir, de quien tocaba la muerte.

La persona no era inmunda por un día, ni por dos, sino por siete; y al séptimo día era limpia, solamente si al tercer día se purificaba con aquella agua. El agua aquí mencionada está descrita en Números 19.1-10 y estaba compuesta por agua pura y las cenizas de una vaca alazana sin defecto, que debía ser degollada, su sangre rociada por el sumo sacerdote, siete veces, hacia la entrada del tabernáculo, luego la vaca era quemada junto con la piel, el estiércol y la sangre. Además se incluía madera de cedro, e hisopo y escarlata; sus cenizas se recogían y se guardaban fuera del campamento, en un lugar limpio, para preparar, cada vez que fuera necesario, el agua de la purificación, y con ella purificar a los inmundos que contactaban la muerte, y a los leprosos.

La muerte es tan inmunda que el sumo sacerdote, por el hecho de participar en la muerte y la quema de la vaca alazana, era inmundo hasta la noche; igualmente era inmundo quien quemaba la vaca, y también era inmundo quien recogía las cenizas para colocarlas en su lugar.

Quien había tocado el cadáver de una persona era inmundo siete días y si al tercero no se purificaba con el agua, no era puro en el séptimo día y en consecuencia debía ser cortado del pueblo de Israel, porque con la muerte había contaminado el tabernáculo del Señor.

¿En qué consiste la muerte que hay en Sardis?

El cristianismo degradado contemporáneo, conformado por el catolicismo romano, el catolicismo ortodoxo de oriente y el protestantismo, tiene unas prácticas y ceremonias llenas de muerte, en las que el Espíritu Santo no tiene ninguna participación.

Los católicos en sus millones de misas diarias, en sus ceremonias fúnebres, en sus bautismos, en sus matrimonios y en sus centenares de fiestas que celebran anualmente, tales como la semana santa, la navidad y la invocación diaria de su santoral, siempre tienen como centro de ellas a uno o varios ído-

los, lo cual constituye una encubierta adoración a satanás. Todas esas ceremonias están saturadas de muerte; ahí no tiene la más mínima cabida el Espíritu Santo, ni a Él le interesa participar de esas orgías inmundas y llenas de muerte.

El protestantismo, aunque en sus ritos no adoran ídolos de madera, yeso o metal, tienen una forma de idolatría más sutil. Sus cultos y reuniones generalmente son guiados, planeados y dirigidos por uno o unos pocos líderes, donde el Espíritu no tiene ninguna participación.

Una reunión evangélica obedece generalmente a un esquema inmodificable: al comienzo se dicen unas oraciones que son una colosal algarabía, donde todos hablan al tiempo y procuran gritar a cual más, para que su voz sea oída.

Otros grupos lo hacen en orden, uno por uno, pero todas esas oraciones no tocan el espíritu ni se originan en Él, sino que son una palabrería emanada del pensamiento y del sentimiento de quienes “**oran**”, casi siempre repeticiones vanas.

Después disponen de unos momentos para lo que llaman adoración y alabanza, donde cantan algunas canciones con unas letras salidas igualmente de la emoción y

de la mente de los autores y compositores, pero sin inspiración del Espíritu. En esas canciones se dicen cosas, que algunas veces son verdaderas herejías.

Aunque algunos grupos han editado himnarios donde hay letras y músicas inspiradas por el Espíritu y que además contienen revelación de los misterios profundos de Dios, la mayoría de los cánticos evangélicos son un fracaso espiritual, porque no tienen ninguna revelación que edifique a quienes las cantan; lo máximo que logran hacer, cuando cantan, es excitar la emoción de los participantes en la reunión, y preparan el ambiente para que satanás pueda hacer milagros y prodigios y el líder que es usado para tal oprobio, se haga cada vez más famoso, y se vuelva imprescindible en su grupo.

Le dicen adoración a una actitud de cantar lentamente, de llorar, de decir algunas frases románticas y en ocasiones confesar públicamente ciertos pecados.

Le llaman alabanza a una actitud de cantar con mayor celeridad, se saltar, bailar, gritar y en esa algarabía hay ocasiones en que algunas personas convulsionan, giran como trompos enloquecidos y hay manifestaciones de posesiones diabólicas. Generalmente en estas ocasiones suceden milagros, sani-

dades y hechos extraordinarios, que no provienen del Espíritu del Señor, sino que debido al ambiente, en algunas personas es liberada la potencia que hay en su alma y satanás aprovecha la ocasión para ejecutar sus prodigios engañosos.

Si en el medio hay artistas, músicos y cantantes, es el momento de su “**show**”. Suben al escenario en medio de unos aplausos de delirio, porque el auditorio ha entrado en éxtasis, pero no del espíritu, sino de su alma.

Los artistas hacen su mejor interpretación vocal e instrumental, cantan sus canciones que en nada edifican a los oyentes, pero sí los embriagan hasta la saciedad y su tributo es un aplauso superior a los que se pueden oír en los grandes escenarios donde se presentan los artistas del mundo. Casi siempre el artista, también es recompensado con una jugosa ofrenda monetaria, porque en el medio ha hecho carrera la frase manida de que “**viven por fe**”, ya que están “**sirviendo al Señor**”.

Después de esta parafernalia, todo está preparado para el momento cumbre de la ceremonia. El líder se levanta, se ubica en el púlpito o atril, casi siempre de su uso exclusivo, guarda unos segundos de silencio, para que el auditorio lo admire y se compenetre con él

y comienza la “**predicación de la palabra**”, el plato fuerte de la reunión.

Casi siempre se comienza esta sección, leyendo algún pasaje de la Biblia, que supuestamente sirve como base para que durante una hora o a veces dos, el líder pueda expresar su facundia, que tiene como fin capturar y atraer hacia él y hacia su grupo, a la multitud que lo escucha y a veces lo oye y ve a través de la radio y la televisión. Su hablar no tiene origen en el Espíritu Santo, es decir, no es el Espíritu quien está hablando, sino es el hombre; el Espíritu no tiene cabida en una reunión de ese tipo.

¿Pruebas de veracidad de la anterior afirmación? Los oyentes no son edificados, la palabrería predicada no llega a sus espíritus, no hay ni revelación ni visión de las que puedan echar mano los oyentes para crecer en el Señor; el Espíritu Santo no tiene la posibilidad de hablar una sola palabra.

Mediante la palabrería del predicador, ni él ni su feligresía avanzan en el conocimiento de la persona y del plan del Señor, no hay un objetivo ni una meta clara en esta clase de predicaciones, distinta a que el grupo sea engrosado y el predicador admirado.

Los oyentes terminan la reu-

nión, van a sus hogares, pero durante la semana no hay ni un solo fruto que el Señor pueda degustar y disfrutar. Una reunión de este estilo, no es más que una orgía llena de muerte.

Lo que sí opera en esta clase de reuniones es la excitación hasta el delirio de la emoción de los presentes, porque en eso es especialista el predicador. Con determinados intervalos, mientras avanza en su predicación pide un aplauso para el Señor, el cual es muy nutrido por parte de los asistentes, pero no se dan cuenta que en verdad a quien están aplaudiendo no es la Señor Jesús sino al señor predicador.

Como el alma de los presentes está excitada hasta el extremo, el poder que hay en ella es liberado en alguna medida y es el tiempo de hacer prodigios, milagros de sanidades, aparentemente echan fuera algunos demonios, calman dolores de oído, de estómago, sanan cáncer... y la moda en este tiempo es el de soplar sobre algunas personas y tumbarlas, o las tumban empujándolas mientras detrás del empujado hay alguien que lo recibe y lo deposita cuidadosamente en el piso para evitar que se golpee¹.

Se ha sabido de algunos que

1. Si el lector desea mayor información sobre el tema, le recomendamos la lectura del libro *El Poder Latente del Alma* de Watchman Nee.

se instalan aparatos eléctricos, y cuando tocan a las personas, las hacen temblar, por efecto de la corriente eléctrica que circula por sus cuerpos. Todo es un engaño y una mentira de satanás, que ha llenado estos grupos de muerte.

¿Qué respaldo bíblico tiene toda esa mentira? Ninguno. En la Biblia no vemos a Jesús soplando y tumbando a la gente, ni a Pedro, ni a Pablo, ni a ninguno de los hermanos que el Señor constituyó para hacer Sus obras por medio de ellos.

Es verdad que el Señor sanó a miles de enfermos y aun hoy los sana, pero no se debe hacer un espectáculo publicitario con tales milagros, sino que más bien debe hacerse de manera silenciosa y glorificar al Señor por Su misericordia. Al Señor le encantan las cosas secretas; para nada le gusta el espectáculo público: ***“Vino a El un leproso, rogándole; y arrodillándose, le dijo: Si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús, movido a compasión, extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero, sé limpio. Y al instante la lepra se fue de aquél, y quedó limpio. Y encargándole rigurosamente, en seguida le despidió, y le dijo: Mira que no digas nada a nadie, sino ve, muéstrate***

al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que Moisés ordenó, para testimonio a ellos” (Marcos 1.40-44).

Si un creyente está enfermo puede orar al Señor pidiéndole que tenga misericordia y que lo sane, y si es la voluntad del Señor Él lo hará o simplemente le responderá como le respondió a Pablo: **“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”** (2 Corintios 12.9).

Es el Señor quien decide si va a sanar a alguien o si va a hacer un milagro, pero es Él quien lo hace y desea que cuando lo haga sea Él glorificado y no los hombres, como ocurre en el cristianismo contemporáneo.

Una reunión en resurrección y en vida

Si se quiere ver un modelo de reunión de la iglesia, véase en Hechos 1 y 2. Después de que el Señor Jesús hubo resucitado, ascendido, entronizado y glorificado, solamente después de esos cuatro hechos, los hermanos, los ciento veinte discípulos fueron obedientes a la palabra que el Señor les había dicho: **“He aquí, yo enviaré**

la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24.49).

Efectivamente, ellos no fueron a hacer lo que cada quien deseaba, ni se disputaron el liderazgo, ni cada uno fue y estableció su “iglesia”, sino que regresaron a Jerusalén, se instalaron en el aposento alto y durante diez días se dedicaron a la oración.

En ese lugar no nombraron a Pedro, ni a Juan, ni a ninguno de los apóstoles como papa, ni nombraron cardenales, ni obispos o arzobispos, ni sacerdotes, ni pastores, ni reverendos, ni apóstoles, ni siervos, ni enviados del Señor, ni presbíteros, ni ningún otro título de los que abundan en el cristianismo degenerado, sino que los hermanos se dedicaron a tener comunión en el espíritu con el Espíritu, a llenarse del Señor.

Permitieron que el Señor designara a uno como el reemplazo de Judas Iscariote, y cuando habían pasado diez días, el Espíritu, por medio de ellos, presentó un hecho maravilloso: los invistió de poder y habló distintos géneros de lenguas, para que los judíos que habían venido a Jerusalén a celebrar la fiesta de Pentecostés, creyeran

en el Señor Jesús, lo que efectivamente ocurrió; en ese día fueron salvas más de tres mil personas.

El hecho estupendo no inmortalizó a Pedro, ni lo hizo famoso, ni miembro del sanedrín, ni gobernante de los judíos ni de los cristianos, sino simplemente el Señor tomó su ser y habló por medio de su boca las palabras apropiadas para que esos judíos que, cincuenta días atrás se habían puesto de acuerdo para que crucificaran al Señor Jesús y le dieran muerte, creyeran en Él como el Mesías prometido por Dios, y entendieran que solamente a través de Él, Dios había establecido el camino para llegar al Padre.

Y eso ocurrió. Allí nadie cayó de bruces ni de espaldas, ningún hermano gritó desafortadamente, sino simplemente se gozaron viendo las maravillas del hablar y el obrar del Espíritu Santo.

Fue el Espíritu quien hizo y habló según Su voluntad. Ninguno de los ciento veinte tuvo arte ni parte en la organización del evento; ellos solamente dispusieron su voluntad para estar allí reunidos y esperar que el Señor fuese quien hiciese Su obra, según Su parecer y Su voluntad. He ahí un modelo de reunión espiritual y en vida.

Si se quiere profundizar más

en la reunión que agrada al Señor medítese y órese el capítulo 14 de 1 Corintios, donde el Espíritu, mediante el apóstol Pablo, muestra con diafanidad, cuál es el contenido de una reunión donde el Señor es la cabeza y el centro de ella, y no los hermanos. Veamos algunos detalles sobre el particular.

“¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación” (1 Corintios 14.26).

Obsérvese bien la frase **cada uno de vosotros tiene**. No es un líder o un pequeño grupo quien tiene, sino cada uno de los presentes. El verbo tiene no se refiere a historias y fábulas rebuscadas, como ocurre con casi todos los testimonios que se oyen en los cultos evangélicos.

No es raro oír “**testimonios**” horrendos de personas que se paran al frente de la congregación a anunciar que han sido asesinos y que han dado muerte a tantas personas, o que han tenido relaciones sexuales pecaminosas o que han sido ladrones y que el Señor los ha salvado.

Si bien es cierto que eso pudie-

ron ser en el pasado, ahora, si en verdad han sido salvos, son hijos de Dios, y deben olvidar ese pasado vergonzoso que el Señor ya olvidó, y en cambio, deben hablar con revelación, con interpretación apropiada de la Palabra, con Salmos y con enseñanzas que edifi-

quen a los demás hermanos. “**De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas... No os acordéis de las cosas pasadas, ni traigáis a memoria las cosas antiguas**” (2 Corintios 5.17; Isaías 43.18).

las cosas que es necesario vencer (5)

5. La muerte en Sardis (2)

*Una reunión en resurrección y en
vida (continuación)*

El primer elemento del que habla la palabra y que debe haber en la reunión son los salmos. No se trata aquí de leer alguno(s) de los ciento cincuenta salmos que tiene la Biblia, sino que un salmo se refiere a una composición poética, generalmente compuesta para cantar, que revela los misterios y las profundidades de Dios y de Su plan.

Por eso Efesios 5.18-20 afirma: ***“No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y***

alabando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”. Todo aquello que no se origina en el Espíritu Santo produce embriaguez, y el cuidadoso Espíritu nos recomienda que evitemos esa embriaguez y que a cambio nos llenemos en el espíritu, y nos da un camino que tiene cuatro puntos:

Hablando entre nosotros

En una reunión de hijos de Dios que agradan a Su Padre deben hablar todos. Pero no puede ser cualquier hablar; no es un hablar de política, de economía, de finanzas, o deportes, o cualquier tema, sino que el hablar debe ser acerca de salmos, himnos y cánticos, y los tres deben ser espirituales, es decir

deben emanar del Espíritu.

Obsérvese bien el orden: primero se debe hablar, y el hablar debe tener como propósito revelar unos a otros la persona y los misterios del Señor. Tú has visto alguna reunión donde todos los hermanos hablen en torno a un salmo, a un himno o a un cántico espiritual? Lo máximo que se encuentra es algún grupo de hermanos donde, en pequeñas asociaciones, toman un himnario y de algún himno previamente acordado proclaman una a una sus estrofas, pero no hay un hablar con revelación, con interpretación, ni con enseñanza, que edifique a los santos.

La Biblia habla de salmos, himnos y cánticos espirituales. ¿Qué es cada uno de ellos? Un salmo, como ya dijimos, es una composición poética, inspirada por el Espíritu Santo, que habla de los misterios profundos de Dios, que tiene revelación de la persona y del plan de Dios. Y qué delicia es hablar de ellos con revelación, interpretación y enseñanza, para edificarnos y gozarnos mutuamente. Esta es la mejor manera de llenarnos en el espíritu y liberar el Espíritu Santo para que sea Él quien presida la reunión y haga en ella según Su voluntad.

Un himno, es igualmente una composición que tiene

como finalidad alabar y exaltar al Señor: Su persona, Su obra, Sus virtudes, Sus atributos, Su belleza, Su hermosura, Su amor, Su paciencia, Su longanimidad y todos los demás atributos y virtudes, que son ilimitados. Recuérdese que alabar no consiste en cantar a determinada velocidad o gritar, sino que es exaltar lo que el Señor es para nosotros, lo que es Él mismo y especialmente alabar la experiencia que en el espíritu tenemos diariamente con Él.

Un cántico es una composición más corta que tiene como finalidad expresar la alegría y el gozo que tenemos en el Señor o destacar alguno de Sus atributos o virtudes o gozarnos por algún evento futuro que ocurrirá muy pronto, como por ejemplo el arrebatamiento de las Primicias y el Hijo varón, del que, por Su misericordia, seremos partícipes.

Pero se hace necesario insistir en el orden: primero hay que hablar acerca de los salmos, himnos y cánticos espirituales, porque al hablar antes de cantar, el Espíritu es liberado, el alma es sometida y satanás no tiene ninguna oportunidad de tomar parte en la reunión, sino que es el Espíritu quien la preside, quien habla y quien la direcciona, usando en ello a cada uno de los hermanos, según Su vo-

luntad.

Cantando

Una vez que nuestro espíritu se ha liberado, podemos cantar y debemos hacerlo con gracia para el Señor, usando nuestro entendimiento, nuestra mente sometida al espíritu.

Las palabras que se cantan en la reunión deben ser comprensibles, deben edificar mutuamente a los presentes, deben traer revelación al espíritu de los creyentes y visión a su alma, y ese cantar debe ser con gracia, debe ser bien hecho; las notas deben ser bien entonadas, con precisión: **“Cantadle cántico nuevo; hacedlo bien, tañendo con júbilo”** Salmo 33.3.

Los creyentes deben ser personas que aprenden a cantar bien, porque sus cánticos son para el Señor. Se debe poner en ellos el corazón para alabar al Señor y permitirle que lo llene hasta saturarlo, hasta que Él haga Su morada en el corazón de cada creyente: **“¿Qué, pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento”** 1 Corintios 14.15.

Dando gracias por todo

Los creyentes debemos apren-

der a ser agradecidos por todas las cosas. Lo que el Señor nos ha dado es digno de agradecimiento, lo que nos pasa sea bueno o no, es un motivo para agradecer al Señor. Entendamos que nuestra vida está en Sus manos, y que Él es poderoso para cuidarnos en todas las situaciones, y que a quienes lo amamos, todas las cosas nos ayudan a bien. Dar gracias por todo es una manera de llenarnos en nuestro espíritu, de tener un hombre interior fortalecido para que nos gobierne y así el enemigo no tenga ninguna oportunidad de usar nuestra alma para gobernarnos ni engañarnos.

Sometiéndonos unos a otros en Cristo

Es el otro punto que el Espíritu nos presenta para ser llenos de Él en nuestro espíritu: la sumisión.

Pero someternos unos a otros no debe ser como lo hace el cristianismo, sino que para una genuina sumisión debemos tener un poco de revelación.

Los catolicismos y el protestantismo afirman que los líderes—papa, cardenales, obispos, curas, patriarcas, pastores, reverendos, ancianos, doctores, ungidos, siervos—han sido establecidos por el Señor y que los demás feligreses deben someterse a ellos de manera ciega e incondicional.

Todo el cristianismo ha sido establecido por satanás y sus doctrinas, su vivir y sus prácticas son falsas y mentirosas.

Observa bien que la palabra dice que debemos someternos unos a otros, pero en Cristo, es decir, nuestra sumisión incondicional debe ser al Señor, porque Él es la única cabeza de la iglesia y no puede haber una cabeza diferente a Él. Si cada uno de los miembros somos diligentes en guardar la unidad del Espíritu y nos sometemos al Señor sin ninguna condición, la sumisión entre los miembros del cuerpo no tendrá ningún inconveniente y el cuerpo vivirá en total y absoluta armonía. Someternos de esta manera nos permitirá llenarnos en el espíritu y nuestras reuniones estarán llenas de alegría, gozo y paz para el Señor y para nosotros.

Nuestras reuniones deben ser del Espíritu, es decir, debe ser el Señor quien hace Su voluntad en ellas. Nosotros no debemos tomar parte en organizar nada distinto a estar en ella y disponer nuestro ser para que el Señor nos llene y haga en cada reunión conforme a Su propósito. Esta no es una nueva teoría que estamos proponiendo, sino que es la experiencia que estamos viviendo hace algunos años. Gracias al Señor.

Volviendo a 1 Corintios 14 acerca de la reunión, una vez que se ha traído a ella salmo, revelación, enseñanza, lengua e interpretación, debe continuarse en esa línea del Espíritu y permitir, si algunos hermanos tienen la carga de hablar en otras lenguas. Para hablar en lenguas, hay dos condiciones: primero que sean dos o a lo más tres, los santos que las hablen, y segundo, que haya quien interprete las lenguas desconocidas. Si no se cumple el segundo requisito, es mejor que la persona que tiene esa carga la disipe y hable solo para él y para el Señor: ***“Si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno; y uno interprete. Y si no hay intérprete, calle en la iglesia, y hable para sí mismo y para Dios”*** 14.27-28.

¿Por qué el Espíritu es tan estricto en este punto? Por una razón bien sencilla: el don de hablar en lenguas es uno de los más abusados y falsificados en el medio evangélico. El Señor desea que toda palabra que se hable en la reunión sirva para edificar a los creyentes y si uno que está presente no puede entender lo que se dice en la reunión, su entendimiento queda sin fruto: ***“Porque si bendices sólo con el espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de***

gracias? pues no sabe lo que has dicho. Porque tú, a la verdad, bien das gracias; pero el otro no es edificado” 1 Corintios 14.16-17.

Hemos presenciado reuniones donde el hablar en lenguas se convierte en una competencia y en una aterradora algarabía, y por ese don, los hermanos son discriminados o exaltados. Los dones no deben producir ningún desequilibrio en el cuerpo, sino que, al ser genuinos, su único propósito es el de armonizar la iglesia para que todos sean edificados, alimentados y nutridos: **“Así que, hermanos, procurad profetizar, y no impidáis el hablar lenguas; pero hágase todo decentemente y con orden”** 1 Corintios 14.39-40.

Además, no debemos olvidar que las lenguas son señal a los incrédulos y no a los creyentes: **“Así que, las lenguas son por señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos”** 1 Corintios 14.22.

Es posible que, a una reunión determinada de la iglesia, hayan llegado algunas personas que aún no han sido regeneradas, que no han creído en el Señor y sea necesario que el Espíritu hable en lengua extraña y eso los convenza, como ocurrió en Pentecostés con los más de tres mil judíos que recibieron al Señor Jesús y pasaron

a ser parte de Su cuerpo. Esto se da especialmente cuando esas personas nuevas hablan una lengua diferente.

Pero si la iglesia necesita que haya un continuo hablar en lenguas, quiere decir que sus miembros no son creyentes aun, lo que sería paradójico y anormal. Aunque el apóstol afirma que no se debe impedir el hablar en lenguas, no obstante, todo debe hacerse con decencia y ordenadamente.

Respecto a la palabra que se habla en la reunión, hay un camino excelente: **“Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen”** 1 Corintios 14.29. El punto principal en una reunión de santos debe ser el profetizar, porque **“el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación”** 1 Corintios 14.3. Este es un don que todos los creyentes deben anhelar y buscar con denuedo.

No hay un don distinto a la profecía, que contribuya mejor a la edificación y al crecimiento del cuerpo de Cristo: **“Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis”** 1 Corintios 14.1.

Una reunión donde hay profecía es una reunión que glorifica y agrada profundamente al Señor y

edifica a los creyentes.

Pero debe entenderse que la profecía no se basa en adivinación de eventos futuros. Éstos están consignados en la palabra de Dios, la Biblia, y respecto a ellos, lo único que necesitamos es revelación, teniendo intimidad en comunión con el Señor.

La profecía aquí no se refiere a predecir cosas, sino que la profecía consiste principalmente en exteriorizar nuestro contenido interior que es el Señor.

Todos los creyentes somos vasos que el Señor quiere llenar, pero no para que seamos egoístas, sino para que nos llenemos y nos edifiquemos mutuamente con el Cristo que contenemos cada uno.

Un creyente que durante la semana toca al Señor, oye Su voz, disfruta de Sus riquezas en la palabra, es un hermano que el día de la reunión tiene mucho para dar a los demás. La reunión genuina de la iglesia es tipificada en el Antiguo Testamento por la fiesta de los Tabernáculos, que los israelitas celebraban en el séptimo mes. En esa fiesta ellos llevaban los productos que habían procesado de los frutos que habían obtenido de la cosecha, después de laborar la buena tierra—que representa a Cristo.

Igualmente, en el Nuevo Tes-

tamento, diariamente procesamos en nosotros a Cristo como la semilla de vida, laborando en el Espíritu, y cuando llega la reunión, nos reunimos para presentarles al Señor y a los hermanos los frutos que hemos obtenido de esa labor. Esto es profetizar y con nuestra profecía logramos tres cosas en nosotros y en los demás creyentes: nos edificamos, nos exhortamos y nos consolamos mutuamente.

La edificación no consiste en reunir un grupo cada vez más grande de personas para jactarnos de que pertenecemos a “la iglesia” más grande de la ciudad, del país o de la tierra, sino que la genuina edificación consiste en que el Señor crezca cada día en cada creyente, hasta que éste alcance la medida de Su estatura, hasta que sea un hombre de plena madurez y dé frutos para deleite del Señor, que llegue a conocer plenamente al Señor y que alcance la unidad de la fe, es decir que su fe en el Señor crezca hasta la medida de Él.

Exhortar no consiste en regañar a los hermanos haciéndoles ver sus defectos o criticándoles sus faltas, sino que por medio de inocular en ellos al Señor que está en cada uno, les damos aliento, los fortalecemos, para que sigan adelante, para que su ánimo no se canse hasta desmayar, sino que

tengan fuerzas para soportar los embates que vienen del enemigo, porque no debemos olvidar que el diablo lucha y se esfuerza por derribarnos, por hacernos caer y para que desistamos de seguir al Señor. Cuando profetizamos desde nuestro espíritu, nos suplimos unos a otros de poder, para seguir adelante en el Señor.

Cuando hay don de profecía, también suplimos **consolación** a los hermanos. Muchas veces durante la semana tenemos grandes dificultades, dolores y tristezas, y qué delicia es participar en la reunión para ser consolados por el Señor en los hermanos.

Esta ha sido nuestra experiencia a lo largo de un buen número de años. Nos encanta la reunión porque en ella el Señor nos edifica, nos fortalece y nos consuela por medio de todos y cada uno de los santos. La reunión es un oasis en medio del desierto que estamos atravesando en este mundo de tinieblas.

En una genuina reunión de la iglesia no debe haber nada de muerte, porque en esa reunión el centro y el contenido es el Señor resucitado; la muerte está vencida y en la reunión en resurrección hay un punto central que es la liberación de la palabra y que de acuerdo con la Biblia debe hacerse por

dos o tres profetas: **“Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen”** 1 Corintios 14.29.

Entiéndase que todos los miembros del cuerpo de Cristo tenemos la misma vida, pero cada uno tiene diferente medida de gracia. La Biblia nos dice que todos podemos y debemos profetizar, pero en el cuerpo hay hermanos que han desarrollado más ese don y lo han convertido en su función y estos deben liberar lo que el Señor les da en y para la reunión.

Sin embargo, su hablar no debe ser motivo de vanagloria, ni debe servir como base para enseñorearse de los hermanos ni para convertirse en cabeza de la iglesia, sino que su hablar debe estar sometido al juicio de los hermanos: y los demás juzguen.

El juicio de los hermanos no debe hacerse conforme a sus puntos de vista ni a sus conceptos, sino que deben permitir que sea la unción que han recibido del Señor la que les enseñe todas las cosas y confirme en su espíritu si el hablar de los profetas viene del Señor o tiene algún origen dudoso: **“Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas...Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis**

necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él” 1 Juan 2.20, 27.

Tú, apreciado lector, ¿has visto algo parecido a lo descrito aquí, en las reuniones de las iglesias evangélicas? Creo firmemente que tu respuesta es un no rotundo, porque esto no es conocido por ellos, y si algunos conocen algo no lo practican. En esas reuniones sencillamente un pastor o un reverendo habla unas palabras, pretendiendo que es la palabra del Espíritu, pero en realidad es un canal que trae muerte a los creyentes, y debido a que están bien muertos, nadie distinto al pastor o al reverendo habla la palabra.

Sigamos viendo en la Biblia algunos puntos más acerca de una reunión en vida y en resurrección: **“Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados”** 1 Corintios 14.31. Léase bien que todos pueden y deben profetizar.

Una reunión genuina, que está en la esfera de la vida eterna, es en realidad una reunión de profetas, en la que todos los asistentes profetizan. Es posible que el Espí-

ritu tenga una carga muy fuerte y profunda y haya en esa reunión solamente dos o tres hermanos que han sido constituidos para liberarla, pero eso no anula la posibilidad y la necesidad de que los demás hermanos juzguen y todos puedan profetizar, y así deben hacerlo.

Nos hemos propuesto establecer un contraste entre lo que ocurre en el cristianismo degradado con respecto a sus obras de muerte y lo que el Señor ha establecido en Su palabra. Esto último no es producto de nuestra imaginación, ni es un ensayo teórico, ni pretendemos cambiar hábitos, costumbres y prácticas de los grupos cristianos, sino que es el resultado de una genuina comunión con el Señor, de más de tres décadas de búsqueda y de cerca de una década de vivirlo en la práctica.

Estamos viviendo y practicando la palabra del Señor y no queremos poner la lámpara debajo de un almud, sino que, con la ayuda, el mandato y la bendición del Señor, lo estamos poniendo en lo más alto, para que todos los que estén en casa sean alumbrados: **“Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, sino sobre el cande-**

lero, y alumbra a todos los que están en la casa” Mateo 6.14-15.

Deseamos en lo más íntimo de nuestro corazón, que el lector pueda tener una clara visión sobre el particular y se vuelva al Señor.

Nuestro anhelo ferviente es que aquellos hermanos a cuyas manos llegue este libro puedan obtener revelación del Señor y puedan suplirla a otros, para que en breve tiempo el Señor pueda reunir a los vencedores y regresar a la tierra para tomar posesión de los reinos del mundo y con ello instaurar Su reino de justicia y paz.

Volviendo a la condición de muerte de Sardis, el Señor dice más: **“Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios”** Apocalipsis 3.2.

Aunque en Sardis hay una situación horrible de muerte, sin embargo, hay algunos que no aceptan esa situación y buscan agradar al Señor.

En otras palabras, en medio de los falsos creyentes que satanás ha introducido en el cristianismo, hay algunos que son hijos de Dios, que han nacido de nuevo siendo regenerados, pero sus obras no son perfectas, no son completas delante de Dios y están muy cerca de ser

absorbidos por la muerte que reina en esa manifestación degradada de la iglesia en Sardis. Éstos son el ángel de la iglesia a quien el Espíritu escribió la carta.

La prueba de la existencia de estos hermanos en medio de la situación de muerte de Sardis está en el versículo 4: **“Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas”**.

Obsérvese que son unas pocas personas las que en Sardis no se han contaminado con la muerte y pueden andar con el Señor en vestiduras blancas. Esas pocas personas son aquellos hermanos que no siguen la disolución y la rapiña que los líderes, engañados por satanás, han introducido en la iglesia.

Que las obras no sean completas delante de Dios quiere decir que esas obras no son hechas por Dios, que Él no es su origen, sino que se originan en el deseo y el capricho de los hombres y con la persuasión de satanás, o que, si se originaron en Dios, rápidamente perdieron esa característica.

Solamente Dios tiene capacidad de hacer obras perfectas, y cuando nuestras obras son las que Él preparó de antemano para que

anduviésemos en ellas, son perfectas y completas: **“Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”** Efesios 2.10. Toda obra que hace el Señor en la iglesia es en resurrección, pero toda obra que hacen los hombres para Dios, sin el Espíritu, son obras llenas de muerte.

En el versículo 3 el Señor le da al ángel de la iglesia en Sardis cuatro claves para vencer la situación de muerte que saturó a la iglesia: recordar, guardar, arrepentirse y velar: **“Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti”**.

Aun en medio de la situación degradada, cuando un creyente genuino tiene comunión con el Señor en su espíritu y por la palabra, el Señor le habla directamente, le da revelación y lo alumbra para que vea.

El problema está en que debido al medio en que se encuentra, el hermano no tiene cómo practicar lo que ha recibido del Señor y es absorbido por las maneras y las prácticas del grupo al que asiste.

Sin embargo, el Señor anima al ángel a que recuerde lo que ha recibido del Señor, a que lo guarde, a que se arrepienta de las obras muertas de Sardis y a que vele, porque si no lo hace, el Señor vendrá como ladrón sobre él y no tendrá idea de la hora en que ha de venir.

No hay situación más desoladora y que produzca mayor tristeza y desasosiego que ser asaltado por ladrones en la casa donde se vive. El ladrón no anuncia la hora en que ha de asaltar la residencia, sino que aparece furtivamente en la noche, y cuando el dueño se percata, el ladrón se ha llevado todo. Si el dueño de casa vela, es decir, no se duerme, el ladrón vendrá a la casa, pero no podrá sustraer nada, porque será impedido.

La venida del Señor para nosotros no debe ser solamente un evento futuro, sino que debe ser un hecho que preparamos todos los días, en cada momento de nuestro vivir. No esperes solamente el regreso del Señor, prepárate para encontrarte con Él; disfruta cada día Sus insondables riquezas, ten comunión íntima con Él, llénate con Su palabra que está en la Biblia, ora con frecuencia, pon tu mente en las cosas del espíritu, procura la mayor parte de tu día pensar en el Señor y en Sus deseos, al acostarte hazlo pensando en Él; durante el

día, mientras te desplazas a tu lugar de trabajo o estudio o mientras ejecutas las labores de tu casa ora, escúchalo, pídele que te hable, lee la Biblia, aunque sea un versículo. Enamórate del Señor.

Cuando se está enamorado de alguien, la persona no sale del pensamiento en ningún momento, sino que ocupa la mayor parte del corazón; lucha porque tu corazón esté ocupado por el Señor la mayor parte del tiempo; “**róbale**” unos minutos a tu labor diaria, métete en tu aposento—espíritu—y disfruta al Señor, y deja que Él te disfrute a ti.

Esto, y muchas cosas más que tú puedes experimentar, es velar. Velando así, la venida del Señor no será para ti una sorpresa, sino que estarás preparado para ser arrebatado por Él. ¡Aleluya!

Aquí está, querido lector otra situación que es necesario vencer para ser parte de los vencedores que participarán de las Bodas del Cordero.

Lee acerca de la promesa que el Señor le da al ángel de la iglesia en Sardis: “**El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles**” Apo-

calipsis 3.5.

Las vestiduras blancas son una señal de victoria sobre satanás, sobre el pecado y especialmente sobre la muerte que invadió a la iglesia en la etapa de Sardis.

Esas vestiduras serán dadas a la novia del Cordero, que está conformada solamente por los vencedores: “**Gocémonos y alegrémonos y demosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos**” Apocalipsis 19.7-8. Aquí el lino que viste a la novia es limpio, lo cual quiere decir que no hay nada inmundo en Él, que no hay nada que pertenezca a satanás; ese lino no tiene ninguna contaminación.

Es resplandeciente porque refleja la gloria del Señor, ya que los vencedores están totalmente llenos de Cristo y manifiestan solamente la gloria de Dios: “**Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre**” Mateo 13.43.

Estos creyentes durante su vida se llenaron de obras de justicia, es decir, fueron saturados de la naturaleza justa de Dios, porque solo

Él es justo, y alcanzaron ese grado de justicia, porque no hicieron sus propias obras, sino las que el Señor preparó de antemano para que anduviesen en ellas: ***“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”*** Efesios 2.10.

El Señor promete también a los vencedores de la muerte que ha invadido a Sardis, que no borrará su nombre del libro de la vida. Los creyentes son salvos porque el Señor los escogió y los predestinó en la eternidad antes del tiempo y escribió sus nombres en el libro de la vida del Cordero: ***“Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo”*** Apocalipsis 13.8.

Cuando los hijos de Dios estén en el Tribunal de Cristo para ser juzgados conforme al crecimiento de Cristo en ellos, inmediatamente después de la Gran Tribulación y antes del milenio, habrá unos vencedores y otros derrotados.

El nombre de los vencedores permanecerá escrito en el libro de la vida del Cordero, pero el nombre de los derrotados será borrado de allí, y ellos serán echados en

las tinieblas de afuera, donde por mil años serán tratados hasta que lleguen a la misma estatura que llegaron los vencedores antes del milenio.

Al final del tiempo, el nombre de ellos será escrito nuevamente en el libro de la vida del Cordero y ellos entrarán en el disfrute pleno del Señor en la Nueva Jerusalén por la eternidad, pero habrán perdido el disfrute del reino milenario, que son las Bodas del Cordero, de las que sí disfrutarán los vencedores.

Finalmente, el Señor promete a los vencedores de la condición muerta de Sardis que confesará su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. En el juicio del Tribunal de Cristo, donde reiteramos, solamente habrá creyentes para ser juzgados conforme a su vivir en la tierra, agradando o no al Señor, tal vez uno o unos ángeles, o tal vez los vencedores anteriores a la Gran Tribulación, es decir, el Hijo Varón y las Primicias, pronunciarán uno a uno los nombres de todos y cada uno de los hijos de Dios. En la medida que los nombres van siendo pronunciados, el Señor Jesús hablará de ellos o callará, según haya sido su vivir en la tierra y según estén o no saturados de la vida del Señor.

Por ejemplo: cuando es men-

cionado el nombre de un determinado hermano, el Señor dirá: *“Padre y ángeles, él es conocido mío; durante su vida en la tierra anduvo siempre en mi comunión; yo viví en su corazón con toda comodidad; él buscó siempre vivir en el espíritu y me permitió crecer en él hasta que alcanzó mi estatura; aunque muchas veces hizo obras que yo no le mandé, cuando vio su error se arrepintió, vino a Mí y me pidió perdón, cambió totalmente su actitud y de ahí en adelante buscó solamente mi voluntad. Él fue diligente en hacer solamente las cosas que Me agradaron; buscó que su mente, emoción y voluntad fuesen llenas de Mi mente, voluntad y emoción y lo logró; en todas sus decisiones dependió de Mí, aunque le tomó algunos años alcanzarlo; cuando Yo toqué a la puerta de su corazón, no fue sordo a mi voz, sino que me abrió su puerta y su vida fue de disfrute mutuo conmigo, Yo cené muchas veces de los frutos que Él me permitió cosechar y disfrutó fervientemente de Mis riquezas que le otorgué en abundancia”*. En fin, el Señor tendrá tantos elogios, que nuestro lenguaje no es suficiente para describirlos.

Después será proclamado otro nombre y frente a Él el Señor callará, no lo confesará; y si habla, Su hablar será de reproche, mostrando que esa persona aunque fue redimida, regenerada y nacida de

nuevo, *“nunca se dispuso para que Yo la guiara; siempre vivió en su voluntad, en el hombre viejo; nunca conocí su voz en su espíritu, no lo vi encerrado en su aposento teniendo comunión con Mi Padre, no me siguió a Mí, sino a hombres que se proclamaron líderes en Mi iglesia, se esforzó mucho por hacer obras para Mí, pero nunca las acepté porque eran obras llenas de muerte, no hechas en Mi resurrección, ascensión, entronización y glorificación. Por estas y muchas otras cosas, Padre Mío y ángeles, yo no puedo confesar su nombre delante de vosotros. Él tendrá que ir a las tinieblas de afuera a llorar y crujiir los dientes hasta que alcance la plena madurez”*: **“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad... Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera: allí será el lloro y el crujiir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos... Mas él,**

respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco... Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” Mateo 7.21-23; 22.13-14; 25: 12, 30.

Apreciado lector, la decisión es tuya; tú resuelves, si deseas y quieres ser un vencedor o no. To-

das las oportunidades están en tus manos. Depende de si quieres darte o no al Señor. Él ya hizo todo de Su parte y te entregó todas Sus riquezas para que las disfrutes, te nutras con ellas y crezcas hasta llegar a Su estatura. Redime bien el tiempo, porque el que aún resta es poco. ¡Que el Señor nos otorgue toda Su misericordia y podamos ser raptados como los vencedores: Las Primicias o el Hijo Varón!

las cosas que es necesario vencer (6)

6. El amor fraternal, la palabra, el nombre del Señor y la retención de lo que se tiene en Filadelfia (1)

En Filadelfia no hay que vencer nada; en esta situación de la iglesia lo que se debe hacer es guardar y retener.

6.1. El amor fraternal

En primer término, es necesario ganar el amor fraternal, porque ese es su significado. La palabra Filadelfia se deriva del griego y está conformada por dos vocablos: *philos* = amor y *adelphos* = hermanos.

Se debe comprender que el amor no es solamente un sentimiento que brota de las personas, sino que el amor es una persona:

Dios mismo “**Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en Él**”
1 Juan 4.16.

Para amar a los hermanos es necesario llenarnos de la persona de Dios, y siendo llenos de Él, espontáneamente el amor fluirá y el creyente amará no solamente a los hermanos sino aun a los enemigos: “**Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que**

hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” Mateo 5.43-48.

Llegar a ser perfectos como nuestro Padre que está en los cielos, no se refiere a hacer esfuerzos y obras que demuestren perfección, sino que se alcanza la perfección llenándonos de Él hasta ser totalmente saturados de Su vida y Su naturaleza, para expresar Su amor, Su justicia y Su perfección, porque solamente Él es amor, sólo Él es justo y sólo Él es perfecto.

De otro lado el amor es un trabajo en el que cada día debemos laborar hasta alcanzar Su plenitud: ***“acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo***” 1 Tesalonicenses 1.3.

En la medida que el creyente labora en Dios, buscando llenar su alma de Él, va haciendo el trabajo del amor, hasta que es perfecciona-

do en el amor y espontáneamente Dios fluye como amor; haciendo así, no se requiere ningún esfuerzo para amar a los hermanos y vivir la realidad de Filadelfia: ***“Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él***” 1 Juan 5.1.

Se debe entender que la iglesia en Filadelfia no es un grupo libre, ni una denominación, ni una organización que se denomina con ese nombre, sino que es la realidad de la iglesia que viven algunos de los hijos de Dios, de acuerdo con las características que describe la Biblia y que estamos mostrando en este libro, de las cuales la primera es el amor fraternal, la expresión de Dios como amor entre los hermanos.

Amar a los hermanos es sencillamente dejar que la vida y la persona del Señor fluyan mutuamente entre los creyentes.

6.2. Guardar la palabra

Si lees detenidamente la Biblia, la palabra de Dios, notarás que de las siete cartas que el Espíritu escribió al ángel de cada una de las siete iglesias de Apocalipsis, en seis de ellas el Señor reprocha las obras que tienen, mientras que, en

Filadelfia, el Señor se agrada con lo que encuentra en ella.

El Señor afirma que el ángel de Filadelfia tiene poca fuerza, pero a pesar de no ser fuerte ha hecho dos cosas que lo agradan: guardar la palabra y no negar el nombre del Señor: **“Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre”** Apocalipsis 3.8.

Los hermanos que viven la realidad de Filadelfia no son poderosos ni hacen alarde de su poder, sino que confían plenamente en el poder del Señor.

Repetimos que Filadelfia no es un grupo determinado o una denominación, o una organización, sino que está conformada por aquellos hermanos que viven en el Espíritu y que tienen la realidad de la iglesia.¹

En el cristianismo contemporáneo se cree equivocadamente que la iglesia es un edificio, en algunos casos con una o dos torres, edificio en el que hay sillas o bancas donde se sientan los feligreses, además hay flores. Si la denominación es

1. Es recomendable leer el libro *¿Cuál Iglesia?* del mismo editor.

grande, entonces hay una plataforma con un púlpito de uso exclusivo del pastor y de ciertos líderes, con un potente sistema de sonido y de televisión y una atractiva iluminación, entre otros detalles. Cada vez que los feligreses van allí dicen: *‘vamos a la iglesia’*, y con esto prueban que para ellos la iglesia es el lugar.

Pero no es esa la iglesia de la Biblia, sino algo bien distinto. En primer término la iglesia es el cuerpo de Cristo, que tiene muchos miembros, es decir, la iglesia es Cristo mismo con muchos miembros, miembros que son todos Sus hijos, aquellos que han sido escogidos y predestinados en la eternidad pasada, y que en el tiempo han recibido al Señor creyendo en Su nombre, y como consecuencia han nacido de nuevo por medio de la regeneración: **“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino [son engendrados] de Dios... Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos to-**

dos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu" (Juan 1.12-13; 1 Corintios 12.12-13). La iglesia es Cristo como la cabeza y los hijos de Dios como miembros del cuerpo. La iglesia es una sola entidad conformada por Jesús como la Cabeza y nosotros como Sus miembros.

Esto quiere decir que todos los que han recibido al Señor, que son Sus hijos, que han sido engendrados por Él, hacen parte de la iglesia, son miembros de Su cuerpo.

No obstante, no todos hacen la voluntad del Señor, sino que la inmensa mayoría hacen la voluntad de ellos, desean servir al Señor, pero sin someterse a Él, dando rienda suelta a sus caprichos, sus deseos y viven según su voluntad o de acuerdo con la voluntad de los líderes del grupo donde se reúnen.

Vivir la iglesia es vivir conforme al ángel de la iglesia en Filadelfia, no solo yendo cada domingo a "la iglesia", sino viviéndola cada día, cada hora y cada minuto de su cotidianidad, en el hogar, en la escuela, en el lugar de trabajo y donde vive. Y esa realidad se vive guardando la palabra del Señor.

Para guardar la palabra, es necesario conocerla, y para conocer-

la hace falta que sea revelada en el espíritu del creyente: **"para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él"** Efesios 1.17.

Solamente en el espíritu humano de aquellos que han sido regenerados se puede tener revelación de la palabra y conocer al Señor.

Dios no puede ser conocido en el alma humana, en la cual vive la inmensa mayoría de los cristianos que dicen creer en el Señor y que hacen parte del cristianismo contemporáneo. Lamentablemente casi todos ellos desconocen qué es y para qué sirve el espíritu humano que tienen, y aquí la palabra nos dice que la sabiduría, la revelación y el conocimiento de Dios se dan solamente en ese espíritu.

En este libro y en los demás que conforman la serie, hemos hablado abundantemente del espíritu humano y hemos mostrado las diferencias que tiene con el alma del hombre.²

Además de la revelación que se da en el espíritu para guardar la palabra del Señor, se requiere visión, que es la luz que el Señor da a nuestro entendimiento, el cual es

2. Un estudio bien detallado sobre las diferentes partes del hombre puedes encontrarlo en el libro *La Degradación de la Iglesia*, del mismo editor.

parte del alma humana: **“alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos”** Efesios 1.18-19.

Para comprender la revelación y el conocimiento de Dios que hay en el espíritu del creyente, hace falta un elemento adicional que es la luz en el entendimiento, y el entendimiento es la mente, y la mente hace parte del alma del hombre.

Si hay revelación en el espíritu, pero no hay luz, visión en el alma, la revelación sería inútil, porque quedaría sin fruto, no sería práctica, no se podría vivir en la realidad; pero si no hay revelación en el espíritu y hay visión en el alma, esa visión no proviene de Dios, sino del enemigo de Dios. Este último caso es común en medio del cristianismo.

Los hermanos no guardan la palabra porque no tienen revelación de ella, y quienes los lideran no transmiten esa revelación porque no la tienen, y unos y otros no encuentran la revelación porque no la buscan, porque no abren su ser al Señor, porque no se han habituado a entrar en su aposen-

to—el espíritu humano— a tener comunión con el Señor.

Tener comunión con el Señor no consiste solamente en hablarle y pedirle cosas, sino en aprender a escucharlo, porque nuestro Dios es el Señor que le gusta hablar en intimidad con los Suyos: **“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado en el Hijo”** Hebreos 1.1-2.

No debemos pasar por alto que satanás tiene el deseo de que permanezcamos en el alma y que no entremos en el espíritu, donde podemos tener comunión con Dios y donde satanás no puede penetrar. Cuando estamos en el alma, él suministra visiones a las personas y si no lo crees, observa lo que ocurrió en Génesis 3, después de que Eva abrió su alma a la serpiente, la visión que el diablo le dio: **“Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella”** v. 6.

Observa que la mujer vio, o, en otras palabras, ella tuvo una visión, pero esa visión no vino del Espíritu, sino del alma de ella y su

fuente es satanás.

Infortunadamente esto es común y corriente en el cristianismo de esta época: hay muchas visiones que no se originan en el espíritu humano, visiones cuya fuente no es el Espíritu Santo, sino que se originan en el alma del hombre y su fuente es satanás.

Con contadas excepciones, es difícil encontrar libros de temas bíblicos que presenten alguna revelación de la palabra y visión de esta. Igualmente, es muy difícil oír y ver a algún líder liberando la palabra con contenido revelador, que muestre los misterios de Dios, y mucho menos que tenga luz que edifique a los oyentes y les dé visión.

Ha habido hermanos que tuvieron revelación y visión de la palabra del Señor y han dejado escritos sobre ella, pero lamentablemente sus seguidores no han hecho realidad esa revelación y visión, sino que la han acomodado a sus propósitos, para convertirse en los líderes de la agrupación y han perdido la esencia de lo que Dios ha revelado.

Debido a que en el cristianismo de hoy no hay revelación ni visión, no hay ninguna posibilidad de guardar la palabra del Señor, como el Señor le dice al ángel de

la iglesia en Filadelfia, sino que todos los creyentes que hay en las distintas denominaciones y los posibles que pueda haber dentro del catolicismo romano, caen en las otras seis situaciones de la iglesia degradada.

No obstante, a ellos el Señor los está llamando para que venzan la situación degradada conforme lo dice la Biblia y, basados en ella, lo hemos venido manifestando en este libro.

Tu necesidad, querido lector, es volverte al Señor y rogarle que te dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, que alumbre los ojos de tu corazón, para que puedas saber a qué te ha llamado, y haciendo así, tu vivir diario sea de realidad en el espíritu y puedas guardar Su palabra. De esta manera estarás viviendo la realidad de Filadelfia y el Señor te dirá: **“Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre”**.

Haciendo así, la unción será realidad en ti y no tendrás necesidad de ser enseñado por nadie, sino que toda enseñanza que venga por medio de un hermano será juzgada por la unción que tú has

recibido del Señor y harás no la voluntad de quien te enseña, sino la voluntad del Padre: **“Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él”** 1 Juan 2.27.

Todos los que son guiados de esa manera por el Espíritu se reunirán juntos, para disfrutar las riquezas que el Espíritu produce en ellos, y para tener reuniones en el espíritu, en las cuales el líder sea el Señor y no un hermano que se levanta como tal.

Hemos afirmado y lo reiteramos nuevamente, que una reunión espiritual es aquella en que determinado número de hermanos que liberan su espíritu humano se encuentran con el Espíritu del Señor para tener un disfrute mutuo de las riquezas que el Señor les ha otorgado, disfrute en el que el Señor Espíritu es la Cabeza y en el que el Señor disfruta de la misma manera que disfrutaban los asistentes a la reunión.

Deseamos que tú, amable lector, desde ya puedas tener ese tipo de reuniones.

Si en el lugar donde vives no hay más hermanos con esta visión, transmítela a tu familia y comienza a reunirte con ella. El Señor poco a poco irá ganando a otros, porque Él necesita constituir las Primicias para regresar a la tierra, tomar posesión de los reinos que hay en ella y plantar Su reino.

6.3. No negar el nombre del Señor

Este es el tercer punto que los vencedores de Filadelfia deben guardar. En Filadelfia, el Señor no expresa ningún reproche, pero insistimos que Filadelfia no es un grupo con pastor o con líderes a la manera del cristianismo degradado contemporáneo, sino que el ángel de la iglesia en Filadelfia está conformado por todos aquellos santos, hijos de Dios, que viven las realidades que describe la palabra en la situación de esa etapa de la iglesia, de las cuales estamos viendo la tercera: no negar el nombre del Señor: **“Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre”** Apocalipsis 3.8.

Obsérvese que el Señor aquí reconoce las obras del ángel de la iglesia en Filadelfia, particularmente las de guardar la palabra

y no negar el nombre del Señor. ¿Qué es no negar el nombre del Señor? No se trata de repetir la frase manida “**Oh Señor Jesús**”, una, dos, tres y más veces como hacen algunos grupos, en donde los hermanos cuando comienzan a orar repiten “**Oh Señor Jesús**”, tres veces, o cuando van a hablar o cuando van a hacer alguna actividad. A eso le llaman invocar el nombre del Señor.

Afirmamos que invocar al Señor es bíblico y la palabra dice que cuando una persona llama a Jesús Señor, creyendo en su corazón y confesando con Su boca, es salva: **“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios...que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo...porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”** Juan 1.12-13; Romanos 10.9, 13.

Igualmente, la palabra afirma que cuando una persona es salva, regenerada, nacida de nuevo, y llama a Jesús como su Señor, nunca lo maldecirá: **“Por tanto, os**

hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” 1 Corintios 12.3.

Invocar a Jesús como Señor es la llave para entrar en el espíritu y tener comunión e intimidad con el Señor. El problema está cuando esa invocación se convierte en una frase manoseada y repetida, y hace que se pierda la realidad de invocar al Señor.

Un creyente puede decir una, dos, diez, cien y mil veces que Jesús es el Señor, pero no vivir la realidad de ese señorío. Proclama que Jesús es su Señor y sin embargo vive, piensa y hace según su voluntad y no de acuerdo con la voluntad del Señor: **“¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que Yo digo?”** Lucas 6.46.

En una situación así ¿para qué sirve repetir que Jesús es el Señor? ¿No se convierte en una frase manoseada y repetitiva que en nada beneficia el crecimiento en vida de quien la repite? ¿Una repetición así no es parecida a uno de los muchos mantras que usan las religiones orientales? ¿Qué diferencia hay con los católicos que repiten el Padre Nuestro sin ninguna realidad, o repiten millones de veces

la gran mentira de que María es la madre de Dios? ¿No es igual a la repetición de los hare krishna, que repiten durante más de tres horas frases como, hare, hare, hare krishna y entran en unos éxtasis peores que las personas que consumen drogas?

Muchos cristianos saludan con la frase: Jesús es el Señor, pero en su diario vivir, su hombre almático, su hombre viejo es quien en realidad ejerce señorío sobre ellos. En las sedes de algunas denominaciones cristianas se encuentra la frase “**Jesús es el Señor**”, pero en las actividades de esas congregaciones el señor no es Jesús, porque no lo conocen ni hacen Su voluntad, sino que es hecha la voluntad del líder: “**¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?**” Lucas 6.46.

Invocar el nombre del Señor no debe convertirse en una malsana repetición, sino que proclamar el Señorío de Cristo debe hacerse con realidad.

Cuando un creyente invoca a Jesús como su Señor, debe tener realidad de que en verdad Él es su Señor, debe permitirle gobernar todas las áreas de Su vida, debe procurar que el Señor llene todo su ser, especialmente las tres partes del alma, mente voluntad y emoción, para que el Señor no tenga

que decirle las palabras de rechazo: “**¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?**”.

De otro lado, no negar el nombre del Señor es no negar la persona de Él, porque el nombre del Señor es la persona de Dios y para no negarla debo conocerla, y para conocerla necesito recibir revelación en mi espíritu.

No negar el nombre del Señor indica que todo lo que hago en mi día a día, lo hago bajo Su encabezamiento, bajo Su gobierno, bajo Su mandato y bajo Su dirección.

Pero la mayoría de los cristianos en su diario vivir son pocas las cosas que hacen guiados, dirigidos y ordenados por el Señor. Casi siempre que van a realizar sus actividades diarias, no consultan al Señor para saber si Él está de acuerdo con sus realizaciones, si le agradan, si no lo contristan y si lo satisfacen.

Muchas veces hacemos nuestras cosas y después de que están consumadas nos acordamos del Señor, y máximo si esas actividades se convierten en fracaso.

En un buen número de pasajes de la Biblia, el Señor dice que oremos y que pidamos al Padre en Su nombre: “**Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre,**

lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré...para que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, él os lo dé...En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido" Juan 14.13-14; 15.17; 16.23-24. Pero orar o pedir en el nombre del Señor no es decir la consabida frase tan común entre los evangélicos: **"Padre, en el nombre de Jesús"**.

Cuando Jesús enseñó a los discípulos a orar, no les dijo que deberían orar así: **"Padre nuestro que estás en los cielos, en el nombre de Jesús..."**, ni tampoco les enseñó una fórmula mágica para que repitieran **"Oh Señor Jesús, oh Señor Jesús, oh Señor Jesús"**, sino que les mostró un cuadro bien claro de cómo debe ser la oración de un creyente: **"Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos..."** Mateo 6.9. El Señor en Mateo 6 no enseñó una oración para repetir mil veces, sino que mostró el camino que debemos seguir al orar ³.

3. Más riquezas sobre el tema puede disfrutarlas en el libro *La Oración en el Espíritu*, del mismo editor y publicado en la página: www.las-primicias.com.

Orar en el nombre del Señor es permitir que Él sea quien ore en el creyente, que sea Él quien tome su alma para expresar las cargas y los deseos que el Señor tiene.

Orar en el nombre de Jesús es no hacer mi propia oración, no la oración preparada de antemano y a veces anotada en un papel, sino disponerme para que el Señor, desde mi espíritu humano donde Él vive, sea quien ore a Dios.

La oración del Espíritu se origina en Dios y va a Dios. Esto es orar en el nombre del Señor y esto es no negar el nombre del Señor.

Para el creyente que aspire a ser un vencedor como Las Primicias o como el Hijo Varón, debe llegar el día en su vida en el que nada de lo que hace, piense, diga, u ore, lo haga fuera de la voluntad del Señor. Un creyente así es uno que no niega el nombre del Señor.

las cosas que es necesario vencer (7)

*6. El amor fraternal,
la palabra, el nombre
del Señor y la retención
de lo que se tiene
en Filadelfia (2)*

6.3. Guardar la palabra de la pa- ciencia del Señor para ser guardado de la prueba

En Apocalipsis 3.10, el Señor hablando al ángel de la iglesia en Filadelfia le dice: ***“Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra”.***

En este pasaje el Señor no solo

habla de guardar Su palabra, sino que agrega un adjetivo: la palabra de mi paciencia. Guardar la palabra del Señor requiere paciencia, esperar y esperar, hasta que el Señor en Su voluntad haga lo que Él desea, como lo quiere y a Su estilo.

Cuando vienen las pruebas generalmente nos impacientamos y hasta le protestamos al Señor por la forma en que nos trata, le reprochamos el trato que tiene con Sus hijos. Esto ocurre porque nos falta llenarnos de paciencia, que es la persona misma del Señor.

A veces, al mirar el estado tan corrupto del mundo y de la religión, quisiéramos que el Señor viniera ya, y acabara con la obra de satanás y estableciera Su reino, pero Él mismo lo advirtió en 2 Pedro 3.7: ***“El Señor no retarda su***

promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento".

Quienes amamos al Señor gemimos dentro de nosotros deseando que regrese inmediatamente y ponga fin a este sistema depravado e indolente; sin embargo, Él nos advierte que no está retardando Su promesa, sino que Su paciencia es a nuestro favor para que no perezcamos, sino que nos arrepintamos.

Obsérvese que esta palabra no está dirigida a incrédulos, sino a creyentes, porque solamente los creyentes, por la obra del Espíritu Santo podemos arrepentirnos.

Sí, tú eres un regenerado por la vida del Señor y necesitas arrepentirte. Todos los hijos de Dios necesitamos un arrepentimiento genuino. Preguntarás: ¿De qué necesito arrepentirme? De no vivir y andar en el Espíritu.

Diariamente los creyentes, los hijos de Dios, andamos conforme a nuestra concupiscencia, a nuestros gustos y deseos, pero no hacemos la voluntad del Señor y no lo agradamos. Le servimos en nuestra alma, y ese servicio es abominable para Él. Dios sólo se agrada de nuestro servicio, si es hecho en

el espíritu.

Un vencedor es un creyente que aprende a vivir en el espíritu los 86.400 segundos que tiene cada día, a estar en la luz del Señor y confesar y arrepentirse de cada acto, cada pensamiento, cada palabra que no se origina en Él.

Necesitamos aprender a tener la mente de Cristo para que nuestros pensamientos sean los Suyos y a hacer todas las cosas en Su nombre, en Su persona. De esta manera alcanzaremos Su estatura: ***"En cambio el hombre espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado por nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo"*** 1 Corintios 2.15-16.

El Señor desea que todos Sus hijos se arrepientan, sin embargo, no todos lo harán, porque ya han muerto muchos sin ser vencedores y resucitarán en la venida del Señor para ser juzgados en el Tribunal de Cristo y echados en las tinieblas de afuera, para ser transformados en medio del lloro y el crujir de dientes.

Igualmente, los vencedores vivos antes de la Gran Tribulación serán solo ciento cuarenta y cuatro mil, entendiendo que este número

no es una limitante, como lo expusimos en el capítulo 2 de este libro, correspondiente a Las Primicias, sino que pueden ser mucho más de ese número, o pueden ser menos. Depende de la atención y aceptación al llamado que el Señor está haciendo hoy a Sus hijos.

Si cada uno de ellos abandona las divisiones, los líderes, las doctrinas y las prácticas en que viven, y se vuelven al Señor, Él los pastoreará y los guiará para que alcancen la estatura del Señor y puedan ser parte de las Primicias: **“y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz”** (Juan 10.3-4).

No obstante, la inmensa mayoría de los creyentes que estén vivos al comienzo del proceso de la venida del Señor tendrán que pasar por la Gran Tribulación y ellos serán también vencedores, aquellos que vencen a la bestia, su nombre y su número, y de ellos hablaremos en un capítulo posterior: **“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y**

con palmas en las manos... Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero... Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios” Apocalipsis 7.9, 15; 15.2.

Guardados de la hora de la prueba

Volvamos a la promesa del Señor al ángel de la iglesia en Filadelfia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra. La hora de prueba que ha de venir sobre toda la tierra, es la Gran Tribulación y esa prueba vendrá sobre el mundo entero y probará a todos los que moran sobre la tierra, incluyendo a los hijos de Dios que vivan en ese tiempo.

El énfasis de la promesa a los hermanos que viven la realidad de Cristo como la iglesia, es que los guardará de esa hora de prueba, es decir, ellos serán las primicias que serán arrebatados antes del comienzo de la Gran Tribulación, arrebatamiento que será directa-

mente para el trono de Dios, donde cantarán el cántico nuevo que sólo ellos pueden aprender. Apocalipsis 14.3.

Quienes deseamos este hecho, que en nuestro concepto es el más elevado de todos los que hacen parte de la redención, debemos aprender a oír la palabra del Señor y a guardarla pacientemente, hasta que el Señor haga según Su deseo.

Creemos sinceramente que el tiempo que resta es muy corto y que en unos pocos años ocurrirá el arrebatamiento del Hijo Varón y de las Primicias.

Una vez el Señor tenga ese número de Sus hijos que está buscando, para transformarlos y hacerlos crecer hasta que alcancen Su estatura, inmediatamente comenzará el maravilloso proceso de Su segunda venida, y quienes hemos alcanzado esa visión y vivimos conforme a Su deseo, y nos llenamos totalmente de Él, podremos participar de las bienaventuranzas, que por ser tan elevadas, son inexpressables: **“Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arre-**

batado al Paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” 2 Corintios 12.2-4.

Son tantos los santos que han anhelado ese momento, que algunos escribieron himnos alusivos a la aparente demora del Señor en cumplir Su promesa. De uno de esos himnos, transcribimos tres estrofas.

¿Podrías olvidar esa promesa
De regresar llevándome de aquí?

Todos los días te sigo esperando,

Y todavía no te veo venir.

Recuerda cuánto llevo esperando,

Aunque Tu paso muy lejano está;

¿Oh, cuánto más? ¿Oh, cuánto he de esperarte?

Hasta que llegues en gloriosa majestad.

Pues al pasar por las generaciones

Tus santos vienen y se van sin ver

Que Tu gloriosa promesa no cumples.

¿Oh, cuánto? ¿Oh, cuánto más te esperaré?

Señor, ¿no hay modo de escuchar Tus pasos?

¿Por qué los cielos tan cerrados son?

¿Aún debe la espera prolongarse
Hasta que revelado sea Tu esplendor?

Señor, recuerda cuánto he esperado

Por Tu venida, mas no sólo yo;
Pues Tus queridos santos desde siempre

Por Tu regreso sienten devoción,

A tantas lágrimas y tantos ruegos

Sea Tu presencia la respuesta fiel;

¡Oh ven! Escucha el eco de los siglos;

Contesta este grito colectivo:
¡Ven!

¡Qué clamor tan genuino, tan del Espíritu y tan real! El autor de este himno fue un hermano que dedicó su vida a servir y a agradar al Señor, y ya durmió en Cristo. Anhelamos en nuestro corazón que él haga parte del Hijo Varón y sea resucitado y arrebatado al trono de Dios antes de la Gran Tribulación.

¿Por qué el Señor no ha venido aún? Porque Sus hijos no se han dispuesto para que Él prepare Sus primicias; pero inmediatamente Él las haya preparado se producirá Su venida. Ahí tienes una magnífica promesa del Señor: si te dedicas a guardar la palabra de Su paciencia, Él te guardará de la hora de

la prueba—la Gran Tribulación—, que vendrá sobre el mundo entero para probar a todos los que moran sobre la tierra.

Si aún estamos vivos y el Señor no ha venido, es por Su paciencia, en espera de nuestro arrepentimiento.

Y qué maravilloso es el hecho de no tener que pasar por la muerte, sino que nuestro cuerpo sea transformado en un instante y nosotros seamos arrebatados directamente al Monte de Sion celestial, para junto con el Cordero cantar el cántico de las primicias, que solo quienes lo cantan pueden aprender y de esta manera satisfacer a nuestro amado Padre y Señor. ¡Tú decides!: **“He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta,... y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria”** 1 Co-

rintios 15.51-54

6.5. Retener lo recibido

Los hermanos que viven la realidad de Filadelfia lo hacen porque el Señor les ha dado revelación y visión, y ellos han vivido conforme a lo que el Señor les ha suministrado, pero es necesario cada día mantenerse en ese vivir: **“He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”** Apocalipsis 3.11.

Mientras que al ángel de la iglesia en Sardis el Señor le dice que debe arrepentirse porque si no lo hace vendrá a él como ladrón en la noche, vendrá de manera sorpresiva, al ángel de la iglesia en Filadelfia no le demanda ninguna clase de arrepentimiento, sino que le dice: **He aquí, yo vengo pronto.**

Por un lado, esto quiere decir que el Señor vendrá cuando tenga la realidad de Filadelfia en algunos de Sus hijos; por otro lado, les advierte a esos hermanos que el tiempo en que deben guardar la palabra de su paciencia ya es muy corto, porque Su venida está muy cercana.

La realidad de Filadelfia está conformada por las Primicias que el Señor transformará y arrebatará vivas a Su trono, antes de la Gran Tribulación. Entre el momento en

que el Señor encuentre personas en las que pueda trabajar y desarrollar Su plan, entre ese momento y Su venida, no puede haber mucho tiempo, porque esas personas no viven más allá de 80 años, ya que tienen que estar vivas en el momento que se produce el rapto. Por eso el Señor le dice: **He aquí, yo vengo pronto.** Además, es al único ángel que le anuncia que viene pronto.

A la par con este anuncio de Su próxima e inminente venida, el Señor le hace una recomendación: **retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.** Tiene alguna similitud con el pedido que le hace al ángel de la iglesia en Esmirna: **“Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”** (Apocalipsis 2.11).

El Señor en Su gran amor y misericordia, a quienes estamos aprendiendo a vivir en el espíritu, nos pide que seamos fieles, que no desmayemos que cuidemos como un tesoro toda la revelación, visión y realidad de Su palabra, de Su plan y de Su persona, porque si no somos cuidadosos, satanás puede hacernos caer y hacernos perder la corona, que es el galardón.

Pablo en su carrera mientras vivió en este tabernáculo tenía una claridad meridiana sobre el particular, y por esa razón, guiado por

el Espíritu Santo llegó a escribir: **“sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”** 1 Corintios 9.27.

Pablo sabía que, si descuidaba el depósito y la gracia que el Señor le había dado y que lo había puesto como ejemplo para otros, podría llegar finalmente a ser desechado, eliminado.

No se trata de perder la salvación, porque la vida que el Señor nos dio es Su vida y ella es eterna, en otras palabras, la salvación no se pierde, sino que Pablo tenía la certeza de que si permitía que el enemigo lo tentara y caía en su trampa, él no sería un vencedor y su corona sería dada a otro. En ese sentido el Espíritu lo llevó a escribir en Filipenses 3.11: **“sí en alguna manera llegase a la súper resurrección de entre los muertos”**.

La palabra griega traducida como súper resurrección es *exanástasis*, que es una resurrección especial, no común, y se refiere a la resurrección que tendrán los que resuciten como el Hijo Varón, antes de la Gran Tribulación.

Todos los muertos en Cristo, los santos que durmieron en Él, resucitarán hacia el final de la Gran

Tribulación y serán llevados a los aires, donde el Señor Jesús pondrá Su tribunal para juzgar a Sus hijos, y esa resurrección es traducida de la palabra griega *anástasis*, refiriéndose a una resurrección común, la de todos los santos.

Pero hay una resurrección especial, que algunos eruditos la han traducido de la palabra griega *exanástasis*, como la súper resurrección o extra-resurrección, que operará en aquellos hijos de Dios que vivieron para agradarlo y que hacen parte del Hijo Varón, y de los que reiteramos, serán resucitados y arrebatados para el trono de Dios, antes de la Gran Tribulación.

A esa súper resurrección se refiere Pablo cuando dice que golpea su cuerpo y lo pone en servidumbre para que no venga a ser eliminado, después de haber sido heraldo para muchos. Y sin ninguna duda, Pablo lo logró, porque el Espíritu le permitió dejar testimonio de su logro, al final de su peregrinar, cuando escribió en la Biblia, la Palabra de Dios: **“Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”** 2 Timoteo 4.8.

Esta misma corona que Pablo

tiene guardada en el Señor Juez justo para aquel día, es a la que se refiere el Señor cuando le dice al ángel de la iglesia en Filadelfia: **“retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”** Apocalipsis 3.11.

Si se lee atentamente 2 Timoteo 4.8, se apreciará que la corona está guardada no solo para Pablo, sino para todos aquellos hijos de Dios que aman Su venida.

Amar la venida del Señor no es solamente esperarla, como hacen los hijos de Dios que están en el protestantismo, sino que es amarla, preparándose cada día para ese encuentro con el Señor, permitiéndole que Él haga Su trabajo de edificación en cada creyente, por medio de llenar con Su vida y Su naturaleza, cada una de las partes de su ser, especialmente el alma.

En el mundo evangélico, en lo poco que hablan de la venida del Señor, porque la mayoría está preocupada es por el crecimiento numérico de **“su iglesia”** para hacerle competencia a las “otras iglesias”, en lo poco que hablan de la venida del Señor, están convencidos de que el Señor los arrebatará para llevarlos al cielo, y no han visto que los arrebatados y llevados al cielo son muy pocos, solamente el Hijo Varón y las Primicias vivas, y que la mayoría tendrán que pasar

por la hora de la prueba, que es la Gran Tribulación, y muy cerca del final de ella sí serán resucitados, los que hubieren muerto, y transformados los que estuvieren vivos, para ser llevados a los aires, no al cielo: **“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”** 1 Tesalonicenses 4.16-17.

Esperamos que esta palabra sea de ayuda para el lector y que le permita tomar la decisión de ser uno que participa de la súper resurrección [*exanástasis*], para ser arrebatado antes de la Gran Tribulación, o que si está vivo para ese entonces sea arrebatado vivo como las Primicias y llevado al cielo.

O si prefiere resucitar al final de la Gran Tribulación en la resurrección común para la mayoría de los santos, o pasar por la Gran Tribulación y al final de ella ser transformado y arrebatado vivo a los aires.

Eres tú quien decides cuál de estas dos posibilidades quieres tomar. Si te decides por la primera,

recuerda que el Señor te pide que retengas firmemente lo que Él te ha dado. En Él todo esto es posible.

Las similitudes entre las Primicias y el Hijo Varón, comparadas con el ángel de la iglesia en Filadelfia

Apocalipsis 3.12 dice: **“Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo”**. Vivir la realidad de Filadelfia, hace del creyente un vencedor y el Señor le promete que lo hará columna en el templo de Su Dios y que permanecerá allí por la eternidad.

Ser columna en el templo de Dios no hace referencia a soportar el peso de la obra de Dios, como hace generalmente una columna en la estructura de un edificio. Si estudias con detalle el templo que Salomón edificó, no encuentras columnas para sostener la estructura y el techo, sino que tenía dos columnas en la parte exterior, a la entrada.

Esas dos columnas eran de bronce, y por su gran altura testificaban al pueblo de Dios que ese era el lugar donde los israelitas debían encontrarse con Él para ado-

rarlo, alabarlo y tener comunión.

De la misma manera ser hecho columna en el templo de Dios por la eternidad, significa que esos vencedores serán un testimonio de Dios para los demás creyentes, para los ángeles, para los hombres incrédulos, para satanás, los ángeles caídos y los demonios. ¡Qué excelso testimonio!: **“para mostrar en los siglos venideros las superabundantes riquezas de Su gracia en Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”** Efesios 2.7

También promete el Señor a los vencedores de Filadelfia que escribirá en ellos Su nombre nuevo, y el nombre de Su Dios. Eso es exactamente lo que tienen las primicias según Apocalipsis 14.1: **“Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente”**.

Vivir la realidad de Filadelfia, expresando a Dios como amor entre los hermanos—el amor fraterno—, guardando la palabra que Él revela cada día, no negando el nombre del Señor y siendo fiel hasta el final, reteniendo firmemente lo que el Señor nos ha otorgado, es vivir la realidad de Filadelfia y es vivir como las Primicias, y al hacerlo nos es garantizado ser vence-

dores, seremos las Primicias vivas,
si el Señor nos concede estar vivos
hasta Su venida, o seremos el Hijo
Varón en caso de que hayamos
dormido en Él, antes de Su venida.

las cosas que es necesario vencer (8)

La tibieza de Laodicea (1)

Llegamos al séptimo aspecto con el que deben tratar los vencedores que serán arrebatados antes de la Gran Tribulación: el Hijo Varón y las Primicias. Este es la tibieza, que caracteriza a Laodicea.

Recordemos que Laodicea es la expresión, la manifestación sobresaliente de la iglesia, que está conformada por todos los Hijos de Dios, en el tiempo inmediatamente anterior a la venida del Señor, es decir en este tiempo, en el siglo XXI.

El gran problema de Laodicea es la tibieza y esa tibieza consiste en que los hermanos dicen que son ricos, que se han enriquecido y que no tienen ninguna necesidad: **“por cuanto eres tibio, y no**

frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad” Apocalipsis 3.16-17.

Esa es exactamente la situación del cristianismo en el tiempo en que se escribe este libro. Los cristianos están divididos en miles de facciones y cada una de ellas, se auto denomina iglesia, se considera dueña de la verdad, de la **“sana doctrina”** y se cree aprobada por Dios.

En cada división, los líderes y los laicos del nicolaísmo consideran que estando en ese grupo y con sus líderes, no necesitan nada, y que están llenos de riquezas. Los líderes de las denominaciones, así como el papa, los cardenales, los obispos y los curas del catolicismo romano; los patriarcas, los obispos

y los sacerdotes de la iglesia católica ortodoxa, propalan a voz en cuello que “su iglesia” fue fundada por el Señor Jesús, que es la única que Dios aprueba y que fuera de ella no hay salvación.

Cuando dos cristianos se cruzan en sus caminos, lo primero que se preguntan es por “la iglesia” donde se congregan, como si para Dios hubiera más de una iglesia; y ellos tienen una clara distinción entre aquellas “iglesias” que tienen “sana doctrina” y las que no la tienen. Si quien pregunta tiene información acerca de “la iglesia” del interrogado, que es de dudosa doctrina, inmediatamente es rechazado, satanizado y maldito. Si es de “**sana doctrina**”, entonces se abre la competencia en cuál de sus “iglesias” hay más feligreses, más milagros de sanidades, en cuál de ellas el líder tumba la gente cuando sopla, cuánto hablan en lenguas y todo un cúmulo de vanidades, que más que un encuentro de creyentes parece una feria de vanidades de mujeres mundanas.

Cada cristiano considera que “su iglesia” es lo máximo y con dificultad recibe alguna palabra que otro cristiano le pueda dar, a no ser que provenga de su líder, de su pastor. Los líderes adiestran bien a sus correligionarios para que no reciban nada de nadie distinto a ellos, porque “**puede ser satanás quien lo está engañando**”, cuando

en verdad es el temor a que algún creyente pueda traerles la luz del Señor, que los saque del engaño y de las tinieblas a que los han sometido esos líderes.

Los pastores de los grupos protestantes se consideran en verdad los “pastores de su iglesia” y están convencidos de que ellos tienen que cuidar y dar cuenta a Dios de quienes “Él les ha entregado”, cuando el Señor no entregó a nadie a los hermanos, sino que es Él el único y genuino Pastor, capaz de cuidar a los santos, de darles Su vida y de suplirles Su naturaleza: “**Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas**” Juan 10.11.

¿Quién tiene el poder y la capacidad para darle vida a otro, sino el Señor Jesús, quien es la vida eterna? ¿Será que hay algún líder autodenominado pastor que pueda suplir con vida divina a otros hermanos?

En el contexto contemporáneo eso es imposible, porque los líderes necesitan primero llenarse de la vida divina que solo el Señor suple, pero que ellos no han podido ganar, debido a su ambición de fama y su deseo de vivir a expensas del suministro económico de los hermanos, lo que les ha otorgado una inmensa ceguera acerca de la persona y del plan de Dios. Obsérvese que el Señor dice que Él

es el buen Pastor, y no un hermano o un grupo de hermanos.

Seguramente argumentarás con lo que dice 1 Pedro 5.1-4: ***“Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria”***.

Indudablemente este es un buen argumento y estamos totalmente de acuerdo contigo, pero observemos cuidadosamente la palabra en su integridad.

Pedro ruega a los ancianos que están entre los hermanos, y la palabra utilizada en el griego para anciano es presbitero y hace referencia a unos sobreveedores, a unos que cuidan y suplen a otros, alimentándolos con ternura, supliéndoles revelación, visión y vida eterna. ¿Pero cómo un líder de una llamada “**iglesia**” puede suplir re-

velación, visión y vida eterna, si carece de ellas?

Los líderes de las congregaciones evangélicas lo máximo que tienen es un poco de conocimiento mental de algunas partes de la Biblia, pero ningún conocimiento espiritual, el cual se obtiene mediante revelación en el espíritu. Cuando ellos “pastorean” a sus feligreses, si es que los pastorean, lo único que les dan son consejos muertos que no producen edificación, la cual se obtiene llenándose de Cristo, que es la vida eterna.

Los consejos de los líderes de las congregaciones salen del alma de ellos y alcanzan el alma de los aconsejados, y todo lo que sale del alma es letra muerta que mata.

El hablar del Señor no procede del alma sino del espíritu de quien habla, porque en ese espíritu mora el Señor como el Espíritu Santo y un hablar procedente del espíritu produce vida. El alma sometida al espíritu del creyente es un canal por donde la palabra de vida puede fluir, pero el alma separada del espíritu, gobernando el ser del creyente es un canal por donde fluye la muerte que proviene de satanás: ***“Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el Espíritu es vida y paz”*** Romanos 8.6—Gr.

El Señor pide a los ancianos que están entre los hermanos que

apacienten la grey de Dios. Obsérvese que el rebaño es de Dios y no del pastor ni de la organización a la que pertenece, y el Señor pide a quienes están entre ellos, que han crecido más en vida en el Señor, pues ese es un anciano, que apacienta a los demás¹.

Apacentar quiere decir dar alimento apropiado, fresco, saludable y oportuno, que produce un crecimiento saludable y normal en quien recibe el alimento. ¿Dónde está ese nutrir y ese apacentamiento en los grupos cristianos? No existe.

Solamente el Señor es quien puede darnos tal alimento, los creyentes somos solamente canales por donde Dios fluye para alimentarnos y alimentar a otros. ***“las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz... Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos...Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su***

1. Mayor revelación sobre el particular puedes encontrarla en el libro *¿Cuál Iglesia?* del mismo editor y publicado en la página: www.ñas-primicias.com.

nombre” Juan 10.3-4, 9; Salmos 23.1-3.

Es el Señor quien pastorea a los santos. Nadie puede asumir el título de pastor, porque solo hay uno: El Señor Jesús.

Igualmente, Pedro pide a los ancianos que apacienten la grey de Dios, bajo tres principios: ***el primero***, no por fuerza, es decir no obligando a los hermanos ni violentando su conciencia, sino ganando su voluntad para que se sometan a la voluntad del Señor, no a la de los hombres.

No amenazando ni intimidando a quienes son apacentados, para que hagan la voluntad del apacentador, sino enseñándoles a que confíen en el Señor y le permitan guiarlos conforme a Su voluntad. Si la iglesia es del Señor, como en realidad debe ser, en ella no se hace no la voluntad de un pastor o de un líder, sino la voluntad de Él, quien es la Cabeza de Su iglesia.

El segundo principio del apacentamiento es que se debe cuidar a los santos, no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto. Los líderes de las congregaciones, especialmente de aquellas que son numerosas, parecen “bueyes de ceba”. Sus arcas están tan gordas que de tanta “abundancia” ya no tienen más capacidad de contener lo que esquilman a sus feligreses, mientras que en su congregación

hay personas y familias que padecen muchas necesidades y cuando alguno se atreve a pedir ayuda económica, lo mandan a ayunar y a que le pida al Señor que le supla, ignorando olímpicamente la palabra del Espíritu en Santiago 2.15-17: ***“Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma”***.

Si se hace una retrospectiva de esos líderes se encontrará que antes estaban llenos de necesidades, pero ahora se han enriquecido con ganancia deshonestas, engañando a otros hermanos para que robustezcan sus tesoreras, sonsacándoles sus bienes.

Cuidar a los hermanos apacentándolos no debe tener ningún interés distinto a suplirse unos a otros con el Cristo que cada uno disfruta diariamente, y eso es tener un ánimo pronto.

El tercer principio del apaciento, es ser ejemplos de los hermanos y no enseñorearse de ellos. ¡Qué diferente es la práctica de las denominaciones, con respecto a esta palabra sencilla que el Señor

habla a una iglesia que vive en sencillez!

¡Qué distantes están las denominaciones de vivir la realidad de la persona del Señor Jesús en la iglesia! ¡Cuánto autoritarismo, despotismo y enseñoreamiento hay en el cristianismo contemporáneo!

Si se trata del papa, de los cardenales y de los obispos, todos están coronados de soberbia, al punto de que cuando alguien se presenta ante ellos debe arrodillarse y besarles la mano y el anillo. ¡Qué extravagancia!

Si se trata de los pastores, de los reverendos, de los ***“apóstoles”*** y de los líderes del mundo protestante, ellos se creen únicos, los enviados de Dios, los siervos del altísimo y consideran que no hay igual a ellos en la tierra.

Observa el sitio y la forma como se sientan en el culto, la forma en que hablan cuando se dirigen a uno que consideran inferior a ellos. ¡Cuán difícil es obtener una audiencia con los encopetados líderes, y cuando los hermanos lo logran, quedan convencidos de que han hablado con Dios!: ***“Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque***

uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” Mateo 23.8-12.

Cuánta humildad y mansedumbre hace falta en el cristianismo, y especialmente entre los líderes. Para alcanzar estas dos virtudes—humildad y mansedumbre— es necesario aprenderlas, y para aprenderlas se debe ir al Señor Jesús: **“Venid a mí todos... Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”** Mateo 11.28, 29.

Para aprender humildad y mansedumbre, hace falta enyugarse con el Señor, es decir, permitirle que Él sea quien nos gobierne y nos dirija como Él quiera y le plazca.

Si estamos conscientes de qué es el cuerpo de Cristo, veremos que todos somos miembros de él, que no hay en el cuerpo miembros especiales, ni miembros superiores; tampoco inferiores, sino que todos tenemos la misma vida eterna y divina de Dios, si bien a cada uno nos han sido dadas diferentes funciones conforme a la medida

de la gracia.

Si esa es nuestra realidad, llegaremos a apacentarnos todos, unos a otros, a suplirnos vida mutuamente, a no considerar que solamente ciertos miembros tienen el derecho de hacerlo, sino que todos nos suplimos mutuamente y todos funcionamos como pastores, como ancianos, como apacentadores, y de esa manera erradicamos el nicolaísmo y armonizamos el cuerpo de Cristo.

Otro argumento que tú, apreciado lector, levantarás contra estas consideraciones, lo encontrarás en Efesios 4.11-16: **“Y él mismo constituyó a unos como apóstoles; a otros como profetas; a otros como evangelistas; a otros como pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de enseñanza, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la ca-**

beza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor". Estamos igualmente de acuerdo con tu argumento.

Sin embargo, es necesario meditar cuidadosamente la palabra de Dios y velar porque cada una de esas palabras se constituyan en nuestra vida y nuestro vivir.

Lo primero que afirma el pasaje es que **Él mismo constituyó a unos**. Yo pregunto: ¿Cuántos de los líderes del cristianismo contemporáneo han sido en verdad constituidos por el Señor, cuántos han sido llamados por Él?

Casi todos, para ser misericordiosos, o han sido proclamados por un instituto bíblico o por una congregación mediante la democracia, o por un grupo de líderes o se han auto nombrado, o han decidido competir con su antiguo líder, cuya "cobertura" han abandonado, es decir, hacen lo que ellos llaman una división.

Si se trata del catolicismo romano, tienen que hacer una carrera en un seminario, para después de unos años ser ordenados como "sacerdotes" y desde ahí, dependiendo de su posición social, de su

capacidad económica o de su poder político, pueden ascender hasta llegar al máximo grado que es el de papa. Pero ni en unos ni otros hay una constitución de la cual el Señor sea el autor. **Y Él mismo constituyó**.

Es imposible encontrar algún "ministro" contemporáneo a quien el Señor haya llamado, como llamó por ejemplo a los doce apóstoles o a Bernabé y a Pablo o a alguno de los hermanos de la iglesia primitiva.

¿Pruebas? Los llamados ministros solo '*edifican*' divisiones de la iglesia, pero no le dan la oportunidad de que sea Él quien edifique Su iglesia, ni permiten que los hermanos vayan al Señor para que los pastoree.

Todas las congregaciones han sido levantadas por hombres según su parecer, pero no porque el Señor los haya comisionado para tal misión, así ellos argumenten que tuvieron una visión, que el Señor los llamó y tantas otras mentiras que inventan para justificar su "*ministerio*".

Cuando el Señor inició la iglesia en la tierra en Hechos, les dijo a los discípulos: "**pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto**" Lucas 24.49.

Fue el Señor quien les ordenó que se quedaran en Jerusalén hasta que fueran revestidos de poder desde el cielo y ellos obedecieron permaneciendo en Jerusalén, en el aposento alto, durante diez días, hasta el día de Pentecostés cuando el Señor vino sobre ellos como el Espíritu y los revistió para llevar a cabo Su comisión.

En este caso y en todos, debe ser así; es el señor quien determina qué y cómo se debe hacer Su voluntad y no un pastor o un sacerdote católico, o el papa o un obispo.

Obsérvese que la palabra dice que ***Él mismo constituyó a unos***. No dice a uno, singular, sino a unos, plural, es decir que esos hermanos, que no son puestos para dirigir la iglesia, sino para desempeñar una función determinada en ella, debe ser más de uno.

Pero siempre se encuentra una “iglesia” con un pastor, con un líder único, que es quien usurpa todas las funciones del cuerpo y hace que los demás hermanos se paralicen. De esta manera les impiden funcionar, como es el deseo del Señor.

En Colombia hay un dicho para referirse a esta actitud ambiciosa y todo poderosa de los líderes del cristianismo: “**él es quien repica y preside la procesión**” y uno más: “**él solo toca toda la orquesta**”.

Estas cuatro funciones son ejercidas por un número plural de hermanos. En otras palabras, todos los santos, los miembros del cuerpo de Cristo, la iglesia, deben ser o apóstoles, o profetas o evangelistas o pastores-maestros, o aun ejercer las cuatro funciones de acuerdo con el crecimiento en vida y la medida del don de gracia que el Señor les ha dado; todos deben funcionar en esa medida. En todo esto se debe tener en cuenta que es el Señor—la Cabeza—quien realmente desempeña y opera todas las funciones de la iglesia, solamente que Él no lo hace aisladamente, sino que actúa por medio de los distintos miembros de Su cuerpo.

De otro lado, tener esas funciones no los hace hermanos especiales, ni superiores, ni más importantes que otros, sino simplemente, miembros del cuerpo de Cristo que funcionan en la voluntad de Dios: “***Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en***

Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada” Romanos 12.3-6.

Y ¿para qué unos hermanos son apóstoles, otros profetas, otros evangelistas y otros pastores y maestros? A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio. Observa que dice el ministerio, en singular, no los ministerios en plural, porque hay un único ministerio, el del Espíritu. No hay ministerios particulares.

Tú preguntarás: ¿y acaso Pablo no dice que honra su ministerio? Cuando Pablo habla así no se refiere a un ministerio particular suyo, sino al ministerio del Espíritu, en el cual estaba y que era de él, así como es nuestro hoy. Es una blasfemia hablar del ministerio de fulano o de zutano, porque el ministerio es único y es del Espíritu: **“Doy gracias al que me reviste de poder, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio”** 1 Timoteo 1.12.

Decir que el ministerio es de un hermano en particular es pretender suplantar y reemplazar al Espíritu Santo. Otra cosa es que el Señor por Su misericordia, a todos los creyentes, nos ha incluido en Su ministerio y ahora el ministerio es nuestro, es nuestro ministerio,

es tu ministerio y es mi ministerio, pero es único y es del Espíritu.

Entonces, los hombres dones han sido constituidos por el Señor con el fin de perfeccionar a los santos, para que, entre todos, siendo perfeccionados, lleven a cabo la obra de ese ministerio y la obra de ese ministerio no es nada distinto a la edificación del cuerpo de Cristo. En la medida en que los santos van siendo perfeccionados mutuamente, el cuerpo de Cristo va siendo edificado.

La edificación no se da, no puede darse, por tener congregaciones multitudinarias, ni por hacer muchos **“milagros”**, sino porque Cristo crezca en aquellos que Él ha escogido desde antes de la fundación del mundo y los ha regenerado introduciendo en sus espíritu Su vida divina, por medio de Su Espíritu.

La gran necesidad que tenemos los hijos de Dios es llenarnos de Él hasta la medida de la plenitud de Dios, es decir, hasta que ya no quepa más Dios en nosotros: **“para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”** Efesios 3.19.

Si tú lector, deseas realmente agradar al Señor, si anhelas servirlo, no busques más doctrinas, ni formas, ni tradiciones, ni líderes, ni enseñanzas especiales, ni milagros espectaculares; procura cada día llenarte del Cristo vivo y precioso

que vive en tu espíritu, hasta que tu alma, como un vaso, rebose, y ese Cristo borbote y pueda alcanzar a otros.

De esa manera estarás funcionando como apóstol o como profeta o como evangelista o como pastor—maestro, sin importar el título y sin desear enseñorearte de los demás, sino con el anhelo sincero de suplir desde tu interior a otros, con ese Cristo precioso del cual estás lleno, para que puedan disfrutarlo y entre todos nos perfeccionemos y nos edifiquemos mutuamente.

Eso nos llevará a cuatro puntos bien importantes que son requisitos para ser vencedores y aun para los no vencedores, serán igualmente requisitos para entrar en la Nueva Jerusalén al final del milenio: primero, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y, segundo, del pleno conocimiento del Hijo de Dios, tercero, a un hombre de plena madurez, y cuarto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Siendo edificados, alcanzando los cuatro puntos del versículo 13, hay algo más: ***para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagemas de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error.***

El cristianismo actual está lleno de muchos vientos de doctrina que, hombres astutos, engañados y usados por satanás, han inventado para detener la edificación del Cuerpo de Cristo, para que los hermanos no puedan crecer.

Lamentablemente, los genuinos hijos de Dios que hay en los millones de grupos cristianos, no han logrado crecer en el Señor y espiritualmente son niños que fluctúan y son arrastrados por los vientos de doctrinas que producen los falsos maestros que los guían.

Entienda esto: ninguna doctrina, por excelente y bíblica que sea, puede edificar el cuerpo de Cristo. El único que puede edificar Su Cuerpo es el Señor mismo, sobre la roca de la revelación de Su persona: ***“Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”*** Mateo 16.18.

Cada determinado tiempo se están inventando nuevas doctrinas aparentemente basadas en la Biblia, doctrinas que dividen más a los santos, que los hacen pelear entre ellos, que los llevan a distanciarse y a rechazarse.

Si quieres comprobarlo, deja ya de “comer entero” y averigua el origen de cada una de las denominaciones y encontrarás que todas tienen como piedra angular

alguna doctrina, por ejemplo del bautismo—por inmersión o por aspersión—, de la práctica de los dones, especialmente el de hablar en lenguas y de hacer milagros; la doctrina del gobierno de la iglesia, del terreno de la iglesia, pero ninguna tiene como su fundamento al único que Dios estableció, que es la revelación acerca de la persona del Señor Jesucristo.

Pastores, líderes y sacerdotes católicos; hablamos para ustedes con todo el amor del Señor que brota desde nuestro interior: No se opongan más al Señor, tengan una actitud de arrepentimiento; vayan a Él y rueguenle que les perdone por exaltarse sobre Sus hijos, y que les revele lo que Él en verdad quiere y anhela. Dejen a un lado las doctrinas, las tradiciones y las mentiras que satanás ha sembrado en sus corazones. No se consideren guías, de quienes el Señor nunca ha puesto bajo el cuidado de ustedes.

No sean como los escribas y fariseos hipócritas que no entran, ni dejan entrar al reino de los cielos, a quienes lo desean sinceramente: **“Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando”** Mateo 23.13.

Permitan y ayuden a que cada hermano tenga una comunión directa con el Señor, que Él los guíe y los gobierne. No tengan miedo porque satanás pueda hacer daño a los santos; el Señor es suficientemente poderoso y cuidadoso para guardar a cada uno de Sus hijos. Ustedes no tienen el poder ni la capacidad para cubrir y cuidar a nadie, ni siquiera a ustedes mismos, porque ustedes también necesitan ser cuidados y pastoreados por el único y verdadero Pastor, el Señor Jesucristo.

Si crees que verdaderamente el Señor Jesús siendo Dios **“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”** Juan 1.1, se hizo carne: **“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”** Juan 1.14, que vivió en esta tierra como un hombre normal—pero sin pecado—; si crees que murió y mediante Su muerte eliminó todos los obstáculos que nos impedían acceder al Padre: **“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”** Juan

14.2-3.

Si crees que después de tres días de Su muerte resucitó y que el día de Su resurrección ascendió al Padre como hombre: **“Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro). Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”** Juan 20.16-17; si crees que ese mismo día, en la noche, vino a los Suyos para mezclarse con ellos como el Espíritu Santo: **“Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”** Juan 20.22; que pasados cuarenta días ascendió al cielo de manera visible, delante de Sus discípulos **“Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo... Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos”** Lucas 24.50-51; Hechos 1.9, para ser entronizado como Dios y Señor sobre todo el universo, y que como hombre fue introducido en la gloria de Dios.

Si crees que hoy Él mora en el espíritu de cada creyente: **“el que se une al Señor, un espíritu es con él... El Señor Jesucristo**

esté con tu espíritu” 1 Corintios 6.17; 2 Timoteo 4.22, permítele ser tu Cabeza y de los demás creyentes.

Entiende por favor, que Él es la cabeza de la iglesia y no tú. Déjalo encabezar Su cuerpo, no lo estorbes más. Déjate encabezar por Él, no seas el palo en la rueda que impide que el Señor avance; des- pójate de las maquinaciones que satanás ha urdido para atraparte en su red con el fin de estorbar y dañar el plan del Señor: **“Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él”** 1 Timoteo 2.24-26.

Líderes del cristianismo: no se constituyan más en mediadores entre Dios y los hombres, porque Dios ha puesto un único Mediador: el Señor Jesucristo: **“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos”** 1 Timoteo 2.5-6.

Con su actitud soberbia y de señorío, lo único que logran es que satanás los use a ustedes como he-

ramientas para oponerse al desarrollo del plan del Señor. El Señor los está llamando y les está dando la oportunidad de que se arrepientan. Permitan que haya solo un rebaño y un Pastor; dejen que el Señor cumpla Su anhelo eterno y no lo estorben más.

Observen que la palabra dice que los santos pueden ser arrastrados por todo viento de doctrina que es promulgada por hombres astutos y maestros en artimañas para conducir a otros al error.

Tú, querido líder evangélico o católico, puedes ser uno de esos hombres artimañosos que estás llevando a los hijos de Dios a un sistema de error, pero el Señor en Su inmensurable bondad te está dando la oportunidad de rectificar, de arrepentirte y de venir a Él.

No tengas duda, el Señor no te rechazará, porque Él **“resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”** 1 Pedro 5.5. No seas objeto de Su resistencia, sino más bien un vaso que recibe Su gracia abundante. Si aprendes del Señor a ser humilde, y vas a Él con humildad, estás seguro de que no te rechazará.

Volviendo a Efesios 4, el versículo 15 nos suministra la clave para vencer la tibieza propia de la iglesia en Laodicea, que es el cristianismo actual, la manifestación más prominente de la iglesia de-

gradada en los tiempos inmediatamente anteriores a la Gran Tribulación: **“sino que, siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo”**.

Aquí hay unas palabras que debemos saborear y disfrutar una a una, para obtener revelación. Dice que siguiendo la verdad. ¿Qué es la verdad? Recuérdese que la verdad no es un concepto filosófico, el cual tiene que ver con el árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir, no tiene nada que ver con lo bueno o lo malo. La verdad es una persona, el Señor Jesús mismo: **“Jesús le dijo: Yo soy ... la verdad, ...; nadie viene al Padre, sino por mí”** Juan 14.6.

Para vencer la tibieza es necesario seguirlo a Él, sin intermediarios ni mediadores. Él vive en el espíritu de los creyentes y nos ha dado la unción que nos enseña todas las cosas y nos guía a la verdad. Ya no sigas más a hombres, sigue al Señor que está en ti.

Dice también el versículo 15 que debemos seguir la verdad en amor. Recordemos que el amor es mucho más que un sentimiento, es Dios mismo: **“Dios es amor”** 1 Juan 4.8.

Para expresar el amor de Dios, debemos llenarnos cada día de la persona de Dios que es el Espíritu Santo. Tú y yo somos vasos crea-

dos para contener a Dios. Pero contenerlo a Él depende de nuestra disposición para llenarnos de Sus riquezas y en la medida que estamos llenos, el amor de Dios se expresa por medio de nosotros y de esa manera podemos seguir la verdad en amor.

Continúa el versículo con la frase **crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo**. Observa que el crecimiento no consiste en llenarnos de doctrinas, de prácticas, de hábitos, de bondad, de rectitud ni de cosas buenas, sino en llenarnos de la persona de Cristo. El Señor se sembró en nosotros como semilla en el momento que creímos en Él, y Él necesita crecer en nosotros hasta que lleguemos a Su estatura; pero en la inmensa mayoría de los creyentes, el Señor no ha podido desarrollarse y crecer, porque ellos han seguido doctrinas, hombres que emplean con astucia las artimañas del error y han impedido que Él haga Su voluntad en ti.

La cabeza, la única cabeza es Cristo, y solamente en Él debemos crecer. No podemos crecer en una o en unas doctrinas, ni en uno o en unos líderes, tampoco en una organización, sino en el Señor Jesús. Crecemos cuando Él llena nuestro corazón, hasta que alcancemos toda la plenitud de Dios.

Para terminar esta reflexión,

disfrutemos el versículo 16 de Efesios 4: **“de quien todo el cuerpo bien coordinado y coligado entre sí por todas las coyunturas del suministro que se ayudan mutuamente, según la actividad en la medida de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”** (Gr.). Una vez más llamamos la atención del lector para que entre en su espíritu al leer estas palabras, que son muy importantes y decisivas en la comprensión del deseo del corazón del Señor.

La última palabra del versículo 15 es Cristo y la primera frase del versículo 16 dice: **de quien todo el cuerpo bien coordinado**. Obsérvese que el cuerpo es de Cristo y Él es el coordinador. No hay otro. No intentes atribuirte una función que el Señor no te ha dado. El coordinador es Él. El crecimiento del cuerpo se da solamente si los miembros del cuerpo están ligados, unidos a Él, no a una organización, no a un ministerio particular ni a un líder.

Estar coligado es estar firme y fuertemente unidos entre sí, pero esa unión se da por las coyunturas que son todos los miembros del cuerpo que, viviendo en el espíritu, tienen la capacidad de moverse en él, sin desligarse, es decir, sin separarse, pero la coligación depende de la coordinación.

En otras palabras, si los miembros no tienen una inamovible unión con la Cabeza, con Cristo, fácilmente se separarán y se convierten en cadáveres, porque mueren.

Si existe la compenetración con la Cabeza, cada miembro se mueve en el cuerpo conforme a su actividad propia y ayuda a los demás miembros, y a la vez es ayudado por ellos.

De esa manera, se causa el crecimiento individual de cada miembro, y con ese crecimiento individual viene el crecimiento del cuerpo que es corporativo, porque todos los miembros se necesitan mutuamente para crecer, pues no puede crecer el uno sin el otro, y este crecimiento individual-corporativo va produciendo la edificación de la iglesia, edificación que se da en amor, es decir, que tiene como resultado que Dios llene el alma y el corazón de cada creyente y se exprese a través de cada uno y de todos los miembros.

Como creyentes que estamos corriendo la carrera para ser vencedores, bien como el Hijo Varón o como Las Primicias, no podemos decir que nos hemos enriquecido y que ya no tenemos necesidad de nada. Por el contrario, debemos ir al Señor con humildad cada día y suplicarle, que por ningún motivo deje de suplirnos Sus riquezas—el

pan nuestro de cada día dánoslo hoy.

Si vivimos esta realidad diariamente, no tendremos que escuchar las duras palabras de la boca del Señor, que le dirigió al ángel de la iglesia en Laodicea: “**no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo**” Apocalipsis 3.17. Esta última frase, lamentablemente, es la radiografía del cristianismo hoy.

Aquí están las cinco características del cristianismo contemporáneo: desventura, miserableza, pobreza, ceguera y desnudez. Pon toda tu atención, porque quien dice esto es el Señor. En este libro no se está inventando nada, es el Señor quien lo dice, y Su hablar es veraz.

No hay nada que discutir; el cristianismo en los tiempos que anteceden a la venida del Señor y a la Gran Tribulación, está lleno de desventura, es miserable, es pobre, es ciego y está desnudo. Para comprobarlo no hay que hacer cursos de teología, ni asistir a ningún instituto bíblico, ni pertenecer a una clase de cristianos especiales; simplemente se requiere ir al Señor para que Él revele la realidad del cristianismo actual y se verá que el Señor tiene razón al afirmar que las cinco características descritas, son la triste manifestación de quienes afirman ser la iglesia.

En el último capítulo del libro La Degradación de la Iglesia hemos hecho una completa descripción de estas cinco características de la última manifestación de la iglesia, y no tiene objeto repetirlas aquí.

La situación de Laodicea es tan repugnante delante del Señor, que advierte a Sus hijos de esta época, que está a punto de vomitarlos de Su boca. Esto quiere decir que los hijos de Dios de este tiempo, aunque el Señor trata de encontrar fruto en ellos que lo satisfaga, el fruto es tan aborrecible, tan indigerible, que rebota el estómago del Señor, le produce náuseas y ganas de vomitar.

Sin embargo, el Señor que es tan bondadoso y misericordioso, no solo da un diagnóstico y una sentencia contra quienes viven la situación degradada, sino que presenta inmediatamente un remedio eficaz: ***“Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas”*** Apocalipsis 3.18.

El Señor, en Su cuidado tierno, ha provisto para Sus hijos tres elementos que los ayudan a salir de la degradación: oro, para combatir la pobreza y la miseria espirituales

en que han caído los hijos de Dios de los últimos tiempos, y poseyéndolo en abundancia, hacerse ricos espiritualmente, es decir, tener mucho Cristo, mucho Dios, para suplir sus necesidades personales, las de su familia y para tener qué compartir con otros.

La miseria y la pobreza consisten en no tener lo necesario para suplir las necesidades básicas de una persona y si hay algo para la persona, no tiene nada para compartir con los suyos. Por eso el Señor le aconseja al ángel de la iglesia en Laodicea que compre de Él oro refinado en fuego. Naturalmente que para adquirirlo hay que pagar un precio; sin embargo, el Señor nos da Su gracia para que con ella compremos de Él oro refinado en fuego.

Al ser refinado en fuego, significa que el comprador debe ser atemperado por diversas pruebas, que son el fuego que elimina todas las impurezas que hay en nuestro hombre natural, hasta que nuestra humanidad sea totalmente depurada de la inmundicia que satanás le ha inoculado a lo largo de los siglos, y después sea totalmente llena de la vida y la naturaleza del Señor Jesús, con el fin de que ya no nos veamos nosotros, sino que sea Él quien se exprese en nuestra humanidad: ***“para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual***

aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo... ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí 1 Pedro 1.7; Gálatas 2.20.

El segundo elemento que el Señor nos provee para que vencamos la situación de tibieza, propia de Laodicea, es vestiduras blancas para que no seamos avergonzados por causa de nuestra desnudez.

Cuando creímos en el Señor fuimos bautizados en Él y revestidos de Cristo, sin embargo, ese vestido solamente cubre nuestro espíritu humano. A pesar de estar vestidos de Cristo, nuestras acciones no lo expresan, no lo glorifican ni lo satisfacen, porque, aunque somos salvos, nuestra alma aun es caída y requiere de un proceso de transformación que depende de la disposición del creyente para ser lleno del Señor, hasta que su mente sea puesta totalmente en el espíritu.

En la medida que el creyente va comprando del Señor oro refinado en fuego, simultáneamente va siendo vestido con vestiduras blancas, va bordando el vestido para entrar en las Bodas del Cordero, vestido del que habla la parábola

de la fiesta de bodas de Mateo 22 y que es equivalente al segundo vestido relatado en el Salmo 45.13-14: ***“Toda gloriosa es la hija del rey en su morada; de brocado de oro es su vestido. Con vestidos bordados será llevada al rey; vírgenes irán en pos de ella”***.

En este Salmo, el Señor habla de que la hija del Rey requiere dos vestidos; uno para estar en el palacio del Rey y otro para estar en Su presencia. El primero, es brocado de oro y nos fue dado cuando creímos en el Señor y lo recibimos; el segundo es necesario bordarlo, y el bordado se hace día a día, durante la vida del creyente en la tierra.

Cuando tú vas a la presencia del Señor, cuando entras en tu aposento—espíritu humano— y cierras la puerta para tener comunión íntima con Él, estás bordando tu vestido de bodas, poco a poco, puntada tras puntada, hasta que completes el vestido apropiado y así puedas participar de las Bodas del Cordero. Siendo así, cuando el Señor venga, podrás estar en Su presencia y entrar en las Bodas que durarán mil años.

Como creyentes, hemos sido vestidos de Cristo: ***“porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”*** Gálatas 3.27 y ese vestido nos permite estar en

el palacio de Dios—la iglesia—, pero, para entrar en Su presencia, para tener comunión íntima con Él, necesitamos un segundo vestido que es bordado. Cuando el Señor venga, solamente aquellos creyentes que han bordado completamente su vestido de bodas podrán estar en Su presencia y entrarán en las Bodas del Corde-ro. Este es el llamado que hace el Señor en 1 Juan 2.28: **“Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados”**.

Para bordar el vestido es necesario permanecer en Él, y permanecer en Él nos permite bordar el vestido, y eso no es nada distinto a buscarlo en cada momento de nuestra vida, pensar en las cosas del Espíritu, poner la mente en el Espíritu, hablar con Él, oír Su voz, escuchar Su palabra, recibir revelación, buscar visión, agradecerlo en todo, expresarlo y manifestarlo: **“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, [piensan] en las cosas del Espíritu”** Romanos 8.5.

Comprar vestiduras blancas para vestirnos y que no se descubra la vergüenza de nuestra desnudez, es expresarlo a Él en todos los actos de nuestra vida, en nuestras palabras y en nuestros pensamien-

tos. Siempre que pensamos algo de nosotros mismos, que hablamos algo que proviene de nosotros y que hacemos algo que no tiene origen en el Señor, estamos manifestando nuestra desnudez y es muy vergonzoso para nosotros y para el Señor.

Comprar vestiduras blancas para vestirnos y no descubrir la vergüenza de nuestra desnudez, solamente se consigue llenándonos de las riquezas del Señor mediante su disfrute permanente. No se logra por los esfuerzos que hagamos para agradar al Señor, sino por ir a nuestro espíritu y disfrutar todo lo que el Señor es y todo lo que Él tiene, que nos ha sido dado mediante la regeneración.

Cada mañana podemos tener una oración más o menos así: *“Padre, te agradezco porque me has dado este día para vivirlo aquí en la tierra y te ruego que extiendas Tu misericordia y llenes todo mi ser.*

Haz que en este día las cosas que piense sean agradables a Ti, que Tú seas el origen de mis pensamientos.

Anhelo Señor que cada palabra que he de hablar en este día venga de mi espíritu donde Tú moras, que Tú seas agradado con los dichos de mi boca.

Igualmente, Señor, tengo el ferviente anhelo que en cada cosa que haga, en cada deseo que tenga, Tú seas glorificado y manifestado, para que puedas

encontrar fruto, un fruto que puedas disfrutar con alegría y que no Te produzca náuseas, sino que sea Tu alimento.

Señor, no quiero estar desnudo, bórdame en mí como mi vestido de bodas, porque es mi más grande anhelo ser un vencedor y participar de las Bodas del Cordero, que Tú tienes preparadas para quienes Te amamos”.

Al comienzo dijimos que cada mañana debemos orar, pero debemos hacerlo frecuentemente, tal vez cada hora o cada media hora, o cada quince minutos, con las palabras y las actitudes que nos da el Espíritu, hasta que nos habituemos a vivir una oración permanente en nuestro día a día.

De esta manera bordaremos completamente nuestro vestido de bodas y cuando el Señor venga no tendremos que huir de Él avergonzados, sino que con plena confianza entraremos en la plenitud de Su presencia y disfrutaremos de las Bodas del Cordero por mil años.

El tercer elemento que el Señor nos dispensa para vencer la situación degradada de tibieza de Laodicea es colirio para ungir nuestros ojos y ver.

La unción es el Dios completo que, después de pasar por el proceso de encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización, glorificación y des-

censo como el Espíritu, hoy, como el Espíritu mora en el espíritu humano de Sus creyentes y está allí para enseñarles todas las cosas y para guiarlos a toda la verdad: **“Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él...Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber”** 1 Juan 2.27; Juan 16.13-15.

El Espíritu es el colirio que unge los ojos de nuestro corazón para que podamos tener luz y visión clara, para que podamos ver quién es el Señor y la manera como Él está llevando a cabo Su plan: **“alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grande-**

za de su poder para con nosotros los que creemos” Efesios 1.18-19.

El enemigo de Dios, satanás, especialmente por medio de la religión, ha puesto muchos velos en los hijos de Dios, velos que impiden a los creyentes ver al Señor como su camino.

Pero en la medida que tocamos la unción que es Dios como el Espíritu, los velos son quitados y podemos ver plenamente todo lo que al Señor le interesa que veamos: **“Pero cuando se conviertan de corazón al Señor, el velo se quitará. Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad”** 2 Corintios 3.16-17.

Si compramos del Señor oro refinado en fuego, vestiduras blancas y colirio, tomando como medio de pago la gracia que Él nos da, venceremos la situación degradada de tibieza que se ha apoderado de los cristianos del siglo XXI. Haciendo así, en la venida del Señor, que será más pronto de lo que todos imaginan, seremos los vencedores que reinarán con Él en el reino milenarismo.

Es por esto por lo que, una vez que el Señor presenta el remedio para tan gran mal, inmediatamente afirma: **“Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete”** Apocalipsis 3.19.

las cosas que es necesario vencer (9)

La tibieza de Laodicea (2)

Todos los creyentes contemporáneos necesitan de un genuino arrepentimiento. Necesitan arrepentirse de la tibieza, que como hemos visto, consiste en vivir independientemente del Señor. Necesitan arrepentirse de haberlo dejado a Él como el primer amor y haberse vuelto a los grupos, a los líderes y a los milagros espectaculares, entre otras tantas falacias de las que está poseído el cristianismo contemporáneo.

Los creyentes necesitan arrepentirse de haber dejado al Señor como la única fuente de agua viva y haber cavado para sí cisternas rotas que no retienen agua: ***“Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente***

de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” Jeremías 2.13.

La tibieza no es nada distinto a creer que el Señor ya no es necesario, porque se es rico y se ha enriquecido, y no darse cuenta de que Él es la mayor necesidad diaria en nuestra vida.

El Señor Jesús es la comida que nos nutre; sin Él nos volvemos raquíticos espiritualmente y morimos de inanición: ***“Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre”*** Juan 6.35.

El Señor es nuestra bebida; necesitamos beberlo en todo momento para calmar nuestra sed, para permanecer frescos y lozanos, produciendo fruto ininterrumpida-

mente: ***“y el que en mí cree, no tendrá sed jamás... Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él”*** Juan 6.35; 7.37-39.

El Señor es nuestro vestido; es necesario tomarlo a Él para bordar nuestro vestido de bodas y es una labor que no debe interrumpirse un solo instante de nuestra vida; el tiempo es corto y cuando el Señor venga, debemos estar completamente vestidos, nuestro vestido debe estar totalmente bordado, pues de no ser así, tendremos que pasar por la vergüenza descrita en la parábola de las bodas que el Rey preparó para Su Hijo, narrada en Mateo 22, donde el hombre que entró a las bodas sin estar adecuadamente vestido fue atado de pies y manos y echado a las tinieblas exteriores a llorar y a crujir los dientes: ***“Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes”*** Ma-

teo 22.11-13.

Los creyentes debemos arrepentirnos de no vivir al Señor como nuestro presente y en cambio vivir preocupados por el futuro; tenemos que entender que Él es todo para nosotros, vivirlo hoy y esperar en Él para nuestro mañana. Todas las cosas que nos ocurren están bajo Su control y nos ayudan a bien a quienes lo amamos.

Debemos arrepentirnos porque durante el tiempo que ha transcurrido desde que lo recibimos no le hemos permitido crecer, siempre hemos vivido según nuestro concepto, nuestros deseos y nuestra voluntad y lo hemos ignorado.

Debemos arrepentirnos de nuestra falta de oración en el espíritu; casi todas las oraciones han sido en el alma, oraciones que no ha iniciado el Espíritu. Muchas de nuestras oraciones son peticiones por nuestras necesidades, pero no hemos orado por las necesidades del Señor.

Necesitamos arrepentirnos de no haber aprendido a escucharlo, a oírlo, porque siempre que pensamos que tenemos comunión con Él, le hacemos cientos y miles de peticiones, pero no hemos recibido Su carga, porque no hemos aprendido a escucharlo, no nos hemos enyugado con Él, ni hemos

aprendido Su humildad y Su mansedumbre.

Debemos arrepentirnos porque no le hemos dado al Señor fruto y el poco que a veces le damos no es apto para comer, porque hemos estado preocupados solamente por nuestra necesidad y no por satisfacerlo a Él.

Debemos arrepentirnos porque cuando Él ha querido disfrutarnos, descomponemos Su “estómago” y le provocamos náuseas y vómito, debido a nuestro estado de desventura, a nuestra miseria y pobreza, a nuestra desnudez y ceguera, creyendo que estamos ricos, que tenemos visión, que estamos vestidos y que no lo necesitamos.

Es necesario reconocer nuestra necesidad de Él en cada instante de nuestra vida. Cada segundo debemos vivir en Él y para Él, debemos movernos en Él, pensar en Él y en Su palabra.

Si anhelamos ser vencedores, es necesario morir a todo lo que pertenece al hombre viejo, al hombre caído, al hombre viejo del que hace parte todo nuestro pasado, nuestras maneras, costumbres y hábitos, y vestirnos del nuevo hombre que ha sido creado en la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, nuevo hombre que agrada a Dios, porque es creado en santidad, jus-

ticia y realidad, y es creado según Dios, en el cual solo el Señor tiene participación.

Para aclarar un poco estos conceptos, digamos que el viejo hombre es satanás añadido a la humanidad del hombre; éste se volvió viejo, natural y caído, cuando Adán comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, en el Huerto de Edén; mientras que el nuevo hombre es Cristo encarnado, viviendo como hombre por más de treinta años, muriendo en la cruz, resucitando y ascendiendo para ser entronizado en gloria, con todo este proceso añadido a la humanidad de cada uno de Sus hijos.

Estamos y vivimos en el nuevo hombre siempre que nos volvemos al espíritu y disfrutamos la comunión con nuestro amado Padre.

El siguiente versículo habla de castigo y reprensión de parte de Dios **“Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete”** Apocalipsis 3.19.

Como aspirantes a vencedores, no debemos rehusar el castigo y la reprensión de nuestro Padre amoroso, sino que debemos someternos completamente a Su disciplina, porque ella es prueba de Su inmensurable amor: Yo reprendo y castigo a todos los que amo. Su

reprensión y castigo no debe producir en nosotros rechazo y rebeldía, sino arrepentimiento.

Arrepentirse implica cambiar de dirección. Hasta ahora hemos caminado en nuestros pasos y en nuestro camino; en el camino que nos hemos trazado o que nos han trazado las organizaciones cristianas en las que hemos militado, pero no hemos seguido el camino, que es el Señor Jesús. Hoy necesitamos andar por Él y en Él.

Es necesario dejar de seguir a hombres, ministerios y liderazgos, y volvernos al Pastor y Obispo de nuestras almas que es el Señor Jesús, y caminar en Él que es el camino que nos lleva al Padre. Debemos ser pastoreados por Él: **“Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas”** 1 Pedro 2.25.

El Señor nos pide que seamos celosos y procedamos inmediatamente al arrepentimiento. En realidad, cada día de nuestra vida tenemos mucho de qué arrepentirnos delante del Señor, pero este es un ejercicio exclusivo de cada creyente, nadie puede arrepentirse por ti y tú no puedes arrepentirte por otros; es una actitud personal de cada uno.

Cada santo necesita entrar en la luz para tener comunión con el Señor y ser alumbrado en cuanto a qué tiene que arrepentirse: **“pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”** 1 Juan 1.7-9. Es necesario tener celo por el Señor y en Su celo proceder al arrepentimiento: **sé, pues, celoso, y arrepiéntete.**

Un genuino arrepentimiento lleva al creyente a la óptima expresión de comunión manifestada en el versículo 20: **“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”**.

Debido a que la situación degradada de la iglesia la volvió extraña, el Señor manifiesta que está fuera de ella. Y es lógico. Una iglesia donde los hijos de Dios tienen tantos amores distintos a Él, tales como obras, doctrinas y liderazgos; una iglesia donde Él no es el

primero, sino que los mismos santos han permitido que satanás los gobierne, donde se han establecido tantas jerarquías de papas, cardenales, obispos, curas, pastores, reverendos, doctores, siervos de Dios; una iglesia donde hay muchas cabezas y muchos mediadores distintos al Señor Jesús, que es la genuina y única cabeza de Su Cuerpo, y el único mediador que Dios ha establecido entre Él y los hombres; una iglesia donde se permite que el sistema de Jezabel seduzca y enseñe a los hijos de Dios a tener un sin número de dioses y a fornicar con ellos; y una iglesia que está llena de muerte, no es un ambiente apropiado para que el Señor pueda hacer Su morada y vivir en ella con placer y satisfacción, por esa razón, Él está a la puerta, es decir está fuera de la iglesia.

Es por eso por lo que Él dice: ***He aquí, yo estoy a la puerta.*** Y es lo más lógico. El Señor es santo, puro, perfecto y tiene todos los atributos y virtudes propios de Dios, y de ninguna manera puede tolerar ni vivir en un ambiente de las características del cristianismo contemporáneo. La actitud desobligante de los creyentes de este tiempo ha llevado al Señor a salir de la iglesia, a no tener Su disfrute en ella.

Esta situación es parecida a la

ocurrida con Adán en el Huerto de Edén, después de que cayó del propósito de Dios, comiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal; Dios se vio en la obligación de echarlo de Su presencia y de cortar Su comunión con Él: ***“Eché, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida”*** Génesis 3.24.

La caída del hombre en el Antiguo Testamento consistió en que éste fue degradándose y apartándose de la presencia de Dios, pues la caída no consistió solamente en que Adán y Eva comieran del árbol de la ciencia del bien y del mal, sino que además Caín, en su afán de servir a Dios de acuerdo con su punto de vista, fue rechazado por Dios y por esa causa mató a su hermano Abel; luego las mujeres se mezclaron con espíritus inmundos introduciendo en la tierra una raza maldita, mezcla humana con ángeles caídos, que fueron los *nefilim* de la antigüedad, una raza de gigantes, y finalmente los hombres dejaron al Señor y se volvieron tras los hombres poderosos de los cuales el primero fue Nimrod.

De la misma manera le ha ocurrido a la iglesia en el Nuevo

Testamento, a lo largo de veinte siglos. Los hijos que Dios engendró con todo Su amor, por medio del proceso de encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización, glorificación del Señor Jesús y el bautismo en el Espíritu Santo, en la medida que han pasado los siglos, se han apartado del Señor y se han dejado engañar por satanás, a tal grado que hoy tenemos un cristianismo totalmente degradado en el que el Señor no encuentra la más mínima satisfacción, y por ese motivo ha salido de él, está a la puerta, es decir, no está dentro de él.

Sin embargo, Dios no desiste nunca de Su propósito. No hay ningún poder en el universo capaz de hacerlo desistir de lo que Él se ha propuesto, y a pesar de estar fuera, debido a la corrupción y degradación que hay dentro de la iglesia, Él dice que está llamando.

Encontramos otro paralelo en la caída de Adán en el Huerto de Edén, con la situación de la iglesia contemporánea. Aunque Adán recibió en su ser la naturaleza satánica—el pecado—, aun así, Dios no lo desechó completamente, sino que vino a buscarlo y le dijo: “**¿Dónde estás tú?**” Génesis 3.9. Dios creó al hombre con el propósito eterno de convivir y de tener comunión con él, y a pe-

sar de la caída de éste, aunque la comunión no fuera plena, Dios lo buscó y preparó el medio para que el hombre se reconcilie con Él.

La misma actitud tiene el Señor hoy para con la iglesia. A pesar de su profunda degradación, a pesar del menosprecio de Sus hijos, a pesar de que la iglesia se volvió ramera y fornicaria, el Señor la sigue amando, y a pesar de estar fuera, Él no se ha alejado, se ha detenido para llamar a algunos: **He aquí, yo estoy a la puerta y llamo.**

¡Cuán grande es el amor y la misericordia del Señor para con los Suyos! ¡Qué Padre tan misericordioso, bondadoso, longánimo y amoroso tenemos! A pesar de nuestras injusticias, de nuestra indiferencia, de nuestro menosprecio, Él nos sigue buscando: **yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él.** Aunque el Señor esté llamando, no entrará. Depende de la actitud que tenga cada creyente a quien Él llama. Solamente entrará en quienes oigan su voz y abran la puerta.

Apreciado lector: si este libro ha llegado a tus manos y lo estás leyendo con atención y le has pedido al Señor que te revista de humildad para que puedas ver todo aquello que Él desea que veas, no te asista ninguna duda que el Se-

ñor está tocando a tu puerta; Él te está llamando. ¿Cuál será tu actitud? ¿Quieres oír la voz del Señor y una vez oída quieres levantarte y abrirle?

Sinceramente esperamos que así sea, que abras tu ser al Señor y le permitas entrar. Entiende que el Señor no forzará la entrada, ni usará una “*llave maestra*” para abrir y entrar. Él solamente llama a tu corazón y lo hace con mucha gentileza y delicadeza. El Señor no es tosco; es muy delicado y Él espera que dispongas tu voluntad y decidas levantarte y abrir.

No importa el grupo cristiano en el que milites actualmente; por muy elevadas y espirituales que sean sus prácticas, sus doctrinas y su liderazgo, entiende que el Señor te dice que está fuera de ese grupo, a la puerta.

Aunque los líderes de los grupos cristianos llamen, evoquen e invoquen al Señor, aunque hagan muchas cosas en Su nombre, el Señor no está en ninguna de sus prácticas ni de sus actividades; Él está a la puerta, está fuera.

El Señor hoy no está revelando nada en los grupos cristianos. La comida que tienen los cristianos es seca, vieja, trasnochada y no es nutritiva, porque el pastor de esos grupos no es el Señor, sino los

hombres. Él es el único que nos hace descansar en delicados pastos y nos pastorea junto a aguas de reposo. En el cristianismo no hay tal alimento ni esa clase de bebida.

Hay un principio que debemos tener muy presente para entender la manera como el Señor se manifiesta y revela Su persona y Su plan, y podemos visualizarlo a través de cinco ejemplos consignados en la Biblia.

El primer caso lo encontramos en Mateo 5:1, cuando el Señor enseñó a Sus discípulos acerca de las llamadas bienaventuranzas: ***“Viendo la multitud, subió al monte; y se sentó; cuando se hubo sentado se acercaron a Él Sus discípulos. Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo”***.

Nótese que cuando Jesús vio la multitud subió al monte y se sentó. ¿Por qué razón subiría al monte y se sentaría? Si hubiese sido porque desde el monte deseaba enseñarle a la multitud, no se hubiera sentado. Debemos recordar que en aquella época no había aparatos amplificadores de sonido. Aquí se ve una clara actitud del Señor de no querer enseñarle a la multitud, y las palabras que vienen a continuación lo confirman: ***cuando se hubo sentado se acercaron a Él Sus discípulos y abriendo la***

boca les enseñaba diciendo.

El Señor quería enseñarles solamente a Sus discípulos, porque las palabras consignadas en el resto del capítulo 5 y en los capítulos 6 y 7, contienen las mayores revelaciones acerca del reino de los cielos. Son tan importantes estas palabras, que algunos comentaristas bíblicos las consideran como la Constitución del Reino de los Cielos y esa consideración es muy espiritual y razonable.

Solamente cuando el Señor se sentó y Sus discípulos se acercaron abrió la boca para enseñarles.

Esto nos lleva a inferir que el Señor no está interesado en hablar por hablar, ni en hablarle a multitudes, y esto es tan cierto que, en Mateo 13, cuando el Señor habló las parábolas concernientes al reino de los cielos, frente a una multitud, los discípulos le reclamaron por qué a ellos les hablaba con claridad, mientras que a las multitudes les hablaba en parábolas.

Escuchen la respuesta del Señor: **“Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo**

por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane. Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron” Mateo 13.11-16.

El Señor habla solamente a aquellos que se acercan a Él en espíritu y esto demuestra lo ocurrido en el monte de Mateo 5: **cuando se hubo sentado se acercaron a Él Sus discípulos**. Aquí se cumple el principio establecido por el Espíritu Santo en Santiago 4.8: **“Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros”**.

El Señor se acerca a quienes se acercan a Él y cuando nos acercamos abre Su boca para enseñarnos: **Y abriendo su boca les enseñaba.**

El segundo caso lo encontramos en Mateo 16.13-20, donde el Señor manifiesta una revelación acerca de Su iglesia. Esa revelación no les fue dada a los discípulos estando en Jerusalén, sino que los llevó a un lugar lejano, al norte.

¿Por qué no lo hizo en Jerusalén? Porque esa ciudad estaba saturada de religión, llena de ruido religioso, y los discípulos en ese ambiente no hubieran podido recibir lo que el Señor deseaba mostrarles. Entonces Jesús caminó con ellos una distancia aproximada de 170 kilómetros al norte, a Cesarea de Filipo, que está al pie del Monte Hermón, donde había un aire puro e incontaminado. Allí no estaba el aire contaminado y religioso de Jerusalén.

La Jerusalén de hoy son los miles de grupos denominados cristianos; ellos viven llenos de “**ruidos**”: campañas poderosas, milagros, hechos prodigiosos, de multitudes y de vanas palabrerías, y el Señor no revela nada a esas multitudes, porque nadie puede oírlo en medio de tanta trifulca; pero sí está a la puerta llamándote a ti: “**Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? El respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los**

cielos; mas a ellos no les es dado” Mateo 13.10-11. ¡Que Dios extienda Su misericordia y puedas oírlo y abrirle la puerta!

El tercer caso que nos ayuda a vislumbrar el principio que Dios usa para revelarse, lo encontramos en Mateo 17.1-8, donde el Señor tomó solamente a tres de Sus discípulos y los llevó a un monte muy alto y se transfiguró delante de ellos, para mostrarles que Él no solamente era un hombre, sino que en el interior de ese hombre moraba el Dios completo.

Si eres cuidadoso al leer y meditar la palabra de Dios, verás que en este caso el Señor no llevó a una gran multitud, ni siquiera a todos Sus discípulos, sino a tres de ellos, Pedro, Santiago y Juan, y les mostró la maravillosa visión de la transfiguración. Allí vieron y oyeron el testimonio de la complacencia y el agrado que Dios tiene en Jesús. La revelación no es para todos, solamente es para aquellos que el Señor llama y que tienen un corazón para ser uno con Él: “**Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia**” Romanos 9.16.

El Señor aplicó el mismo principio en el caso de la revelación que le dio a Pedro, en Mateo 16. Aunque estaban allí todos los dis-

cíbulos, la revelación solo le fue dada a Pedro. Y debido a que él tuvo revelación del Padre, el Señor le prometió que le daría las llaves del reino de los cielos: **“Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos”** Mateo 16.18-19.

Una llave sirve para abrir una puerta y entrar en un recinto. De la misma manera, la llave del reino de los cielos sirve para abrir la puerta de ese reino y entrar en él, pero el Señor la da solamente a aquellos que tienen revelación, como fue el caso de Pedro. Hoy el Señor está llamando a aquellos que quieran oír Su voz y abrir la puerta para permitir que entre en ellos para darles revelación y entrada al reino de los cielos.

El cuarto caso lo encontramos en Pablo. Mientras él estaba en Jerusalén estaba saturado de la religión judía y no tenía ninguna posibilidad de que el Señor pudiera darle algo más, porque él estaba rico, se había enriquecido y no sentía ninguna necesidad. Pero un

día, el Señor lo llevó a Damasco, tal vez con un grupo muy pequeño de personas, y por el camino comenzó a revelársele. La revelación que Pablo tuvo allí fue incipiente, pero suficiente para que el hermano tuviera un encuentro genuino con el Señor.

Después, Pablo, pasando por muchos inconvenientes, tuvo que abandonar el centro religioso de Jerusalén e ir a Tarso, y de allí a Arabia, a un lugar desértico, donde el Señor le reveló **“palabras inefables que no le es dado al hombre expresar”** 2 Corintios 12.4. Incluso el Espíritu testifica que Pablo fue llevado hasta el tercer cielo y al paraíso, donde oyó cosas inefables, de las cuales no tiene palabras apropiadas para expresar.

El quinto caso mediante el cual el Señor nos muestra el principio de Sus revelaciones lo encontramos con Juan. Él fue el último escritor de la Biblia. Bajo la inclemente persecución del imperio romano fue desterrado a la isla de Patmos, una pequeña porción de tierra enclavada en el Mar Egeo.

Cuando el emperador romano lo desterró, tal vez tenía la esperanza de que Juan muriera allí de hambre o de alguna enfermedad o devorado por alguna fiera. Los emperadores romanos tenían

por costumbre desterrar a quienes eran incómodos a su reinado, y los confinaban en pequeñas islas, que tienen climas insanos, con escasa comida y sin ninguna asistencia, con el objetivo de acallarlos para siempre.

Juan entonces fue confinado en Patmos y allí el Señor tenía Su plan maravilloso con él, porque le reveló los libros, tal vez con la más elevada revelación de la Biblia, como es el Apocalipsis, sus tres cartas y el evangelio, aunque al parecer allí sólo se escribió el Apocalipsis.

Mientras el emperador de Roma esperaba desaparecer a Juan, el Señor lo tomó en el espíritu y le dio grandes revelaciones. El Espíritu testifica por medio de Juan: ***“Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor”*** Apocalipsis 1.9-10.

¡Qué creyente que se ha habituado a vivir en el espíritu no se deleita, se goza y se extasía, leyendo, meditando y teniendo revelación y visión en el libro de Apocalipsis! ¡Qué hechos y manifestaciones más elevadas hay

allí, gracias a que un hombre se dispuso, para que a través de los tratos injustos e inhumanos de un soberbio emperador usado por satanás, el Señor pudiera tomarlo y darle las sublimes revelaciones que hay en Apocalipsis!

Si eres de los que anhelan tener grandes revelaciones y visiones del Señor, toma los capítulos 4 y 5 del libro de Apocalipsis y léelos, óralos, medítalos y disfrútalos usando tu espíritu; así vas a tener la experiencia que tuvo Juan, que siendo hombre que estando aun en este tabernáculo de carne y sangre, estuvo en el trono de Dios, contemplando toda Su belleza y su hermosura, y por la misericordia de Dios, está consignado en ese precioso libro que llamamos la Biblia, para que hoy mismo, tú y yo podamos disfrutar la plenitud de esas riquezas y podamos igualmente contemplar y disfrutar el trono de Dios.

Por estos cinco ejemplos podemos inferir el principio que Dios utiliza para dar revelación a Sus hijos: El Señor no lo hace en los grandes grupos del cristianismo, porque en ellos hay mucho ruido religioso, mucho afán y mucha fatiga por hacer obras para el Señor, obras de las que Él no participa.

Cuando Dios revela algo a alguno de Sus santos, lo primero que

hace es aislarlo, llevarlo a un lugar donde haya aire puro e incontaminado, que puede ser “el monte”, “Cesarea de Filipo”, “el monte muy alto”, “*el desierto de Arabia*” o la “*isla de Patmos*”.

Es por esa razón que Él te dice hoy: “**yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él**”. El Señor no revela nada en las congregaciones del cristianismo, sean católicas o protestantes, porque Él no está dentro de ellas, está fuera, a la puerta, solamente para llamar y sacar a Sus ovejas: “**las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz**” Juan 10.3-4.

Cuando algún creyente oye la voz y abre su ser al Señor, Él entra; de otra manera no lo hace. El Señor no violenta la puerta, sino quiere que dispongas tu ser, especialmente la voluntad y tomes la decisión de abrirle; sólo entonces el Señor entrará.

Y cuando entra no lo hace para imponer reglas o para pedir cuentas o para hacer exigencias, sino para tener un disfrute mutuo con Sus hijos: “**He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno**

oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” Apocalipsis 3.20.

El Señor está anhelante de encontrar en Sus hijos algo qué comer y disfrutar, algún fruto que lo satisfaga, que le produzca gozo y satisfacción. Dios hoy desea encontrar en los creyentes lo que encontró y encuentra permanentemente en Jesús: “**Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia**” Mateo 3.17.

Una cena es un tiempo de disfrute supremo y el Señor desea encontrar en nosotros algún fruto de Su trabajo que le dé disfrute. El Padre ha trabajado en nosotros durante mucho tiempo y casi siempre encuentra solo hojas, únicamente apariencia, pero nada que lo deleite.

El cristianismo contemporáneo es como la higuera que no sació el hambre del Señor Jesús cuando tuvo hambre, porque no tuvo fruto para Su satisfacción, sino solo hojas; tenía apariencia de estar llena de vida, pero era estéril, porque cuando el Señor necesitó comer de su fruto encontró solamente apariencia: “**Por la mañana, volviendo a la ciudad, tuvo hambre. Y viendo una higuera cerca del camino, vino a ella, y**

no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y luego se secó la higuera” Mateo 21.18-19.

Si nuestra condición es de esterilidad, es decir, no producimos nada que satisfaga al Señor, estamos en peligro de ser desarraigados, de ser maldecidos: **“Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? Él entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después”** Lucas 13.6-9.

El cristianismo contemporáneo está al final del cuarto año de la parábola, y debido a que en él no hay fruto está a punto de ser desarraigado y lo será durante la Gran Tribulación.

El juicio por el que tendrá que pasar la mayoría de los creyentes en esos tres y medio años de prueba sobre la tierra, es el desarraigue de la higuera, porque a pesar de que el Señor ha esperado tanto tiempo,

el cristianismo no quiso dar fruto, no quiso seguir al Señor, sino que siguió a satanás por medio de líderes, ministerios, organizaciones y doctrinas, y el Señor en ellos no pudo encontrar nada que lo deleitase: **“Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada”** Hebreos 6.7-8

Sin embargo, querido lector, esta no tiene por qué ser tu condición; el Señor en Su misericordia te está llamando para que abras tu puerta y lo dejes entrar, para que Él pueda trabajar en ti y poco a poco vayas madurando y produciendo fruto para que Él cene.

Motivado por Su gran amor, Dios nos injertó en Cristo, la vid verdadera, y el Padre labora diariamente para que nosotros disfrutemos Sus riquezas y absorbamos todos Sus nutrientes y tengamos frutos: **“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”** Juan 15.1-2.

El Padre trabaja en nosotros como un diligente agricultor, pero en Su trabajo, Él tiene un propósito bien claro, cual es el de que llevemos fruto, porque desea comer del resultado de Su labor. Un agricultor no trabaja por jugar a ser agricultor, sino porque tiene la necesidad de alimentarse con el fruto de su labranza, pero si no obtiene una cosecha abundante con frutos abigarrados, el agricultor pierde y no cultivará más.

De la misma manera, los creyentes hemos sido injertados en Cristo con el deseo de que llevemos fruto para la satisfacción de Dios. Si tenemos fruto, si Él puede disfrutar de nuestra obediencia, si Él logra crecer en nosotros, paulatinamente va limpiando todas las impurezas que satanás nos introdujo, Sus riquezas van llenando nuestro ser, el Señor crece y crece en nosotros y cada vez hay fruto más abundante, más rico y satisfactorio para Él.

Pero si los creyentes no se disponen para que Él los limpie e inculque Sus riquezas en ellos, serán cortados y ya no podrán llevar fruto. Aquellos creyentes que llevan fruto y que son limpiados permanentemente por el Señor, llevarán más fruto cada vez y serán los constituyentes del Hijo Varón y de las Primicias.

Los que no llevan fruto, tendrán que pasar por el juicio de la Gran Tribulación: ***“El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden”*** Juan 15.6.

Aunque al final de ese periodo podrán ser vencedores, sin embargo, habrán perdido la oportunidad de ser raptados al trono de Dios antes de la Gran Tribulación. Y si han muerto antes de la Gran Tribulación, tendrán que ser transformados durante mil años en las tinieblas exteriores, llorando y cruciando los dientes.

Todo el secreto está en permanecer en el Señor y esto es equivalente a oír Su voz, abrirle la puerta y permitirle que entre para cenar con nosotros.

El disfrute que tiene el Señor con aquellos que le permiten entrar no es disfrute solamente para Él, sino también para el creyente: cenaré con él, y él conmigo. El Señor anhela encontrar en nosotros frutos para cenar, pero a la vez desea que nosotros tengamos una cena permanente de disfrute de Su persona, de Sus riquezas, de Su plan, de Sus secretos y de Sus misterios.

Nuestra vida en Cristo debe ser una vida de continuo disfrute,

de gozo permanente, de paz, de alegría, de confianza y de seguridad... y todo es posible permaneciendo en Él, no permitiendo que el Señor nos abandone ni nos desarraigue. No debemos contristarlos y si lo contristamos, debemos estar prestos a arrepentirnos.

Viviendo en una continua comunión en nuestro espíritu, estando siempre en nuestro aposento, con la puerta cerrada, hablando con Él, escuchando Sus cargas, Sus deseos, orando conforme Él quiere, presentándole nuestras cargas, nuestras inquietudes, pero teniendo, principalmente preocupación por Sus intenciones y deseos.

Haciendo así seremos objeto del cumplimiento de la promesa que el Señor le hace al vencedor de la condición degradada de Laodicea: ***“Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono”*** Apocalipsis 3.21.

Qué momento más sublime y elevado cuando el Señor diga al vencedor de la degradación de la etapa presente de la iglesia: ***“Tú has vencido como yo, pues durante Mi vivir en la tierra en carne, siempre agradé al Padre y jamás pensé, ni dije, ni hice nada por mi propia cuenta, sino que en todos mis actos fue Él quien hizo Sus obras.***

Después de que me abriste tu corazón, poco a poco fuiste ganando ese vivir en el que no tomaste la iniciativa para hacer nada, sino que dejaste que hiciera Mi voluntad en tu vida, y por esa razón has alcanzado Mi estatura, has llegado a ser un hombre de plena madurez, lograste Mi pleno conocimiento y alcanzaste la unidad de la fe.

Desde que comenzaste a andar conmigo, nunca declaraste que estabas rico y que no necesitabas nada, sino que siempre dependiste de Mí. Jamás rehusaste Mi tratamiento ni Mi gracia, sino que siempre me permitiste inocular Mi naturaleza divina en tu naturaleza humana, hasta el punto de que te llenaste de todas Mis riquezas y tuviste abundancia para ti y para suplir a otros; hoy estás totalmente vestido de Mi naturaleza santa y divina y antes de que te arrebatara no había una sola área de tu vida que Yo no llenara, pues ahora te encuentro totalmente vestido de Mí y no tienes nada de qué avergonzarte.

Un día llamé a tu puerta y abriste tu corazón y siempre deseaste tener revelación y luz y viste el plan que yo estaba realizando con Mis hijos y viviste en esa luz y la compartiste con quienes me abrieron su corazón y me fuiste un testigo fiel, pues siempre me glorificaste.

Mientras viviste en la tierra fueron muchos los momentos de ale-

gría, gozo y paz que pasamos juntos, siempre encontré en ti frutos frescos y deliciosos para Mi satisfacción. Por todo esto y por muchas otras obras que Yo hice en ti, eres un vencedor, y ahora quiero que te sientes conmigo en Mi trono, porque de la manera que Yo vencí y me senté con Mi padre en Su trono, tú has vencido y has ganado el derecho de disfrutar de nuestro trono”.

¿Habrá algún privilegio superior a éste? ¿Habrá en el universo un trono más elevado que el de Dios? Y ese trono está destinado para aquellos que, viviendo en la era actual, venzan la situación degradada de la iglesia, la cual el Señor nos ha permitido describir.

Ese privilegio es para ti, hermano lector. Y no es difícil obtenerlo. Solo necesitas abrir tu corazón al Señor y permitirle que Él entre, que haga Su voluntad, que te dirija y te gobierne, que te guíe cada día de tu vida, que lo tengas a Él como el primer amor, que termines tu indiferencia hacia Él y que le permitas hacer Su voluntad. ¡De ti depende!

los vencedores de la gran tribulación

Padre, te damos gracias por el privilegio que nos das de entrar en el espíritu, de penetrar en Tu corazón y en comunión íntima contigo recibir revelación de quién eres Tú, de las cosas que has hecho, de las que estás haciendo y de las que harás.

Gracias por iluminar nuestro entendimiento para ver, apreciar y disfrutar las delicias que preparaste para Tus hijos desde antes de la fundación del mundo. Te agradecemos por pensar en nosotros en la eternidad pasada, escogiéndonos para ser Tus hijos, miembros de Tu cuerpo; te agradecemos por predestinarnos para hacernos iguales a Tu amado Hijo nuestro Señor Jesucristo, y lo estás logrando mediante Tu trabajo continuo en nuestro ser, por Tu

Espíritu.

Cada día nos estás llenando con Tu naturaleza santa. Estamos agradecidos por Tu deseo de que disfrutemos a diario Tus insondables riquezas; con ellas estamos creciendo y poco a poco vamos llenándonos de Ti y en breve tiempo alcanzaremos Tu estatura, porque Tú nos llamaste para ser aquellos que alcancen la plena madurez antes de Tu venida, siendo transformados y arrebatados vivos a Tu trono, o antes de que nos llames de esta tierra para estar en el paraíso y esperar la resurrección como el Hijo Varón.

Padre Santo, te agradecemos por Tu misericordia al fijarte en nosotros, porque sabemos que nos has amado desde antes de que creases el mundo.

En estos últimos tiempos que anteceden a Tu venida, has tenido la

bondad de abrírnos Tu corazón, para mostrarnos quiénes han de ser los vencedores. Te rogamos que este libro y los demás que componen la serie, lleguen a corazones dispuestos a agradarte. Tú conoces a todos los hombres y especialmente a Tus hijos, y te rogamos que siembres Tu palabra en corazones que puedan producir fruto a ciento, a sesenta y a treinta por uno.

Padre precioso, para llevar adelante Tu plan, tienes la gran necesidad de ganar las primicias, los ciento cuarenta y cuatro mil que describes en Apocalipsis 14.1-5, y que cuando tengas estos hijos y hermanos Tuyos, Tú vendrás para tomar posesión de los reinos del mundo y reinar con ellos y con los demás vencedores sobre la tierra.

Por eso agradecemos Tu bondad al escogernos y llamarnos para ser parte de tan dilecto grupo de Tus hijos. Nos disponemos cada día para que hagas Tu trabajo en nuestro ser y nos lleves a crecer en Ti hasta alcanzar Tu estatura. Gracias, porque hoy podemos confesar sin ninguna sombra de duda, que Tú nos has llamado para ser vencedores, y lo somos. Amén”.

Hasta este punto, el Señor nos ha mostrado las características de los dos primeros grupos de vencedores, los que serán arrebatados antes de la Gran Tribulación y llevados al trono de Dios, trono que Juan describe en los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis. Esos grupos son

Las Primicias y el Hijo Varón, y quienes hemos tenido el privilegio de ser llamados por el Señor para alcanzar esta visión elevada, seremos parte o de uno o de otro.

Hemos visto igualmente que el mayor y más elevado privilegio que Dios puede darle a Sus hijos es el de hacerlos parte de las Primicias vivas, porque estos hermanos no pasarán por la muerte, que es el mayor castigo que entró en el hombre como consecuencia de recibir en él la naturaleza del diablo, que es el pecado: **“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por medio de un hombre, y por medio del pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”** Romanos 5.12.

Aun el Señor Jesús tuvo que sufrir la muerte por causa de la caída del hombre, con el fin de que, por medio de Su muerte, fuésemos librados del pecado y de la muerte: **“Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera El participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo, librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud”** (Hebreos 2.14, 15);

mientras tanto los ciento cuarenta y cuatro mil que serán las primicias, los que de ellos estén vivos serán transformados en un instante, en un abrir y cerrar de ojos y arrebatados para el trono de Dios, donde cantarán un cántico que solo ellos pueden aprender, y a la vez serán el disfrute para Dios, como la primera parte de Su cosecha.

Quienes vivimos en esta época tenemos la posibilidad de alcanzar ese privilegio y rogamos al Señor que nos mire en Su misericordia para que estemos vivos en Su venida.

Pero para lograrlo, es necesario procurar llenarnos cada día de Su persona, disfrutando permanentemente las riquezas que Él ha dispuesto para nuestro disfrute; es necesario vivir en continua comunión con Él, oír Su voz, conocer Su voluntad y obedecerla; seguir al Cordero por dondequiera que va, mantener nuestra condición de vírgenes puras al no permitir ser engañados en nuestros sentidos por satanás, no siguiendo a hombres ni a doctrinas enseñadas por hombres, ni ser arrastrados por los vientos de doctrinas, que están de moda en el cristianismo degradado.

Mantenemos nuestra condición de vírgenes, evitando contaminarnos en nuestros sentidos y

no siguiendo ministerios particulares, sino permaneciendo en el ministerio del Espíritu; no siguiendo a organizaciones y su multitud de mandamientos, sino siguiendo la unción que el Señor nos ha dado y que mora en nuestro espíritu para enseñarnos todas las cosas; mantenemos nuestra virginidad no siguiendo prácticas y doctrinas, sino estando siempre en el Señor, para agradarlo y complacerlo en todos Sus deseos.

Si este es nuestro vivir y saliéramos de este mundo antes de la venida del Señor, seremos parte del Hijo Varón y resucitaremos antes de la Gran Tribulación, para ser arrebatados al trono de Dios, para echar del cielo a satanás y sus ángeles, mediante el guerrear de Miguel y sus ángeles.

Sea en una o sea en otra situación, tenemos la oportunidad de ser vencedores y de no estar en esta tierra cuando venga la hora de prueba que el Señor enviará para probar a los que moran sobre toda la tierra, y subiremos al trono de Dios, al cielo, para disfrutar de todos los privilegios que el Señor ha guardado para estos dos grupos de vencedores.

Esta es una magnífica oportunidad que el Señor les brinda a Sus hijos que viven en este tiempo en la tierra.

*Los vencedores de la Gran
Tribulación*

Además de las Primicias vivas y el Hijo Varón, hay otro grupo de vencedores que la Biblia denomina como aquellos que han salido de la Gran Tribulación y que vamos a describir en este capítulo, con la ayuda del Señor.

“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero... Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no

tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” Apocalipsis 7.9-10,13-17.

Algunos maestros de la Biblia dicen que estos son los hijos de Dios de todos los tiempos y que la gran tribulación se refiere a las tribulaciones que todos los creyentes tenemos que pasar mientras vivimos en la tierra, por causa de la disciplina, el castigo y la reprensión del Señor.

Si creemos firmemente que la Biblia contiene la palabra de Dios y que, aunque fue escrita por hombres, esos hombres fueron inspirados—llevados— por el Espíritu Santo y escribieron lo que Él les dijo que escribiesen ***“porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo[llevados] inspirados por el Espíritu Santo”*** 2 Pedro 1.21. Debemos entender también que en la Biblia no sobran ni faltan palabras, sino que el Señor incluyó en ella las palabras suficientes y necesarias para que nuestra fe sea firme y nosotros podamos creer en el Señor:

“Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales, si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir... Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis”

Juan 21.25; 19.35.

La porción de Apocalipsis 7 que estamos viendo dice que la gran multitud que venía de todas las naciones y pueblos y tribus y lenguas, que nadie podía contar, han salido de la gran tribulación. El interlineal griego dice que esa multitud viene de la Gran Tribulación, lo cual implica, sin discusión, que todos esos hermanos han pasado por la Gran Tribulación, periodo de tres años y medio, en el que el Señor juzgará a todos los moradores de la tierra y que en el mensaje al ángel de la iglesia en Filadelfia es denominada la hora de la prueba ***“Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra”*** (Apocalipsis 3.10).

Infortunadamente, como vimos en capítulos anteriores, el cristianismo degradado está convencido,

y así enseña, que todos los hijos de Dios serán arrebatados antes de la tribulación. ¡Craso error!

De acuerdo con la Biblia, antes de la Gran Tribulación serán arrebatados solamente el Hijo Varón—Apocalipsis 12—y las primicias vivas—Apocalipsis 14.1-5. Los demás creyentes que para entonces estén vivos tendrán que pasar por la Gran Tribulación y todos serán perseguidos y muchos serán muertos a manos del anticristo.

Podemos probar la veracidad de esta afirmación en los pasajes que describen el Hijo Varón y las Primicias. El primero en Apocalipsis 12, relata cómo la mujer, que representa al pueblo de Dios de todos los tiempos, da a luz un hijo varón, que satanás quiere devorar tan pronto como nazca, pero en lugar de ser devorado por el diablo, el hijo varón que ha dado a luz la mujer, es arrebatado para Dios y para Su trono.

Una vez que el Hijo varón es arrebatado, en el cielo se desata una gran batalla entre dos bandos: por un lado, están Miguel y sus ángeles y por otro satanás y sus ángeles caídos.

Como resultado el diablo y sus huestes son expulsados del cielo y vienen a la tierra. Una vez que satanás ve que ha sido expulsado del

cielo, persigue a la mujer que dio a luz al hijo varón: **“Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón”** 12.13.

Dios, movido por el amor hacia Sus hijos ayuda a la mujer y le da alas de águila para que vuele al desierto, un lugar preparado por Dios, donde es sustentada por tiempos, tiempo y la mitad de un tiempo, que suma un total de tres años y medio, que es el tiempo que durará la Gran Tribulación.

La serpiente entonces arroja de su boca agua hasta formar un gran río para ahogar a la mujer, pero la tierra la ayuda tragándose el río. Pareciera que el río son ejércitos que lucharán contra los hijos de Dios, pero el Señor no les permitirá hacerles daño. Sin embargo, el versículo 17 afirma: **“Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo”**.

Los que guardan los mandamientos de Dios son algunos israelitas que se mantienen guardando la ley que Dios les dio a través de Moisés, que es la corriente de los judíos que se conocen como orto-

doxos; y los que guardan el testimonio de Jesús son los creyentes no judíos—salidos de entre los gentiles—, que hacen parte del resto de la descendencia de la mujer, que pasará por la mayor parte de la Gran Tribulación aquí en la tierra. Éstos son parte de la iglesia.

Inmediatamente después de que la mujer da a luz al hijo varón y éste es arrebatado para Dios y para Su trono, y que satanás es arrojado a la tierra, él se para en la arena del mar y hace subir a la bestia escarlata que es el anticristo, al cual se le da autoridad para actuar durante cuarenta y dos meses, que equivalen a tres años y medio, que es el periodo de la Gran Tribulación: **“y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses”** Apocalipsis 13.5.

Durante ese periodo de cuarenta y dos meses, él persigue a los santos y los vence: **“Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación”** Apocalipsis 13.7.

La anterior es una prueba irrefutable de que la mayoría de los santos que estén vivos para la Gran Tribulación y que no sean arrebatados como las Primicias, tendrán que pasar por la Gran Tribulación y serán perseguidos y martirizados

por el anticristo. Luego la teología predicada por los grupos cristianos, mediante la cual afirman que la iglesia será arrebatada antes de la tribulación, es falsa, porque no se ajusta a la palabra de Dios.

La descripción de las Primicias de Apocalipsis 14, nos confirma el hecho de que la mayoría de la iglesia tendrá que pasar la Gran Tribulación aquí en la tierra. Las primicias, sus características, los hechos que ocurren en su arrebatamiento se describen en los primeros cinco versículos, y los hechos inmediatamente posteriores al rapto de las primicias, están descritos en los restantes versículos del capítulo 14.

Inmediatamente después, en los versículos 6-13 se describen algunos hechos que ocurrirán durante la Gran Tribulación.

El primer hecho es la predicción del evangelio eterno por un ángel: ***“Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”*** vs. 6-7.

El lector notará que a este evangelio se le llama el evangelio eterno; no es el evangelio de la gracia, ni el evangelio del reino. Éste no es un evangelio que invita a las personas a que reciban al Señor Jesús y sean regeneradas, sino que es un testimonio para los incrédulos, que son la mayoría de los habitantes de la tierra, para que no adoren a la bestia, sino que adoren a Dios como creador de todas las cosas.

A la vez que es un testimonio para los incrédulos, también es una fuente de sustento para los creyentes, porque el ángel les recuerda que deben mantenerse firmes y rehusarse a recibir la marca de la bestia en sus frentes o en su mano derecha. A esto se refiere Apocalipsis 12.14, que afirma que la mujer voló al desierto donde es sustentada por tiempos, tiempo y la mitad de un tiempo—tres años y medio.

De otro lado se tiene también la profecía de los dos testigos de Apocalipsis 11.3: ***“Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio”***. Estos dos testigos, con su profecía alentarán al pueblo de Dios—judíos y creyentes salidos de los gentiles—, para que puedan soportar la persecución de satanás, del anticristo y del falso profeta, y aunque sean

martirizados, puedan vencer la marca, el número, la imagen y el nombre de la bestia.

Volviendo a Apocalipsis 14, después del rapto de las Primicias, otro ángel anuncia un segundo hecho importante que ocurrirá durante la Gran Tribulación: la caída de la gran babilonia: **“Otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación”** (v. 8). La gran babilonia es el sistema del mundo, que satanás ha cultivado a lo largo de los siglos, caracterizado por hacer que las naciones beban el vino de su fornicación.

El mundo es el sistema satánico que hace que las personas se alejen de Dios, que no lo reconozcan, y ese sistema tiene varios departamentos: la economía mundial, las finanzas, la educación, las comunicaciones, la salud, y el más sobresaliente, las religiones, incluidas todas ellas: el cristianismo conformado por católicos y protestantes, donde hay creyentes genuinos compartiendo su vida con muchos falsos creyentes—el trigo y la cizaña—; igualmente forman parte de la gran babilonia las demás religiones tales como el islam, el budismo y todas aquellas que satanás inventó para separar

al hombre de Dios, su Creador y Redentor.

El segundo ángel, anuncia entonces la caída de ese horrible sistema que la Biblia denomina el mundo y que aquí está representado por Babilonia. Este hecho ocurrirá durante la Gran Tribulación y sus detalles pueden encontrarse en Apocalipsis 17 y 18.

El tercer hecho notorio que ocurrirá durante la Gran Tribulación es el anunciado por un tercer ángel en los versículos 9-13, donde advierte todo lo que les ocurrirá a aquellos que adoren a la bestia y a su imagen.

Aunque la ira de Dios está en plena manifestación, aun Su misericordia se hace patente para advertir a los incrédulos que no adoren a la bestia ni a su imagen, y así no les ocurran todas las cosas que el ángel anuncia.

Por un lado, los que permitan ser marcados con el número de la bestia y adoren su imagen, tendrán que beber el cáliz de la ira de Dios y ser atormentados con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero, tormento que durará toda la eternidad.

Por otro lado, la vida de los que adoren a la bestia y a su imagen y permitan ser marcados con su número, será un vivir de tormen-

to, donde no encuentran reposo de día ni de noche, una vida de desesperación, de desasosiego y de angustia: **“Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre”** (Apocalipsis 14.11).

Vivir en la tierra en los días de la Gran Tribulación será tan horrible, que las gentes desearán morir, pero ni aun eso lograrán: **“Y les fue dado, no que los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre. Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos”** Apocalipsis 9.5-6.

Si bien es cierto que el rigor de este juicio no será sufrido en toda su intensidad por los hijos de Dios, porque Él los sustentará, también es cierto que en gran medida tendrán que sufrirlos y pasar por ellos.

La siega y la vendimia

Inmediatamente después de la descripción de los hechos sobresalientes de la Gran Tribulación, ocurren dos cosas bien interesantes: la siega y la vendimia. La siega es la cosecha de los hijos de Dios: por un lado, los que no resucita-

ron como el Hijo Varón antes de la Gran Tribulación y los que murieron durante el periodo de juicio de tres años y medio, y por otro los que estén vivos en ese momento: **“Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda. Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura. Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada”** Apocalipsis 14.14-16.

Tanto unos como otros serán llevados a los aires a encontrarse con el Señor: **“Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, sere-mos arrebatados juntamente**

con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire. y así estaremos siempre con el Señor" (1 Tesalonicenses 4.15-17).

A diferencia de las Primicias y el Hijo Varón, que serán arrebatados al cielo, al trono de Dios, los resucitados y los transformados cerca del final de la Gran Tribulación, solamente subirán a los aires a encontrarse con el Señor, que está ahora sobre una nube.

La confusión que tiene el cristianismo se basa en la falta de revelación y en el paradigma sostenido por casi todos los teólogos, de que la única revelación fue dada a través de Pablo, y si bien este hermano fue usado por el Señor para transmitirnos revelaciones muy profundas acerca de Su persona y de Su plan, los demás santos que fueron tomados por el Señor para completar la Biblia también recibieron grandes revelaciones, como es el caso de Juan.

Por eso, se hace necesario tomar la Biblia integralmente, no aislar versículos para formar doctrinas particulares, sino procurar verla en toda su extensión, tomando partes del Antiguo Testamento y cotejarlos con los del Nuevo Testamento, hasta tener un panorama completo del tema que deseamos escudriñar.

Otra limitante es la idea que tienen algunos estudiosos de la Biblia al afirmar que el Apocalipsis es un libro misterioso, lleno de enigmas y muy difícil de entender, cuando ese libro es tan disfrutable, tan revelador y sencillo como cualquier otro de los sesenta y seis libros que conforman las Santas Escrituras.

Lo que necesitamos es ir al Señor con sencillez de corazón y rogarle que nos dé revelación en nuestro espíritu y que alumbre los ojos de nuestro corazón, para que podamos tener el conocimiento y la visión apropiados, acerca de Su plan.

Aunque hay unos pocos hermanos que han escrito libros donde hay revelaciones del libro de Apocalipsis y de toda la Biblia, es necesario tomar esa revelación, hacerla nuestra y seguir buscando más revelación, porque, así como el Señor y Sus riquezas son insondables, igualmente la revelación acerca de Él y Su palabra.

Por eso es necesario recabar cada día en el Espíritu buscando más revelación y más visión, hasta que la luz que tenemos sobre el Señor sea completa y el día perfecto: ***"Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto"*** (Proverbios 4.18).

Sin embargo, se debe considerar el hecho de que mientras estemos en este tabernáculo, no podremos alcanzar la cumbre de la revelación, pero llegará el día, cuando el Señor venga y nos transforme; ese día entraremos en la plena revelación y luz de las cosas divinas, aunque la revelación seguirá siendo insondable por toda la eternidad, porque la persona de nuestro Dios no tiene límites: ***“Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará”*** (1 Corintios 13.9-10). Por ahora dediquemos nuestro tiempo a disfrutar lo que el Señor nos da.

Retomando el tema, cerca del final de la Gran Tribulación, ocurrirá la siega de la mies, siega que es bien diferente de la vendimia. La Gran Tribulación es una época que, además de manifestar el severo juicio de Dios para todos los moradores de la tierra de ese tiempo, el Señor lo aprovechará para que Sus hijos que vivan aquí, que no fueron raptados como las primicias, tengan la oportunidad de madurar y alcanzar la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Con la destrucción de la gran Babilonia, que es todo el sistema mundano religioso y secular, los hermanos finalmente comprende-

rán que deben depender única y exclusivamente del Señor, que deben seguir al Espíritu y no a hombres ni a organizaciones, porque estas habrán sido destruidas totalmente.

Entonces los hijos de Dios se volverán de todo corazón a Él, dependerán de Él, aprenderán a tener comunión en su espíritu con el Señor, aprenderán a seguir la unción, y en medio del juicio de Dios a los incrédulos, que también afectará en buena medida a los creyentes, crecerán en el Señor y madurarán, no dejándose marcar con el número de la bestia en la frente ni en la mano derecha, ni adorando a su imagen, y finalmente serán proclamados como vencedores.

Esta es la multitud de que habla Apocalipsis 7, proveniente de todo pueblo, tribu, lengua y nación, que nadie podía contar, y que uno de los ancianos le anuncia a Juan que estos son los que han salido de la Gran Tribulación y que han lavado sus ropas en la sangre del Cordero. Estos son los Vencedores de la Gran Tribulación, que conforman el tercer grupo a que hace referencia este libro.

Es muy interesante notar que estos hermanos serán pastoreados por el Cordero, tal como ha sido Su deseo a lo largo de la historia del hombre, pero por seguir a hombres, a organizaciones, a minis-

terios particulares y a doctrinas, no han permitido que el Señor los pastoree, los gobierne y los cuide: **“porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”** Apocalipsis 7.17.

¡Qué bellas son las decisiones del Señor; en medio del supremo sufrimiento que habrá en esa época de la Gran Tribulación, será Él quien pastoree, cuide, gobierne, alimente y sustente a los hermanos que estén vivos! Aunque el juicio es producto de la ira de Dios sobre el mundo, Su misericordia y Su cuidado amoroso para los Suyos, no menguarán.

Esto ocurre hoy con quienes hemos de ser vencedores como Las Primicias o como el Hijo Varón: el Señor nos pastorea y nosotros lo seguimos a Él por donde quiera que va.

Quienes por la misericordia del Señor hemos alcanzado una visión clara sobre estos hechos, rogamos al Señor que no lleguemos a ser desechados y que alcancemos el galardón de las Primicias o del Hijo Varón, y esperamos que todos los hermanos que tengan la oportunidad de leer este libro y obtener la revelación que el Señor ha querido suministrarnos acerca de

Su palabra y Su plan, no tengamos que pasar por la Gran Tribulación.

Pero aun para los que sí han de pasar por ese periodo difícil hay esperanza, porque el Señor los pastoreará, los guiará a Él como fuente de agua viva y los consolará de todos sus sufrimientos, enjugando toda lágrima de sus ojos.

Qué bueno sería que, en este tiempo donde aún hay oportunidad de hacer las obras que el Señor preparó de antemano para que anduviésemos en ellas, tengamos un genuino arrepentimiento, nos volvamos de todo corazón al Señor y permitamos que Él nos trate apropiadamente para crecer en nosotros y nos lleve a alcanzar la plena madurez. ¡Aprovechemos bien el tiempo!

Cuando el ángel le dice al Señor que está sentado sobre la nube, pues Él se ha trasladado del trono a los aires junto con Sus ángeles y Sus vencedores, que meta la hoz en la tierra y siegue la mies, porque la mies ha madurado, es el momento en que los muertos en Cristo resucitarán primero y los creyentes que estén vivos serán transformados y subirán a los aires para recibir al Señor.

En los aires se establecerá el Tribunal de Cristo para juzgar a los creyentes conforme a sus

obras, para declararlos vencedores o derrotados: ***“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”*** 2 Corintios 5.9.

A esa comparecencia no son citados los incrédulos, sino solamente los creyentes, para ser juzgados conforme a las obras que hicieron mientras vivieron en el cuerpo.

Aunque los vencedores anteriores a la Gran Tribulación—Las Primicias y el Hijo Varón—estarán allí, no tendrán que pasar por ningún juicio, porque por el hecho de que hayan sido llevados al cielo, al trono de Dios, antes de la Gran Tribulación, implica que ya han pasado por el juicio de Dios y han sido aprobados y son vencedores: ***“Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?”*** 1 Pedro 4.17.

Reiteramos esta palabra que ya hemos enfatizado en un capítulo anterior, diciendo que la casa de Dios aquí se refiere a todos los creyentes, que es la iglesia

Nótese bien la diferencia entre los dos tipos de cosecha: la siega de la mies y la vendimia de los racimos de la tierra. Mientras la primera tiene que ver con hijos de Dios, la segunda está dirigida a los incrédulos. Mientras que la primera se dará antes de llegar al final de la Gran Tribulación, la vendimia se realizará después del final de la Gran Tribulación.

¿Por qué afirmamos que la vendimia tiene que ver con incrédulos? La palabra misma nos responde con diáfana claridad: ***“Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios”*** Apocalipsis 14.19.

Los hijos de Dios no serán echados nunca en el lagar de la ira de Dios, ni serán pisoteados por Él. Ese destino es para aquellos que rehusaron creer en el Señor Jesucristo.

“Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios” Apocalipsis 14.20. Esta es la batalla de Armagedón en el cual los ejércitos del anticristo, que alcanza centenares de millones de soldados, serán totalmente aplastados por el Señor, Sus vencedores y Sus ángeles, y la sangre que será

derramada por estos ejércitos alcanza una altura cercana a un metro y una extensión a la redonda de 280 kilómetros aproximadamente, constituyendo un lago de sangre de gran extensión.

En el primer versículo de Apocalipsis 15 encontramos que siete ángeles tienen las siete plagas posteriores de la ira de Dios, y antes de que estas plagas sean derramadas, el Señor hace un paréntesis para mostrar dónde están los vencedores de la Gran Tribulación: ***“Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado”*** vs. 2-5.

Comparando este pasaje con Apocalipsis 12 y 14 que hablan del

Hijo Varón y de las Primicias respectivamente, podemos establecer claras diferencias entre los vencedores que son raptados antes de la Gran Tribulación y los que son raptados al final de la Gran Tribulación.

Hablando del segundo grupo, el Señor afirma que están de pie sobre el mar de vidrio—ese mar de vidrio está delante del trono—Apocalipsis 4.6 y son los que alcanzaron la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre.

Ellos están en pie sobre el mar de vidrio; a ellos no se les ha invitado a que se sienten en el trono del Cordero y del Padre como le es prometido a los vencedores de Laodicea: ***“Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono”*** Apocalipsis 3.21. Estos vencedores de Laodicea son las Primicias descritas en 14.1-5.

Los vencedores salidos de la Gran Tribulación han alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen y su marca y el número de su nombre, lo cual quiere decir que por más que fueron presionados, perseguidos y martirizados, no adoraron al anticristo ni a la imagen que el falso profeta levantará y

le infundirá aliento para que hable y denuncie a quienes no la adoren.

Igualmente, los hermanos, a pesar de que no puedan comprar ni vender, no permitieron que fuesen marcados en su frente o en su mano derecha. Por esta razón han alcanzado la victoria: ***“Después vi otra bestia que subía de la tierra... Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada... Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió. Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorese. Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre”*** Apocalipsis 13.11, 12, 14-17.

Si estos hermanos que están de pie sobre el mar de vidrio, que está delante del trono de Dios, han sido victoriosos sobre la bestia y su imagen, y sobre su marca y el número de su nombre, necesariamente han pasado por la Gran Tribulación, porque la presencia del anticristo y la segunda bestia que es el falso profeta será únicamente durante la Gran Tribulación.

Además de estar en pie sobre el mar de vidrio, la multitud de vencedores canta un cántico cuya letra está en la Biblia, cántico que tiene como fundamento adorar a Dios por la creación e invitar a las naciones a que lo adoren, pues a pesar de los sufrimientos que están viviendo, son una señal inequívoca de que ha venido Su justo juicio sobre las naciones: ***Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado.***

Este cántico es bien conocido, a diferencia del cántico que cantan

Las Primicias en Apocalipsis 14.1, 3: ***“Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente... Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra”***.

El cántico que han de entonar los ciento cuarenta y cuatro mil, les será enseñado por el Cordero de manera secreta y nadie más podrá aprenderlo, sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, y será entonado exclusivamente por ellos, junto con el Cordero.

Podemos establecer entonces unas diferencias bien claras entre los primeros vencedores—Las Primicias y el Hijo Varón—, y el segundo grupo de vencedores, que son los salidos de la Gran Tribulación: Los primeros no tienen que pasar por la hora de prueba que el Señor traerá sobre el mundo entero para probar a los moradores de la tierra, hora de prueba que la Biblia denomina la Gran Tribulación, mientras el segundo grupo de vencedores sí tendrá que pasar

por la mayor parte de ese juicio.

Buena parte de los vencedores anteriores a la Gran Tribulación—las Primicias—, no tendrán que sufrir la muerte, mientras que, en los segundos vencedores, algunos serán arrebatados vivos a los aires, pero habrán tenido que pagar un costo bastante elevado como es el de pasar por casi toda la Gran Tribulación. La gran mayoría de ellos serán muertos por el anticristo.

Mientras que los vencedores antes de la Gran Tribulación irán directamente al trono de Dios, los vencedores que salen de la Gran Tribulación irán primero a los aires, a ser juzgados en el Tribunal de Cristo y luego, los que resulten vencedores, serán llevados al mar de vidrio, delante del trono de Dios.

Mientras que los vencedores que pasan por la Gran Tribulación están de pie sobre el mar de vidrio, a los vencedores anteriores a la Gran Tribulación se les promete que se sentarán con el Cordero en Su trono y el de Su Padre.

Los vencedores anteriores a la Gran Tribulación cantarán un cántico secreto, delante del trono, de los ancianos y de los seres vivientes, cántico que nadie más conocerá ni podrá cantar; mientras que los vencedores salidos de la Gran

Tribulación cantarán un cántico conocido por todos los creyentes.

Durante la Gran Tribulación, los vencedores anteriores a ese periodo estarán en el cielo disfrutando de la presencia del Señor, de Su gozo y alegría, de Su amor y de Su paz, de Su presencia plena, de su victoria en Él, de Su alabanza, y el Señor, a la vez disfrutará de Su obra magnífica; mientras tanto los vencedores posteriores estarán en la tierra sufriendo el rigor de la persecución del anticristo, de sus ejércitos y de muchos incrédulos que vivan en la tierra.

¿Para qué hacer estas comparaciones? No pretendemos

con ellas llenar la mente del lector de conocimiento sin espíritu, sino por el contrario, despertar el espíritu de los hermanos, para que dediquen su tiempo a tener comunión con el Señor y permitan que Él trabaje en ellos, para que crezcan y maduren y alcancen el galardón.

Comprende querido lector, que ser un vencedor antes de la Gran Tribulación es alcanzar el galardón más sublime que el Señor ha preparado para Sus hijos; de esa manera le proporcionaremos a Él una profunda satisfacción; haremos que Su obra brille como un testimonio de victoria delante del diablo y sus ángeles y delante de los ángeles que no se rebelaron y que sirven al Señor, y delante de todo los seres creados por Dios, que están en el universo. ¡Tú decides y eliges!

los no vencedores (1)

Nuestro Señor, definitivamente escogió un número determinado de hombres y mujeres para hacerlos Sus hijos, y en el transcurso del tiempo ha ido logrando Su propósito.

La Biblia fue escrita por hombres sometidos totalmente al Espíritu Santo, y ellos escribieron lo que el Espíritu les “dictó”. En la Biblia no sobra ni falta una sola palabra, más allá de las necesarias para que los hombres conozcan a Dios, sean salvos, obtengan la vida eterna, crezcan hasta alcanzar Su estatura y cumplan Su voluntad, Su plan y Su deseo.

Por eso afirmamos que la Biblia contiene la palabra de Dios, y ella dice que el Señor nos escogió antes de la fundación del mundo para que lleguemos a ser santos y sin mancha delante de Él: “**Bendito sea el Dios y Padre de nues-**

tro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” Efesios 1.3-4.

Antes de que Dios hubiese creado cualquier cosa pensó en nosotros y nos seleccionó, y de esos millones que escogió, ninguno perecerá, ninguno será condenado eternamente, ninguno irá al lago de fuego, sino que todos obtendremos la plenitud del propósito que Dios trazó para nosotros: “**Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano**

de mi Padre” Juan 10.27-29.

Teniendo claridad y certeza en cuanto a que la salvación no se pierde, debemos ver que hay distintas etapas para que los creyentes lleguen a obtener la plenitud de Dios y sean totalmente salvos.

Hay millones de creyentes que a lo largo de la historia de la humanidad ya durmieron, partieron para estar en el paraíso a esperar la resurrección. De entre esos que ya murieron, algunos aprovecharon su paso por la tierra y se llenaron plenamente del Señor, vivieron su vida agradándolo, complaciéndolo y deleitándolo. Fueron santos que hicieron la voluntad del Padre, anduvieron en permanente comunión con Él, que buscaron y recibieron revelación y visión de Su persona y de Su plan y al salir de este mundo estaban totalmente llenos de la vida y la naturaleza divinas.

Igualmente hay muchos creyentes que, a pesar de haber recibido al Señor como la vida eterna, no aprovecharon la oportunidad que se les brindó mientras vivieron en la tierra, y no se llenaron de Él; su alma no fue saturada ni transformada por el Espíritu, porque no aprendieron a tener comunión con Él ni a andar en Él; durante las decenas de años que el Señor les

otorgó como creyentes en la tierra, no buscaron revelación y no la obtuvieron; ellos vivieron según sus deseos y no complacieron al Señor; vivieron en su hombre viejo, en su mente carnal y no agradaron ni deleitaron al Señor; murieron sin que el Señor hubiera obrado ninguna transformación en sus almas, porque no se lo permitieron. Inclusive muchos de ellos lograron ser salvos en el lecho de muerte, sin que hubieran tenido tiempo para que el Señor trabajara en sus almas y fueran transformados.

Los primeros serán resucitados antes de la Gran Tribulación y arrebatados al trono de Dios como el Hijo Varón, relatado por la Biblia en Apocalipsis 12, y del que hemos hablado ampliamente en los capítulos 7, 8, 9 y 10 de este libro. El Hijo Varón y las primicias vivas conforman el primer grupo de vencedores.

Los del segundo grupo —los no vencedores— resucitarán cerca del final de la Gran Tribulación, subirán a los aires donde se establecerá el Tribunal de Cristo para juzgar a los hijos de Dios, y debido a que no fueron saturados de la naturaleza divina mientras vivieron en la tierra, serán echados de la presencia del Señor, arrojados en las tinieblas exteriores donde por medio del lloro y el crujir de dientes

serán transformados, para entrar en la Nueva Jerusalén, al final del milenio, y en ella disfrutarán por la eternidad al Señor y Sus riquezas, pero habrán perdido la oportunidad de reinar con el Señor en Su reino de justicia, por mil años.

De aquellos que no resucitan antes de la Gran Tribulación, sino al final de ella, los no vencedores, encontramos claras referencias en las parábolas que hablan acerca del reino de los cielos, las que dilucidaremos sucintamente a continuación:

La Parábola de las bodas

En esa parábola, relatada en Mateo 22.1-14, el Señor cuenta cómo un rey—que es Dios— preparó una fiesta de bodas para su hijo—el Señor Jesús— e invitó a una gran cantidad de personas. Cuando llegó el día de la fiesta de bodas—las Bodas del Cordero que durarán mil años—, los invitados no quisieron venir, excusándose en muchas ocupaciones—se refiere principalmente al pueblo de Israel, donde están los principales invitados.

Como es lógico el rey se enojó, e inmediatamente ordenó a sus siervos que fueran a los caminos e invitaran a todos los que encontraran—El Señor, por un tiempo desechó al pueblo de Israel y se volvió

a los gentiles—, y la fiesta de bodas se llenó de invitados.

Cuando el rey se hizo presente en la fiesta, pasó revista por cada uno de los que habían ingresado a ella y encontró a un hombre que no estaba vestido con la ropa apropiada para la ocasión. El Señor le preguntó cómo había entrado en las bodas sin estar vestido adecuadamente; aquel hombre no tuvo ninguna respuesta, sino que enmudeció.

Inmediatamente el Rey ordenó a quienes servían que lo ataran de pies y manos, lo echaran en las tinieblas de afuera, donde habrá lloro y crujir de dientes: **“Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos”** Mateo 22.11-14.

De entre los que el Señor escogió y predestinó antes de la fundación del mundo—los muchos llamados—, pocos son los escogidos para las Bodas del Cordero;

en otras palabras, pocos son vencedores y no tanto por decisión del Señor, sino por decisión de cada creyente.

Somos cada uno de nosotros quienes decidimos seguir al Cordero por donde quiera que va, o vivir según nuestros deseos y puntos de vista, es decir, vivir en nuestro hombre viejo no transformado, lo que equivale a seguir líderes, organizaciones, ministerios particulares y doctrinas. Quienes vivan en el viejo hombre perderán el galardón y no serán vencedores.

En esta parábola los escogidos de entre los llamados serán los vencedores, y los llamados, pero no escogidos a las Bodas del Cordero, serán los no vencedores. Aquellos que no aprovechan el tiempo para preparar su vestido de boda, de ninguna manera entrarán en las Bodas del Cordero y serán parte de los no vencedores.

La parábola de las diez vírgenes

Otra parábola que habla de los no vencedores es la parábola de las diez vírgenes, que se encuentra en Mateo 25.1-13. En esa ocasión el reino de los cielos es comparado con diez vírgenes, divididas en dos grupos: cinco insensatas y cinco prudentes. Las insensatas no se prepararon mientras peregrinaron por la tierra y cuando despertaron

del sueño en que habían entrado—la muerte—, a la hora de la venida del esposo, al no tener aceite en sus vasijas, tuvieron que ir a la ciudad a comprarlo; mientras tanto vino el esposo. Las vírgenes que estaban preparadas—prudentes—, entraron con Él a las bodas, y la puerta fue cerrada.

Cuando las vírgenes insensatas vinieron a rogarle al Señor que les permitiera entrar, porque ellas también eran vírgenes, el esposo les dio una respuesta muy severa: **“Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco”** vs. 11-12.

La falta de comunión con el Señor de las vírgenes insensatas, no les permitió llenar su alma de la naturaleza santa y de la vida divina del Señor, aunque tuvieron la oportunidad de hacerlo mientras vivieron en la tierra. A pesar de que tuvieron la ocasión de entrar en las Bodas del Cordero, no lo lograron, porque no estaban preparadas.

Si el lector es cuidadoso al leer la Biblia, podrá notar que el clamor de la venida del esposo fue a la media noche, hora en que las tinieblas están en su plenitud, y en

ellas se necesita el Espíritu para poder alumbrar y ver el camino. Como las vírgenes insensatas tenían solamente un poco de aceite en sus lámparas—espíritu humano—, podían alumbrar un poco, pero no lo suficiente para llegar a las bodas, pues necesitaban haber llenado también sus vasijas —el alma— con aceite, que es el Espíritu.

Como no fue posible que las vírgenes prudentes, que sí llenaron sus almas del Espíritu, les prestasen de su aceite, la única solución para las insensatas era ir a la ciudad a quienes venden aceite para aprovisionarse. Pero mientras fueron, vino el novio, y las vírgenes prudentes, que estaban preparadas, entraron y las puertas fueron cerradas; las vírgenes insensatas se quedaron fuera, en las tinieblas exteriores de la noche, llorando y lamentando su descuido y su falta de preparación para un evento tan importante como las Bodas del Cordero.

Las vírgenes insensatas, aunque son vírgenes, no lograron ser vencedoras; se quedaron por fuera de las Bodas del Cordero, en las tinieblas exteriores, donde serán transformadas durante el milenio. Esta parábola es otra demostración de lo que ocurrirá con aquellos santos que no son vencedores.

Este tema de las diez vírgenes tiene que ver con lo que el Espíritu Santo nos habla a través de Pablo en 2 Corintios 11.2-3: ***“Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, se corrompan vuestros pensamientos, apartándose de alguna manera de la sencillez y pureza para con Cristo”***.

Todos los hijos de Dios, todos los que hemos sido escogidos antes de la fundación del mundo y creído en el Señor recibéndolo, somos vírgenes puras desposadas [comprometidas] con Cristo, pero fácilmente satanás puede engañarnos en nuestros sentidos, corromper nuestros pensamientos y apartarnos de la sencillez y pureza que debemos mantener con nuestro Señor.

Las vírgenes que permiten que satanás haga su obra de corrupción en ellas, son las insensatas; mientras que las que se mantienen fieles, serán las vírgenes prudentes.

La parábola de los talentos

Una tercera parábola que nos habla de aquellos santos que no podrán entrar en las Bodas del Cordero y disfrutar de esa fiesta

por mil años es la Parábola de los Talentos, que se encuentra en Mateo 25.14-30.

En la parábola el Señor comparece al reino de los cielos con un hombre que, al irse lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes, dando a uno cinco talentos, a otro dos y a otro uno, según la capacidad de cada uno.

Todos los hijos de Dios somos Sus siervos, y un día Él ascendió a los cielos—se fue lejos. En Su partida, Él nos entregó todos Sus bienes, que son Él mismo, Su persona, Sus atributos y Sus riquezas; en otras palabras, aunque por un lado Él ascendió a los cielos, por otro lado, se quedó en nuestro espíritu humano, con todo lo que Él es y tiene. Esta es la gracia, y estos son los talentos que el Señor reparó a cada uno.

El Señor, a todos Sus hijos—siervos—, nos entregó Sus bienes, con un propósito: que los trabajemos para aumentarlos, para acrecentar Sus riquezas, o dicho con más propiedad, para que le permitamos que Él los trabaje en nosotros. El Señor es como un inversionista muy rico; que invierte en una empresa industrial, en una empresa financiera, en una empresa comercial, con el fin de que sus bienes aumenten.

De manera similar, el Señor entregó a cada uno de Sus hijos Sus bienes, de acuerdo con una medida que le dio a cada uno, con el fin de crecer y expresarse en ellos. Un día el Señor vendrá, y en Su venida mirará cuánto han aumentado Sus bienes.

El Señor se sembró en nosotros como la gracia con el fin de crecer hasta que alcancemos Su estatura, y de entre esos hijos, algunos han permitido que el Señor crezca. Es el caso de quienes recibieron cinco talentos y los que recibieron dos talentos, permitieron que el Señor hiciera Su trabajo en ellos y duplicaron sus talentos.

Estos son los que anduvieron en las obras que Dios había preparado de antemano para andar en ellas: ***“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”*** Efesios 2.10.

No obstante, hay hijos de Dios que no trabajan su talento; no permiten que el Señor haga Su obra en ellos y crezca, sino que tratan de hacer sus obras o aún más tratan de hacer las obras del Señor, creyendo que con eso lo agradan, y no se dan cuenta que las obras del Señor solamente Él puede

hacerlas en nosotros.

Hacer empresa implica correr riesgos, a veces perderlo todo y volver a recuperarse, pero al final la empresa es exitosa, y éste es el caso de los que recibieron cinco y dos talentos.

Pero el que recibió uno, se llenó de miedo y enterró el talento. Este hace referencia a aquellos hermanos que siempre viven bajo la cobertura de algún líder, nunca buscan al Señor en su espíritu, les da miedo venir a la única comunión del Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo: **“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor”** 1 Corintios 1.9, y prefieren permanecer en comuniones particulares de distintos grupos cristianos, pero no en la única comunión, la del Hijo; son temerosos de que el Señor los saque de los rediles y vaya delante de ellos y los guíe: **“a sus ovejas llama por nombre, y las conduce fuera. Y cuando ha sacado fuera todas las suyas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz”** Juan 10.3-4.

Estos hermanos temen entregarse al Señor y prefieren tener ayos que los cuiden; prefieren vivir bajo la guía de un hombre o de una or-

ganización, porque tienen miedo de darse al Señor para que sea Él quien los encabece, los gobierne y los guíe; no asumen el riesgo de buscar su propia revelación del Espíritu Santo en el espíritu humano, sino que siguen ciegamente las enseñanzas de quienes se auto proclaman como líderes del grupo en el que están matriculados.

Como consecuencia, no obtienen ninguna ganancia, es decir, no crecen en vida, no cumplen el propósito de Dios, no saben entrar en su aposento y tener comunión con el Señor, no tienen revelación y tampoco tienen visión; mucho menos logran tener una práctica de la palabra en sus vidas.

Cuando el Señor venga a pedir cuentas a todos Sus siervos, es tal la desesperación del que había recibido un talento, que toma la misma actitud de Adán cuando Dios lo buscó, después de que había comido del árbol de la ciencia del bien y del mal: Trató de echarle la culpa a Dios, porque Él le había dado una compañera y siendo seducido por ella había comido del fruto del árbol que Dios le había prohibido **“Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”** Génesis 3.12.

Igualmente, el siervo malo y

negligente acusa al Señor de ser severo, de querer cosechar donde no había sembrado y recoger donde no había esparcido: ***“Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo”*** Mateo 25.24-25. Esta es una costumbre del hombre viejo: echarle la culpa a los demás de sus errores, pero nunca reconocerlos y menos arrepentirse.

El resultado de esta actitud es catastrófico. Oiga lo que el Señor dice acerca de un siervo así: ***“Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el cruir de dientes”*** (Mateo 25.26-30).

A cada uno de Sus hijos el Señor ha dado talentos y la única manera de ser vencedores es haciendo que esos talentos aumenten, como es el caso de aquel siervo que recibió cinco talentos y del que recibió dos.

Esto quiere decir, que cuando una persona recibe al Señor, Él se siembra como la semilla de vida, y en la medida que el creyente permite que la semilla crezca en él, se va reproduciendo, hasta alcanzar la estatura del varón perfecto y el hombre de plena madurez, que produce frutos para la satisfacción del Señor.

Pero si el creyente nunca busca intimidad con el Señor, sino que vive según sus conceptos, si es un creyente que se conforma con ir una o dos veces a la semana a los “cultos” que realiza su organización, pero no vive en intimidad con el Señor, la semilla de vida que hay en él no crecerá, no madurará, no producirá frutos y en consecuencia el talento no aumentará.

Un creyente así no puede ser vencedor, y el talento que el Señor le dio le será quitado y dado a quienes sí hicieron que el talento se multiplicara, mientras que el siervo que no lo aumentó es tratado de siervo malo y negligente y es echado en las tinieblas de afuera,

donde, por medio de lloro y el crujir de dientes será transformado, para entrar en la Nueva Jerusalén después del milenio, pero habrá perdido la dicha y el placer de reinar con el Señor en los mil años que dura la manifestación plena del reino de los cielos.

No hay ninguna pretensión de nuestra parte de sembrar temor en los hermanos, lectores de este libro, sino el deseo de mostrar de manera clara la revelación que el Señor nos da por medio del Espíritu y la Biblia, para que cada uno pueda ver y tomar la decisión que considere mejor: o seguir la vida que hasta ahora ha tenido como un creyente negligente, o volverse de todo corazón al Señor y permitirle que Él haga Su trabajo, con el fin de que su talento pueda ser multiplicado y en el regreso del Señor pueda presentarse con alegría y gozo delante de Él y no tenga que huir avergonzado: **“Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados... Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá**

sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre” 1 Juan 2.28; Lucas 21.34-36.

La parábola del sembrador

Otra parábola que nos ilustra sobre los hijos de Dios que serán derrotados la encontramos en Mateo 13.1-9, 18-23. En esta ocasión el Señor muestra la forma como se produce Su reino.

Todos los hijos de Dios tenemos un corazón que está conformado por las tres partes del espíritu humano que son conciencia, comunión e intuición, y las tres partes del alma: mente, voluntad y emoción. Este corazón es la tierra donde el Señor se ha sembrado como la semilla de vida, con el propósito de crecer hasta ser una planta que produce frutos aptos para Su satisfacción.

El Señor se sembró como la semilla de vida sin importar en qué clase de tierra cayó, y es así como solo uno de cuatro corazones es buena tierra, apta para producir fruto, mientras que los otros tres corazones o estaban endurecidos por el trajín del mundo o la tierra

en ellos era escasa y en cambio estaban llenos de piedras o son corazones llenos de espinos, y la semilla no puede crecer de ninguna manera y en consecuencia no dan fruto.

1. El corazón endurecido

En el primer caso, el de la tierra dura que está junto al camino, hace referencia a aquellos hermanos que oyen la palabra de Dios, el Señor les habla, pero sus mentes están tan atiborradas por las cosas del mundo, y satanás se aprovecha—representado en la parábola por las aves del cielo— y les roba la semilla que está sobre ellos, pero sin penetrar en su interior. La semilla alcanza a llegar hasta el espíritu, pero no penetra en el alma del creyente, debido a la dureza que hay en ella, dureza que han obtenido por el trajín del mundo en sus corazones.

Personas así oyen una y otra vez lo que el Señor les habla, bien sea directamente o por medio de otros hermanos, pero debido al tráfico que del mundo hay en su corazón, éste se endurece a tal punto que la palabra no tiene posibilidad de penetrarlos y llegar hasta su alma, hasta su depósito, sino que se queda en su mente y la olvidan rápidamente y viene el enemigo y los llena de dudas. La palabra del Señor

no llega a morar en sus corazones, no echa raíces en su hombre interior, sino que se queda en la superficie, son superficiales y no logran tener realidad del hablar de Dios: ***“La palabra de Cristo more ricamente en vosotros en toda sabiduría, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones a Dios. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él”*** Colosenses 3.16-17

Como consecuencia dudan que la Biblia sea la palabra de Dios, dudan que ella se cumpla, dudan que el Señor esté trabajando hoy en la tierra, se desaniman porque creen que el Señor retarda Su promesa debido a que no ha venido, culpan al Señor por tanta injusticia que hay en el mundo, se llenan de argumentos filosóficos en contra de la Biblia, la consideran solo como un libro de historias del pueblo de Israel, pero no pueden hallar en ella la sustancia que los nutra y los haga crecer en Cristo.

Estas personas no viven en el primer amor, es decir, no toman al Señor como su único amor, sino que siempre están luchando entre

amar al Señor y amar al mundo; a veces se emocionan y se comprometen a seguir al Señor, pero luego el mundo los atrae con todas sus fuerzas y triunfa sobre ellos. Estos creyentes caen finalmente en un estado de tibieza, y consideran que con lo que ellos han ganado en el mundo es suficiente y que no necesitan nada del Señor. Creen que se han enriquecido y que no tienen necesidad de nada.

Como la semilla no puede desarrollarse en ellos y crecer; les ocurre lo que el Señor dice en Juan 15.2, 6: ***“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará... El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recoger, y los echan en el fuego, y arden”***. Estas personas permanecen en una denominación, en un grupo cristiano, siguiendo a un líder y a ciertas doctrinas, pero no pueden permanecer en el Señor y son cortadas, echadas fuera, se secan y arden. Su vivir no es un vivir lleno de frescura, del espíritu, sino de desasosiego y de muerte.

Si un hermano está en esta condición, puede acercarse al Señor con sencillez de corazón y decirle que ablande la tierra, que suavice su corazón, que elimine todo el fardo que satanás usando el mundo ha puesto sobre él, que haga su

corazón apto para que Él pueda crecer, llegar a la madurez y producir fruto.

Siempre que un creyente toca su espíritu y entra en comunión con el Señor, puede tener la certeza de que Él no lo rechazará y por el contrario, responderá su petición, porque ésta es hecha conforme a Su voluntad: ***“Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho”*** (1 Juan 5.14).

No es nada difícil; es tan sencillo como respirar, comer o dormir. Lo único que se necesita es usar la voluntad del alma para tomar la decisión de permitirle al Señor que trabaje en tu corazón y Él lo hará y completará Su obra: ***“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”*** Filipenses 1.6

2. El corazón con pedregales

El otro corazón es aquel que está lleno de piedras, tiene poca tierra. Cuando el Señor se siembra en ellos como semilla lo reciben con gozo y la semilla empieza a germinar como una pequeña plantita, su

futuro es prometedor, su emoción los llena de esperanza y consideran que todo está bajo control y que el mundo no los afecta. Pero cuando sale el sol, es decir cuando llegan las pruebas, debido a que sus raíces no pueden alcanzar profundidad, y como consecuencia no pueden absorber suficiente alimento de la tierra, ni tampoco tienen suficiente sustentación para mantenerse en pie, tropiezan y caen.

Personas de esta clase son aquellos hermanos que han recibido al Señor después de haber trajinado una buena parte de su vida en el mundo y han pecado tanto, practican vicios de una y otra clase, que cuando el Señor les pide que dejen su pasado, es decir, que se despojen del viejo hombre, de la pasada manera de vivir, consideran que no tienen la capacidad suficiente para vencer esa vida pasada y se quedan en un estado estático donde no hay ningún progreso en la vida del Señor.

Aunque son hijos de Dios, no pueden dar fruto para Él y las puertas del reino de los cielos les son cerradas, porque no llegan al conocimiento de la obra completa de redención que el Señor ha hecho en su favor.

En esta categoría se encuentra un buen número de creyentes que

en su vida de incrédulos contrajeron varios matrimonios sin haber enviudado, y el Señor solo admite un casamiento entre un hombre y una mujer. Lo que va más allá de esto, la Biblia le llama adulterio: **“Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella; y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio”** Marcos 10.11. El reino no es para los adúlteros, ni para los fornicarios. Un hombre o una mujer que se han casado, podrán tener un segundo matrimonio, solamente si enviudan, pero el nuevo casamiento debe ser en el Señor: **“La mujer casada está ligada por la ley mientras su marido vive; pero si su marido muriere, libre es para casarse con quien quiera, con tal que sea en el Señor”** 1 Corintios 7.39.

En general, el corazón pedregoso se refiere a personas que tienen cosas ocultas y no permiten que el Señor las ausculte para sacar las piedras y convertir su corazón en buena tierra. Se refiere igualmente a creyentes que tienen alguna práctica de pecado oculto, que no rompen los yugos con los que los ha atado satanás, que no desatan las ligaduras de impiedad, les es muy difícil tener intimidad con el Señor y en consecuencia no reciben revelación, ni visión de Él.

Pero si un creyente que está en esa condición se acerca confiadamente al trono de la gracia **“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”** Hebreos 4.16, puede estar seguro de que el Señor penetrará en su corazón y quitará todas las piedras que hay en él.

El secreto está en acercarse al Señor con confianza, sin temor por causa de su condición, no considerando que mejorar su condición depende de su esfuerzo, sino que es el Señor quien hace toda la obra. Lo único que Él necesita de nosotros es nuestra disposición:

“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” Juan 6.37.

A esta clase de creyentes les viene muy bien poner en práctica la oración a la que hace referencia Pablo en Efesios 3.14-17 **“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor”**.

los no vencedores (2)

3. *El corazón con espinos*

La tercera clase de tierra es aquella que está llena de espinos, y tiene que ver con personas que poseen muchas riquezas del mundo, tanto intelectuales como materiales, o una de las dos, y su confianza está en ellas. Por esa causa, la palabra de Dios no puede producir fruto, porque están preocupados por muchas cosas y están afanados por agradar al mundo, por progresar en él, por complacer a los hombres, pero no se detienen a pensar en el Señor, a tener comunión con Él, a amarlo y a darle frutos que lo satisfagan.

Es un asunto bien difícil para una persona que tiene posición socio económica alta en el mundo, tener intimidad con el Señor.

Muchos de ellos creen que con sus riquezas pueden agradar a Dios, y a veces dedican alguna parte de sus bienes a hacer obras que consideran les ayudarán a estar en paz con Dios, pero se equivocan totalmente al tener tal pensamiento.

Lo mismo ocurre con personas que tienen un gran bagaje intelectual y alcanzan altas posiciones en la sociedad, en las empresas donde laboran; viven tan absortos en sus posiciones laborales que llegan a considerar que darse para el Señor no es nada productivo.

El Señor es muy enfático en este tema, cuando habla con el joven rico: ***“Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar***

la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios. Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. Él entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones. Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Los discípulos se asombraron de sus palabras; pero Jesús, respondiendo, volvió a decirles: Hijos, ¡Cuán difícil les es entrar en el reino de Dios. a los que confían en las riquezas! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” Marcos 10.17-25.

El problema no está en tener riquezas, sino en poner el corazón en ellas, en llenarse de avaricia y querer tener cada vez más. Si el Señor suple a un creyente con rique-

zas materiales e intelectuales, sepa tal hermano que esas riquezas son del Señor y que él solamente es un administrador y en tal situación debe aprender a tener comunión permanente con el Señor para adquirir la sabiduría necesaria para administrar las riquezas de acuerdo con la voluntad del Señor.

A un creyente que ama al Señor no deben enredarlo ni las riquezas del mundo ni los afanes diarios de la vida, sino que en todo debe aprender a amar al Señor y recordar siempre Sus palabras de advertencia: **“Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre”** Lucas 21.34-36.

Una advertencia más está en 2 Timoteo 2.4: **“Ninguno que sirve de soldado se enreda en los negocios de esta vida, a fin de agradar a aquel que le alistó como soldado”**.

4. La buena tierra

La cuarta clase de tierra, la buena tierra, hace referencia a corazones que han sido suficientemente tratados, trabajados y preparados por el Señor y producen fruto permanentemente para disfrute y satisfacción de Él. Estos son los corazones que el Señor está limpiando permanentemente y su fruto es cada vez más abundante: **“y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”** Juan 15.2-3.

Es necesario entender que no hay ninguna persona que al recibir al Señor su corazón sea totalmente buena tierra. Todos tenemos alguna porción de la tierra junto al camino, de la tierra con pedregales y de la tierra con espinos.

En unos es más notorio alguno de estos aspectos, pero si el creyente aprende a vivir en comunión con el Señor y permite que Su palabra fluya permanentemente y lo limpie, poco a poco va convirtiendo su corazón en buena tierra que produce fruto a ciento, a sesenta y a treinta por uno.

El secreto está en dejar que la palabra que sale de la boca del Señor fluya permanentemente; ella tiene el poder de eliminar todas las manchas y arrugas, es decir, aquellas cosas que no son Dios

mismo; tiene el poder de expulsarlas del creyente, y adicionalmente, de agregar a la persona, la naturaleza divina, hasta saturarlo totalmente de la vida y la naturaleza de Dios, como es Su propósito.

Esto es ser podado para llevar más fruto, este es el lavamiento que el Señor efectúa por medio de la palabra, y esto es ser la buena tierra que produce fruto abundante.

El viejo y el nuevo hombre

Todos los hijos de Dios podemos llegar a ser la buena tierra si nos disponemos en Su presencia para que Él fluya en nosotros y elimine todas las cosas que no le pertenecen, que hacen parte del viejo hombre. El viejo hombre no es nada distinto a satanás añadido a la humanidad.

Cuando el Espíritu fluye a través de nosotros nos renueva en el espíritu de nuestra mente y nos viste del nuevo hombre que es creado según la voluntad de Dios y en el cual no hay ni una pizca de la naturaleza satánica: **“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que se va corrompiendo conforme a los deseos del engaño, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”** Efesios 4.22-24.

El viejo hombre se va corrompiendo cada día, es decir, si el creyente no se acerca al Señor para que transforme su corazón, éste cada día será más duro; si no le suplica al Señor que elimine las piedras, cada día habrá más actos que ofenden al Señor y que lo apartan de Él; y si en intimidad con el Padre no le suplica que elimine los afanes de las riquezas y del día a día, su avaricia aumentará paulatinamente hasta que lo absorbe completamente, y su corazón nunca será apto para que la semilla de vida se desarrolle en Él, crezca y produzca fruto abundante. Un creyente así no logrará ser vencedor, será un derrotado en el Tribunal de Cristo.

Si por el contrario, tú, amado lector, buscas al Señor con sencillez de corazón en tu espíritu, te despojas del viejo hombre, te renuevas en el espíritu de tu mente y te vistes del nuevo hombre, el cual se va renovando cada día hasta alcanzar la plenitud de Dios, tú serás un vencedor y reinarás con el Señor en el reino milenar: **“y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno...donde... Cristo es el todo, y en todos”** Colosenses 3.10, 11. Estando en el nuevo hombre no hay lugar para sathanás, ni para la humanidad caída, ni para los ángeles caídos, ni para los demonios, ni para la carne, ni

para nada que no sea la persona de Cristo: Cristo es el todo y en todos.

¡En el Señor todos Sus hijos tenemos esperanza y esa esperanza es que Cristo sea formado plenamente en nosotros! ¡Cristo es nuestra esperanza de gloria!¹

El cimiento

Hay otro pasaje en la Biblia que habla de los no vencedores y por la misericordia del Señor es necesario que lo tratemos en este capítulo, buscando revelación y visión en él. Tal pasaje se encuentra en Mateo 7.21-27: **“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad. Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no**

1. El lector puede encontrar más revelación sobre las parábolas en el libro *El Reino de Dios y el Reino de los Cielos*, del mismo editor y publicado en la página: www.las-primicias.com.

cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina”.

El Señor nos muestra aquí con toda precisión y claridad una escena que tendrá lugar en el Tribunal de Cristo, donde todos los creyentes a excepción del Hijo Varón y de las Primicias, serán juzgados, para ser premiados con las Bodas del Cordero, o para ser castigados, siendo expulsados de la presencia del Señor, y echados en las tinieblas de afuera, donde hay lloro y crujir de dientes.

El Señor advierte a los Suyos, que no es suficiente decir Señor Jesús y hacer obras en Su nombre, sino que lo más importante es hacer la voluntad del Padre: **“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”.**

Se debe tener presente que Dios no nos ha salvado para que seamos buenos ni para que dejemos de ser malos, ni para que hagamos obras en su nombre según nuestro punto de vista ni de acuerdo con

nuestros planes, ni siquiera para que hagamos Sus obras separados de Él, sino que desea que le permitamos hacer las obras que ha preparado para que nosotros andemos en ellas: **“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”** Efesios 2.10.

Para ejecutar las obras que Él ha preparado de antemano, no hay un camino distinto a llenarnos completamente de Él, permitirle que, en la medida en que nos vamos llenando de Su persona, sea Él quien haga Sus obras y no nosotros las nuestras, creyendo equivocadamente que con las obras nuestras lo agradamos. El Señor no necesita nada de nosotros, porque Él lo tiene todo y todo es de Él, por Él y para Él, pero en su inmensurable misericordia ha querido realizar Su plan contando con nosotros, incluyéndonos en Él.

Lo que necesitamos hacer es acercarnos con corazón sencillo, para que haga Su trabajo en nuestro corazón y como resultado, Sus obras se manifiesten por medio de nosotros.

Lamentablemente las obras del cristianismo y de los cristianos en general, tienen el ingrediente del hombre viejo, del hombre natural. La casi totalidad de las obras que

hacen los cristianos contemporáneos no son parte de la voluntad de Dios, porque quienes las planean y quienes las ejecutan no conocen la voluntad del Padre y no la conocen porque no saben acercarse al Señor en el espíritu, no saben oír Su voz y al no poder oírla no pueden conocer Su voluntad y sin conocerla no pueden hacerla.

Es por eso que el Señor advierte a los Suyos, y lo hace con la debida anticipación, que la única manera de entrar en el reino de los cielos es hacer la voluntad del Padre que está en los cielos: **“sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo”**. Al afirmar que el Padre está en el cielo, indica que Su voluntad no es nada terrenal, ni tiene que ver con las cosas terrenales, sino que es totalmente celestial, del Espíritu y del nuevo hombre.

Igualmente, el Señor advierte que en ese día—el día del Tribunal de Cristo—, muchos le van a reclamar por las obras que hicieron en Su nombre: **Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?** Observe con detenimiento el adverbio de cantidad muchos. Quiere decir que es la mayoría, casi todos los **“obreros”** le reclamarán al Señor por las obras que hicieron.

Esta es una radiografía del cristianismo actual; cada congregación quiere conquistar el mundo. El catolicismo es la iglesia llamada cristiana, que tiene más obras en el mundo y que se jacta de reunir al mayor número de adeptos; y el protestantismo con su sin número de grupos quiere llegar hasta lo último de la tierra y hacen grandes cruzadas con el fin de alcanzar la mayor cantidad de personas. Es bien grande el número de congregaciones de enorme crecimiento numérico y sus misiones extendidas en varios países de la tierra, y sus líderes hacen muchos milagros, soplan y derriban a la gente, sanan enfermedades, calzan dentaduras y mucho más, y de eso le reclamarán al Señor: **¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros** [obras prodigiosas]?

Es necesario ver que un buen número de los líderes de esos grupos ni siquiera son creyentes, sino que son falsos maestros, ministros de satanás disfrazados de **“siervos de Cristo”** y lobos rapaces vestidos de ovejas, de los cuales Pablo advirtió a los santos, cuando pasó por Mileto: **“Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño”** Hechos 20.29.

El Señor mismo lo advirtió a

los discípulos: **“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces”** (Mateo 7.15). De estos, ninguno estará en el tribunal de Cristo y no podrán reclamarle nada al Señor.

En cambio sí, hay creyentes genuinos que a motu proprio se han arrogado el liderazgo de la iglesia en sus congregaciones, asumiendo que fue Dios quien los puso en ellas como pastores, reverendos, doctores, guías, ancianos, consejeros, etc., y han planeado y diseñado muchas obras prodigiosas—milagros—, han pronunciado muchas **“profecías”** pretendiendo hacerlas ver como la palabra del Señor, y algunos se han especializado en arrojar demonios de las personas, y con eso han alcanzado fama y reconocimiento a distintos niveles, porque han arrastrado tras ellos a los discípulos del Señor. De ellos el Espíritu igualmente advirtió a través de Pablo: **“Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos”** Hechos 20.30. Obsérvese detenidamente la frase **de vosotros mismos se levantarán**.

Los lobos que vienen de afuera son los líderes no creyentes que hoy se han apoderado de un buen número de **“congregaciones cristianas”**, usando un disfraz de ove-

jas, pero en su constitución y en su realidad son personas llenas de inmundicia, las cuales ni siquiera los creyentes genuinos son capaces de identificar, porque no usan su espíritu y tampoco saben discernir si quien les habla lo hace en el Señor o no: **“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo”** 1 Juan 4.1.

Los líderes, que siendo creyentes genuinos hacen tantas obras para el Señor, caen en la categoría de aquellos que hablan cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Un creyente genuino que habla la palabra de Dios, lo hace desde su espíritu y en el Señor; y no busca que los discípulos del Señor lo sigan a él, sino que su hablar y su vivir está encaminado solamente a que los hermanos sigan al Señor, lo amen, lo alaben, lo adoren y lo sirvan.

Estos creyentes genuinos que hacen tantas obras dicen tantas profecías y echan fuera demonios en el nombre del Señor, son los que reclamarán en el Tribunal de Cristo por sus hazañas. Pero como todos sus prodigios fueron hechos fuera de la voluntad del Señor, la respuesta del Señor también es tajante y contundente: **“Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”** Mateo 7.23.

Con todo cariño, con mucho respeto, con humildad, con temor de Dios y con sencillez de corazón, queremos llamar la atención de los líderes de las congregaciones cristianas, aquellos que son hijos genuinos de Dios, y deseamos invitarlos a que leyendo estas líneas entren en su espíritu y mediten en su mente, por un poco de tiempo, esta escena que nos presenta la Biblia.

Imagina por un momento hermano pastor, reverendo, líder, apóstol, anciano, responsable, diácono, hermano de servicio o como te llamen, imagínate en el tribunal de Cristo, frente al Señor, presentando todas tus obras, tus sacrificios, la contabilidad de todo lo que hiciste en la tierra para el Señor; los caminos que tuviste que recorrer para predicar el evangelio, los peligros que tuviste que soportar, los largos ayunos y las abundantes jornadas de oración, los cientos y miles de almas que ganaste para la salvación, los múltiples y a veces sobrehumanos esfuerzos para “edificar” tu congregación, y allí con el rostro bien alto, sintiéndote profundamente satisfecho por tu colosal obra, el Señor te responda así: **“Nunca te conocí; apártate de mí, hacedor de maldad”**.

Pensamos que no hay palabras apropiadas para describir la desolación de esa escena, la tristeza, el dolor, la angustia y la desesperación que ella debe producir. Es-

tar convencido de que tus obras agradaban al Señor, para encontrar al final que solo fueron habladurías perversas, usadas para arrastrar detrás de ti a los hermanos de quienes te creíste pastor, líder, maestro y protector, pero que al final no fueron más que obras de maldad que te convirtieron en un extraño, en un desconocido para el Señor, aun siendo Su hijo.

Te rogamos que no tomes estas palabras como un ataque, ni como un desafío ni un reto para que demuestres lo contrario. Te instamos a que vayas a tu espíritu y con humildad delante del Señor le digas que quieres hacer la voluntad del Padre y que no quieres ser echado de Su presencia en el Tribunal de Cristo.

Quienes tuvimos participación en la redacción de este libro, también fuimos líderes en algunas congregaciones, gracias a Dios sin llegar a ser famosos, y conocimos en buena medida las entrañas del liderazgo cristiano. Ahora, el Señor en Su misericordia nos ha mostrado esta revelación y deseamos fervientemente que llegue al mayor número de creyentes, para que siendo alumbrados procedan al arrepentimiento y puedan ser los vencedores que el Señor está anhelando y buscando en estos tiempos finales para conformar el reino de los cielos y establecer las Bodas del Cordero.

Entiendan de una vez por todas que la obra de la edificación de la iglesia es realizada exclusivamente por el Señor y que Él no le ha conferido este encargo a ninguno de Sus hijos, sino que lo ha reservado para Sí: **“Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento”** 1 Corintios 3.17.

Podemos y debemos ser aquellos que siembran la palabra del Señor, o dicho en términos más apropiados, debemos ser aquellos por medio de los cuales el Señor siembra Su palabra, e igualmente debemos ser usados por el Señor para regar su labranza, pero eso no nos da ninguna autoridad para enseñorearnos de los hermanos, ni para proclamarnos como sus líderes ni como sus edificadores; simplemente somos siervos inútiles, objeto de la misericordia del Señor al hacernos miembros de Su cuerpo.

La cabeza, el edificador, el que da el crecimiento es el Señor y toda la gloria y la honra le pertenecen, y nosotros no debemos apropiarnos de ella.

Debemos agradecer mucho al Señor por Su longanimidad, porque por medio de ella, Él ha soportado durante siglos el desvío de Sus hijos y porque aun no ha venido, dándonos de esa manera oportunidad para arrepentirnos: **“El Señor no retarda su pro-**

mesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” 2 Pedro 3.9.

Igualmente debemos ser gratos con Él, porque esa sentencia de nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad, aún no se ha proferido; solamente el Señor lo advirtió hace cerca de 2.000 años, pero está muy cerca de proferirse definitivamente, y cuando esas palabras salgan de la boca del Señor, ya no habrá nada que hacer; toda súplica y todo ruego serán vanos e inútiles; el Señor, en ninguna circunstancia cambiará Su dictamen.

Como hoy es solo una advertencia del Señor a Sus hijos, Él provee la gracia y la salida para que tú y yo no seamos aquellos sobre quienes es proferida la horrenda sentencia de rechazo: **“nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”**.

El Señor nos da una salida

El Señor, con mucho amor nos muestra el camino a seguir para hacer la voluntad del Padre que está en los cielos y así alcanzar la cualificación para entrar en el reino de los cielos: **“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras mías, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa**

sobre la roca” Mateo 7.24.

En primer lugar, debemos aprender a oír las palabras del Señor, y para oírlas no hay un camino distinto a entrar en nuestro aposento—espíritu humano— y cerrar la puerta, para tener intimidad y comunión con el Señor: **“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto”** Mateo 6.6.

A nuestro amado Padre le agrada el secreto y Él se revela a quienes buscan Su secreto. Generalmente en los cultos y reuniones de las congregaciones cristianas hay mucho ruido espiritual, y es prácticamente imposible oír la voz del Señor, máximo cuando los congregados no saben entrar en su espíritu ni están habituados a hacerlo.

En esas reuniones lo que hay es una enorme exhibición de “**do-nes**” de unos pocos, casi siempre del líder, pero no la expresión del Espíritu a través de los hermanos. En el capítulo 13 de este libro, hemos hablado acerca de cómo es una reunión espiritual, según lo ha determinado el Señor en la Biblia.

Para oír la palabra del Señor es indispensable aprender a ejercitar el espíritu, a entrar en él y a permanecer allí; solamente en esa situación, el Señor revela Su palabra y podemos oírlo.

En el cristianismo contemporáneo hay miles de predicaciones diariamente, especialmente el día domingo, y esas predicaciones hoy se pueden ver por televisión u oírlas a través de la radio, pero qué poca revelación hay en ellas; la mayoría se limitan a vanas palabrerías emanadas de la mente carnal hinchada de quienes las profieren: **“Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios”** Colosenses 2.18-19.

Los líderes cristianos, en sus predicaciones, inventan un montón de fábulas, en torno a algunos pasajes bíblicos, pero su palabrería no se origina en la revelación que el Señor les haya dado, sino que se entrometen en lo que no han visto, y fluyen, para sus feligreses, carne llena de muerte que proviene de su mente hinchada de vanidad, y esto es así, porque ellos no han aprendido a asirse de la cabeza—El Señor Jesucristo— de quien se pueden nutrir con todas Sus riquezas para crecer con el crecimiento que suple el Señor, sino que se aferran a sus tradiciones y a su mente carnal.

En el cristianismo contemporáneo podemos encontrar dos clases de maestros y predicadores: unos que son falsos creyentes, que son lobos rapaces vestidos de ovejas, ministros de satanás que engañan a los hermanos, y a estos se refiere Pablo cuando afirma: **“Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo”** 2 Corintios 2.17.

Los falsos creyentes que se establecen como líderes de las congregaciones falsifican la palabra de Dios con el propósito de medrar, es decir, de enriquecerse, llenándose de fama y de bienes materiales; pero también hay hermanos genuinos que, debido a que no saben usar su espíritu, son engañados por satanás, y aunque en su corazón no tienen tal propósito, también falsifican la palabra de Dios.

En contraste con esa situación, Pablo afirma: **sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo**. La sinceridad se refiere a no usar subterfugios para hablar la palabra a los hermanos. Sincero, sinceridad, tiene su origen en los tiempos antiguos, en Roma, cuando los artistas de entonces estaban dedicados a hacer esculturas.

La historia nos dice que cuan-

do una de esas costosas esculturas, hechas de mármol, se quebraba, se reemplazaba la parte quebrada con cera, cera que se pintaba, para que tuviera exactamente el mismo aspecto del mármol que sustituía. Muchas esculturas reparadas con cera se vendían, la mayoría de las veces sin indicar que se había hecho ese reemplazo.

En latín, las palabras usadas eran *sine*, que significa “sin” y *cera*, palabra que ha pasado intacta al español. De la unión de estas palabras latinas se deriva la palabra sincera. En la historia hubo tiempo en que esta práctica se hizo tan corriente que, cuando los compradores querían comprar estatuas costosas, pedían primero que les dieran una “**sincera**”; una que no tuviera cera.

Existen personas que parecen reales, parecen auténticas, originales, pero están llenas de cera, y es exactamente lo que ocurre con los “ministros” que anuncian la palabra de Dios con “cera”, no hay sinceridad en su hablar, su palabra es falsa, está llena de cosas extrañas al Señor: **“Estoy maravillado de que tan pronto os estéis alejando del que os llamó en la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo”** (Gálatas 1.6-7).

Cuando un creyente libera la palabra de Dios, hay dos posibilidades: que la palabra hablada venga de su alma, de sus pensamientos, de sus sentimientos y de su voluntad, y en ese caso es una palabra en la que no hay sinceridad, en otros términos, su palabra está llena de “cera”, y esa no es la palabra de Dios. Toda palabra que proviene solamente de la mente de quien la habla es una falsificación de la palabra de Dios, y como viene del alma de quien habla, solamente alcanza a llegar hasta el alma de quienes la oyen, y su resultado es muerte, porque nunca salió del espíritu. Generalmente la palabra que sale solamente del alma es una palabra que tiene como fuente a satanás el enemigo de Dios.

Pero si el creyente es un hermano habituado a tocar el espíritu, a obtener revelación de la palabra de Dios, la palabra por él liberada será sincera, llegará al espíritu de los oyentes y los edificará, exhortará, consolará y alumbrará.

Cuando la palabra penetra el espíritu de un creyente, es una semilla que crece en él y que produce fruto abundante para gozo del Señor y del creyente. Una vez que la palabra alcanza el espíritu, ahora sí puede llegar al alma de la persona y será muy útil para su crecimiento en el Señor.

La línea divisoria entre el alma y el espíritu de los creyentes es bien difícil de distinguir, pues fácilmente se está en el alma, creyendo estar en el espíritu; fácilmente se liberan palabras emanadas del alma que producen muerte, creyendo que vienen del espíritu. Solamente un creyente que se ha habituado a usar su espíritu, a estar en él, puede tomar las palabras del depósito, que el Señor considera apropiadas en determinado momento, para darlas a otros y ayudar a su edificación.

Por esta razón el Espíritu afirma a través de Santiago: ***“Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación”*** (3.1)

los no vencedores (3)

Una enseñanza que viene del Espíritu requiere que quien enseña reciba o haya recibido revelación en su espíritu humano, y esa revelación alumbra su alma para que, en la luz de Dios, pueda ver y comprender lo que el Señor está deseando revelar.

La revelación y visión generalmente se dan instantáneamente, como ocurrió en la predicación de Pedro con los once, el día de Pentecostés, en Hechos 2.

Pedro y los hermanos no se pusieron de acuerdo previamente para decidir quién iba a hablar y qué era lo que se había de decir, sino que ellos, debido a que habían estado llenándose del Espíritu durante diez días, el Espíritu Santo rebotaba en los seres de esos hermanos y espontáneamente fluyó

de ellos y habló a la multitud que se había congregado.

Qué magnífica es la situación cuando el Espíritu Santo habla de manera espontánea en las reuniones de los santos, sin necesidad de preparar bosquejos, ni de ensayar previamente las palabras que han de decirse, sino que el Espíritu va tomando a cada uno de los participantes en la reunión y va hablando lo que Él quiere hablar y eso produce los tres elementos mencionados en 1 Corintios 14.3: **edificación, exhortación y consolación.**

No queremos negar con esto que el Espíritu pueda inquietar a algún(os) hermano(s) antes de la reunión con alguna idea de lo que quiere hablar en ella, pero no podemos tomar la costumbre de los sacerdotes católicos y de los ministros evangélicos, que tienen unos

sermones previamente establecidos en libros para cada domingo, en lo que se llama el breviario.

Los sacerdotes católicos tienen esquemas rígidos de los que no pueden separarse en ninguna circunstancia, esquemas que han sido estudiados y trabajados por la curia romana y son de obligatorio cumplimiento en todo el mundo. Con base en ellos liberan sus homilías en las misas de cada día. ¿Qué participación podrá tener el Espíritu en una enseñanza de ese tipo? Ninguna.

Por el lado del protestantismo, el asunto es similar. En las librerías cristianas venden libros que contienen el “esqueleto” de diversos sermones dependiendo de la ocasión y del tema a tratar. En el prefacio de esos libros se dice que en cada bosquejo está la columna vertebral y el esqueleto del mensaje y que el predicador debe poner la carne: **vanamente hinchado por su propia mente carnal**.

Otros grupos siguen determinados libros diseñados generalmente por un líder; los hermanos deben leerlo en la semana y el día de la reunión deben llevar una lección bien aprendida para levantarse y lucirse frente a los demás.

Tampoco el Espíritu tiene participación en este estilo de reunión,

y ésta se convierte en una horrenda exhibición de la carne de los participantes. Salir de este paradigma que ha sido sembrado por muchos siglos en el corazón de los creyentes, es un tema bien difícil, pero si nos entregamos de corazón en las manos del Señor, sin duda Él nos sacará de semejante aberración espiritual.

No queremos decir con las anteriores afirmaciones que no podamos o no debamos leer libros que hablan acerca de la Biblia. Es bueno leer y es deseable hacerlo abundantemente; pero debemos ser cuidadosos en discernir aquellos escritos que provienen del Espíritu y que, en consecuencia, producen en nosotros crecimiento en vida del Espíritu Santo, y hay muchos y buenos escritos con ese contenido.

Pero también debemos ser claros en el sentido de que hay muchos libros que contienen mucha “basura espiritual”; su contenido se limita a expresar las imaginaciones y la “fiebre” de sus autores, pero en ellos no hay ni una migaja de revelación ni de visión.

Qué distinta y hermosa es una reunión donde los participantes, por medio de hablar entre ellos salmos, himnos y cánticos espirituales, por medio de la oración y por medio de cantar liberan su es-

píritu, y permiten que el Espíritu Santo encabece, dirija y gobierne la reunión.

Un poquito de revelación y visión surge por medio de un hermano, otro poquito por una hermana, un poco más por medio de un joven y otra porción por medio de una joven; un tanto más en un(a) adolescente y otro más por medio de los ancianos. De esta manera, todos profetizan uno por uno, con el fin de que todos aprendan y todos sean enseñados y edificados.

A veces el Señor ha puesto una fuerte carga en uno o dos hermanos y éstos liberan su espíritu durante un breve tiempo, en un hablar que contiene las palabras del Señor. Todos los demás, usando su espíritu, la unción que está en ellos, juzgan la profecía y la confirman como del Señor, o la rechazan, si es el caso.

Seguramente te parecerá que una reunión así es una locura y un verdadero caos, pero permíteme decirte que esta no es una teoría o un ensayo iluso, sino que lo hemos practicado ya por más de una década y no hay una reunión más rica y ordenada que esta.

El problema es que, a ti, querido lector, te han enseñado que en tu congregación, una o unas pocas personas hacen todo y a ti te para-

lizaron y no te permiten funcionar, no te permiten ejercitar tus dones para que éstos se multipliquen. Eres un miembro paralítico del cuerpo de Cristo, tu don está enterrado, no te permiten funcionar, y eso te llevará a ser un creyente derrotado, no vencedor.

Con esa actitud tú no puedes crecer, no puedes madurar y no estás en capacidad de dar fruto, y así como todo miembro del cuerpo humano que no funciona, está condenado a ser cercenado o extirpado, porque le hace daño al resto del cuerpo, igualmente en el cuerpo de Cristo, los miembros que no crecen maduran y producen fruto, serán cortados de él. Puedes verlo tú mismo en la palabra de Dios: ***“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará... El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden”*** Juan 15.2, 6.

Volviendo al tema que venimos tratando, el primer paso que debemos dar para evitar ser echados por el Señor el día del Tribunal de Cristo es oír Su palabra, y esto podemos hacerlo diariamente, en todas las actividades cotidianas. Lo que necesitamos es poner la mente en el espíritu y ahí está el Señor hablándonos sin cesar, porque

nuestro Dios no es un ídolo mudo, sino es Dios que tiene abundantes palabras de vida.

Un creyente puede escuchar la voz del Señor en cualquier lugar, cuando entra en su espíritu humano, y puede hacerlo dedicándose a pensar en Él, en Su palabra, invocando el nombre del Señor Jesús con realidad, leyendo la Biblia y especialmente orando Sus palabras, permitiendo que cada oración, cada frase y cada palabra de ella, penetre hasta llenar el espíritu y el alma, dejando que la luz que hay en la palabra lo alumbré para ver su condición delante del Señor y produzca un genuino arrepentimiento, para que el Señor te lave con Su sangre de todas aquellas faltas que a diario cometes, dejando que la palabra te desnude y luego te vista de Cristo, comiendo de ella para ser nutrido y fortalecido espiritualmente.

Igualmente, un creyente puede oír las palabras del Señor tomando pequeños periodos durante el día para orar, para estar en comunión con el Señor, para escucharlo, para poner en Su presencia las necesidades del Señor sobre las cuales Él te da carga, y poniendo en Su presencia las necesidades del creyente o las de los hermanos o aquello que el Señor te indique en su comunión con Él.

También se pueden oír las palabras del Señor leyendo algún libro escrito por un hermano que se ha dejado usar por el Señor, para revelar diversos temas que son de interés para el Señor y para los hijos que andan en comunión con Él.

Aún hay un camino más excelente para ser lleno de la palabra del Señor que consiste en cantarla y salmodiarla. Todas estas cosas puedes vivirlas en tu experiencia y disfrutar las insondables riquezas que el Señor ha preparado para quienes lo amamos.

Cualquiera que sea la actividad que se emplea para oír las palabras del Señor, debe tener un requisito básico que consiste en que debe hacerse entrando en el aposento y cerrando la puerta: ***“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto”*** Mateo 6.6.

¿Por qué debe hacerse solamente en el aposento, que es el espíritu humano, y no en otra parte del ser? Por varias razones: la primera, porque es solamente en el espíritu donde un hombre puede tener comunión con Dios: ***“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”*** Juan 4.24.

La segunda razón, porque en

el espíritu humano de un creyente está el Espíritu de Dios y allí no puede penetrar satanás, porque él no puede invadir el ámbito donde está Dios. El Señor está en gloria y ese ámbito de gloria no puede ser penetrado por nadie distinto a Él mismo y a aquellos hombres que Él ha llamado, y lógicamente los ángeles que no se rebelaron junto con satanás y que permanecen fieles sirviendo a Dios y a nosotros, los herederos de la salvación Apocalipsis 4—5.

Satanás puede invadir nuestra alma y gobernarnos por medio de ella, pero cuando la mente es puesta en el espíritu, el diablo no puede tocarnos, ni siquiera nos encuentra porque estamos escondidos con Cristo en Dios y él no soporta ver la gloria de Dios. Satanás vive en tinieblas, en oscuridad, y la luz de la gloria de Dios lo enciega y procura evitarla a toda costa: **“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”** Colosenses 3.3.

Nosotros morimos con Cristo para satanás y para el mundo y hemos resucitado y ahora vivimos para Dios y estamos escondidos en Él. Claro que todo esto es realidad solamente si permanecemos en el espíritu, en nuestro aposento.

La tercera razón para oír las palabras del Señor en el espíritu es porque al Padre le encanta el secreto. Al Señor poco le gusta la publicidad, le fastidia la fanfarronería que tienen las congregaciones cristianas de exhibir las obras que hacen, supuestamente para Dios.

Dios vive en lo secreto, ve en lo secreto y recompensa de la misma manera. Cuántas sanidades, milagros y señales de poder hizo el Señor mientras estuvo en carne en la tierra, y siempre le dijo a los beneficiarios que no lo dijeran a nadie, que no lo publicaran, solamente que por testimonio a los líderes religiosos judíos cumplieran algunos mandamientos de la ley mosaica para no dar ocasión de ser acusado de violar la ley.

Debemos aprender a abordar al Señor en el secreto de nuestro espíritu y ahí conoceremos cosas que nadie más puede conocer ni entender: **“Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predeterminó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria. Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón**

de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu” 1 Corintios 2.7-10.

No solo oír, sino también hacer

Una vez que han sido oídas las palabras del Señor, hay un segundo requisito que es hacerlas: “**Cualquiera, pues, que me oye estas palabras mías, y las hace**” (Mateo 7.24).

Como hijos de Dios no podemos ser solamente oidores de Su palabra, sino que además debemos ser hacedores de ella: “**Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos**” Santiago 1.22.

Un proceso completo, una digestión total de la palabra de Dios en nosotros tiene tres pasos, de los cuales no debe faltar ninguno: revelación, visión y práctica o realidad.

Ser hacedores de la palabra

De los dos primeros aspectos, la revelación y la visión hemos hablado abundantemente en este libro y en los otros de esta saga; aquí queremos desarrollar un poco más el tema de hacer la palabra.

Hemos afirmado que la palabra

viva y real de Dios viene a nosotros por medio de revelación, y que la revelación se da únicamente en el espíritu humano.

No hay ninguna otra parte del ser donde el hombre pueda conocer a Dios, distinta al espíritu; solamente en él, Dios nos concede sabiduría y revelación en el conocimiento Suyo: “**para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él**” Efesios 1.17. Recapitulamos que el principio, el primer paso para recibir la palabra de Dios es obtener revelación en nuestro espíritu.

Si no hay revelación no hay nada; si el punto de partida no es la revelación en el espíritu humano, todo lo que viene a su mente es una “**revelación**” diabólica, no es del Señor, por buena que sea en su apariencia. Lamentablemente esta última clase de revelación es muy común en el cristianismo.

Una vez que tenemos un punto de partida apropiado, es necesario un segundo elemento: la visión en el alma “**alumbrando los ojos de vuestro entendimiento**” Efesios 1.18. Si tenemos revelación en el espíritu sin visión en el entendimiento—alma—, la revelación es inútil, no es comprensible, no es

realizable.

Ser alumbrados en los ojos de nuestro entendimiento implica que nuestro espíritu entra en comunión con Dios y en esa comunión está la luz de Dios y esa luz nos alumbrará para que podamos ver, además de nuestra condición, todas las cosas que conciernen a Dios, a Su persona y a Su obra: **“Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él... pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”** (1 Juan 1.5, 7).

Del mismo modo, si hay visión, luz en el alma, pero no proviene de la revelación del espíritu, la visión no proviene de Dios y de Su trono, sino quien ve ha sido engañado por satanás y esa visión no es agradable al Señor. No debemos olvidar que **“no es maravilla, porque el mismo satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras”** 2 Corintios 11.14-15.

Tener revelación y tener luz equivale a oír las palabras del Señor a que hace referencia Mateo 7.24, oye estas palabras mías. De-

bemos oír desde el espíritu y desde el alma, pero sometiéndolo esta última al espíritu.

Una vez que tenemos revelación y visión provenientes del Señor, es necesario hacer las palabras, lo que es equivalente a practicar la palabra de Dios. El Espíritu nos habla por medio de Santiago: **“Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos”** 1.22.

Y ¿cómo ser hacedores de la palabra de Dios? El cristianismo piensa que es hacer obras para Dios a través de inmensos esfuerzos, de grandes planes, de conquistar la tierra, de convertir en cristianos a todos los habitantes del planeta, del país, de la región o de la ciudad. No se refiere a eso.

Hacer la palabra de Dios es sencillamente permitir que el Espíritu haga vida Su palabra en mi vida, y eso no requiere colosales esfuerzos, simplemente consiste en acercarnos confiadamente al trono de la gracia, que es el mismo trono que en Apocalipsis 22 es la fuente de un río de agua de vida transparente como cristal, que por donde quiera que corre, todo lo que toca lo llena de vida: **“Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como**

crystal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto” (vs. 1, 2).

Este es el equivalente a las aguas que hay en Ezequiel 47, aguas que salen de debajo del umbral de la casa y en la medida que el varón iba midiendo cada mil codos se iba convirtiendo en un río cada vez más profundo que primero llegaba hasta los tobillos, mil codos más adelante el río cubría las rodillas; medidos otros mil codos, el agua era profunda hasta los lomos y en los últimos mil codos el río no podía ser pasado sino a nado, cubría totalmente a quien se metía en él y ese río llena de vida todo aquello que toca.

Cuando empezamos a buscar revelación en nuestro espíritu, al comienzo esa revelación es incipiente, pequeñita, pero en la medida que vamos gustando la palabra del Señor, que nos metemos en intimidad con Él, que buscamos Su comunión, la revelación y la visión van creciendo, hasta que llegamos a sumergirnos totalmente en ella, a tal punto que cuando tocamos la palabra, aunque sea un poquito, siempre encontramos revelación profunda del Señor y Su palabra

y estando llenos de ella, suplimos vida a las personas que contactamos. De manera espontánea, sin proponérselo, la palabra del Señor se vuelve realidad en nuestro diario vivir, y es así como hacemos la palabra de Dios.

No le hagas promesas al Señor en las que prometes que te vas a portar bien, que vas a cumplir Sus mandamientos, que no vas a tener palabras, pensamientos y actos que lo desagraden, porque ni tú ni nadie tiene capacidad de cumplir tales promesas. Simplemente ve a Su presencia, confiesa tu incapacidad de cumplir Su palabra y suplícale que sea Él quien haga Su trabajo en ti y que sea Él quien cumpla Su palabra a través tuyo.

El secreto está en no ir al Señor con la presunción de que tenemos capacidad de hacer Sus obras y de agradarlo, sino con humildad reconocer nuestra incapacidad e impotencia para cumplir Sus demandas, y disponernos en Sus manos para que Él nos moldee como vasijas de barro, según Su gusto, predilección y soberanía: ***“Y descendí a casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda. Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla”*** Jeremías 18.3-4.

A quien oye las palabras del Señor—tiene revelación y visión—y las hace, Él lo compara con un hombre prudente que edifica la casa sobre la roca: **“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca”** Mateo 7.24.

Al Señor le gusta enseñar la palabra mediante comparaciones o analogías, y aquí nos habla acerca de la prudencia, que es equivalente a sensatez. Esto nos recuerda la parábola de las diez vírgenes entre las que había cinco prudentes y cinco insensatas. Las cinco prudentes entraron en las Bodas el Cordero, mientras que las insensatas se quedaron fuera de ellas.

La prudencia, que es el equivalente de llenar la vasija —el alma— de aceite—el Espíritu—, en este caso tiene que ver con la forma cómo cada quien sobre edifica: **“Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica”** 1 Corintios 3.10.

Dios en Su soberanía determinó poner el fundamento por medio de Pablo y nadie puede poner un fun-

damento diferente del que ya ha sido puesto. Lo que cada creyente debe mirar es cómo sobreedifica encima del fundamento, el cual es Jesucristo. Es el equivalente de la frase hablada por el Señor en Mateo 7.24: **“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras mías, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca”**.

Cada uno de los creyentes estamos en la obligación de sobreedificar y los hombres prudentes—las vírgenes sensatas— edifican su casa sobre la roca.

Si se le pregunta a un creyente qué es la roca sobre la que se debe sobre edificar, inmediatamente responde que es Cristo. Aunque la respuesta es correcta es un tanto superficial.

Es verdad que la roca es Cristo, pero ¿quién es Cristo? Es aquí donde está el dilema. La mayoría de los cristianos son muy superficiales en el conocimiento de Cristo, porque les falta revelación—conocimiento en su espíritu— y luz en su alma—visión— acerca de la Persona, de la obra y del plan del Señor Jesucristo.

Cuando en Mateo 16 Pedro tuvo revelación del Padre acerca de quién es el Hijo, inmediatamente el Señor Jesús le replicó que él

ya no sería Simón—que quiere decir caña— y que en adelante sería Pedro—piedra o roca pequeña— y que el Señor edificaría Su iglesia sobre esta roca.

El catolicismo romano, ayudado por satanás, interpretó estas palabras de manera errónea y simplista, diciendo que la roca era Pedro y que el Señor edifica Su iglesia sobre Pedro, y además lo vilipendiaron nombrándolo el primer papa, para afirmar que él era el sucesor—vicario— de Cristo en la tierra, título que actualmente, esa degradada iglesia le concede al papa.

Cuando el Señor habló de la roca de ninguna manera se refirió a Pedro, porque la palabra griega que lo designa a él es *petros*, que se traduce correctamente como roca pequeña o piedrecita, mientras que la palabra que se refiere a la roca es *petra*, que significa una gran roca.

Pedro mismo tiene una referen-

cia en una de sus cartas, al afirmar: ***“Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”*** 1 Pedro 2.4-5.

Aquí Pedro no dice a los creyentes que se acerquen a él, sino al Señor Jesús que es la roca viva, que, aunque ha sido desechado por los hombres para Dios es escogido y precioso. Entonces, Pedro mismo confirma que cuando el Señor dijo que edificaría Su iglesia sobre la roca no se estaba refiriendo a Pedro sino al Señor mismo.

Podemos entonces afirmar con toda certeza que la roca sobre la que el creyente prudente sobre edifica no es una doctrina, ni una organización, ni un hombre, sino la persona del Señor Jesucristo.

los no vencedores (4)

Si el lector es acucioso en la lectura de la Biblia, notará que el Señor habló de la roca solamente después de que Pedro, mediante la revelación que le fue dada por el Padre, confesó que Jesús es Dios mismo, que es el Hijo del Dios viviente, y no antes. Esto nos lleva a concluir que la roca sobre la cual debemos sobre edificar es la revelación y el conocimiento que, en el espíritu, nos da el Padre acerca del Hijo, el Señor Jesucristo: ***“nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”*** Mateo 11.27.

Ser prudente y edificar sobre la roca implica tener una completa revelación en el espíritu humano y una amplia visión en el alma acerca de la persona, de la obra y del plan del Señor Jesucristo, y en la

medida que obtenemos revelación y visión, procesaremos los materiales para sobre edificar de acuerdo con la voluntad del Señor: ***“Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca”*** 1 Corintios 3.12.

El hombre prudente sobreedifica con tres clases de materiales: oro, plata y piedras preciosas, los cuales se refieren a tres características de la persona de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Oro

El oro es un metal que tiene características únicas como las de no corromperse, no reducirse, no ser afectado en su esencia por ninguna sustancia; hace referencia a la naturaleza divina de Dios. Dios tiene una vida y una naturaleza que no es afectada por nada ni por nadie.

La vida y la naturaleza de Dios son eternas, incorruptibles e inmutables y en Su misericordia, a Sus hijos nos ha hecho participantes de esa naturaleza divina: ***“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”*** 2 Pedro 1.3, 4.

El Señor en Su gran amor nos ha llamado, nos ha dado todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad y por ellas llegamos a ser partícipes de Su naturaleza divina, naturaleza que anula completamente la concupiscencia que hay en el mundo, nos hace huir de ella y nos lleva a vivir una vida en santidad, que agrada al Señor.

El hombre prudente que edifica su casa sobre la roca es aquel que no sobre edifica con sus conceptos naturales, con su naturaleza humana caída, sino que busca llenarse cada día de la naturaleza divina, hasta que ésta crece y rebosa su ser humano, y en su diario vivir

no tiene otra expresión distinta a Dios mismo.

A esto se refiere el Señor cuando le habla al ángel de la iglesia en Laodicea, que como hemos afirmado, corresponde acentuadamente a la situación degradada de la iglesia en el tiempo que antecede a la venida del Señor, es decir el tiempo que vivimos actualmente: ***“Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico”*** Apocalipsis 3.18.

En la medida que disfrutamos el Espíritu para que, en nuestro espíritu humano, nos revele al Padre, vamos comprando oro refinado en fuego—la naturaleza santa de Dios— y vamos siendo enriquecidos, para tener abundancia de las riquezas de Dios para nuestro suplir y para suplir a otros.

Plata

El segundo material con el cual edifica el hombre prudente es la plata y este metal tiene que ver con la redención a nuestro favor que el Señor realizó a través del Hijo, el Señor Jesucristo.

En Levítico 27 el Señor instruyó a los hijos de Israel en cuanto a que cuando ellos debieran ser redimidos, su redención tenía distintos precios según que la persona a redimirse fuera varón o mujer, fuera

niño, adulto o anciano, cada uno era valorado en siclos de plata.

Esto quiere decir que al consagrarse al Señor, el consagrado debía morir, como morían los animales, pero como nuestro Dios es Dios de vida y no de muerte, la redención de los consagrados en voto se hacía mediante determinado precio que se pagaba en siclos de plata según el siclo del santuario.

Esto nos lleva a inferir que la plata con la que debe sobreedificar el hombre prudente en Mateo 7.24 hace referencia a la redención que el Señor efectuó por medio de Cristo.

Es necesario tener claridad acerca del proceso de redención, porque para muchos se limita a la muerte y resurrección del Señor y ésta va más allá, ya que además de la muerte y la resurrección del Señor está la ascensión, la entronización y la glorificación de Cristo.

Sobreedificar con plata—la redención efectuada por el Señor Jesús— quiere decir que no podemos edificar recurriendo a nuestros esfuerzos humanos, ni a nuestros razonamientos ni a nuestros planes, tampoco a nuestras obras, sino que debemos permitir que sea el Señor quien haga Su obra en nosotros y desde nosotros.

En la medida que permitimos que el Espíritu aplique la muerte de Jesús en nuestro ser, vamos muriendo a todas las cosas del viejo hombre que satanás ha inoculado a lo largo de la historia de la humanidad, y en la medida que vamos muriendo, igualmente va siendo aplicado el poder de resurrección y entre más vida de resurrección tenemos, más vivimos en los lugares celestiales, donde, por fe, estamos sentados juntamente con Cristo, y más lo expresamos a Él en gloria: **“y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”** Efesios 2.6. Todo este es el proceso de redención aplicado en nuestro diario vivir.

Pero además de la resurrección tenemos la ascensión del Señor, mediante la cual Él subió por encima de todas las cosas terrenales y negativas; la Biblia dice que inclusive, Él es más alto [sublime] que los cielos, lo cual implica que Él está por encima de todas las cosas y que no hay nada que esté sobre Él: **“Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos... El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenar-**

lo todo” Hebreos 7.26; Efesios 4.9.

Podemos confiar plenamente en el Señor y disfrutar de Su ascensión, porque no solamente Él subió por encima de todos los cielos, sino que igualmente Sus hijos estamos en Él, por encima de todas las cosas terrenales; estamos por encima de satanás, de los demonios y de los ángeles caídos y nada puede afectarnos, siempre que nos mantenemos en el espíritu, donde está la ascensión del Señor: **“y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”** Efesios 2.6.

Además de la ascensión del Señor disfrutamos de Su entronización. El Señor Jesús como Dios y hombre completamente mezclado en una unión indivisible, hoy es Dios sobre todo el universo, y nada puede ocurrir sin que Él lo permita. Todas las cosas, las personas y aún los espíritus inmundos están debajo de Sus pies y Él rige el universo con la palabra de Su poder: **“y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia... Todo lo sujetaste bajo sus pies... y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”** Efesios 1.22; Hebreos 2.8; 1.3.

La redención no abarca solamente el hecho de que el Señor haya muerto para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad y darnos la vida eterna, sino que ese hecho va más allá y abarca otros aspectos que en la historia de la redención los hijos de Dios no han visto ni disfrutado adecuadamente.

Por ejemplo, mediante la entronización de Jesús, debemos ver que, aunque el Señor tiene todas las cosas debajo de Sus pies, nosotros, los creyentes no estamos en esa condición, sino que estamos en Su cuerpo, somos parte de Él; en otras palabras, nosotros somos Él mismo: somos sus manos, sus pies, su pecho, sus brazos...; somos miembros de Su cuerpo.

Por último, en el proceso de la redención, el Señor entró en gloria, y la gloria es el **“hábitat”** de Dios, un ámbito que no puede ser penetrado por nadie, distinto a quienes Dios ha designado para disfrutarlo, tales como los ángeles que permanecieron fieles a Él, los veinticuatro ancianos, los cuatro seres vivientes y los creyentes que, viviendo en el Espíritu, pueden penetrar y disfrutar Su gloria, según lo experimentado por Juan en Apocalipsis 4 y 5.

Piedras preciosas

Las piedras preciosas surgen de la naturaleza después de someterse a procesos de presión, temperaturas y transformaciones, por la mezcla y la combinación de diversas sustancias.

Cuando llegó la noche del día en que el Señor Jesús resucitó, vino a los discípulos y se sopló dentro de ellos como el Espíritu Santo, hecho que ocurrió con nosotros, los creyentes, cuando recibimos al Señor.

El Espíritu Santo que es Dios completo, vive en el espíritu de quienes hemos creído en Jesús y lo hemos recibido y está realizando diariamente, en la medida en que ponemos nuestra mente en Él, un proceso de transformación, por medio de aplicar de manera experimental todos los pasos de la redención efectuada por el Señor Jesucristo.

Si tenemos un corazón dispuesto, cada día el Espíritu aplica en nuestra vida la encarnación del Señor Jesús, es decir, manifiesta Su vida divina en nuestra alma y en nuestro cuerpo: ***“llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos”*** 2 Corintios 4.10.

El Espíritu igualmente nos aplica todos los ingredientes de la muerte de Jesús en la cruz, con el fin de que sean desarraigados de nuestro ser todos los elementos diabólicos de bien y mal que satanás nos inoculó desde que engañó a Eva y Adán en el Huerto de Edén, hasta el tiempo en que creímos y recibimos al Señor; igualmente va aplicando el poder de resurrección que operó en Cristo al resucitarlo de los muertos.

El Espíritu también aplica a nuestro ser los elementos de la ascensión del Señor para ponerse por encima de los principados, de las potestades, de los ejércitos de maldad y de los gobernadores de las tinieblas, de tal manera que nada ni nadie que está en el reino de las tinieblas pueda afectarnos ni hacernos daño, sino que nos coloca por encima de todos ellos y nos esconde en Dios mismo. Igualmente, el Espíritu nos hace vivir en el trono de Dios y disfrutar de toda Su gloria.

La obra transformadora del Espíritu es tan completa que elimina de nosotros todas aquellas cosas, pensamientos y hechos que no pertenecen a Dios, que son extraños a Él—manchas y arrugas—, hasta que nuestro ser es plenamente saturado de Dios, de tal manera que no haya en nosotros ningún vesti-

gio de lo que fue el viejo hombre, sino que solamente expresamos la gloria y la persona de Dios. Esta es la culminación de la obra transformadora del Espíritu: la glorificación.

Cuando todo lo viejo ha desaparecido, cuando en el ser de un creyente está solo su naturaleza humana plenamente saturada por la naturaleza divina de Dios, éste ha sido transformado en oro, perlas y piedras preciosas que son los materiales con los que está constituida la Nueva Jerusalén y un creyente así es llamado por el Señor un hombre prudente que edifica su casa sobre la roca, y cuando vienen las lluvias, que representan las pruebas que vienen de lo alto, las pruebas, la disciplina y la repreensión del Señor; igualmente cuando soplan los vientos, que representan los ataques de los ángeles caídos que están en los aires y cuando vienen los ríos, que hacen referencia a los ejércitos de maldad de satanás, especialmente los demonios, y dan con ímpetu contra esa casa, no cae, porque está firmemente sustentada sobre la roca que es la revelación, la visión y la realidad que tenemos de la persona del Señor y Su obra de redención.

Igualmente, la obra que cada uno sobreedifica será probada con fuego en el día del juicio del Señor

a Sus creyentes. Si la obra no se quema, quiere decir que fue edificada por la acción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es decir, es una obra que será totalmente reconocida y aprobada por el Señor, porque ha sido realizada por Él: ***“la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa”*** 1 Corintios 3.13-14.

Un creyente así es un vencedor, que reinará con el Señor en el reino milenarío.

De la misma manera, el Señor habla del hombre insensato que edifica su casa sobre la arena, y se refiere a aquellos hijos de Dios que oyen las palabras del Señor, pues tienen la misma oportunidad que el hombre prudente, pero no las hacen, no las ponen en práctica, no hacen que esas palabras sean realidad en ellos: ***“Pero cualquiera que me oye estas palabras mías y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su***

ruina” Mateo 7.26-27.

Se debe tener mucho cuidado frente a la advertencia que hace el Señor, en el sentido de que no es suficiente oír Sus palabras. Si un hijo de Dios oye frecuentemente la palabra del Señor y no busca que esa palabra sea realidad en su vivir, sino que la convierte en doctrina, en simples enseñanzas y en vanas repeticiones, automáticamente se convierte en un hombre insensato.

Hacer realidad la palabra que oímos del Señor es permitir que esa palabra llegue a nuestro espíritu, desde nuestro espíritu llene nuestra alma y en nuestro vivir se convierta en realidad, se convierta en nuestro día a día.

Por ejemplo, si leo Juan 7.38-39: **“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado”**, puedo repetir esos dos versículos y repetirlos sin ningún sentido y aprenderlos de memoria y decirlos a los demás.

En ese caso los estoy convirtiendo en doctrina sin sentido, que en nada me edifica, pero si por el contrario, cuando siento sequedad

en mi interior, entro en el espíritu y oro con esos versículos, esa palabra es la que el Señor está hablándome en ese momento, está llegando a mi espíritu y está llenando mi alma.

Puedo orar, por ejemplo, más o menos así: **“Padre, gracias porque yo creo en Ti, en Tu Hijo Jesús, y confieso que desde mi espíritu hay una fuente de agua de vida eterna que fluye a través de mi alma y aun en mi cuerpo, como ríos de agua que traen vida a mi ser, que me suministran la vida eterna que eres Tú. Cuando entro en mi espíritu y tengo contacto contigo, Tú fluyes como los ríos de agua viva, porque hoy Tú eres el Espíritu que has venido a morar en mi interior, porque el Señor Jesús ya ha sido glorificado. El agua que fluye desde mi interior me refresca, y ahora soy como el árbol que está junto a las corrientes de agua, que todo el tiempo está lozano, lleno de frescura y de verdor, y que da fruto permanentemente”**.

La oración de la palabra hace que ella sea realidad en la vida del creyente y entre más la ora, el depósito de quien ora es lleno de las riquezas del Señor y esos ríos no solo correrán en el interior de

la persona, sino que desbordarán para alcanzar a otros y convertirse en el río que en Ezequiel 47 no podía ser atravesado sino nadando y todo lo que sus aguas tocan se llena de vida.

Infelizmente no podemos decir que esto es lo normal en el cristianismo degradado contemporáneo. Las predicaciones, enseñanzas y prácticas al interior de las miles de congregaciones que existen en él, son vanas repeticiones de algunos versículos de la Biblia y de un sinnúmero de fábulas inventadas por los líderes de esos grupos.

Es casi imposible encontrar algún hermano que tenga una práctica saludable de orar la palabra, de obtener revelación de ella, de tener comida abundante para sí mismo, para los suyos y para otros; casi todo se limita a repeticiones mentales de algunos versículos de la Biblia, pero sin la más mínima realidad espiritual.

A estos hijos, el Señor los compara con un hombre insensato, que, a pesar de tener la misma oportunidad del hombre sensato, de oír la palabra de Dios, no la hace, no la pone en práctica, no hace que la palabra penetre hasta su espíritu y desde allí llene su alma y su corazón, sino que la deja en su mente caída y la convierte en una doctrina llena de muerte. Esto es edifi-

car la casa sobre la arena: “**no les aprovechó la palabra oída, por no ir mezclada con la fe en los que la oyeron**” Hebreos 4.2.

Como todos sabemos, una casa que se edifica sobre la arena es removible y fácil de derribar; un viento más o menos fuerte la hace caer y la destruye, mientras que la casa edificada sobre la roca, es decir, aquella que tiene su cimiento empotrado en una roca, nada es capaz de derribarla.

Si Cristo que es el Espíritu y a la vez la palabra viviente de Dios, no penetra nuestra alma desde nuestro espíritu, nunca podremos ser cimentados en Él, y aunque hayamos tenido la oportunidad de oír la palabra del Señor, ella no produce los materiales que resistirán al fuego, tales como el oro, la plata y las piedras preciosas, sino que el resultado será madera, heno y hojarasca, que son elementos de alta combustibilidad y cuando venga la prueba que el Señor hará por medio del fuego, serán consumidos rápidamente y no quedará nada de ellos: “**Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego**” 1 Corintios 3.15.

A esto se refiere el Señor cuando afirma: “**Pero cualquiera que me oye estas palabras mías y**

no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina” (Mateo 7.26-27).

Si estamos edificando sobre la roca—la revelación del Señor Jesucristo en cuanto a Su Persona y Su obra—; o sobre la arena—los conceptos, doctrinas y puntos de vista de las organizaciones y sus líderes—, seremos derribados cuando vengan las pruebas que el Señor utiliza para nuestra disciplina—lluvias—, y la persecución que satanás lanza—vientos y ríos—, con el fin de impedirnos agradar al Señor.

Si nos mantenemos firmes cuando estos tres elementos den con ímpetu contra nosotros, es prueba irrefutable de que nuestro vivir es conforme a la voluntad del Señor, pero si caemos y nos llenamos de ruina espiritual, no hemos edificado sobre la roca sino sobre la arena, y la ruina espiritual de una persona así es muy grande.

El Señor ha puesto **“Sus cartas sobre la mesa”**, ahora la decisión de cómo **“jugarlas”** nos pertenece a Sus hijos. Si tomamos la decisión de buscar con anhelo oír la palabra del Señor y hacerla, podemos tener

la certeza de que Él nos abrirá Su corazón y nos revelará cosas que para nuestra mente natural son increíbles, pero que son la realidad de nuestra vida, y haciéndolas seremos vencedores y alcanzaremos el galardón de reinar con el Señor en el reino de los cielos.

Si, por el contrario, seguimos llevando la vida que hasta ahora hemos traído, sometidos y esclavizados por organizaciones, ministerios y liderazgos particulares, cuando el Señor nos llame a Su Tribunal, nuestra obra será completamente arrasada por el fuego y aunque seamos salvos, tendremos que tomar mil años llorando y crujiendo los dientes para ser transformados y entrar finalmente en la Nueva Jerusalén, después de que los vencedores han disfrutado de la plenitud del Señor por mil años.

¡De tu decisión depende dónde pasarás la manifestación plena del reino de los cielos!

Como no depende de los esfuerzos y de las obras que un creyente haga o intente hacer para Dios, el Espíritu quiere mostrarnos un camino bien sencillo que nos ayudará a derrotar a satanás y ser los vencedores que entrarán en el reino de los cielos y disfrutarán la plenitud de todas las riquezas que el Señor ha preparado para los vencedores.

Ese camino lo encontramos en la segunda oración que Pablo registró, movido por el Espíritu Santo, en Efesios 3.14-19: ***“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”***.

Pablo en una actitud de humildad delante del Padre se postró para rogarle que diera a los efesios, el privilegio de ser fortalecidos en el hombre interior por el Espíritu Santo, conforme a las riquezas de la gloria de Dios.

Como hoy Pablo no está en la tierra para hacer esta oración, nos corresponde a los creyentes que vivimos, doblar nuestras rodillas ante el Padre y suplicarle que nos conceda el ser fortalecidos en

nuestro hombre interior por Su Espíritu, conforme a la muchedumbre de Sus riquezas en gloria.

Obsérvese con cuidado que la fortaleza debe ser en el hombre interior, el cual es nuestro espíritu humano, la parte más interior que el Señor ha creado en los humanos. Obsérvese igualmente que Pablo no pide que sea fortalecida nuestra alma. ¿Por qué?

Como creyentes de Cristo sabemos que cuando Dios nos creó, hizo en nosotros tres partes: cuerpo, alma y espíritu humano.

El Señor creó en nosotros un espíritu humano, a diferencia de los demás seres vivos que tienen alma y cuerpo, como los animales o solamente espíritu como los ángeles. Dios nos creó de tres partes, con el fin de que Él pueda morar en nosotros y Él lo hace en nuestro espíritu, porque Dios es Espíritu, y un Espíritu puede mezclarse solamente con otro espíritu.

Cuando satanás entró en el hombre lo hizo en el alma humana, por medio del cuerpo, corrompiéndola, apartándola de Dios y convirtiendo al hombre en enemigo del Señor. Desde el alma amorteció el espíritu e impidió que este funcionara de acuerdo con las funciones que Dios le otorgó: conciencia, comunión e intuición.

Cuando el Señor Jesús murió en la cruz, el viejo hombre murió, fue destruido y el alma liberada de la naturaleza satánica que es el pecado; y el Señor al resucitar vino y se sopló como el Espíritu Santo dentro del espíritu de los discípulos.

Debido a que el Señor Jesús resucitado ha vencido la muerte y ya no tiene ninguna relación con ella, cuando entró en el espíritu de los discípulos, los llenó de Su vida poderosa de resurrección y esa potente vida empezó a ganar el alma de ellos y poco a poco los fue transformando, hasta que también el alma de ellos fue llena de la vida eterna que está en Jesús. Este es el nuevo hombre.

Cuando el Señor regrese, los discípulos que estaban en el lugar donde los encontró Jesús la noche de la resurrección, serán resucitados en un cuerpo glorioso, que ya no tiene ninguna relación con el pecado, con la muerte ni con satanás.

Sin embargo, los únicos discípulos del Señor no son los que estaban en el lugar descrito por Juan 20 la noche de la resurrección, sino que a lo largo de los siglos el Señor ha venido entrando en el espíritu de todos aquellos que Él había escogido antes de la fundación del mundo, los ha regenerado, es

decir, ha llenado su espíritu con Su vida de resurrección y desde allí quiere llenar el alma de aquellos que son Sus hijos.

Pero para ser llenos en nuestra alma, el Señor necesita nuestra disposición, para que, en oración, diariamente, doblando nuestra rodilla, supliquemos al Padre que nos conceda, conforme a las riquezas de Su gloria el ser fortalecidos con poder en nuestro espíritu humano.

El fortalecimiento en nuestro espíritu humano hace que nuestro hombre interior sea suficientemente fuerte para gobernar nuestra alma y nuestro cuerpo, porque si el espíritu es débil, entonces es el alma quien gobierna nuestro ser y cuando nuestra alma nos gobierna todo está perdido, porque en realidad nos gobierna satanás¹.

Si se mira cuidadosamente la caída del hombre en el Huerto de Edén, podemos encontrar algunos detalles difíciles de ver, que solamente nos son revelados por la misericordia del Señor. Leamos el pasaje en la Biblia: ***“Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: Con que Dios os ha dicho: ¿No comáis***

¹ Sobre este tema puede hallar más revelación en el libro **La Oración**, del mismo editor.

de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió, así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales” Génesis 3.1-7.

Observa que satanás apeló al pensamiento, a la mente de Eva, que hace parte del alma. Siempre que nuestra mente no está bajo el gobierno de nuestro espíritu humano, donde mora el Espíritu Santo, si el alma no está sometida a Él, está abierta a satanás. Eso fue lo que ocurrió en Edén: Eva abrió su alma a satanás.

Una vez que el alma de Eva se

abrió al diablo, él la confundió y distorsionó la realidad. Con mucha sutileza, el enemigo le pregunta una mentira: **“¿Conque Dios os ha dicho: “No comáis de ningún árbol del huerto?”** (Reina Valera R. 95).

Dios no le había dicho al hombre que no podía comer de ningún árbol del huerto, por el contrario, le mandó que debía comer de todos los árboles, menos de uno: **“Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”** Génesis 2.16-17.

La especialidad de satanás es mentir y siempre habla mentiras, aparentemente disfrazadas de verdad, pero todo su hablar es mentiroso: **“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira”** (Juan 8.44).

La mentira con la que satanás interrogó a Eva, inmediatamente la confundió. Veamos su respues-

ta: ***“Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis”***.

Observe la pequeña confusión que hay en la mente de Eva. Ella le dijo que del árbol que no debían comer es el que está en medio del Huerto de Edén. ¿Cuál es el árbol que Dios puso en medio—en el centro— del Huerto de Edén? El árbol de la vida, que representa a Dios mismo y del cual el hombre debía comer porque Dios se lo había ordenado: ***“Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto”*** Génesis 2.9.

Siempre que abrimos nuestra alma a satanás, él la llena de confusión.

Por eso debemos orar diariamente al Padre para que nuestro espíritu humano sea fortalecido y nuestra alma se someta a él. De esta manera nuestra alma no podrá gobernarnos y satanás no tendrá ninguna oportunidad en nosotros.

Una vez que Eva abrió su alma al diablo, él avanzó cada vez más, hasta que cumplió su propósito: Entonces la serpiente dijo a la mu-

jer: ***No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.***

Recordemos que la especialidad y la naturaleza de satanás es la mentira, y como Eva le abrió su ser, él aprovechó la circunstancia para tratar a Dios de mentiroso. Es como si el diablo le dijera: ***“No, Dios no les ha dicho la verdad, él no confía en ustedes y les oculta las cosas que ustedes deben saber; Él sabe que si ustedes comen de ese árbol serán abiertos sus ojos y serán como él”***. Lo que satanás es, trata de endilgarlo al Señor. ¡Qué atrevimiento! ¡Qué desfachatez! Todo esto sucede por abrirle el alma a él. ¡Seamos cuidadosos!

Esperamos amado lector, que puedas percibir claramente este asunto que es crucial, porque, aunque seas un creyente, aunque en tu espíritu more el Señor como Espíritu, si abres tu alma a satanás, serás gobernado por él y el Espíritu queda confinado en tu espíritu y no puede gobernar su ter. Es por eso por lo que Pablo exclama en Gálatas 5.17: ***“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que***

quisiereis”.

Esta es la lucha permanente de todo creyente. El Espíritu, que es Dios anhela poseer nuestro ser desde nuestro espíritu humano; y satanás, que unido al alma humana es la carne, lucha por gobernar nuestro ser, y muchas veces lo logra, a menos que sometamos continuamente el alma al espíritu, especialmente la mente que es la parte más fuerte del alma.

Por eso Gálatas 5.16 dice: **“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y de ninguna manera satisfaceréis los deseos de la carne”** (Gr.), y andar en el Espíritu es tan sencillo como respirar o comer, según nos muestra Romanos 8.5: **“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu”**. Es solamente volver nuestro pensamiento, nuestra mente al espíritu.

Sin embargo, si el espíritu del creyente es débil entonces su alma es fuerte y no hay poder para pensar en las cosas del espíritu y ahí está la necesidad de orar al Padre clamándole que nos conceda conforme a las riquezas de Su gracia ser fortalecidos en nuestro espíritu. Esta debe ser nuestra oración diariamente.

Si tenemos un espíritu fuerte es muy fácil someter nuestra mente a él y todo está salvado, porque Dios que mora en nuestro espíritu nos gobierna y satanás no tiene ninguna oportunidad de tocarnos y menos de gobernarnos.

Además de que Dios nos gobierna por medio de nuestro espíritu, también ocurre que el Señor Jesús hace Su hogar, Su morada en nuestros corazones, es decir, Él está cómodo en las partes de nuestra alma, mente voluntad y emoción y también está cómodo en las partes de nuestro espíritu: conciencia, intuición y comunión, que son las partes que conforman el corazón.

El corazón humano es como una casa que tiene dormitorios, sala, comedor y cocina, y el Señor puede morar con toda comodidad en las partes de ella, si nuestro espíritu humano es fuerte y nuestra alma se somete a él.

Muchos creyentes, debido a su falta de revelación y de visión sobre este tema, tienen confinado al Señor en la sala de la casa—el espíritu—y no le permiten que Él more, que conozca, que penetre en el comedor—mente—, tampoco en las alcobas—voluntad—y mucho menos en la cocina—emoción.

Sería muy aburrido vivir en una casa y poder estar solamente en la sala de ella; si la casa es nuestra vivienda, debemos tener derecho a entrar en todas las habitaciones y dependencias, pero muchos solo le permiten al Señor morar en su espíritu y no abren sincera y profundamente todo su ser para que Él penetre en su alma y haga Su voluntad.

Si Cristo está cómodo en nuestro corazón, tenemos la seguridad de ser arraigados y cimentados en amor. Ser arraigados consiste en tener raíces que cada vez se profundizan más en el Señor, en el Padre, con el fin de absorber más de Sus riquezas que son como los nutrientes que alimentan a la planta.

Siendo suministrados ricamente, seremos buena tierra que produce fruto a ciento a sesenta y a treinta por uno, y el Padre tendrá en nosotros plena satisfacción, porque comerá del fruto de Su labor en nosotros y nos limpiará para que el fruto sea cada vez más abundante.

Ser cimentados es ser afirmados en Cristo, de la misma manera que es cimentado el hombre prudente

que edifica su casa sobre la roca y cuando vienen las pruebas, la disciplina del Señor o los ataques de satanás, sus ángeles caídos y sus demonios, el creyente se mantiene inamovible, porque su cimiento es suficientemente profundo y firme.

Siendo arraigados y cimentados en amor, en el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, tendremos una permanente revelación de la persona y del plan de Dios, y de esa manera, entre todos los santos somos capaces de comprender las dimensiones de Cristo, lo cual nos permite llegar a la unidad de la fe, al pleno conocimiento del Hijo de Dios, a ser el hombre de plena madurez y a alcanzar la estatura de la plenitud de Cristo. Esto es ser vencedores.

Cuando todos estos elementos se dan en nosotros, vamos siendo llenos de Dios y Sus riquezas, hasta que llega un momento que ya no cabe más Dios en nosotros, entonces hemos sido llenos hasta Su plenitud. En ese momento estamos listos para ser arrebatados.

Para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. ¡Qué precioso es nuestro Señor!